RICHARD GORDON SMITH

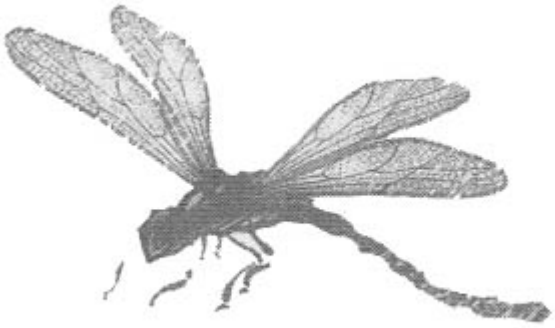
Cuentos tradicionales de Japón

13

Una completa antología de cuentos populares japoneses, en una edición exquisitamente ilustrada con 62 láminas a color. «Cuentos tradicionales de Japón» reúne una selección de leyendas históricas, narraciones de carácter mitológico y cuentos populares recopilados por Richard. G. Smith a lo largo de su estancia en Japón durante la Belle Époque. A través de sus páginas recorreremos el Japón mágico: fantasmas y espectros; reinos submarinos, amores no correspondidos; árboles y ríos habitados por los dioses sintoístas de la naturaleza; cuentos inspirados en el estricto código del honor samurái o relatos nutridos por las enseñanzas budistas y el espíritu zen.

Richard Gordon Smith

Cuentos tradicionales de Japón



Título original: *Ancient Tales and Folklore of Japan*
Richard Gordon Smith, 1908
Traducción: Fernando Álvarez, 2015

Ilustraciones: Mo-no-Yuki

Revisión: 1.0
20/12/2019

Prefacio

Las historias contenidas en este libro han sido transcritas de los voluminosos diarios ilustrados recopilados por mí durante veinte años de viajes por diversos países. Los últimos nueve los pasé por entero en Japón, mientras recogía especímenes de historia natural para el Museo Británico, pescando y rastreando el mar Interior de Japón, algunas veces con éxito, otras sin él, pero contribuyendo al final a su colección con cerca de cincuenta especímenes nuevos para la ciencia, y de acuerdo a *sir* Edwin Ray Lankester, «ampliando enormemente el conocimiento de la etnología japonesa». Tal como se puede suponer, dicha vida me ha puesto en un contacto muy cercano con la gente del común: pescadores, campesinos, sacerdotes, médicos, niños, y otros muchos que me han brindado información. Muchas y muy insólitas son las leyendas y cuentos que me han contado. En este volumen, los editores han preferido una mezcolanza de temas; así, en estas páginas encontraréis historias sobre montañas, árboles, flores, y lugares históricos, además de leyendas.

En cuanto a los resultados generales obtenidos por mis diarios, tengo que expresar mi agradecimiento a nuestro diplomático en Tokio, *sir* Ernest Satow; a los ministros y viceministros de Asuntos Exteriores y de Agricultura por sus cartas de recomendación; a mi querido amigo el señor Hattori, gobernador de la prefectura de Hiogo; a los traductores de las notas originales y manuscritos

(escritos a menudo en un japones rudimentario), entre los que están el señor Ando, el señor Matsuzaki y el señor Watanabe; y al señor Mo-no-Yuki, que realizó las ilustraciones de este libro basándose en bocetos de mi autoría, y al que sin duda herí en su sensibilidad artística debido a mi tosco sentido europeo del arte.

A mi fiel intérprete Yuki Egawa también le debo agradecer sus continuos esfuerzos por encontrar lo que deseaba, y a los numerosos campesinos y pescadores japoneses, cuya buena naturaleza, amabilidad y hospitalidad han hecho que se ganen mi cariño para siempre. Bueno es que ellos, siendo tan noble pueblo, tengan tan noble soberano.

R. GORDON SMITH
Junio 1908

La horquilla dorada[1]

En la norteña ciudad de Sendai, de donde proceden los mejores soldados japoneses, vivía un samurái llamado Hasunuma.

Hasunuma era rico y hospitalario y, por consiguiente, muy querido y popular. Treinta y cinco años atrás su esposa le había honrado con una bella hija, su primer retoño, a quien llamó Ko, que significa «pequeña», pues esta partícula, cuando acompaña al nombre de un niño, se convierte en diminutivo, como cuando nosotros decimos «Luisita» o «Juanita». Su nombre completo era Hasu-ko, que significa «pequeño lirio», pero la llamaremos Ko para abreviar.

Justo en ese día, Saito, uno de los amigos de Hasunuma, que también era samurái, gozó la inmensa fortuna de tener un hijo. Ambos padres decidieron que, en virtud de su mutua amistad, casarían a sus hijos cuando estos alcanzaran la edad apropiada; tanto ellos como sus esposas se sintieron muy ilusionados con la idea. Para formalizar el compromiso de los bebés, Saito entregó a Hasunuma una horquilla dorada que había pertenecido durante largo tiempo a su familia, diciéndole lo siguiente:

—Aquí tienes, viejo amigo, este prendedor. Que esta prenda sea una señal del compromiso de mi hijo, Kōnojō, con tu hija Ko, ahora que solo tienen dos semanas. Que la suya sea una vida larga y feliz, y que la disfruten juntos.

El noble samurái tomó el prendedor y se lo entregó a su esposa

para que lo guardara; hecho esto, brindaron con sake por la salud de cada uno de los progenitores y la de los futuros novios.

Unos meses después, y tras provocar por algún motivo el descontento de su señor feudal y ser destituido, Saito abandonó Sendai junto con su familia. Nadie supo decir adónde se dirigieron.

Diecisiete años después, O-Ko-san[2] se había convertido en la joven más bella de todo Sendai; salvo por la excepcional hermosura de su hermana O-Kei, un año más joven y tan hermosa como ella.

Muchos fueron los pretendientes de O-Ko-san; pero la joven los rechazó a todos, pues se mantenía fiel al compromiso realizado por su padre cuando ella aún era tan solo un bebé. Es cierto que nunca había visto a su prometido, y, lo que resultaba más extraño, ni ella ni ningún miembro de su familia habían sabido nada de la familia Saito desde que esta abandonara Sendai, dieciséis años atrás. Sin embargo, esa no era razón suficiente para que ella, una muchacha japonesa, rompiera la palabra de su padre. Por lo tanto, O-Ko-san se mantenía fiel a su incierto prometido, aunque sin dejar de acusar una gran tristeza por su ausencia; de hecho, tanto sufría en secreto que enfermó, y tras tres meses de padecimientos murió, para desconsuelo de todos los que la conocían y especialmente de su familia.

El día del funeral de O-Ko-san su madre prestó las últimas atenciones debidas al cadáver, peinando su cabello con la horquilla dorada entregada a O-Ko-san por Saito en nombre de su hijo Kōnojō. Cuando el cuerpo fue depositado en su féretro, la madre colocó el prendedor en el cabello de la joven mientras decía:

—Querida hija, este es el prendedor que te fue entregado como recuerdo por tu prometido, Kōnojō. Que este compromiso una vuestros espíritus en el más allá, como debería haberlo hecho en vida. Rezaré para que disfrutes de una felicidad sin fin.

Al decir estas palabras, la madre de O-Ko-san no tenía ninguna duda de que Kōnojō estaba muerto y de que los espíritus de los dos jóvenes se unirían en el más allá. Pero no era así. Transcurridos dos meses de estos sucesos, el mismo Kōnojō, que en esos momentos

contaba dieciocho años, regresó a Sendai y se presentó en casa del viejo amigo de su padre, Hasunuma.

—¡Qué gran desgracia y amargura! —exclamó este último—. Apenas han transcurrido dos meses de la muerte de mi hija O-Ko-san. Si hubieras llegado antes, seguro que ahora seguiría viva. Pero nunca nos enviaste un mensaje; nunca supimos más de tu padre o de tu madre. ¿Adónde fuisteis al abandonar este lugar? Cuéntame toda la historia.

—Señor —respondió el afligido Kōnojō—, lo que me habéis contado acerca de la muerte de O-Ko-san, con la que tenía la esperanza de contraer matrimonio, me rompe el corazón. Yo, al igual que vuestra hija, he permanecido fiel y pensado en ella cada día. Cuando mi padre se llevó a mi familia de Sendai, nos dirigimos a Edo; y tras esto fuimos al norte, a la isla de Yezo, donde mi padre perdió todo su dinero y se arruinó, muriendo en la pobreza. Mi pobre madre no le sobrevivió mucho tiempo. He estado trabajando duramente para tratar de casarme con vuestra hija Ko, pero solo he ganado lo suficiente para pagar mi viaje de vuelta a Sendai. Sentí que era mi deber venir a contaros la desgracia de mi familia.

El viejo samurái se emocionó con la historia. Advirtió que el más desgraciado de todos había sido Kōnojō.

—Kōnojō —le dijo—, me he preguntado si eras honesto, y ahora veo que eres verdaderamente fiel, y que honras la palabra de tu padre. Sin embargo, deberías haber escrito. ¡Deberías haber escrito! A menudo, tanto mi esposa como yo nos preguntábamos por qué no lo hacías y asumimos que debías de estar muerto.

Aunque nos guardamos ese pensamiento para nosotros y jamás se lo contamos a O-Ko-san. Ve a nuestro *butsudan*[3], abre sus puertas y quema una varilla de incienso ante la tablilla mortuoria de O-Ko-san, eso agradará a su espíritu. Ella anhelaba de tal forma tu regreso que ese anhelo la llevó a la tumba. A su espíritu le regocijará saber que has vuelto por ella.

Kōnojō hizo todo tal y como se le reclamó. Inclinándose tres veces con reverencia ante la tablilla mortuoria de O-Ko-san, musitó

unas palabras en su nombre y encendió la varita de incienso y la colocó ante la tablilla. Tras esa muestra de honestidad, Hasunuma le comunicó al joven que había decidido adoptarlo como hijo y que debía vivir con ellos. Podía quedarse con la casita del jardín. En cualquier caso, cualesquiera que fuesen sus planes para el futuro, ahora debía quedarse con ellos.

Esta era una generosa oferta, digna de un samurái. Kōnojō aceptó agradecido, y se convirtió en uno más de la familia. Pasadas dos semanas, se instaló en la pequeña casa situada en un extremo del jardín. Cumpliendo órdenes del *daimio*[4], Hasunuma, su mujer y su segunda hija, O-Kei, habían ido a la *higan*, una ceremonia religiosa que se celebraba en marzo. Además, Hasunuma solía rezar ante las tumbas de sus ancestros en esas fechas. A la caída de la tarde, los tres regresaron en sus palanquines. Kōnojō se situó ante la puerta de entrada para verlos pasar, como era apropiado y respetuoso. El anciano samurái cruzó primero, seguido por el palanquín de su esposa y finalmente el de O-Kei. Cuando este último atravesó la puerta, Kōnojō creyó oír caer algo con un sonido metálico. En cuanto el palanquín pasó, recogió el objeto caído sin prestarle más atención. Se trataba de la horquilla dorada. Pero aunque su padre le había hablado del prendedor, Kōnojō desconocía que ese era el objeto caído y, por lo tanto, pensaba que se trataba de una pertenencia de O-Kei. Regresó entonces a la casita y cerró las puertas correderas para pasar la noche. Sin embargo, cuando estaba a punto de retirarse, escuchó que llamaban a la puerta.

—¿Quién está ahí? —gritó—. ¿Qué deseas?

Al no obtener respuesta, Kōnojō se acostó pensando que quizás sus oídos le habían engañado. Pero entonces volvió a oír un golpe en la puerta, aún más alto que el primero. Kōnojō saltó de la cama y encendió su *andon*[5].

«Si no se trata de un tejón o de un zorro —pensó—, será entonces algún espíritu maligno que viene a molestarme[6]».

Al abrir la puerta, con el *andón* en una mano y un garrote en la

otra, Kōnojō escudriñó la oscuridad, y allí, para su asombro, contempló una visión de femenina belleza tal como no había visto antes.

—¿Quién eres y qué deseas? —le preguntó.

—Soy O-Kei-san, la hermana pequeña de O-Ko-san —contestó la visión—. Aunque nunca me habías visto, yo a ti sí, muchas veces, y me he enamorado tan locamente de ti que apenas puedo pensar en otra cosa. Esta noche, a nuestro regreso, arrojé deliberadamente el prendedor al suelo para que lo recogieras y me sirviera de excusa para venir y llamarte. ¡Debes amarme como te amo yo, o me moriré!

Esta apasionada y extravagante declaración escandalizó al pobre Kōnojō. Es más, el muchacho sintió que estaba cometiendo una enorme injusticia contra su amable anfitrión, Hasunuma, al recibir a su joven hija a tan altas horas de la noche y hacerle la corte. Así se lo hizo saber a ella con contundencia.

—Si no me amas como yo te amo —dijo O-Kei—, me vengaré contándole a mi padre que me has arrastrado hasta aquí para hacerme el amor, y que me has ofendido.

¡Pobre Kōnojō! Se encontraba en un bonito aprieto. Lo que más temía es que la joven cumpliera con su amenaza, que el samurái la creyera y que se viera deshonrado. Por lo tanto, acabó cediendo a los requerimientos de la joven. Noche tras noche lo visitaba, y así lo hizo durante un mes. En todo este tiempo Kōnojō aprendió a amar sinceramente a la bella O-Kei. Una noche que estaba con ella le dijo:

—Mi querida O-Kei, no me gusta que este romance nuestro sea clandestino. ¿No es mejor que huyamos? Si le pidiera a tu padre tu mano en matrimonio, sin duda, me rechazaría, pues estaba prometido a tu hermana.

—Sí —respondió O-Kei—. Eso mismo estaba deseando. Partiremos esta misma noche, e iremos hacia Ishinomaki, donde, según me has contado, vive un fiel sirviente de tu difunto padre llamado Kinzo.

—Sin duda; Kinzo es el nombre e Ishinomaki el lugar. Partamos

tan pronto como sea posible.

Tras guardar algunas ropas en un hatillo, partieron secretamente en mitad de la noche y llegaron debidamente a su destino. Kinzo estaba encantado de recibirles, y satisfecho de poder mostrarle su hospitalidad al hijo de su difunto amo y a la bella dama.

Los jóvenes vivieron muy felices durante un año. Entonces, un día, O-Kei dijo:

—Pienso que deberíamos regresar con mis padres ahora. Creo que ya se les habrá pasado el enfado, y como nunca les hemos escrito, seguro que están preocupados por mí. Sí, debemos ir.

Kōnojō estaba de acuerdo. Hacía tiempo que sentía que no se había comportado bien con Hasunuma. Al día siguiente volvieron a Sendai, y Kōnojō no pudo evitar sentirse un poco nervioso al aproximarse a la casa del samurái. Se detuvieron en el portón de entrada, y O-Kei le dijo a Kōnojō:

—Creo que será mejor que vayas y veas a mi padre y a mi madre primero. Si se enfadan mucho, muéstrales esta horquilla dorada.

Kōnojō se plantó valientemente en la puerta y solicitó una entrevista con el samurái. Antes de que el sirviente tuviera tiempo de regresar, Kōnojō escuchó al anciano gritar:

—¡Kōnojō! ¡Por supuesto que le veré! Hazle pasar de inmediato.

Y él mismo salió a recibirlo.

—Mi querido muchacho —dijo el samurái—, estoy muy contento de verte de nuevo. Me apena que la vida con nosotros no te haya parecido lo suficientemente buena, pero deberías haber avisado de que te ibas. Pero asumo que eres hijo de tu padre y que prefieres desaparecer sin decir nada. De todos modos, eres bienvenido.

Kōnojō se sorprendió mucho ante este discurso y respondió:

—Pero, mi señor, he venido a suplicaros perdón por mi pecado.

—¿Qué pecado has cometido? —preguntó el samurái con gran sorpresa, irguiéndose solemnemente.

Kōnojō le puso al corriente de su aventura amorosa con O-Kei. Le informó de todo de principio a fin, y mientras lo hacía, el samurái

mostraba signos de impaciencia.

—¡No te burles de mí, muchacho! Mi hija O-Kei no es una diana para tus bromas y mentiras. Durante un año ha estado aparentemente muerta, tan enferma que apenas podíamos alimentarla. En todo este tiempo no ha dicho una palabra, ni ha mostrado signo alguno de vida.

—Os digo que ni estoy bromeando, ni estoy mintiendo —afirmó Kōnojō—. No tenéis más que enviar a alguien afuera y encontrará a O-Kei en el palanquín en el que la he dejado.

Un sirviente fue despachado al momento a comprobar sus palabras y regresó declarando que no había palanquín alguno, ni nadie esperando en la puerta. Kōnojō, al ver que el samurái comenzaba a enfadarse, sacó el prendedor dorado de sus ropajes y exclamó:

—¡Mirad! ¡Si dudáis de mis palabras y pensáis que estoy mintiendo, aquí está la horquilla que O-Kei me dijo que os mostrara!

—*Bik-ku-ri-shi-ta*[7]*!* —exclamó la madre de O-Kei—. ¿Cómo ha llegado este prendedor a tus manos? Yo misma lo deposité en el féretro de O-Ko-san justo antes de que se cerrara.

El samurái y Kōnojō se miraron el uno al otro, y la madre a ambos. Nadie sabía qué pensar, qué hacer o qué decir. Imaginaos la sorpresa general cuando la enferma O-Kei abandonó su lecho y entró en la habitación como si nunca hubiera estado enferma. Era la viva imagen de la salud y la belleza.

—¿Cómo es esto? —preguntó el samurái, casi gritando—. ¿Cómo es que sales de tu lecho vestida, peinada y arreglada, con ese aspecto de no haber estado nunca enferma?

—Yo no soy O-Kei, sino el espíritu de O-Ko-san —fue la respuesta—. Fue grande mi desgracia al morir antes del regreso de Kōnojō. Si hubiera estado viva entonces, me habría recuperado y estaría felizmente casada con él. Por eso mismo, mi espíritu no podía descansar en paz. Tomé la forma de mi querida hermana O-Kei, y durante un año entero he habitado felizmente en su cuerpo al lado de Kōnojō. Mi espíritu ahora está apaciguado, y a punto de

descansar definitivamente. Aunque hay una condición, Kōnojō, que debo pedirte —dijo la muchacha mientras se volvía hacia él—. Debes casarte con mi hermana O-Kei. Si haces eso, mi espíritu podrá descansar completamente en paz, y entonces O-Kei se recuperará. ¿Me prometes que te casarás con O-Kei?

El anciano samurái, su esposa y Kōnojō estaban muy sorprendidos ante este hecho. El aspecto de la joven era el de O-Kei; pero la voz y los gestos eran los de O-Ko-san. Además estaba la horquilla dorada como prueba adicional. La madre lo sabía bien. Ella la había prendido del cabello de su hija muerta justo antes de que el féretro fuese cerrado. Nadie la podía contradecir en ese asunto.

—Pero —dijo el samurái finalmente— O-Ko-san lleva muerta y enterrada más de un año. Que te nos aparezcas ahora nos llena a todos de desconcierto. ¿Por qué nos perturbas de esta manera?

—Ya os lo he explicado —respondió ella—. Mi espíritu no podía descansar hasta que conviviera con Kōnojō, pues sabía de su fidelidad. Eso se ha cumplido, y mi espíritu está preparado para descansar. Mi único deseo es ver a Kōnojō casado con mi hermana.

Hasunuma, su esposa y Kōnojō se reunieron a deliberar. Estaban muy dispuestos a casar a O-Kei y Kōnojō no puso objeción. Una vez acordado el asunto, el espectro de la joven le tendió la mano a Kōnojō diciendo:

—Esta es la última vez que tocarás la mano de O-Ko-san. ¡Adiós, queridos padres! ¡Adiós a todos! ¡Estoy a punto de dejar este mundo!

Entonces se desmayó como si estuviera muerta, y así permaneció durante media hora; mientras, los otros, superados por los extraños acontecimientos que acababan de ver y oír, se sentaron a su alrededor sin musitar apenas una palabra. Al cabo de esa media hora la joven volvió a la vida e, irguiéndose, exclamó:

—Queridos padres, no temáis más por mí. Me encuentro perfectamente de nuevo; pero desconozco cómo he llegado hasta aquí desde mi lecho, completamente vestida, o cómo es que me

encuentro tan bien.

Se le formularon un gran número de preguntas a O-Kei; pero era bastante evidente que nada sabía de lo ocurrido, ni del espíritu de O-Ko-san, ni de la horquilla dorada.

Una semana más tarde, O-Kei y Kōnojō se casaron, y la horquilla dorada fue donada a un templo en Shiogama, al que hasta hace bien poco, la gente solía ir a rezar.

El espíritu del sauce

Hace cerca de mil años —744 según los datos históricos— fue fundado el templo de San-jū-san-gen Dō. Esto ocurrió en el año 1132. «San-jū-san-gen Dō» significa «sala de los treinta y tres espacios»; y se dice que actualmente en el templo se pueden encontrar cerca de 33 333 imágenes de la diosa Kannon, la diosa de la Misericordia. Antes de la construcción del templo, en una aldea cercana se erigía un sauce de un prodigioso tamaño. En este árbol solían jugar todos los niños del pueblo, que trepaban y se columpiaban en sus ramas. Proporcionaba sombra a los ancianos en el calor del verano, y al atardecer, cuando el trabajo estaba hecho, muchos eran los muchachos y muchachas que se juraban amor eterno bajo sus ramas. El árbol parecía ejercer una influencia benigna en todo el mundo. Incluso el agotado viajero podía descansar tranquilo y seco bajo sus ramas. Pero, ¡ay!, también en aquellos tiempos el hombre era muchas veces despiadado con los árboles. Un buen día, los lugareños anunciaron su intención de talar el sauce y usar su madera para levantar un puente sobre el río.

En el pueblo vivía un joven granjero llamado Heitaro, el lugareño que más amaba aquel árbol, pues había vivido toda su vida cerca de él, al igual que sus antepasados; y se mostraba abiertamente contrario a que se talara. Heitaro consideraba que un árbol así debía ser respetado. ¿Acaso no había desafiado las tormentas durante cientos de años? ¡Y el placer que proporcionaba a los niños en el

calor del verano! ¿No procuraba solaz al cansado, y al enamorado un entorno romántico? Todas estas razones esgrimidas por Heitaro acabaron por convencer a los aldeanos.

—Antes de que acordéis la tala del sauce —les dijo—, os daré aquellos árboles de mi propiedad que necesitéis para levantar el puente. Pero deberéis respetar para siempre este entrañable y viejo sauce.

Los aldeanos accedieron sin reparos, ya que en su fuero interno sentían también una reverente veneración por el viejo árbol. Heitaro estaba encantado, y rápidamente encontró madera con la que construir el puente.

Días más tarde, al volver del trabajo, Heitaro se encontró a una bella muchacha de pie bajo el árbol. Instintivamente, el joven se inclinó ante ella, quien lo imitó, y ambos entablaron una conversación sobre el árbol, sobre su edad y su belleza. Parecían sentirse atraídos por su común compasión. Tras lamentar que la joven tuviera que marcharse, Heitaro se despidió. Esa tarde fue incapaz de centrarse en sus quehaceres diarios. Sus pensamientos no estaban en lo que estaba haciendo: «¿Quién era la dama bajo el sauce? ¡Cuánto desearía verla de nuevo!». Heitaro no pudo dormir esa noche. Había sido contagiado por la fiebre del amor.

Al día siguiente salió hacia el trabajo temprano, y permaneció allí todo el día, multiplicando su labor para intentar olvidar a la dama del sauce. Sin embargo, en su regreso a casa por la tarde, ¡he aquí que allí estaba la dama de nuevo! Esta vez fue ella la que dio un paso al frente recibiéndolo de la manera más amistosa.

—¡Bienvenido, viejo amigo! —le dijo—. Ven y descansa bajo las ramas del árbol que tanto amas, pues debes de estar cansado.

Heitaro aceptó la invitación de buena gana, y no solo hizo lo que se le conminaba, sino que además le declaró su amor.

Tras esto, la joven misteriosa, a la que nadie había visto antes, siguió encontrándose cada día con Heitaro, hasta que finalmente consintió en casarse con él; con la condición de que no le preguntase nunca sobre sus familiares o amigos.

—No tengo ninguno —le dijo—. Solo puedo prometerte que seré una esposa buena y fiel, y afirmar que te amaré con toda mi alma. Puedes llamarme Higo[8]. Así pues, seré tu esposa.

Al día siguiente, Heitaro se llevó a Higo a su casa, y se casaron. En menos de un año engendraron un hijo, que se convirtió en su más absorbente alegría. No había momento de su tiempo libre que no lo pasaran jugando con su niño, al que llamaron Chiyodō. Sería difícil encontrar en todo Japón una casa más feliz que la de Heitaro, con su buena esposa y su hermoso hijo. Pero, ¡ay!, ¿existe un lugar en el mundo donde la más completa felicidad se prolongue eternamente? Aunque los dioses permitiesen la existencia de un lugar así, las leyes de los hombres no lo harían. Cuando Chiyodō hubo cumplido los cinco años, y era el niño más guapo de toda la vecindad, el emperador retirado Toba decidió levantar en Kioto un inmenso templo consagrado a Kannon, al que aportaría mil y una imágenes de la diosa de la Misericordia. (Actualmente, en 1907, como decíamos al comienzo del relato, este templo es conocido como San-jū-san-gen Dō y contiene 33 333 imágenes). El emperador retirado Toba deseaba alcanzar la fama, y ordenó a las autoridades hacer acopio de madera para la construcción del vasto templo. Los días del viejo sauce estaban contados: su madera fue requerida, junto a la de muchos otros, para erigir el techo del templo. Heitaro intentó salvar el árbol de nuevo ofreciendo todo lo que tenía a cambio de nada, pero fue en vano, ya que hasta sus vecinos estaban ansiosos por ver su sauce formando parte del templo. Pensaban que les traería suerte, y en cualquier caso, que sería un magnífico regalo para el gran templo.

Finalmente el momento fatídico llegó. Una noche, después de que él, su esposa y su hijo se hubieran retirado a descansar, y mientras estaban durmiendo, Heitaro se despertó con el sonido de unas hachas. Asombrado, descubrió entonces a su amada esposa sentada en la cama, observándolo fijamente con seriedad mientras las lágrimas corrían por sus mejillas, pues lloraba amargamente.

—Mi querido esposo —le dijo con voz ahogada—, te ruego que

escuches lo que tengo que decirte, y no dudes de mis palabras. Desgraciadamente, no estás soñando. Cuando nos casamos te rogué que no me preguntaras por mi vida, y tú nunca lo hiciste. Recuerda que te dije que te hablaría de ello si se presentaba la ocasión. Tristemente, la ocasión ha llegado, mi querido esposo. Yo no soy más que el espíritu del sauce al que tanto amas, y que tan generosamente salvaste hace ahora seis años. Me aparecí en forma humana bajo el árbol para recompensar tu gran bondad, con la esperanza de vivir contigo y hacerte feliz el resto de tu vida. Pero, ¡ay!, esto no es posible, ya que están talando el sauce. ¡Siento cada golpe de sus hachas! Debo regresar al árbol para morir, pues soy parte de él. Mi corazón se desgarra al pensar que debo abandonar también a nuestro querido hijo Chiyodō, que tanto sufrirá al saber que su madre ya no está en este mundo. Consuélale, querido esposo. Es lo bastante mayor y fuerte para vivir contigo sin una madre y aun así no sufrir. Os deseo a ambos larga vida y prosperidad. Adiós, querido, debo llegar hasta el sauce… Escucho sus hachas golpeando cada vez más fuerte, y yo… me siento más débil con cada hachazo que asestan.

Heitaro despertó a su hijo justo cuando Higo desaparecía, preguntándose para sus adentros si no se había tratado de un sueño. Chiyodō, al despertarse, estiró los brazos hacia donde su madre había desaparecido, llorando amargamente e implorándole que volviera.

—Mi querido hijo —dijo Heitaro—, ella se ha ido y no puede volver. Ven, vistámonos, y vayamos a ver su funeral. Tu madre era el espíritu del Gran Sauce.

Un poco más tarde, al despuntar el alba, Heitaro tomó a Chiyodō de la mano y lo llevó hasta el árbol. Al llegar allí, lo encontraron derribado y con sus ramas podadas. Podéis imaginaros los sentimientos de Heitaro.

¡Pero algo muy extraño estaba ocurriendo! A pesar de su esfuerzo conjunto, aquellos hombres eran incapaces de desplazar el tronco ni una sola pulgada hacia el río, donde habían de

transportarlo flotando hasta Kioto. Al ver esto, Heitaro se dirigió a los hombres.

—Amigos míos —les dijo—, el tronco muerto del árbol que estáis intentando mover contiene el espíritu de mi esposa. Quizás si permitierais a mi hijo Chiyodō ayudaros, sería más fácil para vosotros; y a él le gustaría presentar sus últimos respetos a su madre.

Los leñadores aceptaron la propuesta. Para su asombro, en cuanto Chiyodō se acercó al tronco y lo empujó con su delicada mano, la madera se deslizó suavemente hacia el río. Su padre cantaba una *uta*[9]. Existe una conocida canción o balada en estilo *uta* que se cree que tiene su origen en esta historia; actualmente la cantan los hombres que levantan pesadas cargas o realizan labores duras:

Muzan naru kana
Motowa kumanono y anagino tsuyu de
Sodate-agetaru kono midorigo wa
Yoi, yoi, yoito nai[10].

En Wakanoura los obreros cantan una canción de trabajo, la cual también se cree que surge de esta historia; la «Yanagi no Sé»:

Wakano urani wa meishoga gozaru
Ichini Gongen
Nini Tamatsushima
Sanni Sagari Matsu
Shini Shiogama
Yoi, yoi, yoi to na[11].

Una tercera *uta* nace de esta historia, y se suele cantar cuando los niños pequeños ayudan.

El carro no se podía mover cuando pasó enfrente de la casa de Heitaro, así que el pequeño Chiyodō fue obligado a ayudar, y todos cantaban:

Muzan naru kana
Motowa Kumanono yanagino tsuyu de
Sodate-agetaru kono midorigo wa
Yoi, yoi, yoito na[12]*!.*

El fantasma del pozo de las violetas[13]

En la agreste provincia de Yamato, próxima a sus límites, existe una bella montaña conocida como Yoshino-yama. No solo es famosa por la abundancia de flores de cerezo en primavera, sino que también es célebre por las sangrientas batallas que allí se entablaron. De hecho, Yoshino debería ser conocida por ser el escenario de batallas históricas. Cuando uno se encuentra en Yoshino, suele decir que «Caminamos entre la historia, ya que Yoshino es la historia misma». Próxima a Yoshino se alza otra montaña, conocida como Tsubosaka; y entre ellas dos se extiende el valle de Shimizutani, en el cual se encuentra el Pozo de las Violetas.

Con la llegada de la primavera, la hierba adquiere en este *tan*[14] un intenso color verde esmeralda, mientras el musgo crece exuberante sobre rocas y cantos rodados. Hacia finales de abril, enormes parches de flores silvestres de un profundo violeta cubren las zonas bajas del valle, mientras las laderas se tiñen de los tonos rosa y escarlata de las azaleas, de una manera que cualquier descripción empobrece.

Hace aproximadamente treinta años, una bella joven de diecisiete, llamada O-Shinge, se encaminaba a Shimizutani acompañada de cuatro sirvientas. Habían salido al campo a comer, y las cuatro estaban, cómo no, recogiendo flores silvestres. O-

Shinge era la hija de un *daimio* que vivía en la comarca. Tenía la costumbre de salir cada primavera a buscar flores, y a finales de abril venía a Shimizutani a recoger su flor favorita, la violeta conocida como *sumire*.

Las cinco jóvenes portaban cestas de bambú en las que acumulaban ansiosamente las flores, disfrutando de esa actividad como solo las jóvenes japonesas saben hacer. Rivalizaban por componer la cesta más bonita. Como no consiguieron todas las flores violetas que hubieran deseado, O-Shinge propuso lo siguiente:

—Vayamos al extremo norte del valle, donde se encuentra el Pozo de las Violetas.

Naturalmente, sus compañeras asintieron y todas salieron a la carrera —pues cada una de ellas estaba ansiosa por ser la primera en llegar—, riendo mientras corrían.

O-Shinge dejó atrás a las demás y llegó antes que nadie. Y al vislumbrar un enorme manojo de sus flores favoritas, del más profundo violeta y el más dulce olor, se apresuró ansiosa por hacerse con ellas antes de que las demás llegaran. Pero al extender su delicada mano para recogerlas —¡horror!—, una enorme serpiente de montaña alzó la cabeza desde su oscura madriguera. Tanto se asustó O-Shinge que perdió el sentido en el acto.

Mientras tanto, las otras muchachas habían dejado de correr, ya que sabían que a su señora le agradaría ser la primera en llegar. Así que se entretuvieron recogiendo las flores que más llamaban su atención y cazando mariposas, y llegaron quince minutos después de que O-Shinge se hubiera desvanecido. Al verla tendida en el suelo de esta guisa, un enorme temor de que estuviera muerta se adueñó de ellas, y su alarma se incrementó al ver una enorme serpiente esmeralda enrollada cerca de su cabeza.

Las cuatro gritaron, como hacen la mayoría de las jóvenes en tales circunstancias, pero una de ellas llamada Matsu, que no había perdido la cabeza como las otras, arrojó su cesta de flores a la serpiente. El animal, disgustado por el bombardeo, se desenrolló y

se fue deslizándose con la esperanza de encontrar un lugar más tranquilo. Las cuatro doncellas se inclinaron entonces sobre su joven señora. Frotaron sus manos y le arrojaron agua sobre el rostro, sin obtener ningún resultado. La bella faz de O-Shinge estaba cada vez más pálida, mientras que sus rojos labios adoptaban esa tonalidad purpúrea que es señal de que la muerte se avecina. Las damas estaban afligidas, las lágrimas caían por sus mejillas. No sabían qué hacer, ya que eran incapaces de cargarla en sus brazos. ¡Qué terrible situación!

Justo en ese momento escucharon la voz de un hombre a su espalda.

—¡No desesperéis! Si me lo permitís, puedo hacer que la joven dama recupere la consciencia.

Las muchachas se giraron y descubrieron a un joven extraordinariamente apuesto de pie sobre la hierba, no muy lejos de donde se encontraban. Tenía la apariencia de un ángel celestial. Sin decir una palabra más, el joven se aproximó a la postrada figura de O-Shinge y, tomando su mano en la suya, le buscó el pulso. Ninguna de las sirvientas trató de interferir en esta violación de la etiqueta. Él no había pedido permiso para proceder así, pero su actitud era tan gentil y compasiva que nada podían objetar. El extraño examinó a O-Shinge cuidadosamente y en silencio. Al terminar la exploración, sacó de su bolsillo una pequeña caja de medicinas, y vertiendo un poco de polvo blanco de la caja en un papel, dijo:

—Soy médico de un pueblo cercano, y vengo de visitar a un paciente del extremo del valle. Por fortuna he regresado por este camino, y puedo ayudaros a salvar la vida de vuestra señora. Suministradle esta medicina mientras busco y doy muerte a la serpiente.

O-Matsu-san le hizo tragar la medicina a su señora, disuelta en un poco de agua, y en unos pocos minutos esta comenzó a recuperarse. Poco después, el médico regresó con la serpiente, que colgaba muerta de un palo.

—¿Es esta la serpiente que visteis tumbada al lado de vuestra joven ama? —les preguntó.

—Sí, sí —gritaron—. Es esa horrible criatura.

—Entonces —dijo el doctor—, es una suerte que haya aparecido, ya que es muy venenosa, y me temo que vuestra señora habría muerto si yo no hubiese llegado a tiempo y le hubiese suministrado la medicina. ¡Ah! Ya veo que está surtiendo efecto y que la bella dama se está recuperando.

Al escuchar la voz del joven, O-Shinge se incorporó y dijo:

—Mi señor, ¿podría preguntar a quién le debo el haberme devuelto la vida?

El médico no le respondió, pero en su rostro se dibujó una sonrisa de satisfacción, y le hizo una profunda y respetuosa reverencia como solo un japonés sabe hacer. Luego partió tan silenciosa y humildemente como había llegado, desapareciendo en la espesa niebla que siempre se forma en las tardes de primavera en el valle de Shimizu.

Las cuatro doncellas ayudaron a su señora a regresar a casa, a pesar de que no necesitaba ninguna ayuda, pues la medicina le había hecho mucho bien y se sentía con fuerzas renovadas. Los padres de O-Shinge estaban muy agradecidos por la recuperación de su hija. Sin embargo, el nombre del joven y apuesto benefactor permanecía en el anonimato para todos excepto para la joven sirvienta Matsu.

Durante los cuatro días siguientes, O-Shinge se encontró bastante bien; pero al llegar el quinto, por alguna extraña razón, se quedó en la cama aduciendo que se encontraba indispuesta. Apenas dormía y no deseaba hablar con nadie, pues únicamente quería pensar, pensar y pensar. Ni su padre ni su madre podían dictaminar qué clase de enfermedad la afligía, ya que no tenía indicios de fiebre. Hicieron llamar a un gran número de médicos, pero ninguno de ellos supo decir qué le ocurría a la joven. Simplemente observaron que cada día que pasaba, su salud se debilitaba más y más. Asano Zembei, el padre de O-Shinge, tenía el

corazón roto, lo mismo que su esposa. Lo habían intentado todo, hasta lo más mínimo, para curar a la pobre O-Shinge, pero no habían hallado remedio.

Un día Matsu solicitó una audiencia con Asano Zembei, quien, por otra parte, era el jefe del clan familiar, un *daimio* y un noble importante. Zembei no tenía por costumbre escuchar la opinión de sus sirvientes, pero sabiendo que Matsu era muy leal a su hija y que la quería tanto como él, consintió en escucharla. Así que Matsu fue llevada a su presencia.

—Oh, señor —dijo la sirvienta—, si me permitieseis buscar un médico para vuestra hija, os prometo que encontraré al único capaz de curarla.

—¿En qué lugar de la Tierra podrías encontrar a un médico así? ¿Acaso no hemos traído a los mejores médicos de la provincia, e incluso a algunos de la capital? ¿Dónde lo buscarías?

—Mi señor —respondió Matsu—, mi señora O-Shinge no está sufriendo ninguna enfermedad que pueda curarse con medicinas; ni aunque se las suministrasen por litros. En estos casos, los doctores son inútiles. Sin embargo, conozco uno que podría curarla. La aflicción que sufre mi señora es del corazón. Es por amor que sufre mi señora; sufre así desde el día en que este joven salvó su vida tras la mordedura de una serpiente.

Entonces Matsu relató los detalles de su aventura durante la excursión, pues O-Shinge había pedido a sus criadas que guardaran silencio, temiendo que no se les permitiera volver al valle del Pozo de las Violetas de nuevo.

—¿Cómo se llama ese médico? —preguntó Asano Zembei—. ¿Y quién es?

—Señor —respondió Matsu—, es el doctor Yoshisawa, un joven muy guapo, con los modales más exquisitos; pero es de baja cuna, ya que se trata de un *eta*[15]. Por favor, mi señor, pensad en el doliente corazón de mi joven señora, lleno de amor por el hombre que salvó su vida, y no os preocupéis, pues es un joven muy agraciado y tiene los modales de un orgulloso samurái. La única

cura para su hija, señor, es que le permitáis casarse con su amor.

La madre de O-Shinge se sintió terriblemente afligida al oír todo esto. Ella conocía bien, quizás por experiencia, la enfermedad que causa el amor. Lloró, y le dijo a Zembei:

—Me encuentro tan apenada como vos, mi señor, por el terrible infortunio que nos atañe, pero no puedo ver a mi hija morirse. Permítenos comunicarle que realizaremos pesquisas sobre el hombre al que ama, para ver si podemos hacer de él nuestro yerno. En cualquier caso, es costumbre hacer indagaciones, que habrán de prolongarse durante varios días; y en ese tiempo nuestra hija podría recobrarse lo suficiente como para ser capaz de aceptar que no podemos consentir a su amor como nuestro yerno.

Zembei estuvo de acuerdo, y Matsu prometió no contar nada de la entrevista a su señora. La madre de O-Shinge habló con su hija y le comunicó que, aunque su padre no había consentido aún el matrimonio, había prometido hacer indagaciones sobre Yoshisawa. Al oír esta noticia, O-Shinge volvió a comer y recuperó muchas de sus fuerzas. Diez días después, y en compañía de su madre, fue llamada a la presencia de su padre.

—Mi dulce hija —dijo Zembei—, he realizado cuidadosas averiguaciones sobre tu amado, el doctor Yoshisawa. Me duele mucho decirte que yo, tu padre y cabeza de nuestra familia, no puedo consentir tu matrimonio con alguien de tan baja estirpe como Yoshisawa, quien, a pesar de su bondad, ha salido de entre los *eta*. No quiero oír más sobre este asunto. Un compromiso así es imposible para la familia Asano.

Nadie se atrevió a decir nada más. En Japón, el cabeza de familia tiene la última palabra. La pobre O-Shinge hizo una reverencia a su padre y regresó a sus aposentos, donde lloró amargamente. Matsu, la fiel sirvienta, lo intentó todo para consolarla. A la mañana siguiente, para el asombro de toda la casa, nadie fue capaz de encontrar a O-Shinge. Se la buscó por todos los lados; incluso el doctor Yoshisawa participó en la búsqueda. Al tercer día de su desaparición, uno de los que la buscaban miró en el

Pozo de las Violetas y descubrió el cuerpo de la pobre O-Shinge flotando en el agua. Dos días más tarde fue enterrada, y ese mismo día Yoshisawa se arrojó también al pozo.

La gente cree que incluso hoy, en las húmedas noches de tormenta, es posible ver al fantasma de O-Shinge flotando sobre el pozo, mientras que algunos juran haber oído a un joven llorando en el valle de Shimizutani.

La historia sobrenatural de la tumba de la flauta[16]

Hace mucho tiempo, en una pequeña y apartada aldea llamada Kumedamura, aproximadamente ocho millas al sureste de la ciudad de Sakai, en la provincia de Idsumo, fue erigida una tumba, conocida como Fuezuka o la tumba de la flauta, que hasta el día de hoy congrega a muchas personas que se acercan a ella a rezar, llevando flores y varillas de incienso, que son depositadas como ofrenda al espíritu del hombre que se encuentra allí enterrado. Todos los años, la gente se congrega allí. Y no hay estación en la que no se reúnan.

La tumba Fuezuka está situada en un gran estanque llamado Kumeda, de cinco millas de diámetro, y todos los lugares que lo rodean son llamados así, y de él toma su nombre la aldea de Kumeda. ¿A quién pertenece esa tumba para que atraiga tantas simpatías? La tumba en sí misma es un simple pilar de piedra de escaso valor artístico. Ni siquiera está situada en un enclave interesante; hasta llegar a las montañas de Kyushu, todo es plano y feo. Voy a tratar de contaros la historia del que yace en esa tumba.

Hace setenta u ochenta años, vivía cerca del estanque, en la aldea de Kumedamura, un *amma*[17]: llamado Yoichi. Yoichi era muy popular entre los lugareños, pues además de honesto y amable, era un maestro en el arte del masaje; tratamiento indispensable para

cualquier japonés. Sería muy difícil, de hecho, encontrar un pueblo que no cuente con su propio *amma*. Yoichi era ciego, y como todos los hombres de su profesión, portaba una vara de hierro y una flauta o *juezukar*, el bastón lo guiaba en su camino y la flauta le servía para advertir que estaba libre para trabajar. Tan buen *amma* era que siempre estaba ocupado y, por consiguiente, además de una buena cantidad de dinero, tenía una pequeña casita de su propiedad y un criado que le cocinaba. A un corto trecho de la casa de Yoichi había una pequeña casa de té, enclavada en la orilla del estanque. La tarde de un cinco de abril, en la estación de las flores del cerezo, cuando ya oscurecía, Yoichi regresaba a su hogar tras haber trabajado durante todo el día. Su camino lo llevaba cerca del estanque. Al llegar allí escuchó los sollozos de una joven que lloraba con tono lastimero. Yoichi se detuvo a escuchar durante un breve instante, y por lo que pudo oír dedujo que la muchacha estaba a punto de suicidarse arrojándose al agua. Pero, justo en el momento en que la joven se zambullía en las aguas, Yoichi la agarró del vestido y la arrastró fuera.

—¿Quién eres, qué problema te aflige para que desees la muerte? —le preguntó.

—Me llamo Asayo y soy una de las doncellas de la casa de té —le respondió—. Me has visto antes, me conoces bien. Has de saber que no puedo vivir con la miseria que me pagan. No he comido nada en dos días y me siento cansada de la vida.

—¡Venga, venga! —dijo el ciego—. Seca tus lágrimas. Te llevaré a mi casa, y haré lo que pueda por ayudarte. Solo tienes veinticinco años, y me han dicho que eres una joven bonita. ¡Quizás puedas casarte! En cualquier caso, te pondré a mi cuidado, y no tendrás que pensar más en quitarte la vida. Ven conmigo y haré que te den de comer y que te proporcionen ropas secas.

Así fue como Yoichi llevó a Asayo a su hogar.

Unos meses después contrajeron matrimonio. ¿Y fueron felices? Bueno, deberían de haberlo sido, ya que Yoichi trataba a su mujer con la mayor bondad. Sin embargo, ella no correspondía a su

marido. Era egoísta, temperamental e infiel. A ojos de los japoneses, la infidelidad es el peor de los pecados. Y cuánto peor no será cuando uno se aprovecha de un cónyuge que además es ciego.

Tres meses después de que Yoichi y Asayo se casaran, en el calor de agosto, llegó a la aldea una compañía de actores. Entre ellos se encontraba Sawamura Tamataro, de cierta fama en Asakusa. Asayo, que era muy aficionada al teatro, malgastaba su tiempo y el dinero de su marido en acudir a las representaciones. En menos de dos días se había enamorado perdidamente de Tamataro, a quien le regalaba el dinero conseguido con tanto esfuerzo por su marido ciego. Además, le escribía cartas de amor y le pedía permiso para visitarlo. De esta manera, la mujer se deshonraba.

Las cosas fueron de mal en peor. Los encuentros secretos entre Asayo y el actor escandalizaban al vecindario. Y como suele ocurrir en tales casos, el marido fue el último en enterarse. A menudo, cuando el marido regresaba a casa, el actor aún estaba allí. Entonces, sin hacer ruido, Asayo le ayudaba a salir en secreto, y a veces, incluso, se iba con él. Todos sentían pena por Yoichi, pero nadie deseaba contarle nada sobre la infidelidad de su esposa.

Un buen día, Yoichi fue a hacer un masaje a un cliente y este lo puso al corriente de la conducta de su mujer. Yoichi no podía creérselo.

—Pues sí, es verdad —le dijo el hijo de su cliente—. Ahora mismo el actor Tamataro se encuentra con tu esposa. En cuanto saliste de casa, se coló allí. Lo hace todos los días, y lo vemos todos. Nos sentimos apenados por ti y nos aflige que se aprovechen de tu ceguera. Nos gustaría ayudarte a castigarla.

A Yoichi se le rompió el corazón al comprender que sus amigos hablaban en serio; pero, aunque ciego, no estaba dispuesto a aceptar ayuda para castigar a su esposa. Regresó a casa tan rápido como su ceguera se lo permitió, tratando de no hacer ruido con su bastón.

Al llegar a casa, Yoichi se encontró con que la puerta estaba cerrada por dentro. Entonces se dirigió a la puerta de atrás y

descubrió que también esta estaba cerrada. No había manera de entrar en la casa sin forzar una puerta y hacer ruido. Yoichi estaba furioso, pues sabía que su mujer y su amante se encontraban en el interior de su casa; en ese momento hubiera querido matarlos. Un gran vigor se apoderó de él, y poco a poco fue trepando hasta alcanzar el tejado de la casa. Una vez arriba, intentó colarse a través del *tem-mado*[18]. Desgraciadamente, la cuerda de paja a la que se agarraba estaba podrida, y cedió, con lo cual Yoichi se precipitó al vacío y cayó sobre el *kinuta*[19]. Se fracturó el cráneo y murió en el acto.

Asayo y el actor, al escuchar el estruendo, salieron a ver qué ocurría, y se alegraron bastante al encontrar al pobre Yoichi muerto. No dieron parte de la muerte hasta el día siguiente, cuando dijeron que Yoichi se había caído escaleras abajo y se había matado. Lo enterraron con una prisa indecente, y sin guardarle el respeto debido. Como Yoichi no tenía hijos, sus propiedades, de acuerdo con la ley japonesa, pasaron a manos de su mala esposa. Apenas habían transcurrido unos meses cuando Asayo y el actor se casaron. Aparentemente eran muy felices, aunque ninguno de los habitantes de la aldea de Kumeda sentía simpatía por ellos, disgustados como estaban por su comportamiento hacia el pobre masajista ciego.

Pasaron los meses y nada relevante aconteció en la aldea. Nadie se preocupaba ya por Asayo y su esposo; y a ellos no les preocupaban los demás, pues tan solo se interesaban por ellos mismos. Las malas lenguas se cansaron de hablar de la pareja y, como todas las historias de un día, la del masajista ciego, su mujer y Tamataro pasó al olvido.

Aunque, mientras el espíritu de los muertos injuriados permanezca sin vengar, algo así nunca se puede afirmar.

Al norte, en una de las provincias occidentales, en una pequeña aldea llamada Minato, vivía uno de los amigos de Yoichi, que estaba muy unido a él. Se llamaba Okuda Ichibei. Él y Yoichi habían ido juntos a la escuela, y cuando Ichibei se fue al noroeste, se

prometieron que nunca se olvidarían, y que se ayudarían el uno al otro en tiempos de necesidad. Así, cuando Yoichi se quedó ciego, Ichibei volvió a Kumeda para ayudarlo a comenzar con su negocio de *arrima*, y lo hizo dándole una casa en la que vivir, una casa que había pertenecido a Ichibei. El destino quiso que Ichibei acudiera de nuevo a auxiliar a su amigo.

En esa época, las noticias viajaban lentamente, e Ichibei no sabía nada del matrimonio de su amigo, y menos aún de su muerte. Juzgad cuál sería su sorpresa cuando una noche, al despertarse, encontró de pie al lado de su lecho a un hombre al que, al cabo de un rato, reconoció como su amigo Yoichi.

—¡Caramba, Yoichi, me alegro de verte! —le dijo—. ¡Pero qué tarde has llegado! ¿Por qué no me has hecho saber que venías? Me habría quedado levantado para recibirte y prepararte un refrigerio caliente. Pero no te preocupes, llamaré a un sirviente, y todo estará dispuesto tan rápido como sea posible. Mientras tanto, sentémonos y cuéntame cómo te han ido las cosas y por qué has emprendido tan largo viaje. Atravesar las montañas y las regiones salvajes que separan esta provincia de Kumeda es, en el mejor de los casos, un asunto difícil; y para alguien que es ciego, un milagro.

—Ya no me encuentro entre los vivos —respondió el fantasma de Yoichi (pues se trataba de un fantasma)—. De hecho, soy el espíritu de tu amigo Yoichi, y no alcanzaré la paz hasta que sea vengado de la gran ofensa que se me ha infligido. He venido a rogarte que me ayudes a alcanzar la paz. Si me hicieras el favor de escucharme, te contaría toda mi historia, y entonces podrías actuar como mejor dispongas.

Ichibei estaba muy sorprendido, y además, por qué no decirlo, un poquito asustado al descubrir que se encontraba ante la presencia de un fantasma; pero era un hombre valiente, y Yoichi había sido su amigo. Sintió una gran pena al conocer la muerte de Yoichi, y se dio cuenta de que la inquietud de su espíritu se debía a que había sido ofendido. Ichibei decidió entonces que no solo escucharía su historia, sino que también vengaría a su amigo, y así lo dijo.

Entonces el fantasma le contó todo lo que había sucedido desde que se instaló en la casa de Kumedamura. Le contó de su éxito como masajista; de cómo había salvado la vida de Asayo, a la que había llevado a su casa, y se había casado con ella; de la llegada de la maldita compañía teatral en la que trabajaba el hombre que había arruinado su vida; de su muerte y de su apresurado entierro; y del matrimonio de Asayo con el actor.

—He de ser vengado. ¿Me ayudarás a descansar en paz? —dijo para concluir.

Ichibei lo prometió. Entonces el espíritu de Yoichi desapareció, e Ichibei se volvió a dormir de nuevo.

A la mañana siguiente, Ichibei pensó que había estado soñando, pero rememoró la visión y la narración de una manera tan clara que se dio cuenta de que había sido real. De repente, al darse la vuelta para levantarse, vislumbró el brillo de un objeto metálico que reposaba al lado de su almohada. Se trataba de la flauta del *amma* ciego. El nombre de Yoichi estaba grabado en ella. Ichibei decidió partir para Kumedamura y verificar personalmente todo lo que le había contado Yoichi.

En aquellos tiempos, en los que no existía el ferrocarril y no había calesas por doquier, viajar era lento. A Ichibei le llevó diez días llegar a Kumedamura. Inmediatamente se dirigió a la casa de su amigo Yoichi, donde le contaron la misma historia de nuevo, aunque, naturalmente, en otros términos. Asayo le dijo:

—Sí, él salvó mi vida. Estábamos casados y yo ayudaba a mi marido ciego en todo. Pero, ¡ay!, un mal día confundió la escalera con una puerta, precipitándose y muriendo en la caída. Ahora estoy casada con un gran amigo suyo, un actor llamado Tamataro, a quien puedes ver aquí.

Ichibei sabía que el fantasma de Yoichi no iba a aparecerse para contar mentiras y pedir venganza injustamente. Por lo tanto, continuó hablando con Asayo y su marido, escuchando sus patrañas y preguntándose cuál sería la forma más adecuada de proceder. Y así dieron las diez, y las once. Pero de repente, al dar las doce,

mientras Asayo juraba por sexta o séptima vez que había hecho todo lo humanamente posible por su marido, se levantó un viento huracanado acompañado del sonido de la flauta del *amma*, justo como Yoichi la tocaba; fue tan inequívoco que Asayo gritó de terror. Al principio era un sonido lejano, pero poco a poco se fue aproximando, hasta que finalmente resonó en la misma habitación. En ese momento, una ráfaga de aire frío penetró por el *tem-mado*, y el fantasma de Yoichi apareció justo debajo, como un frío y pálido espectro de cara triste y titilante. Tamataro y su esposa intentaron incorporarse y salir corriendo de la casa, pero descubrieron que sus piernas no les respondían, tal era el miedo que sentían. El actor agarró una lámpara y la arrojó contra el espectro, pero el fantasma no se movió de donde estaba. La lámpara lo atravesó, y se rompió, prendiendo fuego a la casa, que ardió rápidamente debido al viento que alimentaba sus llamas.

Ichibei pudo escapar, pero ni Asayo ni su marido pudieron moverse, y las llamas los consumieron ante la presencia fantasmal de Yoichi. Sus alaridos sonaron desgarradores.

Ichibei recogió todas las cenizas del incendio y las depositó en una tumba. En otra tumba enterró la flauta del *amma*, y levantó en el área donde había estado la casa un monumento consagrado a la memoria de Yoichi, que se conoce como *Fuezuka no Kwaidan*[20].

El templo encantado de la provincia de Inaba[21]

Alrededor de 1680, cerca del pueblo de Kisaichi, provincia de Inaba, en una montaña cubierta de pinos silvestres, se alzaba un antiguo templo. El templo estaba enclavado en lo alto de un desfiladero rocoso. Tan altos y espesos eran los árboles del lugar que no dejaban pasar la luz del día entre sus ramas, ni siquiera cuando el sol se encontraba en su cenit. Hasta donde les alcanzaba la memoria, los viejos del lugar recordaban que el templo estaba encantado por un *shito dama* y por el fantasma con forma de esqueleto de algún antiguo sacerdote que allí vivió, o eso creían ellos. Muchos sacerdotes habían intentado vivir en el templo y fijar allí su residencia; pero todos perecieron. Nadie que pasara la noche allí amanecía con vida. Finalmente, en el invierno de 1701, llegó al pueblo de Kisaichi un sacerdote que se encontraba de peregrinaje. Su nombre era Jogen, y era nativo de la provincia de Kai.

Jogen había venido a visitar el templo encantado, pues era aficionado al estudio de tales cosas. Aunque creía en el regreso de las ánimas en forma de *shito dama*, no creía en fantasmas. De hecho, estaba ansioso por ver un *shito dama*, y además, deseaba tener un templo de su propiedad. En este templo de montaña, cuyo pasado de miedo y muerte evitaría que la gente lo visitara y que los sacerdotes lo habitaran, él había visto su oportunidad. Así que una

fría tarde de diciembre emprendió el camino al pueblo, y al llegar, entró en una posada para comer arroz y para informarse de todo lo que pudiera acerca del templo.

Jogen no era ningún cobarde; al contrario, era un valiente, y realizó todas las pesquisas con la mayor tranquilidad.

—Señor —dijo el posadero—. Su Reverencia debe abandonar la idea de ir a ese templo, ya que le acarrearía la muerte. Muchos buenos sacerdotes intentaron pasar la noche allí, y todos y cada uno fueron encontrados sin vida a la mañana siguiente; o murieron al despuntar el alba sin recobrar el conocimiento. Es inútil intentar desafiar de ese modo al espíritu maligno que mora en el templo. Os ruego, señor, que abandonéis vuestro propósito. Aunque nos gustaría mucho tener un templo aquí, no deseamos más muertes, y a menudo hemos considerado la idea de quemar el templo maldito y levantar uno nuevo.

A pesar de todo, Jogen seguía firme en su decisión de encontrar y ver al fantasma.

—Amable señor —le respondió—, aunque busquéis protegerme, es mi propósito ver un *shito dama*, y si mis oraciones pueden aplacarlo, reabrir el templo y conocer las historias que relatan los libros que sin duda se ocultan en él. Aunque mayormente deseo convertirme en el sacerdote principal del lugar.

El posadero desistió en su empeño de disuadir al monje, y accedió a que su hijo lo acompañara como guía a la mañana siguiente, acarreando las provisiones para la jornada.

El día amaneció espléndido, y Jogen se levantó temprano para hacer los preparativos. Kosa, el hijo del posadero, que rondaba los veinte años, estaba doblando cuidadosamente y atando la ropa de cama del sacerdote mientras hervía el arroz suficiente para dos días enteros. Habían decidido que Kosa, tras dejar al sacerdote en el templo, regresaría al pueblo; ya que, al igual que los demás aldeanos, se negaba a pasar la noche en un lugar maldito. Sin embargo, tanto él como su padre se comprometieron a ir hasta el templo al día siguiente para comprobar que Jogen se encontraba

bien, o como alguien dijo irónicamente: «Para bajar su cuerpo y darle un funeral apropiado y un entierro digno». A Jogen le hizo mucha gracia el comentario, y poco después abandonó el pueblo con Kosa como porteador y guía.

La garganta en la que el templo estaba situado era agreste y escarpada. El musgo crecía espeso y cubría por entero las rocas, que estaban desparramadas por doquier. Cuando habían hecho ya la mitad del camino, Jogen y su compañero se detuvieron a descansar y comer. Pronto escucharon voces de gente que ascendía, y poco después se encontraron con el posadero y con los ocho o nueve lugareños de más edad del pueblo.

—Os hemos seguido —les dijo el posadero— para intentar disuadiros una vez más de ir de cabeza hacia una muerte segura. Es cierto que nos gustaría ver el templo abierto y al fantasma apaciguado; pero no deseamos que sea a costa de otra vida. ¡Por favor, reconsideradlo!

—No voy a cambiar de opinión —contestó el sacerdote—. Además, esta es la oportunidad de mi vida. Los ancianos de tu aldea me han prometido que, si soy capaz de apaciguar al espíritu y reabrir el templo, seré el sumo sacerdote del lugar, que a partir de ese momento será célebre.

Jogen rehusó escuchar el consejo de nuevo, y se rio de los temores de los lugareños. Echándose al hombro los paquetes que antes había llevado Kosa, le dijo:

—Ve y vuelve con el resto. Desde aquí, podré seguir yo solo fácilmente. Me gustaría que volvieses mañana con los carpinteros, ya que sin duda el templo se encontrará en un lamentable estado y requerirá reparaciones, tanto dentro como fuera. Ahora, amigos, debo despedirme de vosotros. Hasta mañana, adiós. No tengáis miedo por mí, yo no lo tengo.

Los lugareños realizaron profundas reverencias. Estaban enormemente impresionados por la valentía de Jogen, y deseaban que saliera indemne y se convirtiera en su nuevo sacerdote. Jogen les devolvió la reverencia, y continuó su ascenso. Los otros se

quedaron allí observando su marcha hasta que se perdió de vista, y entonces volvieron sobre sus pasos hacia el pueblo. Kosa agradecía a la buena fortuna el no haber tenido que guiar al sacerdote hasta el templo y tener que regresar solo al anochecer. Una cosa era caminar al lado de otras personas, junto a las que se sentía todo un valiente, y otra distinta encontrarse solo bajo la penumbra de este bosque salvaje y en las cercanías del templo encantado.

Después de subir un poco más, Jogen pudo vislumbrar el templo, que parecía colgar sobre su cabeza de lo escarpada que era la montaña. Lleno de curiosidad, el sacerdote apuró el paso, ajeno al peso de la carga. Un cuarto de hora después alcanzó jadeando la explanada sobre la que se levantaba el templo, la cual, al igual que el propio templo, había sido construida sobre andamios de madera.

De un primer vistazo Jogen pudo apreciar que el templo era enorme, pero la falta de cuidados había causado un gran deterioro. La hierba crecía alta todo alrededor, y los húmedos y empapados soportes estaban cubiertos por hongos y enredaderas; de hecho estaban tan deteriorados que el sacerdote comentó en sus notas aquella tarde que no sentía tanto temor por los espíritus como por el estado de las columnas que soportaban el edificio. Con cautela, Jogen penetró en el templo y se encontró con una estatua de Buda extraordinariamente grande y cubierta de pan de oro, junto a las estatuas de otros santos. Había también refinados bronces y vasijas, tambores cuyos parches se habían podrido, *koros*[22] y otras cosas valiosas y sagradas. Tras el templo estaban las estancias de los sacerdotes; evidentemente, antes de la aparición del fantasma, el templo habría contado con la presencia de cinco o seis sacerdotes que lo atendían, al igual que a las personas que venían a rezar.

La oscuridad era opresiva, y como el ocaso se estaba aproximando Jogen consideró encender una luz. Desempacando su fardo, llenó una lámpara de aceite, y encontró en el templo soportes para las velas que traía consigo. Tras colocar una a cada lado de la estatua de Buda, rezó con fervor durante dos horas, durante las

cuales oscureció completamente. Luego tomó un simple plato de arroz, y se sentó a observar y escuchar. Para poder ver el interior y el exterior del templo a la vez, se había sentado en la galería. Escondido tras una vieja columna, esperó. Aunque en su fuero interno no creía en fantasmas, se encontraba ansioso, como escribió en sus notas, por ver un *shito dama*. Durante cerca de dos horas no oyó nada. El viento suspiraba alrededor del templo y a través de los troncos de los altos árboles. Un búho ululaba de vez en cuando. Los murciélagos entraban y salían volando. Incluso pudo ver un zorro, o un tejón.

El sacerdote estaba ya desilusionado. Pero al dirigir su mirada hacia donde se escuchaba el crujido de unas hojas, pudo ver la forma clara e inconfundible de un *shito dama*. Primero se desplazó en una dirección, luego en la contraria. Lo hacía de forma errática, como si estuviese acechando, y emitía un sonido como un zumbido distante; ¡pero horror de los horrores!, ¿qué era aquello que se erguía sobre los arbustos?

Al sacerdote se le heló la sangre. ¡Allí se alzaba un fulgente esqueleto ataviado con los sueltos ropajes de un sacerdote, de mirada penetrante y piel apergaminada! Permaneció así sin moverse durante un rato; pero en cuanto el *shito dama* se elevó hacia lo alto, el fantasma se dirigió hacia él, a veces visible, a veces no. El *shito dama* se elevaba cada vez más, hasta que finalmente el fantasma llegó hasta la base de la gran efigie de Buda y se encaró con Jogen. Un sudor frío cubrió su frente, el miedo le helaba los huesos; estaba tan conmocionado que apenas podía soportarlo. Mordiéndose la lengua para evitar gritar, corrió hacia la habitación en la que había dejado su lecho y, tras encerrarse en ella, se dispuso a mirar a través de una grieta entre los tablones. ¡Sí! Allí seguía la figura del fantasma, sentado aún al lado del Buda, pero el *shito dama* había desaparecido.

Jogen tenía todos sus sentidos alerta; pero el miedo paralizaba su cuerpo, y sintió que ya no era capaz de moverse. Continuó tumbado, espiando a través de la grieta. El fantasma se sentó,

moviendo la cabeza a derecha e izquierda, y hacia arriba. Durante una hora entera, la situación continuó sin cambios. Entonces el zumbido se reanudó de nuevo, y el *shito dama* reapareció trazando círculos una y otra vez alrededor de la figura fantasmal, hasta que esta se desvaneció, aparentemente dentro del *shito dama*. Este, tras volar alrededor de las estatuas sagradas tres o cuatro veces, desapareció repentinamente de la vista.

A la mañana siguiente, Kosa y otros cinco hombres llegaron al templo. Allí encontraron al sacerdote vivo pero paralizado: no podía moverse ni articular palabra. Lo trasladaron al pueblo, pero murió por el camino, antes de llegar a su destino. Tomaron buena nota de los escritos del sacerdote y nadie más se presentó voluntario para vivir en el templo, el cual, dos años más tarde, fue golpeado por un rayo que lo incendió hasta los cimientos.

Mientras revolvían entre los escombros en busca de bronces o budas de metal, los lugareños se encontraron con un esqueleto enterrado, a un pie tan solo de la superficie, cerca de los arbustos donde el sacerdote había escuchado los crujidos.

Indudablemente, el fantasma y el *shito dama* pertenecían a un sacerdote que había sufrido una muerte violenta y no había podido descansar. Los huesos fueron debidamente enterrados y se ofrecieron oraciones en su honor, y nunca más se supo del fantasma.

Todo lo que resta del templo son los pedestales cubiertos de musgo de los antiguos cimientos.

Una carpa enseña una lección de perseverancia[23]

Entre los años 1750 y 1760 vivió en Kioto un gran pintor llamado Maruyama Okyo. Como sus pinturas alcanzaban los más altos precios en aquella época, Okyo no tenía únicamente una gran cantidad de admiradores, sino que además contaba con muchos discípulos que se esforzaban por asimilar su estilo. Entre todos había uno llamado Rosetsu que finalmente se convertiría en el mejor de todos ellos.

Cuando Rosetsu llegó a la escuela de Okyo era, con mucho, el más desganado e incapaz de todos los discípulos con los que el célebre pintor hubiera tenido que lidiar nunca. Su aprendizaje era tan lento que los alumnos que habían llegado a la escuela un año después pronto lo aventajaron. Era ese tipo de alumno más aplicado que brillante, que tiene que trabajar muy duro, mucho más que los demás, y que algunas veces parece ir hacia atrás en lugar de hacia delante, como si los mismos dioses estuvieran en su contra. Siento la más profunda simpatía hacia Rosetsu. Yo mismo cuando escribo siento que soy malo, y cuanto más escribo, mayor es mi certeza de lo mal que lo hago. En cambio Rosetsu alcanzó por fin la maestría gracias al ánimo que le proporcionó contemplar la perseverancia de una carpa.

Muchos de los alumnos que habían entrado en la escuela de

Okyo después de Rosetsu la habían dejado ya tras haberse convertido en unos pintores ciertamente buenos. El pobre Rosetsu era el único que no había conseguido progreso alguno en tres años. Tan desconsolado se encontraba, y tan pocos ánimos le ofrecía su maestro que, al final, una tarde, triste y abatido, habiendo renunciado a toda esperanza de llegar a ser un gran pintor, abandonó la academia sin decirle nada a nadie, con la intención de volver a su casa o de matarse por el camino. Marchó a pie durante toda la noche, pero cuando se encontraba prácticamente a medio camino, se derrumbó sobre la nieve, bajo los pinos, vencido por el hambre y el sueño.

Unas horas antes del amanecer se despertó, sintiendo unos extraños ruidos a no más de treinta pasos de donde se encontraba. Como no podía distinguir de qué se trataba, se incorporó, escudriñando consternado el lugar de donde provenía aquel sonido como de salpicaduras de agua. En cuanto clareó un poco, Rosetsu descubrió que el sonido era producido por una carpa de gran tamaño que saltaba una y otra vez fuera del agua tratando de alcanzar un trozo de *sembei*[24] abandonado sobre la superficie helada de un estanque próximo a donde él se encontraba. Durante cerca de tres horas el pez estuvo saltando de esta manera sin conseguir nada, cortándose y golpeándose contra los bordes del hielo mientras la sangre fluía allí donde había perdido las escamas. Rosetsu observó su persistencia con admiración. El pez lo intentaba por todos los medios imaginables. Algunas veces atacaba con resolución la placa de hielo donde la galleta reposaba, cargando directamente de abajo arriba; otras veces daba un gran salto en el aire, con la esperanza de ir rompiendo al caer trocitos de hielo hasta alcanzar la *sembei*. Y de hecho fue de esta manera como la carpa pudo obtener su premio; sangrando y herida, su obstinada perseverancia se había visto recompensada.

Rosetsu, vivamente impresionado, reflexionó de este modo mientras veía cómo la carpa se alejaba con su premio: «Sí», se dijo a sí mismo, «esto me ha servido de lección. Seré como esta carpa y

no regresaré a casa hasta que haya alcanzado mi propósito. Mientras tenga un hálito en mi cuerpo, no cejaré en mi empeño. Trabajaré más que antes, y no importa si no consigo progresos, continuaré con mi trabajo hasta alcanzar mi propósito o moriré en el intento».

Tras tomar esta decisión, Rosetsu entró en el templo más cercano y rezó por su éxito; asimismo, agradeció a la deidad local haber sido capaz de ver mediante la perseverancia de la carpa el camino que debía seguir en la vida.

Finalmente, Rosetsu regresó a la escuela y, tras contarle a su maestro Okyo la historia de la carpa, le confesó su determinación. Okyo se alegró enormemente al oír la historia y ayudó en todo lo que pudo a su alumno. Esta vez Rosetsu progresó hasta convertirse en un pintor famoso, el alumno más aventajado que Okyo jamás hubiera tenido. De hecho, llegó a ser tan bueno como su maestro, y acabó convirtiéndose en uno de los mejores pintores de Japón.

Rosetsu adoptó como símbolo la carpa que salta.

Leyendas contadas por un pescador en el lago Biwa, en Zeze

Cada vez que pescaba en el lago Biwa, o cazaba en sus proximidades —ya que disparar no está permitido en el lago por considerarlo sagrado—, solía hacer de la aldea de Zeze mi cuartel general. Justo en la orilla del lago se levanta la cabaña de un pescador muy pero que muy anciano que vive con sus hijos. Han construido un pequeño malecón para sus barcas. Próxima a un solitario sauce se alza su cabaña entre la alta hierba, pues no cultivan la tierra. La razón para no hacerlo es que son ricos, o comparativamente ricos, pues poseen una inmensa nasa que se extiende a lo largo de una milla en el lago, y que es contraria a cualquier idea civilizada de conservación del medioambiente. Hace más o menos cien años compraron los derechos al *daimio* que gobernaba sobre el castillo de Zeze —en todo caso se trata de mis propios cálculos, ya que nunca me he informado sobre ello—. La nasa captura el suficiente pescado para mantener a cuatro familias enteras.

Allí conocí dos o tres leyendas interesantes —*hechos reales* como solía decir el anciano pescador—. Me las relataron él y su hijo mientras examinaban la nasa y yo me sentaba bajo la sombra del sauce para pescar… historias.

—Seguramente Danna-san no está interesado en las historias de

antaño. Hoy en día ni siquiera a mis hijos les importan.

—Todo lo extraordinario despierta mi interés —le respondí—. Y me alegraría mucho que me contaras las leyendas de los pescadores de por aquí, o incluso las del lado noroeste del lago, si conoces alguna.

—Bueno, tenemos nuestra Bola de Fuego —dijo el anciano pescador—. Se trata de una cosa curiosa y desagradable. La he visto muchas veces. Comenzaré por ella.

LEYENDA

«Hace muchos años existió un *daimio* que, al pie de la ladera meridional del monte Hiyei, construyó un castillo, cuyas ruinas podrían ser las que descansan justo al norte del cuartel militar del noveno regimiento en Otsu. El nombre del *daimio* era Akechi Mitsuhide, y su *shito dama* puede observarse en el lago los días lluviosos. Se le conoce como el espíritu de Akechi.

»La razón de que esto ocurra es la siguiente. Akechi Mitsuhide fue atacado por Toyotomi y sufrió un terrible asedio. Sin embargo, a pesar del numeroso ejército de Toyotomi, su castillo resistía bravamente y no podía ser conquistado. Mientras, el tiempo pasaba, y los asediadores se exasperaban. Así que persuadieron a un taimado pescador de la aldea de Magisa para que les contara de dónde salía el cauce que suministraba agua al castillo de Akechi.

»Finalmente, sin suministro de agua, la guarnición tuvo que capitular, pero no antes de que Akechi y la mayoría de sus hombres se hubieran suicidado.

»Desde entonces, cuando llueve o hace mal tiempo, surge de las ruinas del castillo una bola de fuego de seis pulgadas de diámetro. Viene a repartir su venganza sobre los pescadores, y causa muchos naufragios, pues hace volcar las barcas. Algunas veces llegó a meterse en alguna. En una ocasión, un pescador consiguió golpearla con una pértiga de bambú, partiéndola en muchos trozos

ardientes; esa vez se perdieron muchos botes.

»La llamamos “La araña de fuego del espíritu del difunto Akechi”. Eso es todo lo que puedo contarle acerca de ella; aparte de que yo mismo la he visto varias veces, y la temo».

—Es muy interesante —le respondí—. Y me ha gustado mucho tu historia. ¿Podrías contarme alguna más?

—Si Danna-san ha encontrado interesante esta historia, quizás le gustaría saber por qué cada 25 de febrero se desata una terrible tormenta sobre el lago. Así que le contaré eso también.

LEYENDA

«Hace mucho tiempo vivía en la aldea de Komatsu, en la orilla sudeste del lago, una bella joven llamada O-Tani. Era la hija de un rico granjero, y poseía una naturaleza inquisitiva, tanta como era posible para una joven en aquellos días; que es lo mismo que decir que siempre estaba deseando aprender y saber cosas que no estaba en la mano de las mujeres aprender. Buscando saber y aprender, solía cruzar ella sola el lago en una barca para visitar a cierto joven monje, dotado e inteligente, que era el sumo sacerdote del menor de los templos situados al pie del monte Hiyei, justo el que está usted mirando en estos momentos.

»Tan profundamente impresionada estaba O-Tani con los conocimientos del sacerdote que perdió la cabeza y se enamoró de él. De esta manera, sus visitas se hicieron más frecuentes. A pesar de las protestas de sus padres, solía cruzar el lago sola, incluso cuando las olas eran tan altas que no era seguro navegar por sus aguas ni siquiera para un avezado pescador como yo.

»Finalmente, O-Tani fue incapaz de resistirlo por más tiempo. Sentía la necesidad de declararle su amor al buen sacerdote, y de convencerlo para que colgara los hábitos y huyera con ella. El monje, profundamente apenado, no sabía qué decir, o cómo desalentar a la muchacha. Al final llegó a la conclusión de que si le

proponía una tarea imposible, ella se desengañaría. Sabiendo que el tiempo en el lago Biwa a finales de febrero es tan malo que resulta imposible para las barcas pequeñas navegar por él, le propuso lo siguiente, aunque sin decirlo en serio en ningún momento:

»—O-Tani, si logras cruzar el lago la tarde del 25 de febrero en un barreño, entonces colgaré los hábitos para complacer tus deseos.

»O-Tani no pensó en lo imposible del asunto, ni comprendió qué era lo que el sacerdote pretendía; joven e insensata como era, y cegada por el amor, remó de vuelta hasta su casa, pensando que la próxima vez que cruzara el lago lo haría en un barreño para convertir al sacerdote en su marido. No podía estar más feliz.

»Finalmente, el 25 de febrero llegó. O-Tani se había procurado el mayor barreño que pudo encontrar en los márgenes del lago, y tras el crepúsculo se embarcó en su frágil navío, y sin el menor miedo partió.

»Cuando había cruzado ya hasta la mitad del lago, una terrible tormenta se desató sobre el monte Hiyei. Las olas se elevaban y el viento soplaba con furia ciega. Para colmo de males, la luz que normalmente brillaba en la orilla del lago bajo el Hiyei, y que el sacerdote había prometido que brillaría con especial intensidad esa noche, había sido apagada. No pasó mucho tiempo antes de que el barreño de la pobre O-Tani volcara, y a pesar de sus esfuerzos por mantenerlo a flote, se hundió bajo las olas y ya no salió jamás.

»Algunos creen que fue el propio sacerdote el que apagó la luz para así acabar con la última oportunidad posible de O-Tani de alcanzar la orilla, pues era un individuo fanático de sus creencias.

»Desde la noche en que O-Tani se ahogó, todos los 25 de febrero han resultado ser tormentosos, y los pescadores temen salir a faenar ese día. La gente cree que es a causa del espíritu insatisfecho de la pobre O-Tani, quien, a pesar de que no temía a la muerte, murió desconsolada debido al engaño del monje al que amaba.

»El barreño que O-Tani utilizó fue encontrado flotando a la deriva en la orilla de la aldea Kinohama, al este de Omi. Fue recogido por Gensuke, un fabricante de cerillas, que lo deshizo y sacó muchas cerillas de él. Cuando la historia de O-Tani y de su barreño llegó a oídos de la gente de Kinohama y, por consiguiente a los de Gensuke, decidieron que cada 25 de febrero celebrarían una fiesta, y rezarían una oración en el templo por el espíritu de O-Tani. Denominan ese día “Joya”, y en él se celebra el Festival de las Cerillas, y nadie trabaja».

—Es una excelente historia —le dije al viejo pescador—. Aunque me hubiese gustado meter al monje en un barreño el siguiente 25 de febrero y arrojarlo al lago para estar seguro de que se ahogaba de la misma manera.

—¿Sabe Danna-san por qué se atan esos pequeños pedazos de papel en las negras rocas próximas al templo de Ishiyama-dera?

—No, no lo sé —respondí—. Y lo que es más, cuando estuve allí, nadie supo decírmelo.

—Bueno, no se trata de una historia cualquiera. Te la contaré, ya que es corta.

LEYENDA

«Cuando Danna-san visitó Ishiyama-dera, seguro que fue al templo y al monasterio, los cuales tienen una historia que se remonta a once siglos atrás[25]. Pero poca gente conoce la verdadera razón de que esos pedazos de papel con oraciones manuscritas se encuentren atados en las rocas negras.

»La razón de atar esas oraciones en papel, *musubi no kami*, como se las conoce, tiene su origen en una bella historia, si el suicidio por amor puede considerarse algo bello.

»Hace muchos años, en la calle Baba de Otsu, entonces conocida como calle Shibaya, existía una casa de té llamada Kagiya que acogía a las más bellas *geishas*. Entre ellas había una, llamada

O-Taga-hana, cuyo encanto y belleza superaban todo lo imaginado. Aunque apenas contaba con diecisiete años, su corazón ya pertenecía a otro. Era por entero para su amado, Denbei, lo mismo que el de él era para ella. Es difícil de imaginar cómo surgió un amor como el suyo, ya que Denbei era simplemente un empleado de un mercader de arroz de Otsu, y no ganaba lo suficiente como para andar gastándolo en *geishas*, sobre todo en una casa de té tan cara como la de Kagiya.

»Y así, no porque temiera una posible infidelidad por parte de O-Taga-hana, sino por los celos que sentía de quienes podían permitirse visitar la casa de té de Kagiya y disfrutar escuchándola cantar y danzar mientras consumían costosos manjares, la envidia y la pena prendieron en el corazón de Denbei. Esos malos sentimientos le afectaron de tal modo que al final comenzó a falsificar los libros de cuentas de su señor para sustraer dinero, que acto seguido gastaba, naturalmente, en la casa de té de Kagiya para ver a su amada O-Taga-hana. Pero esta situación no podía prolongarse mucho más, y cuando Denbei le confesó a O-Taga-hana cuál era la procedencia del dinero que empleaba para verla, ella se sorprendió grandemente.

»—Querido —le dijo—, el delito que has cometido por amor será sin duda descubierto, y aunque no lo sea, se trata de un error. Nuestro amor es tan grande que prevalecerá, pero no nos permitirán ser felices juntos. Aunque huyéramos, pronto me atraparían, seguramente antes de que pasara un día. No, solo nos queda una salida para estar juntos para siempre: *shinju*[26]».

—¿Huirás conmigo esta noche? —le preguntó Denbei.

»—Me uniré contigo a las dos de la madrugada, cuando estén todos durmiendo, bajo el pino del extremo este de la ciudad. De allí partiremos a Ishiyama-dera, y tras rezar en el templo sagrado a la diosa Kannon, realizaremos *shinju* en el Hotaru Dani, en el valle de las Luciérnagas, y nuestras almas partirán juntas.

»Denbei le dedicó una reverencia a su amada, y le expresó su gratitud por su fidelidad al reconocer su amor hacia ella como la

causa de su pecado. Luego le prometió que se encontraría con ella a la hora acordada bajo el pino que estaba próximo al lago, y que la conduciría hasta Ishiyama, donde llevarían a cabo su acto final y morirían juntos.

»Para no perder tiempo, Danna-san, en contar la historia, únicamente diremos que Denbei y O-Taga-hana se encontraron y que, tras cruzar la monótona llanura conocida como Awatsu y el puente de Seta, llegaron poco después, al despuntar el alba, a Ishiyama. Allí, en una de las casas de té, permanecieron varias horas dichosas. Luego se dirigieron al templo, a orar a Kannon. Tras esto fueron hasta Hotaru Dani, y, después de abrazarse por última vez en esta tierra, escribieron cada uno una oración en un pedazo de papel, uniéndolos luego con un trozo de cordel. Valiéndose de sus pulgares y meñiques, lo ataron con un doble nudo a través de un pequeño orificio perforado en las suaves rocas negras. El éxito de esta operación lo interpretaron ambos como signo de que les iría bien en el más allá, tras su muerte, y como respuesta a sus oraciones.

»Sus espíritus partieron juntos, como pétalos de olorosas flores arrastrados por el viento otoñal bajo el puente de Seta.

»Ese, Danna-san, es el origen y la razón de que se aten esos pedazos de papel en las rocas negras y en otros lugares de Ishiyama-dera. La costumbre es practicada aún por muchos jóvenes del país, que van a adorar y a rezar por los espíritus de Denbei y O-Taga-hana al mismo valle de las Luciérnagas».

Una espada milagrosa

Alrededor del año 110 a. C. vivió en Japón un valiente príncipe que la historia conocería como Yamato-dake no Mikoto[27]. Era un gran guerrero, al igual que su hijo, de quien se decía que había sido uno de los esposos de la emperatriz Jingo; presumo que el segundo, ya que no debía de tratarse del emperador que fue asesinado antes de que la emperatriz conquistase Corea. Aunque todo esto apenas tiene que ver con nuestra historia, que cuenta simplemente la leyenda de la espada milagrosa Kusanagi no Tsurugi (la espada segadora de hierba), considerada uno de los tres tesoros sagrados y transmitida de padres a hijos en la familia imperial. La espada se conserva en el templo de Atsuta, en la provincia de Owari. En el año planteado por mi intérprete, el 110 a. C., a lo que yo añado «aproximadamente», ampliando así los márgenes, Yamato-dake no Mikoto había culminado con éxito la represión de los rebeldes conocidos como Kumaso en Kyushu. Al ser un hombre enérgico, y contar con un enorme contingente de hombres bien entrenados, decidió dirigirse al norte y someter a los rebeldes de la costa nordeste. Sin embargo, antes de partir, Yamato-dake no Mikoto consideró que debía dirigirse a los templos de Ise para suplicar ayuda a los dioses de los templos de Ise y visitar a una tía suya que vivía en la región. Yamato-dake pasó seis días con su tía, la princesa Yamato-Hime, a quien le anunció su intención de someter a los rebeldes. Ella se presentó ante él con su mayor

tesoro, la espada milagrosa, y también con una caja que contenía pedernal y yesca. Antes de dejar partir a su sobrino, la princesa Yamato-Hime dijo:

—Esta espada es el más preciado bien que puedo entregarte, y te mantendrá a salvo de todos los peligros. Apréciala como se merece, ya que es uno de los tesoros sagrados.

(Cuenta la leyenda que en la edad de los dioses, Susanoo-no Mikoto se encontró una vez con una pareja de ancianos que lloraba amargamente porque una colosal serpiente de ocho cabezas había devorado a siete de sus hijas, y solo les quedaba una, a la que por seguro la octava cabeza se comería también. Susanoo-no Mikoto les preguntó a continuación si le entregarían a su hija si conseguía dar muerte a la serpiente; a lo que ellos accedieron de buena gana. Entonces Susanoo llenó ocho baldes con sake, y los colocó en un sitio visible al que la serpiente solía acudir, y ocultándose en las proximidades, esperó acontecimientos. El monstruo finalmente llegó, y las ocho cabezas bebieron de los ocho baldes llenos de sake y por supuesto se emborracharon. Entonces Susanoo saltó sobre la bestia y la cortó en pedazos. En la cola del monstruo halló una espada, la famosa y milagrosa Kusanagi no Tsurugi, la espada segadora de hierba de nuestra historia). Tras despedirse de su tía Yamato-Hime, el príncipe partió hacia la provincia de Suruga, en la costa oriental, donde, por lo que pudo averiguar, vivían tiempos revueltos. Fue allí donde corrió su primer peligro, ya que sus enemigos, sabiendo de su afición a la caza, le habían preparado una emboscada.

En la provincia de Suruga había unas inmensas llanuras donde ahora se levanta el pueblo de Yaitsu-mura (*yaita* significa «campos ardientes»). Los rebeldes decidieron que uno de ellos iría a invitar a Yamato-dake a salir de caza, mientras los demás se dispersaban y ocultaban entre las altas hierbas. El guía lo conduciría entonces hasta su escondite, y allí le darían muerte. Así que enviaron a un hombre astuto y convincente para informar a Yamato-dake de que había abundancia de ciervos en las llanuras. ¿Le gustaría salir a

cazarlos? El hombre se ofrecía voluntario para ejercer de guía. La invitación era tentadora; y como había encontrado el país menos revuelto de lo que había esperado, el príncipe aceptó.

Al amanecer, el príncipe, además de su arco de caza, portaba también la espada entregada por su tía, la princesa Yamato Hime. El día era ventoso, y al ver la hierba tan seca, los rebeldes pensaron que sería más seguro y menos peligroso quemarla. Sin duda el guía llevaría al príncipe a cazar de cara al viento, y si ellos encendían el fuego apropiadamente, las llamas se propagarían con la velocidad del rayo hacia él mientras ellos permanecían a salvo.

Yamato-dake hizo lo esperado: acompañó a su guía tranquilamente, sin sospechar nada. De repente la hierba empezó a arder, de frente y por los flancos. El príncipe se dio cuenta de que había sido engañado, pues su traicionero guía había desaparecido. El príncipe corría el peligro de morir asfixiado. Un denso y sofocante humo se propagaba por entre los juncos a toda velocidad. Yamato-dake intentó correr por el único hueco libre, pero era demasiado tarde. Entonces comenzó a cortar la hierba con su espada para evitar que el fuego le alcanzase. Descubrió así que cuando cortaba con su espada hacia una dirección, el viento cambiaba con ella. Si cortaba hacia el norte, el viento soplaba desde el sur y evitaba que el fuego avanzara; si cortaba hacia el sur, el viento soplaba desde el norte, y así sucesivamente. Sacando partido de esta situación, Yamato-dake atacó a sus enemigos. Hizo fuego con la yesca y el pedernal que le había entregado su tía: si había un lugar entre la hierba que no estaba ardiendo, él lo encendía, cortando con la espada y enviando al mismo tiempo el fuego hacia la dirección de su corte. Actuando así, consiguió volver las tornas contra sus enemigos, y los destruyó a todos.

Es importante señalar que la espada custodiada en el templo de Atsuta, en la provincia de Owari, es considerada por muchos la espada segadora de hierba; cada 21 de junio se celebra un festival en su honor.

Desde ese lugar, Yamato-dake no Mikoto continuó hacia la

provincia de Sagami. Al encontrar aquí las cosas tranquilas, tomó un barco para cruzar a la provincia de Kazusa, acompañado por una dama de la que estaba profundamente enamorado, y a la que había dado el título de Hime (princesa), como correspondía al rango de Yamato-dake. Se llamaba Tachibana.

De repente, cuando apenas se encontraban a diez millas de la costa, se desató una terrible tormenta. El barco amenazaba con hundirse.

—Esto —dijo Tachibana-Hime— lo ha provocado una de las diosas del mar, que está sedienta de vidas humanas. Le entregaré la mía, mi señor; quizás esto la apacigüe lo suficiente hasta que vos hayáis cruzado este maldito mar.

Y sin decir una palabra más, Tachibana-Hime se arrojó al mar. Las olas la sepultaron, para dolor y consternación de todos, el corazón de Yamato-dake se rompió en mil pedazos. Mas como Tachibana-Hime había supuesto, la ira de la diosa del mar se aplacó. El viento cesó y las aguas se calmaron, y el navío alcanzó la provincia de Kazusa sin más contratiempos. Yamato-dake llegó hasta la lejana Yezo, poniendo fin a todas las pequeñas rebeliones que encontraba en el camino.

Muchos años después, acompañado por casi todos sus viejos oficiales, Yamato-dake se encontró de nuevo en una colina de la provincia de Sagami desde la que se divisaba el lugar donde la pobre Tachibana-Hime había dado su vida por él arrojándose al mar. El príncipe contempló el mar con tristeza, y a pesar de su bravura, por tres veces exclamó, con las lágrimas cayendo por sus mejillas: *Azuma waya!* (¡Ay, mi querida esposa!). Desde entonces al Japón oriental se le conoce como «Azuma».

La procesión de fantasmas[28]

Hace cuatrocientos o quinientos años había un viejo templo no lejos de Fushimi, cerca de Kioto. El templo se llamaba Shozenji y había estado desierto durante muchos años: los sacerdotes temían vivir allí debido a los fantasmas que se creía lo tenían encantado. Sin embargo, nadie los había visto. Si la historia había prendido en la mente de los vecinos, se debía sin duda al hecho de que, muchos años atrás, más de los que la mayoría podía recordar, todos sus sacerdotes habían sido asesinados por una gran banda de ladrones; en nombre del botín, por supuesto. Este acto horrible golpeó las mentes de todos, de tal manera que el templo fue abandonado y se dejó que se deteriorara y se convirtiera en ruinas.

Un buen año, un sacerdote peregrino y extranjero, pasó al lado del templo y, al no conocer su historia, entró en él para refugiarse de la intemperie en lugar de continuar su viaje a Fushimi. Como tenía arroz frío en su bolsa, pensó que lo mejor que podía hacer era pasar la noche allí. Aunque hacía frío, sin duda evitaría empaparse las ropas que llevaba puestas, que de hecho eran las únicas que poseía, con lo que se levantaría de maravilla a la mañana siguiente.

Después de haber convertido una pequeña estancia, la que necesitaba menos arreglos, en su cuartel general, y de una frugal cena, aquel buen hombre dijo sus oraciones y se tumbó en el suelo para dormir, mientras en el exterior la lluvia caía a torrentes sobre el tejado y el viento aullaba por entre el destartalado edificio. Aunque lo

intentaba con denuedo, el sacerdote era incapaz de pegar ojo, ya que una gélida corriente de aire le había helado hasta el tuétano. Y así, en algún momento de la medianoche, el anciano creyó escuchar unos sonidos extraños y antinaturales que parecían proceder del edificio principal. Azuzado por la curiosidad, el hombre se levantó; y al entrar en el edificio principal, se encontró con una *Hiyakki Yakō* (que significa «procesión de cien fantasmas»); un término que, según creo, se aplica a las huestes sobrenaturales. Los fantasmas luchaban, danzaban y se divertían. Aunque en un primer momento el sacerdote se alarmó muchísimo, después de un rato comenzó a mostrar un vivo interés. Sin embargo, al cabo de un momento, los más horribles fantasmas hicieron su aparición. El sacerdote corrió entonces a esconderse a su pequeña habitación, y pasó el resto de la noche recitando plegarias por las almas de los muertos.

A la mañana siguiente, a pesar de la lluvia, el sacerdote partió. Les contó a los lugareños lo que había visto, y las noticias se propagaron tan rápidamente que en menos de tres días el templo era conocido por ser el más encantado de la comarca.

Fue entonces cuando el famoso pintor Tosa Mitsunobu oyó hablar del templo. Y como estaba ansioso por pintar un cuadro sobre *Hiyakki Yakō*, consideró que si veía a los fantasmas del templo de Shozenji, obtendría el material necesario para ello. Así que con esta idea en la cabeza partió para Fushimi, donde se encontraba el templo de Shozenji.

Mitsunobu se fue derecho al templo al anochecer, y se quedó allí sentado toda la noche, con un ánimo no muy feliz. Sin embargo, no vio a ningún fantasma ni escuchó ningún ruido. A la mañana siguiente abrió todas las puertas y ventanas e inundó el templo entero de luz. Al hacerlo, descubrió que las paredes estaban cubiertas con figuras o dibujos de fantasmas de una increíble complejidad. Había más de doscientos, y todos diferentes.

¡Tenía que recordar todo esto! Eso era lo que Tosa Mitsunobu pensaba. Así que sacó un cuaderno y un pincel de su bolsillo y procedió a tomar nota detalladamente. Esto le llevó la mayor parte

del día.

Cuando procedió a examinar las formas de los fantasmas y duendes que había estado dibujando, Mitsunobu descubrió que las fantásticas siluetas no eran más que grietas en las húmedas y desatendidas paredes; y que los hongos y el moho que las cubrían las dotaban de tono y color. Fueron estas figuras las que más tarde recopilaría en su famoso cuadro *Hiyakki Yakō*[29]. Se sintió muy agradecido al imaginativo sacerdote cuyas historias le habían llevado a aquel lugar. Sin él, jamás habría dibujado aquel cuadro. No importa cuán grande fuera su imaginación, nadie podría haber imaginado el horrible aspecto de tantos fantasmas y duendes.

El dibujo de mi ilustrador muestra unas pocas formas sacadas de una copia de primera mano de Mitsunobu.

Un sirviente fiel[30]

Durante el reinado del emperador Engi, que comenzó en el año 901 d. C., vivió un hombre que había alcanzado gran celebridad debido a sus bellas poesías y escritos. Era el favorito del emperador, y, por lo tanto, un hombre muy influyente; su nombre era Sugawara Michizane. No es necesario decir que con todas esas cosas a favor, no pasó mucho tiempo antes de que obtuviera un alto cargo en el Gobierno y comenzara a vivir en la opulencia. Las cosas le fueron bien durante un tiempo, pero no hay bien que cien años dure. No todo el mundo estaba de acuerdo con las ideas de Michizane ni con sus políticas: enemigos insospechados acechaban detrás de cada esquina. Entre ellos había uno particularmente hostil llamado Tokihira, cuyas malévolas intrigas en la corte eran constantes.

Tokihira mantenía una posición en el Gobierno inferior a la de Michizane, y en su fuero interno lo odiaba; conque pensaba que si hacía caer en desgracia a Michizane, él llegaría a ser jefe de Gobierno. Como Michizane era un hombre sin tacha, Tokihira era incapaz de encontrar un motivo para lanzar calumnias sobre él, así que según transcurría el tiempo, la obstinación de Tokihira aumentaba.

Finalmente llegó su oportunidad. Tokihira, que tenía muchos espías intentando descubrir cualquier cosa sobre la que informar al emperador contra Michizane, se enteró de que el príncipe Toki (Toki

no Miya) se había enamorado en secreto de la bella hija de Michizane, y que ambos mantenían encuentros secretos. A Tokihira le deleitó la noticia, y se fue directo al emperador, quien lo recibió al saber que tenía una maravillosa intriga que contarle.

—Su Majestad —dijo Tokihira—, me es muy doloroso comunicarle que hay una conspiración en marcha. Sugawara Michizane se las ha arreglado para que el hermano pequeño de Su Majestad, el príncipe Toki, se enamore de su hija. Me siento profundamente conmovido al tener que comunicaros que mantienen encuentros secretos. Además Michizane, el primer ministro de Su Majestad, está confabulando para que Su Majestad sea asesinado, o al menos destronado a favor del príncipe Toki, que se casará con la hija de Michizane.

Naturalmente, el emperador se enfadó muchísimo. Era un buen monarca y había gobernado a su pueblo, con la ayuda de Michizane, con justicia, firmeza y provecho. Consideraba a Michizane un amigo personal, y pensar que estaba conspirando para asesinarlo, o para colocar al príncipe Toki en el trono y casar a su hija con él, era más de lo que podía soportar. Así pues, convocó a Michizane ante su presencia. Este defendió su inocencia. Era cierto que el príncipe se había enamorado de su hija, pero Su Majestad no debía albergar preocupación alguna. Su hija era bella, el príncipe tenía su misma edad, y siempre habían estado juntos desde la infancia. Ahora habían crecido y habían descubierto que la amistad se había tornado en amor. Eso era todo. No resultaba fácil para un príncipe de sangre real mantener encuentros públicos con la dama de su corazón; y Michizane no dudaba de que habían mantenido encuentros, pues su propia hija se lo había contado. Pero que se tratase de una conspiración, tal y como aseveraba Tokihira, era absolutamente fantástico, y le resultaba asombroso escuchar una acusación tan ruin. Sin embargo, Tokihira logró agitar el temperamento del emperador. Con gritos y mentiras sin escrúpulos truncó la defensa del desgraciado Michizane, y el emperador lo desterró de por vida en Tsukushi, en la isla de Kyushu.

Acompañado únicamente de su leal sirviente Matsuo, Michizane partió al exilio. El castigo de Michizane, injusto como era, hizo que muchos otros perdieran su trabajo. Todos aquellos que habían estado cerca de Michizane fueron despedidos. Entre ellos Takebayashi Genzo, quien había sido uno de los secretarios principales de Michizane. Genzo había sido también uno de sus discípulos literarios, por lo que no es sorprendente que hubiera perdido su empleo. Genzo huyó a una pequeña ciudad, y aunque ya no era su deber, se llevó consigo a la esposa de Michizane y a su joven hijo Kanshusai, de diez años. Todos se cambiaron el nombre, y Genzo, para poder mantenerlos como si de su propia familia se tratase, fundó una pequeña escuela. Así fue cómo, durante algún tiempo, Kanshusai pudo escapar de los malvados designios que contra su vida había planeado Tokihira.

Matsuo, el fiel sirviente que había acompañado a su amo en el exilio, se enteró de un vil plan para asesinar al hijo de su amo, y tras muchos días agotadores pensando cómo evitarlo, llegó a la conclusión de que solo sería posible a través del sacrificio de su propio hijo.

Primero informó a su exiliado señor de su plan, y tras haber obtenido su permiso, viajó de vuelta a Kioto y buscó a Tokihira, a quien le ofreció sus servicios tanto de sirviente como de asesino del hijo de Michizane Kanshusai. Tokihira rápidamente le contrató, creyendo que iba a encontrar al fin al muchacho que había deseado decapitar. Tokihira había ocupado el puesto de confianza del emperador y ostentaba gran poder: su deseo era ley.

Tan bien interpretó Matsuo su papel en la casa de Tokihira y entre sus sirvientes que no pasó mucho tiempo antes de que todos estuvieran de acuerdo en que Matsuo era el más fiel sirviente de su nuevo amo, y una gran confianza fue depositada en él.

Poco tiempo después de estos acontecimientos, llegó a oídos de Tokihira que Kanshusai se ocultaba, con un nombre diferente, en una escuela que pertenecía a Genzo, al que se le ordenó entregar la cabeza del muchacho a Tokihira en un plazo de cuarenta y ocho

horas.

Al escuchar esto, Matsuo, que guardaba lealtad a su primer amo, partió disfrazado a la escuela de Genzo y una vez ante el maestro, reveló su identidad y los planes que traía para salvar a Kanshusai. Entonces Matsuo envió a su propio hijo, Kotaro, a la escuela de Genzo, de donde el pobre muchacho ya no regresaría con vida. Y aunque Genzo, la verdad sea dicha, no deseaba matar a Kotaro, hizo acopio de fuerzas en nombre de su antiguo amo y de la vida de Kanshusai, y con un único golpe de espada separó la inocente cabeza del cuerpo.

En el plazo acordado, los oficiales de Tokihira fueron enviados a la escuela para recoger la cabeza, y se la llevaron a Tokihira diciendo:

—Mi señor, ya no tenéis nada que temer del hijo de Michizane, pues aquí tenéis su cabeza. ¡Miradla! Y aquí está el maestro Takebayashi Genzo, que siguiendo vuestras órdenes se la cortó.

Tokihira estaba encantado, pero dudaba aún de que la cabeza fuera la correcta. Así que conociendo que Matsuo había estado previamente empleado por Michizane, y que debía de saber si se trataba o no de la cabeza de Kanshusai, le hizo llamar, ordenándole que sacara la cabeza de la caja y que la identificara.

¡Pobre Matsuo! ¡Imaginad sus sentimientos al sacar la cabeza de su único hijo de la caja, sostenerla en el aire y asegurar al señor Tokihira que sin duda se trataba de la cabeza de Kanshusai, el hijo de Michizane! Sin embargo, así lo hizo, con gran valor y fortaleza, salvando de esta manera la vida de Kanshusai y cumpliendo su deber para con su exiliado señor Michizane.

La fidelidad de Matsuo todavía es celebrada por aquellos que conocen la historia.

Poco después, una terrible tormenta eléctrica se desató sobre Kioto. Un rayo cayó en el palacio de Tokihira y lo mató. Aún hoy la gente cree que el espíritu de Michizane adoptó la forma de un rayo para cobrar venganza.

Las más valiosas escrituras del príncipe Hosokawa[31]

Hace muchos años, en las tierras de los Hosokawa, vivían una viuda y su hija, una joven de diecisiete años llamada Kazuye. El padre de Kazuye había sido vilmente asesinado seis meses antes, y tanto Kazuye como su madre habían hecho el propósito de emplear su fortuna y sus vidas en llevar a los criminales ante la justicia. Como sus esfuerzos no se vieron recompensados y habían gastado la mayor parte de su dinero, al final se vieron forzadas a pedir en la calle para poder comer. Sin embargo, iban cada día a rezar al templo pidiendo ayuda, y ni una sola vez cejaron en su empeño o pensaron en abandonar su propósito. Kazuye le dijo incluso a su madre que si ella tuviese la fortuna de obtener el afecto de un hombre, ese hombre sería sacrificado en nombre de la venganza.

Un buen día sucedió que el aspecto empobrecido de madre e hija, que regresaban como de costumbre de rezar en el templo, provocó las burlas de un grupo de canallas, que comenzaron a insultarlas. Un joven y apuesto samurái, Okawa Jomoyemon, acudió al rescate. Desenvainando su espada, en un momento puso a los canallas en fuga. Hecho esto y, con una profunda reverencia, Okawa quiso saber a quién tenía el honor de servir. Kazuye respondió por su madre, y rápidamente reconoció en él al joven que

había estado buscando tan largo tiempo. Por esa razón tenía que conseguir que el joven samurái se enamorase de ella y le ayudase a encontrar al asesino de su padre. Por lo tanto, como era natural, lo sedujo, y el joven se enamoró de ella.

Mientras tanto, un buen amigo del padre de Kazuye, sintiendo un gran pesar por su hija, había encontrado un destino para ella en la corte del príncipe Hosokawa. Una vez allí, Kazuye se ganó de tal manera el favor a los ojos del príncipe, o mejor dicho del *daimio*, que las otras criadas comenzaron a sentirse celosas.

Una noche Okawa, que estaba locamente enamorado de Kazuye, a pesar de ser vasallo de otro *daimio*, sintió que debía verla a toda costa. Concertó un encuentro secreto y finalmente halló el medio de introducirse en las dependencias de Kazuye. La joven, llena aún de sed de venganza, aprovechó la ocasión para contarle toda la historia e implorar su ayuda. Okawa, que era un auténtico caballero andante, juró que no volvería a hablar de amor con ella hasta que hubiese hallado y dado muerte a los asesinos de su padre. Justo en el momento en que realizó este juramento, una de las celosas doncellas, que estaba escondida escuchándolo todo, dio a conocer su presencia y corrió a contárselo a su señora.

¿Qué habían hecho? ¡Okawa, un vasallo de otro *daimio*, descubierto en el castillo conversando en secreto con una de las damas de honor de Hosokawa! ¡Sin duda ambos serían ejecutados! Sin pensarlo más, Kazuye ocultó a su amante en una vieja caja vacía donde solían guardar las armaduras. Fue inmediatamente convocada a presencia del *daimio*, y el baúl de las armaduras también fue llevado allí. El *daimio* estaba muy enfadado, y ordenó que Kazuye fuera ejecutada de inmediato. En ese momento, Okawa rompió su silencio. Confesó que de ningún modo era ella la responsable de aquel encuentro secreto y que la falta había sido únicamente suya; y rogó que se le permitiera morir en su lugar. Además, les relató la historia de la vida de Kazuye, subrayando que la ambición de su vida era vengar la muerte de su padre. Estas palabras conmovieron profundamente al *daimio*. Tras reconocer la

caballerosidad y el honor de ambos, tomó a Okawa a su servicio y prometió ayudarles a cumplir su propósito. Los ojos de Okawa se llenaron de lágrimas de gratitud, y allí mismo juró que sacrificaría su vida por Hosokawa en cuanto tuviera ocasión.

Un año después de estos acontecimientos, un enorme incendio arrasó el castillo. Fue tan súbito que no se pudo hacer nada. El viento, alimentando las llamas, apenas dio tiempo a la gente a escapar, mucho menos a salvar los bienes de la familia. Cuando todos estuvieron a salvo de las llamas, de repente el *daimio* se acordó de que sus escrituras serían destruidas, y que ese desastre podría causar un gran peligro para su familia. Al darse cuenta de esto, saltó de su caballo; estaba a punto de volver a la carrera para intentar recobrarlas, cuando sus criados, temiendo por su vida, lo sujetaron. Okawa comprendió que esta era la oportunidad de salvar a su nuevo amo y devolverle la generosidad que les había mostrado tanto a él como a Kazuye. Pasando por entre las llamas, rompió la caja fuerte y se hizo con los valiosos documentos. Pero entonces descubrió que escapar le resultaría imposible. Rodeado de fuego como estaba, vio claramente que tanto él como los documentos serían pasto de las llamas. Entonces se le ocurrió una idea; aunque muriera quemado, su cuerpo podría salvar los documentos. Sacó su espada corta, se rajó el vientre e introdujo los documentos en el estómago. Hecho esto, se arrojó sobre el ardiente suelo y murió. El incendio continuó, y el pobre Okawa acabó carbonizado hasta hacer imposible su reconocimiento.

Cuando el incendio se extinguió, el cuerpo fue recuperado, y dentro del cadáver carbonizado fueron encontrados cubiertos de sangre los documentos de los que la familia Hosokawa dependía. Desde ese momento a los documentos se les conoció como *Hosokawa no chi daruma*, «los documentos cubiertos de sangre de los Hosokawa».

La historia de Kato Sayemon[32]

En los días en que Ashikaga era *shogun*[33], servía bajo sus órdenes un caballero de buena familia, Kato Sayemon, por quien sentía verdadero afecto. Las cosas le iban bien a Sayemon. Vivía en lo que se podía llamar un palacio. Poseía gran cantidad de dinero. Tenía una encantadora esposa que le había brindado un hijo, y de acuerdo con la antigua costumbre, varias concubinas vivían en su mansión. La paz reinaba en el país y en la residencia de Sayemon. Disfrutando de la vida de festines y demás, Sayemon solía pensar: «¡Ojalá esta vida durase para siempre!». Pero el destino le reservaba otros planes.

Una tarde, mientras Sayemon paseaba por sus encantadores jardines admirando las luciérnagas y escuchando el canto de los insectos y el croar de los sapos, por los que sentía una gran afición, se le ocurrió visitar las estancias de su esposa. Allí la encontró jugando al *go*, el ajedrez japonés, con su concubina favorita. Le pareció que eran perfectamente felices en mutua compañía. Pero mientras las contemplaba, los cabellos de ambas parecieron alzarse con la forma de serpientes que luchaban desesperadamente. Esa visión lo llenó de pavor. Asombrado, se aproximó con sigilo para ver mejor, pero descubrió que la visión era la misma. Su esposa y la joven dama movían los hombros y se sonreían entre sí, con grandes muestras de cortesía; sin embargo, aquella inconfundible forma de su cabello, que asumía la silueta de serpientes luchando, seguía allí.

Hasta ese momento Sayemon había creído que la dos eran como hermanas, y de hecho eso aparentaban; pero ahora que había visto el misterioso presagio de las serpientes, supo que se odiaban más de lo que un hombre puede comprender.

Sayemon se sintió intranquilo y preocupado. Hasta entonces su vida había sido muy feliz, porque pensaba que en su hogar reinaba la paz; pero ahora, reflexionó, el odio y la malicia corrían desenfrenados por su casa. Sayemon se sintió como un bote sin timón que era arrastrado hacia una catarata de la que no era posible escapar. Pasó la noche en vela, pensando, y al final decidió que huir de esa casa sería en definitiva la mejor decisión. La paz había sido su mayor anhelo. Para obtenerla, entregaría el resto de su vida a la oración.

A la mañana siguiente no pudieron encontrar a Kato Sayemon por ningún lado. Hubo una gran conmoción en la residencia. Se enviaron hombres en su búsqueda aquí, allá, a todos los sitios; pero nadie pudo encontrarlo. Al quinto o sexto día tras su desaparición, su esposa redujo los gastos y despidió a parte del personal, pero continuó viviendo junto con su hijo Ishidomaro en la mansión. Incluso el *shogun* Ashikaga se sentía vivamente desconcertado por la desaparición de Sayemon. No se recibió ninguna noticia sobre su paradero, y el tiempo transcurrió hasta que se cumplió un año, y luego otro; y fue entonces cuando la esposa de Sayemon decidió ir en su búsqueda junto con su hijo Ishidomaro, de cinco años.

Durante cinco agotadores años, madre e hijo deambularon haciendo preguntas aquí y allá. Pero no fueron capaces de conseguir ni la más leve pista. Hasta que un buen día, mientras se encontraban en una aldea de Kishu, coincidieron con un anciano que les dijo que había visto a Kato Sayemon un año antes en el templo del monte Koya.

—Seguro —les dijo—. Sé que era él porque yo era uno de los que cargaban el palanquín del *shogun*, y solía ver a menudo al señor Sayemon. No sabría deciros si aún sigue en el templo; pero ejercía de sacerdote hasta hace un año.

Debido a la emoción, Ishidomaro y su madre no pudieron pegar ojo esa noche. El muchacho contaba ya con once años y estaba ansioso por ver a su padre de vuelta en el hogar. Tanto la madre como el hijo, felices tras tantos años de búsqueda, esperaban ansiosamente a que amaneciese.

Desgraciadamente, y siguiendo antiguas leyes, al templo del monte Koya solo se le permitía el paso a los hombres. A ninguna mujer le estaba permitido ascender a esta montaña para adorar la imagen de Buda. Así que la madre de Ishidomaro tuvo que permanecer en la aldea mientras el hijo iba en busca de su padre. Al despuntar el alba, Ishidomaro partió, diciéndole a su madre que no temiese:

—Traeré de vuelta a padre esta misma tarde —dijo—. ¡Y qué felices seremos entonces! ¡Adiós, por el momento, y no temas por mí!

Ishidomaro partió. «Es cierto», pensó, «que no conozco a mi padre de vista, pero sé que tiene una verruga oscura sobre su ojo izquierdo, y así lo reconoceré. Además, siento que por fin voy a encontrar a mi padre». Con ese y otros pensamientos en su mente, el muchacho emprendió su ascenso hacia los altos y oscuros bosques, deteniéndose aquí y allá en los santuarios situados a la vera del camino para orar por su éxito.

Ishidomaro subió y subió —Koya-san tiene 1100 pies[34] de altura —, hasta que alcanzó los portones exteriores del templo, cuyo nombre verdadero es Kongobuji, pues «Koya-san» significa únicamente «monte Koya».

Al llegar a la residencia del sumo sacerdote, Ishidomaro espió a un anciano que murmuraba oraciones.

—Por favor, señor —le dijo, descubriéndose el sombrero y realizando una profunda reverencia—, ¿podríais decirme si aquí se encuentra un sacerdote llamado Kato Sayemon? Os estaría muy agradecido si me indicarais de quién se trata. Únicamente ha sido sacerdote durante cinco años. Que es el tiempo que mi querida madre y yo mismo hemos estado buscándolo. ¡Es mi padre, y

ambos le amamos muchísimo y deseamos que vuelva con nosotros!

—Oh, mi querido muchacho, lo siento por ti —le respondió Sayemon, ya que de él se trataba—. No conozco a ningún hombre llamado Kato Sayemon en este lugar.

Sayemon pronunciaba estas palabras embargado de emoción. No dejó de reconocer que el muchacho que se dirigía a él era su hijo, y negarlo de esta manera, en lugar de reconocerlo y abrazarlo, le causaba una dolorosa angustia. Pero Sayemon había resuelto sacrificar el resto de su vida en nombre de Buda y apartar de su lado los asuntos mundanos. Ishidomaro y su esposa no necesitaban comida ni dinero, pues estaban bien provistos; así que no necesitaba preocuparse de esos asuntos. Sayemon decidió seguir como estaba, como un pobre monje oculto en el monasterio de Koya-san. Con un desesperado esfuerzo continuó:

—No recuerdo haber oído decir que Kato Sayemon haya estado aquí jamás, aunque por supuesto que he oído hablar de Kato Sayemon, que fue el gran amigo del *shogun* Ashikaga.

Ishidomaro no quedó satisfecho con esta respuesta. Sentía que de un modo u otro estaba ante la presencia de su padre. Además, el sacerdote tenía una negra verruga sobre su ojo izquierdo y él, Ishidomaro, tenía una exactamente en el mismo sitio.

—Señor —dijo, dirigiéndose de nuevo al sacerdote—, mi madre siempre me ha llamado la atención sobre la verruga de mi ojo izquierdo, diciéndome: «Hijo mío, tu padre tiene una igual sobre su ojo izquierdo. Recuerda estas palabras cuando vayas en su búsqueda, pues eso te servirá de señal». Vos tenéis la misma marca que yo. Por tanto, sé que vos sois mi padre.

Tras decir esto, los ojos de Ishidomaro se llenaron de lágrimas y, extendiendo los brazos, exclamó:

—¡Padre, padre, permíteme abrazarte!

Sayemon se estremeció de emoción, pero haciendo acopio de fuerzas, alzó altivamente la cabeza y le dijo:

—Mi querido muchacho, existen muchas personas con verrugas sobre el ojo izquierdo, y también en el derecho. No soy tu padre,

deberías de buscarlo en otro sitio.

En ese momento el abad llegó y llamó a Sayemon para los servicios de la tarde, los cuales debían realizarse en el templo principal. Así fue que Sayemon eligió dedicar su vida a Buda y, tal como el señor Matsuzaki me ha contado, emularlo en lugar de volver al mundo con su familia; ¡o incluso reconocer a su único hijo!

Siento simpatía hacia Ishidomaro, de quien, al igual que de su pobre madre, la historia no nos dice nada más. Para acabar con palabras del señor Matsuzaki:

«No se sabe qué fue de Ishidomaro o de su madre; pero se cree que Kato Sayemon pasó el resto de sus días en paz y armonía, entregado en cuerpo y alma a Buda, y sin que nadie llorase por él pero en perfecta alegría».

En el tercer libro de *sir* Edwin Arnold, *La luz de Asia*, se pueden encontrar los siguientes versos, en los que los vientos se dirigen a Buda:

Somos las voces del viento vagabundo;
vaga tú también, oh, príncipe, para tu reposo encontrar;
olvida el amor para amar a los que aman, en nombre del dolor
abandona tu estado de melancolía y libérate.
Nosotras que así suspiramos, al pasar a través de las cuerdas de plata,
a ti que aún nada sabes de los asuntos mundanos,
esto decimos, burlándonos al atravesar
esas bellas sombras con las que sueles jugar.

Estoy seguro de que estaréis de acuerdo conmigo en que

Sayemon se nos presenta como un débil, egoísta y apocado personaje, para nada como un héroe, mucho menos como un buda.

El incendio provocado por el vestido de una dama

Hace aproximadamente ciento veinte años, en el año de Temmei, un terrible incendio se propagó por el extremo occidental de Edo; probablemente se trate del mayor incendio conocido de la historia de la humanidad, ya que se cree que acabó con la vida de no menos de 188 000 personas.

En esa época vivía en Edo, lo que hoy es Tokio, un prestamista muy adinerado, Enshu Hikoyemon, el orgulloso progenitor de una bellísima joven de dieciséis años, cuyo nombre era O-Same; que probablemente se deriva de la palabra *sameru* (desvanecerse), ya que realmente nuestra O-Same se desvaneció.

Enshu Hikoyemon amaba a su hija con locura, y como era viudo y no tenía más hijos, todo su cariño y atención se centraban en ella. Era tan rico que había logrado desdeñar la tacañería y mezquindad que, en su día, le habían permitido alcanzar su alta posición. De un implacable usurero de negro corazón, Enshu Hikoyemon se había convertido en compasivo y generoso, sobre todo en lo concerniente a su hija.

Un día, la bella O-Same, acompañada por su sirvienta, fue a rezar a la tumba de sus antepasados, y tras recitar sus oraciones, entró en el templo de Hommyoji, que se levanta en el mismo recinto que Hongo-maruyama, y allí, mientras repetía sus oraciones ante la

imagen de Buda, vio a un joven sacerdote del que se enamoró en ese mismo instante. Hasta ese momento, la joven nunca se había enamorado de nadie; de hecho, no sabía lo que le estaba ocurriendo, aparte de que le agradaba contemplar el rostro de aquel joven. Se trataba de un rostro noble y solemne. En el momento en que O-Same encendió una varilla de incienso y se la entregó al sacerdote, para colocarla ante Buda, y sus manos se encontraron, la joven experimentó una emoción que nunca había sentido antes. La pobre O-Same supo entonces lo que era un flechazo. Su amor era tal, que tras levantarse y abandonar el templo, ya solo podía pensar en el rostro del joven sacerdote; adondequiera que dirigiese sus ojos, no veía otra cosa.

De camino a casa no le dirigió ni una palabra a su sirvienta y, al llegar, se fue derecha a su habitación. A la mañana siguiente, O-Same le anunció a su sirvienta que se encontraba indispuesta.

—Ve —le ordenó—, y dile a mi querido padre que permaneceré en la cama. No me siento bien hoy.

A la mañana siguiente pasó lo mismo, y al día siguiente, y al otro.

Hikoyemon, desconsolado, intentó por todos los medios animar a su hija. Quiso llevarla a la costa. Le ofreció ir al sagrado santuario de Ise o al de Kompira. Pero ella se negó. Hizo llamar a los mejores médicos, pero no hallaron ningún mal en O-Same-san. «Tiene algo en la cabeza, cuando se lo saquéis, se recuperará», es todo lo que le podían decir.

Al final, O-Same confesó a su padre que se había enamorado de un joven sacerdote del templo de Hommyoji.

—No te enfades conmigo, padre —le suplicó—, pues no lo conozco, y lo he visto solamente una vez. Fue entonces cuando quedé prendada de él, pues posee un noble rostro que me subyuga noche y día; y es por esa razón que mi corazón está preocupado, y mi cuerpo está enfermo de deseo hacia él. ¡Oh, padre, si me amas y deseas salvar mi vida, ve, encuéntrale y dile que le amo, y que sin él me moriré!

¡Pobre Hikoyemon! ¡Qué situación la suya: su hija locamente

enamorada de un sacerdote desconocido! ¿Qué podía hacer? Primero levantó el ánimo de su hija, y luego la persuadió para que lo acompañase hasta el templo. Desafortunadamente, no pudieron ver al sacerdote en cuestión, y tampoco lo vieron en su segunda visita. Tras esto, su hija se puso más triste que nunca y rechazó en redondo abandonar su habitación. Noche y día lloraba allí donde podían escucharla en toda la casa. Su padre estaba completamente desolado, sobre todo cuando descubrió por su cuenta que el sacerdote del que su hija se había enamorado era uno de los seguidores de Buda más estrictos y jamás quebrantaría las severas reglas de su religión.

A pesar de esto, Hikoyemon decidió intentarlo de nuevo en nombre de su hija. Se aventuró en el templo solo, solicitó una entrevista con el sacerdote, le contó sobre el amor de su hija, y le preguntó si la unión podía ser posible. El sacerdote desdeñó la idea diciendo:

—¿Acaso no es evidente por mis ropas que he dedicado mi vida a Buda? ¡Es un insulto que me hayas hecho una proposición de esas características!

Hikoyemon regresó a su hogar profundamente avergonzado por el desprecio, pero sentía que era su deber ser sincero con su hija.

O-Same lloró histéricamente. Cada día que pasaba se encontraba peor. Con la esperanza de distraerla, su padre mandó confeccionar un magnífico vestido para ella que costaba cerca de 4000 yenes. Creía que la vanidad de la joven la empujaría a ponérselo y salir a mostrarlo a todo el mundo. Pero la estratagema no funcionó. O-Same no era como el resto de las mujeres. No le importaban ni las finas vestiduras, ni llamar la atención. Se probó el vestido en su habitación, para agradar a su padre, y luego se lo quitó y regresó de nuevo a la cama. Donde, dos días después, murió con el corazón destrozado. Hikoyemon acusó grandemente la pérdida de su hija. En sus funerales, el cortejo de damas portando flores se extendía a lo largo de media milla.

El soberbio vestido fue donado al templo. Tales prendas eran

conservadas con mucho cuidado; eran un recordatorio para que los monjes rezaran por sus últimos propietarios cuando, cada tres o cuatro meses, eran desempolvados y limpiados. Pero el abad o sumo sacerdote de este templo no era un buen hombre. Al conocer su valor, robó el vestido, y, en secreto, se lo vendió a un mercader de objetos de segunda mano.

Un año después de que esto ocurriera, el vestido volvió a ser donado al mismo templo por otro padre que le había comprado la prenda al mercader y cuya hija había muerto de amor. La chica fue enterrada el mismo día y en el mismo mes que O-Same.

El abad no sintió pena al ver que el valioso vestido regresaba como regalo a su templo, y, mercenario como era, lo vendió de nuevo. Parecía que había encontrado una mina de oro para sus intereses y los de su templo. Por lo tanto, imaginad el sentimiento que empezó a extenderse entre los sacerdotes cuando, al año siguiente, en el mismo mes y exactamente el mismo día en que O-Same y la otra muchacha habían muerto, otra joven de la misma edad era enterrada en el cementerio, tras haber muerto también por amor, y tras haber llevado puesto el mismo vestido que O-Same; el cual, al concluir el servicio, fue debidamente donado por tercera vez.

Decir que el abad estaba asombrado es decir poco. Tanto él como los demás monjes se encontraban completamente perplejos y preocupados. Había sacerdotes honestos que nada tenían que ver con la venta del vestido, ni con los fraudulentos negocios del deshonesto abad. Estos hombres honestos estaban perplejos. El abad se asustó al ver el cariz que estaban tomando los acontecimientos. Por lo tanto, congregó a todos los sacerdotes del templo y realizó una apresurada confesión, pidiéndoles consejo. Los monjes llegaron a la conclusión de que el espíritu de O-Same había embrujado el vestido, el cual debía ser destruido, quemado con algún tipo de ceremonia para así apaciguar el espíritu de la joven. Por consiguiente, acordaron una fecha para el exorcismo. Cuando llegó el día de autos, mucha gente se acercó al templo, en el que se ofició una gran ceremonia. Finalmente, tras depositar el valioso

vestido sobre una piedra esculpida con la forma de una flor de loto, le prendieron fuego.

El tiempo era apacible, pero en cuanto el vestido tocó la llama, una súbita ráfaga de aire surgió de la nada, avivando el fuego y envolviendo el vestido en llamas en un instante. La ráfaga creció y se convirtió en un vendaval que arrancó una de las mangas del vestido y la llevó al techo del templo, donde se atascó entre dos travesados que ardieron con violencia. No habían pasado dos minutos cuando el templo entero estaba en llamas. El fuego continuó durante siete días y siete noches. Cuando se disipó, las zonas sur y oeste de Edo habían desaparecido prácticamente, junto con las vidas de 188 000 personas.

Los restos carbonizados fueron recogidos y enterrados juntos, y se levantó un templo que aún existe, llamado Eko-In, para que la bendición de Buda recaiga sobre sus almas.

NOTA DE MATSUZAKI. Actualmente, el templo de Eko-In es muy famoso. En él se celebran dos veces al año festejos que consisten en juegos y luchas. Los visitantes acuden al templo a ver las luchas, pero nadie se pregunta por qué se levantó aquí un templo.

La historia de Awoto Fujitsuna[35]

Hojo Tokiyori, quien, según mi Murray[36], nació en 1246 d. C., y murió diecisiete años más tarde, en 1263, fue durante un tiempo el regente, a pesar de su corta edad.

Un buen día fue a rezar al santuario de Tsurugaoka en Kamakura, y esa misma noche soñó que un dios se aparecía ante él y le decía estas palabras:

—Hojo Tokiyori, eres muy joven para gobernar, y hay quien intentará engañarte, pues los hombres honestos son escasos. Sin embargo, existe un hombre cuya honestidad es excepcional y si deseas gobernar el país satisfactoriamente, sería aconsejable que lo emplearas. Su nombre es Awoto Fujitsuna.

Así, Hojo Tokiyori buscó a Awoto Fujitsuna y le contó su sueño:

—No, fue algo más que un simple sueño, fue una revelación que me ordenó que te asignara para el puesto, y eso es lo que haré.

—¡Oh, ciertamente! —dijo Awoto Fujitsuna—. Sin embargo, mi señor, designar altos cargos mediante sueños y visiones es un asunto delicado, ya que esos mismos sueños podrían algún día decretar nuestra ejecución.

Hojo Tokiyori se rio de semejante ocurrencia, y le respondió que esperaba que no llegase ese momento. Awoto Fujitsuna se convirtió así en un excelente consejero, de confianza, popular, justo y honesto. Nadie tenía una mala palabra en su contra, y Hojo Tokiyori estaba encantado.

Un buen día, Fujitsuna, mientras estaba cruzando un puente con un saco de monedas que pertenecían al Gobierno, tropezó y cayó, y la bolsa reventó. Fujitsuna recogió todo el dinero, con la excepción de una moneda de medio céntimo que de alguna manera debía de haberse caído al río. Fujitsuna pudo entonces haberse marchado y reemplazado esa moneda con otra, pero ese modo de proceder no se ajustaba a sus altos ideales ni a sus normas de conducta en tales asuntos. Había perdido medio céntimo que pertenecía al Gobierno. Y según lo que sabía, se encontraba en el río. Por tanto, se negó a dar un paso más hasta el momento en que fuera recobrado, ya que ese era su deber. Awoto Fujitsuna corrió hasta las casas que se apiñaban en ambos extremos del puente diciendo a los lugareños simplemente que se le había caído dinero del Gobierno al río y si serían tan amables de ir a buscarlo. Por supuesto, las buenas gentes salieron de sus casas y empezaron a buscar, dispuestas a ayudar como el pueblo japonés siempre ha hecho desde tiempo inmemorial. Todos siguieron a Fujitsuna hasta el río, hombres, mujeres y niños, y una búsqueda diligente fue emprendida por varios cientos de personas durante horas. Finalmente, justo cuando se ponía el sol, un anciano granjero encontró el medio céntimo y se lo entregó a Fujitsuna.

Fujitsuna estaba encantado, y le dijo a la gente que ahora todo estaba bien, ya que había recobrado el dinero gracias a la aguda vista del anciano.

—Pero —le respondieron— si solo es medio céntimo. ¿Dónde está el resto?

—Amigos míos —les respondió Fujitsuna—, ese medio céntimo es todo el dinero que he perdido. Pero ese medio céntimo no era mío, pertenecía al Tesoro del Estado, y me fue confiado. Era mi deber recuperarlo. Aquí tenéis treinta yenes de mi propiedad para los que me habéis ayudado a encontrarlo, id y gastáoslos en sake. Y recordad mis palabras: si el Gobierno os confía algo, no importa que no tenga mucho valor, no debéis perderlo, pues están en juego vuestra vida y vuestra fortuna.

Los lugareños se quedaron muy impresionados con esa muestra de honestidad y con su manera de razonar.

Hojo Tokiyori, al enterarse de la anécdota, ascendió a Awoto Fujitsuna a una posición más elevada de la que ocupaba; pero, a pesar de sus progresos y de su fortuna, el ministro continuó trabajando duro, sustentándose con las comidas más humildes, vistiendo las ropas más sencillas, viviendo en una casa en lugar de ocupar un palacio y entregando su vida a su país.

Una vida salvada por una araña y dos palomas

De Yoritomo, el *Murray* dice que «vivió del 1147 al 1199. Fue fundador del *shogunato*, el primer alcalde japonés de palacio, por así decirlo. Vástago de la gran casa de Minamoto, era tan astuto y ambicioso como inescrupuloso e inhumano, quedó huérfano a temprana edad y apenas escapó a la muerte siendo un crío a manos de Kiyomori, el entonces todopoderoso ministro que pertenecía a la casa rival de Taira».

En este excelentemente ajustado epítome de los cincuenta y dos años de vida de Yoritomo, se intuye que debió de haber vivido incontables aventuras, con luchas y batallas a lo largo de su carrera. Curiosamente, sin embargo, Yoritomo murió plácidamente en su cama.

En la primera mitad de su vida, Yoritomo sufrió una severa derrota a manos de Oba-Kage-chika en una batalla en las montañas Ishibashi, en la provincia de Izu. Tan dura fue su derrota que Yoritomo y seis de sus más fieles seguidores hubieron de salir por piernas, por decirlo llanamente. Corrieron como liebres para salvar el pellejo y en su urgencia por escapar de los hombres de Oba-Kage-chika, se internaron en un gran bosque con la esperanza de permanecer ocultos a ojos de sus perseguidores. Para ello se abrieron paso por los lugares más espesos, recónditos y agrestes

de todo el bosque, hasta que llegaron a un enorme árbol seco *hi no ki*, que presentaba un hueco tan grande como para cobijarlos a todos. Yoritomo y sus seis vasallos buscaron ansiosamente refugio en el interior del tronco, ya que, cansados como estaban, no albergaban ninguna esperanza de escapar a las enormes y activas fuerzas de Oba-Kage-chika, que consumarían su victoria capturando y ejecutando a todos los que habían huido. Al alcanzar la linde del bosque, el propio Oba-Kage-chika envió a su primo Oba Kagetoki a buscar a Yoritomo, con estas palabras:

—Ve, primo mío, y encuentra a nuestro enemigo Yoritomo. Esta es la oportunidad de tu vida, ya que es seguro que se encuentra escondido en este bosque. En cuanto llegue el resto de nuestras fuerzas, rodearé el bosque.

A Oba Kagetoki no le alegraba esta misión, ya que él y Yoritomo habían sido amigos. A pesar de ello se inclinó ante su primo y se internó en el bosque. Apenas había pasado media hora de búsqueda, cuando Oba Kagetoki llegó al pie del enorme árbol y descubrió en él a su viejo amigo Yoritomo y a sus seis fieles vasallos. Su corazón se ablandó y, en lugar de detenerlo como era su deber, regresó junto a Oba-Kage-chika alegando que le había resultado imposible dar con su enemigo y que, en su opinión, Yoritomo había escapado ya del bosque. Oba-Kage-chika estaba furioso, y dijo abiertamente que no creía ni una palabra de lo que su primo le estaba diciendo, que escapar de ese bosque era imposible en tan poco tiempo.

—¡Vamos! —dijo airado—. Veinte de vosotros, venid conmigo. Y tú, primo, guiarás a la compañía y nos mostrarás dónde has estado. Y nada de trucos, o pagarás por ello.

Así impelido, Kagetoki lideró la marcha, evitando cuidadosamente el árbol seco, pues había decidido salvar la vida de Yoritomo si estaba en su mano. Aunque, por desgracia, había elegido un camino particularmente malo, y Kage-chika, que llevaba una armadura especialmente pesada, gritó:

—¡Ya he tenido bastante de tu guía! Volvamos al camino

principal. Es más probable que los fugitivos hayan ido por ahí. De cualquier manera, esta senda por la que nos has traído ni es camino ni es nada, es imposible avanzar por aquí con armadura.

Así fue que no pasó mucho tiempo antes de que alcanzaran el gran árbol. Kagetoki temía que su primo pudiera encontrar a Yoritomo en el hueco, y comenzó a pensar cómo lo podría salvar. Kage-chika estaba a punto de mirar en el hueco del árbol cuando a Kagetoki se le ocurrió una brillante idea.

—¡Aguarda! —le dijo—. No malgastes el tiempo mirando ahí. ¿No ves la tela de araña que rodea la entrada? Habría sido imposible que alguien se introdujera en ese hueco sin haberla roto.

Kage-chika estuvo a punto de aceptar que su primo estaba en lo cierto, pero aún seguía sospechando de él, e introdujo su arco en el hueco para tantear lo que había dentro. Justo cuando el arco estaba a punto de alcanzar la pesada armadura de Yoritomo, lo que naturalmente habría delatado su presencia, dos bellas palomas de color blanco salieron volando hacia la copa del árbol.

—Tienes razón, primo —dijo Kage-chika entre risas al ver las palomas—. Estoy perdiendo el tiempo, ya que nadie puede estar oculto en un árbol junto a palomas silvestres. Además, la tela de araña rodea la entrada.

Así fue que la vida de Yoritomo fue salvada por una araña y dos palomas. Cuando pasaron los años y se hizo *shogun*, fijó en Kamakura su residencia y la sede del Gobierno, y en el templo de Tsurugaoka, que está consagrado a Hachiman, el dios de la Guerra, levantó dos altares. Uno de ellos está dedicado al emperador Nintoku, hijo de Ojin, dios de la Guerra, y el otro a Yoritomo, llamado Shirahata Jinja. Los altares fueron erigidos para mostrar la gratitud de Yoritomo hacia el dios de la Guerra, ya que las palomas son consideradas en Japón mensajeras de la guerra, no de la paz.

NOTA. Creo que la capilla llamada por el *Murray* como «Shirahata», que significa *bandera blanca*, en realidad es *shiro hato*, que significa

palomas blancas. El siguiente párrafo pertenece al *Murray*.

El templo de Hachiman, el dios de la Guerra, datado a finales del siglo XII, se levanta en una posición ventajosa sobre una colina llamada Tsurugaoka. Una avenida de majestuosos pinos conduce al templo desde la costa. Aunque tanto la avenida como el templo han sufrido los estragos del tiempo, los restos del lugar aún recuerdan las antiguas glorias de épocas pasadas. Tres *torii* de piedra preceden al templo, que se levanta al final de un tramo de escaleras talladas en la roca. Advertid el magnífico árbol *icho*, de cerca de veinte pies de diámetro y que se cree que tiene cerca de mil años, y los árboles florales repartidos por el terreno.

Antes de ascender las escaleras, las capillas menores traseras merecen nuestra atención. La más cercana, pintada de rojo y llamada Wakamiya, está dedicada al emperador Nintoku, hijo del dios de la Guerra. La más alejada, renovada en 1890, es conocida como Shirahata Jinja, y está dedicada a Yoritomo. El estilo y la estructura son de alguna manera inusuales, el negro y el dorado son los únicos colores empleados, y los cuatro pilares centrales están hechos de hierro. En el interior se custodia una pequeña imagen de Yoritomo.

Un camino lateral lleva de aquí al templo principal, el cual está cercado por una hilera de columnas pintadas de rojo. El templo, que se levantó de nuevo en 1828 tras haber sido destruido por el fuego siete años atrás, es de estilo Ryobu Shinto, con pilares, vigas y travesados de color rojo, y está decorado con pequeñas tallas policromadas principalmente de aves y animales. En la columnata hay un gran número de *mikoshi* (palanquines religiosos) usados con motivo de los festivales bianuales (15 de abril y 15 de diciembre), una imagen de madera de Sumiyoshi tallada por Unkei, y unas pocas reliquias de Yoritomo. La mayor parte de las reliquias han sido llevadas a la residencia del sumo sacerdote (Hakozaki Oyatsu-kwan) y únicamente se exhiben durante los festivales.

Inmediatamente detrás del templo de Hachiman hay una pequeña colina llamada Shirabata-yama, donde se decía que

Yoritomo solía admirar el paisaje. La falda de la colina se ha cercado y se ha convertido en un jardín.

La lealtad de Murakami Yoshiteru

Murakami Yoshiteru, al que para abreviar nos referiremos como Yoshiteru, era uno de los fieles vasallos del príncipe Morinaga, tercer hijo del emperador Go-Daigo, que gobernó entre los años 1319 y 1339. Cuando sostengo que «gobernó», lo que en realidad quiero decir es que Go-Daigo era el emperador, pues en esa época existía un regente, Hojo Takatoki, que reinaba con enorme egoísmo y crueldad.

Con la excepción del joven príncipe Morinaga, la familia imperial parecía tomarse la vida con tranquilidad. Preferían la comodidad a la disputa y el sosiego a la confusión. El príncipe Morinaga era diferente. De fuerte temperamento y orgulloso, opinaba que Hojo Takatoki estaba usurpando los privilegios del emperador, ya que no ostentaba una condición superior a la de los demás súbditos y, por lo tanto, no tenía ningún derecho a ser nombrado regente. Naturalmente, estas opiniones le acarrearon problemas, y no pasó mucho tiempo antes de que, súbitamente, el príncipe Morinaga se viera obligado a abandonar la capital con sus seguidores, que, aunque se contaban por centenares, no eran los suficientes como para enfrentarse a Hojo Takatoki en aquel momento.

El príncipe Morinaga decidió entonces que sería mejor vivir de manera independiente en Yamato antes que permanecer bajo la autoridad de Hojo Takatoki, como hacían su padre y sus hermanos mayores. Tras reunir a sus más leales seguidores, el más destacado

de los cuales era el héroe de nuestra historia, Murakami Yoshiteru, el príncipe abandonó la capital de incógnito y partió para Yoshino, en Yamato. Allí, en las agrestes montañas, intentó construir un castillo, en el cual pretendía vivir el resto de sus días emancipado del regente, hacia quien sentía verdadera aversión.

El príncipe Morinaga traía consigo un estandarte imperial, el cual, confiaba, le proporcionaría simpatía y auxilio en la indómita provincia de Yamato. A pesar de que desde la por entonces capital Kioto hasta los límites de Yamato había solamente alrededor de treinta millas en línea recta, la mayor parte del terreno era montañoso y salvaje, y por aquel entonces no lo cruzaba camino alguno; en su lugar se usaban los pasos de montaña. Por lo tanto, no fue hasta el mediodía del quinto día de viaje que el príncipe llegó a un pequeño puesto fronterizo llamado Imogase. Aquí encontró su camino bloqueado por un puesto de guardia, cuya guarnición había sido reclutada entre los aldeanos de Imogase, capitaneados por un tal Shoji, un sujeto rudo y desagradable.

Cuando el príncipe Morinaga y su grupo de cerca de ochenta seguidores vestidos como *yamabushi*[37] (monjes guerreros) alcanzaron el puesto, desplegaron el estandarte, pero la guardia del pueblo les dio el alto y les informó de que no podían adentrarse ni un paso más en Yamato sin dejar a uno de los suyos como rehén. El príncipe era demasiado altivo como para dirigirse a los aldeanos y darles explicaciones y, desgraciadamente, Murakami Yoshiteru, su hombre de confianza, no podía ayudarle, ya que se había quedado rezagado unas millas atrás recogiendo paja para hacerse un nuevo par de *waraji*[38]. Shoji, el líder de los aldeanos de Imogase, se mantuvo firme en su demanda de que uno de su grupo debía permanecer allí hasta el regreso del resto. Durante cerca de veinte minutos, el asunto se quedó como estaba. Ningún bando deseaba luchar. Finalmente Shoji dijo:

—Bueno, ¡tú vienes aquí diciendo que eres un príncipe! Pero yo solo soy un simple aldeano y no entiendo de esas cosas. Traes contigo el estandarte imperial; pero puesto que llegas vestido como

un *yamabushi*, no pareces exactamente lo que se dice un príncipe. Como yo no quiero problemas y tú tampoco los quieres, y siendo mis órdenes las de tomar un rehén de cada compañía armada de más de diez integrantes, la única sugerencia que me queda por hacer es que puedo tomar como rehén este estandarte imperial.

El príncipe, bastante contento por haberse librado de abandonar a uno de sus fieles seguidores, le entregó el pendón a Shoji, y entonces tanto a él como a su grupo se les permitió adentrarse en Yamato. Y así fue como reanudaron su camino. No había pasado ni media hora desde que abandonaran aquel lugar, cuando Murakami Yoshiteru llegó al puesto de guardia, tras haberse hecho un nuevo par de *waraji* que sustituyeron a los viejos; y su asombro al ver el estandarte de su señor en manos de tan baja ralea solamente fue comparable a su cólera.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó.

Shoji le explicó lo ocurrido y tras escuchar la historia, Murakami perdió los estribos y fue presa de un violento acceso de ira. Insultó a Shoji y a sus hombres diciéndoles que eran un puñado de vulgares canallas sin derecho siquiera a mirar el estandarte imperial, mucho menos a osar tocarlo; y a continuación, arremetió contra los guardias, matando a tres o cuatro y poniendo al resto en fuga. Hecho esto, Murakami se apoderó del estandarte y huyó con él hasta que, al caer la tarde, se unió al príncipe y a su grupo, quienes se alegraron por lo que había hecho y por la recuperación del estandarte.

Dos días después, el grupo llegó a Yoshino y en las inmediaciones levantaron una fortaleza, donde durante algunos meses vivieron en paz. Por desgracia, no pasó mucho tiempo antes de que el regente fuera informado del paradero del príncipe, y enseguida envió un pequeño ejército tras él. Durante dos días, el fuerte fue terriblemente asediado, y al tercero los portones exteriores fueron tomados; dos terceras partes de los hombres del príncipe habían muerto. Murakami había sido herido tres veces, y su vida estaba llegando a su fin. Fiel hasta el final, se acercó a su

príncipe, diciendo:

—Mi señor, estoy herido de muerte. En menos de media hora nuestros enemigos nos habrán derrotado, pues únicamente nos queda un puñado de hombres con vida. Su Alteza no ha sido herido, y aún puede disfrazarse y escapar así cuando se aproxime el fin. Entregadme rápidamente vuestra armadura y permitidme hacerme pasar por vos. Les mostraré a nuestros enemigos cómo muere un príncipe.

Se cambiaron las ropas con premura, y colocándose la armadura del príncipe, Murakami, que sangraba abundantemente por sus heridas, debilitado por la pérdida de sangre y ya más muerto que vivo, alcanzó la muralla y subió arrastrándose los últimos peldaños hasta un lugar desde el cual podía ver a la mayor parte de las fuerzas enemigas, que también lo verían a él.

—¡Soy el príncipe Morinaga! —gritó—. El destino está en mi contra, aunque la razón esté conmigo. Tarde o temprano, el castigo divino os alcanzará. Hasta que eso ocurra, que mis maldiciones caigan sobre vosotros. Aquí os dejo una lección de cómo muere un príncipe. Imitadme, si os atrevéis, cuando llegue vuestra hora.

Tras decir esto, Murakami Yoshiteru desenfundó su espada corta y se cortó el abdomen, y arrancándose sus temblorosas entrañas, las arrojó sobre sus enemigos. Acto seguido, su cuerpo se desplomó, muerto.

Su cabeza fue entregada al regente en Kioto como la cabeza del príncipe Morinaga, el cual escapó con vida para poder seguir intrigando.

Una historia de las islas Oki

Las islas Oki, que se encuentran a cuarenta y cinco millas de distancia del continente, próximas a la provincia de Hoki, fueron durante siglos escenario de conflictos, de dolor y de exilio; pero hoy en día son bastante prósperas y sumamente pacíficas. La captura de sepia, pulpo y pescado en general constituye su principal fuente de ingresos. Se trata de un archipiélago rocoso, extraño y agreste, de difícil acceso, y ciertamente son pocos los europeos que lo han visitado. Únicamente conozco a dos: el difunto Lafcadio Hearn y míster Anderson (que estuvo allí para recolectar especies de animales para el duque de Bedford). Yo mismo envié a esas islas a Oto, mi cazador japonés, quien se alegró mucho de regresar.

Durante la Edad Media, esto es, a partir del año 1000 d. C. aproximadamente, estallaron entre los caudillos numerosos conflictos por el control de las islas, y un gran número de personas fueron exiliadas allá. En el año 1239, Hojo Yoshitoshi derrotó al emperador Go Toba y lo desterró a la isla Dogen. Otro caudillo Hojo desterró a otro emperador, Go-Daigo, a Nishi-no-shima. Oribe Shima, el protagonista de nuestra historia, fue probablemente desterrado allí por el mismo caudillo Hojo, cuyo nombre era, según se me ha comunicado, Takatoki (Hojo), y la fecha de la historia puede rondar el año 1320 d. C.

En la época en que Hojo Takatoki gobernaba el país de manera absoluta, vivía un samurái cuyo nombre era Oribe Shima. Por algún

tipo de mala fortuna, Oribe (que así lo llamaremos a partir de ahora) había ofendido a Hojo Takatoki, y había sido, por tanto, desterrado a una de las islas del archipiélago de Oki entonces conocida como Kamishima (isla Sagrada). Aunque así me lo ha contado el narrador de esta historia, dudo de que este sea su auténtico emplazamiento geográfico, y creo que en realidad la isla ha de ser la de Nishi-no-shima (isla de Poniente, o isla Occidental)[39]. Oribe tenía una preciosa hija, de diecisiete años de edad, por la que profesaba tanto afecto como el que ella sentía por él y, por consiguiente, el exilio y la separación los dejó doblemente abatidos. Su nombre era Tokoyo, O-Tokoyo-san.

Tokoyo, abandonada en su viejo hogar de la provincia de Shima, en Ise, lloraba día y noche. Finalmente, incapaz de soportar la separación durante mucho más tiempo, tomó la decisión de arriesgarlo todo y reunirse con su padre o morir en el intento. Era muy valiente, tanto como la mayoría de las jóvenes de la provincia de Shima, pues allí las mujeres pasaban sus vidas ligadas al mar. Cuando era niña, le encantaba bucear con las jóvenes que se dedicaban cada día a recolectar *awabi* y las perlas de las ostras, corriendo los mismos riesgos que ellas y jugándose la vida a pesar de su alta cuna y su delicado cuerpo. No le temía a nada.

Tras tomar la decisión de reunirse con su padre, Tokoyo vendió todas las propiedades de las que pudo disponer y emprendió el largo viaje a la remota provincia de Hoki. Tras varias semanas de peregrinaje, alcanzó la costa en un lugar llamado Akasaki, desde donde en los días despejados se pueden avistar vagamente las islas de Oki. Inmediatamente se puso a la labor de intentar persuadir a los pescadores para que la transportaran a las islas; pero apenas le quedaba dinero y, para empeorar las cosas, no estaba permitido desembarcar en las islas Oki en aquel entonces, y mucho menos visitar a los que allí habían sido exiliados. Los pescadores se rieron de Tokoyo, animándola a volver a su casa. La intrépida joven no se desanimó. Compró todas las provisiones que pudo permitirse, al caer la noche bajó a la playa, y, tras elegir el bote más ligero que

pudo encontrar, lo arrastró, no sin dificultad, al agua, y remó tan fuerte como sus pequeños brazos le permitieron. La Fortuna fue gentil con ella y le envió una fuerte brisa, y la corriente también se puso de su lado. En el ocaso del día siguiente, más muerta que viva, descubrió que sus esfuerzos habían sido coronados con éxito. Su bote arribó a la orilla de una ensenada rocosa.

Tokoyo buscó un lugar resguardado y se tumbó a dormir, y así pasó la noche. A la mañana siguiente se despertó con fuerzas renovadas y, tras devorar las provisiones que le quedaban, comenzó a indagar sobre el paradero de su padre. La primera persona con la que se encontró fue un pescador.

—No —le dijo—. Nunca he oído hablar de tu padre. Y si quieres mi consejo, no deberías preguntar por él si ha sido desterrado, ya que a ti te acarreará problemas y a él, la muerte.

La pobre Tokoyo deambuló de un lugar a otro, subsistiendo de la caridad, pero sin recibir noticias de su padre.

Una tarde llegó a un pequeño y abrupto promontorio donde se alzaba un santuario. Tras inclinarse ante Buda e implorar su ayuda para encontrar a su querido padre, Tokoyo se tendió en el suelo con la intención de pasar la noche allí, pues era un lugar tranquilo, sagrado y resguardado de los vientos, que incluso en verano, como ahora (nuestra historia transcurre durante el 13 de junio), soplan con inusitada violencia sobre las islas Oki.

Tokoyo solamente había dormido una hora cuando escuchó, a pesar del choque de las olas contra las rocas, un sonido curioso, el de unas palmadas y el amargo sollozo de una joven. Cuando levantó la vista, con la claridad de la luna descubrió a una bella doncella de unos quince años llorando desconsoladamente. Detrás de ella se hallaba un hombre que parecía ser el sacerdote o el custodio del templo. Daba palmadas y murmuraba las palabras: *Namu Amida Butsu*[40]. Ambos iban vestidos de blanco. Cuando la oración finalizó, el sacerdote guio a la muchacha hasta el borde de las rocas, e iba a empujarla al mar, cuando Tokoyo llegó al rescate. Corrió hacia la joven y la agarró por el brazo justo a tiempo de

salvarla. El viejo sacerdote parecía sorprendido por la intervención, pero no estaba en absoluto contrariado, y le explicó lo siguiente:

—Está claro por tu actuación que no eres de esta pequeña isla. De otra manera comprenderías que el doloroso asunto en el que me has encontrado no es de mi agrado, ni del agrado de ninguno de nosotros. Por desgracia, en esta isla nos hallamos bajo la maldición de un dios maligno, al que llamamos Yofune-nushi. Vive en el fondo del mar, y reclama, una vez al año, el sacrificio de una joven que no haya cumplido los quince años de edad. Esta ofrenda debe realizarse el 13 de junio, Día del Perro, entre las ocho de la tarde y las nueve de la noche. Si los lugareños desatendiesen este tributo, Yofune-nushi montaría en cólera, y desencadenaría enormes tormentas que ahogarían a un gran número de nuestros pescadores. Con el sacrificio anual de una de nuestras jóvenes son muchos los que se salvan. Desde hace siete años ha sido mi triste deber supervisar el rito, una ceremonia que tú acabas de interrumpir.

Tokoyo escuchó hasta el final la explicación del sacerdote, y al cabo le dijo:

—Venerable monje, si es verdad lo que decís, la pena y el dolor reinan en todos los lugares del mundo. Dejad que la joven se vaya, y decidle que no llore más, ya que mi pena es mayor que la suya. Ocuparé su lugar por voluntad propia y me ofreceré como sacrificio a Yofune-nushi. Soy la afligida hija de Oribe Shima, un samurái de alto rango que fue desterrado a esta isla. Ha sido buscando a mi amado padre que he llegado aquí; pero se encuentra tan estrechamente vigilado que no puedo llegar hasta él, ni siquiera he podido descubrir dónde lo tienen confinado. Mi corazón está roto, ya no deseo seguir viviendo, así que ocuparé gustosa el lugar de la joven. Por favor, tomad esta carta que está dirigida a mi padre. Haced el esfuerzo de entregársela. Es todo lo que os pido.

Dicho esto, Toyoko despojó a la joven de su blanca túnica y se la puso. Entonces se arrodilló ante la estatua de Buda, y rogó por poseer la fortaleza y el coraje necesarios para destruir al maligno

dios Yofune-nushi. Tras esto desenvainó una pequeña y bella daga que había pertenecido a un antepasado suyo y, sujetándola entre sus nacarados dientes, se lanzó de cabeza al rugiente mar y desapareció. El sacerdote y la joven asistieron a esta escena con asombro y admiración, y la muchacha, además, con gratitud.

Como contábamos al comienzo de la historia, Tokoyo se había criado entre las buscadoras de ostras de su tierra en Shima; era una excelente nadadora y además tenía conocimientos de esgrima y *jujitsu*[41], como tantas otras chicas de su posición por aquel entonces.

Tokoyo descendió a través del agua clara, iluminada por la luz de la luna. Fue bajando más y más, atravesó bancos de plateados peces y llegó hasta el fondo. Allí se topó con una cueva submarina que resplandecía con el fulgor fosforescente que despedían las conchas de *awabi* y las perlas que brillaban a través de sus hendiduras. Tokoyo creyó distinguir la figura de un hombre sentado en la cueva. Sin nada que temer y dispuesta a luchar y morir, se aproximó empuñando la daga, preparada para atacar. La joven pensó que se trataba de Yofune-nushi, el diabólico dios de quien el sacerdote había hablado. Sin embargo, el dios no mostraba señales de vida, y Tokoyo descubrió que no se trataba de ningún dios, sino únicamente de la efigie de madera de Hojo Takatoki, el hombre que había exiliado a su padre. Al principio, la joven se enfureció y a punto estuvo de desatar su venganza sobre la estatua; pero, después de todo, ¿de qué iba a servir? Mejor hacer el bien que hacer el mal. Decidió entonces rescatar el objeto. Se dijo que quizás la estatua había sido esculpida por alguien que, como su padre, había sufrido a manos de Hojo Takatoki. Pero ¿sería posible el rescate? Sí, de hecho era más que probable. Al percatarse de esto, Tokoyo deshizo uno de sus ceñidores y lo ató alrededor de la estatua, que sacó de la caverna. Es cierto que al estar llena de agua era mucho más pesada; pero las cosas son más ligeras en el agua que en tierra firme, así que Tokoyo no creyó que subirla a la superficie le planteara ningún problema. Pero iba a atársela a la

espalda cuando ocurrió lo inesperado.

Vio venir, avanzando lentamente desde las profundidades de la caverna, a un ser aterrador, una brillante criatura fosforescente con cuerpo de serpiente, pero con extremidades y pequeñas escamas por el lomo y los costados. Aquella cosa medía veintisiete o veintiocho *shaku*[42] de largo. Sus ojos brillaban con un fulgor ardiente. Tokoyo agarró su daga con renovada determinación, completamente segura ya de que se encontraba ante el maligno Yofune-nushi que reclamaba una doncella al año. Sin duda, Yofune-nushi la había tomado por la joven ofrendada. Bueno, Tokoyo podía hacerle creer tal cosa, para después matarlo en cuanto se presentara la ocasión, acabando así con el obligado pago anual de una virgen escogida entre las pobres gentes de esta isla.

El monstruo continuó acercándose lentamente, y Tokoyo se preparó para el combate. Cuando la criatura se aproximó a una distancia de seis pies, ella se hizo a un lado y le asestó un tajo en su ojo derecho. El dios maligno se sorprendió tanto que se volvió y trató de introducirse de nuevo en la caverna; pero Tokoyo era demasiado inteligente para él. Cegado tanto por la pérdida del ojo derecho como por la cantidad de sangre que flotaba en el agua, los movimientos del monstruo eran lentos, con lo que quedó a merced de la osada y ágil Tokoyo. Esta se arrimó al costado izquierdo de la criatura y le asestó una puñalada en el corazón. Sabiendo que el ser no podría sobrevivir mucho tiempo al golpe, fue tras él para impedirle el paso a la cueva, pues en la oscuridad ella podría verse en desventaja. Pero Yofune-nushi fue incapaz de encontrar el camino de vuelta a las profundidades de la caverna, y tras varios estertores murió, no lejos de la entrada de la cueva. Tokoyo estaba complacida por su éxito. Era consciente de que había acabado con la deidad que todos los años se llevaba la vida de una joven de las gentes de aquella isla a la que había llegado buscando a su padre. Entonces se acordó de que debía llevar la estatua de madera a la superficie; lo consiguió después de varios intentos. Tokoyo había permanecido bajo el agua casi media hora.

Durante ese tiempo, el sacerdote y la muchacha se quedaron observando el mar en el punto en que Tokoyo se había sumergido. Maravillados ante su valentía, el sacerdote rogaba por su alma y la joven daba gracias a los dioses. ¡Imaginad su sorpresa cuando de repente vieron a alguien que, debatiéndose, salía torpemente del agua! Eran incapaces de distinguir de quién se trataba, hasta que la joven exclamó:

—¿Acaso, Su Reverencia, no es esa la joven que ocupó mi lugar y se lanzó a las aguas? La he reconocido porque viste mi túnica blanca. Pero parece que hay un hombre y un enorme pez a su lado.

Al escuchar estas palabras, el sacerdote se dio cuenta de que la persona que había emergido de las aguas era Tokoyo, y se dispuso a proporcionarle toda la ayuda posible. Se precipitó al mar y, viendo que estaba semiinconsciente, la arrastró hasta la orilla. Amarró su faja alrededor del monstruo y colocó la efigie de Hojo Takatoki tras una roca al amparo de las olas. El auxilio llegó enseguida, y todo fue cuidadosamente transportado a un lugar seguro en el pueblo. Tokoyo fue la heroína del día. El sacerdote dio parte de todo el asunto a Tameyoshi, el señor que gobernaba la isla en esa época, y él a su vez dio parte a Hojo Takatoki, que regía sobre la provincia de Hoji y, por consiguiente, sobre las islas de Oki.

Takatoki sufría una extraña dolencia completamente desconocida para los médicos de la época. La recuperación de aquella efigie de madera con sus rasgos dejó claro que Takatoki se hallaba bajo los efectos de un maleficio lanzado por alguien al que había tratado de manera injusta. Esta persona había tallado la estatua y, tras maldecirla, la había arrojado al mar. Ahora que había sido llevada a la superficie, la maldición había concluido y Hojo Takatoki pudo recobrarse de su misteriosa enfermedad. Cuando Takatoki se enteró de que la protagonista del suceso era la hija de su antiguo enemigo Oribe Shima, ordenó su inmediata liberación y un gran júbilo colmó el lugar.

El maleficio que dominaba la imagen de Hojo Takatoki se había roto con la muerte del maligno dios Yofune-nushi, quien reclamaba

el sacrificio de una virgen al año. Yofune-nushi fue destruido y los isleños ya no temieron más por las tormentas. Oribe Shima y su valiente hija Tokoyo regresaron a su hogar en la provincia de Shima, donde la gente los felicitó con regocijo. Su popularidad pronto restableció su empobrecido patrimonio, ya que las gentes estaban dispuestas a trabajar para ellos a cambio de nada.

En la isla de Kamishima (isla Sagrada), en el archipiélago de Oki, reinó la paz. Nunca más se sacrificaron vírgenes cada 13 de junio al diabólico dios, Yofune-nushi, cuyo cuerpo fue enterrado en el cabo del santuario de nuestra historia. Otra pequeña capilla fue erigida para conmemorar el evento. La llamaron la Tumba de la Serpiente de Mar.

La efigie de madera de Hojo Takatoki, tras mucho viajar, encontró reposo en Honsóji, en Kamakura.

El cabo de la espada[43]

Situadas al sur de la provincia de Higo existen un grupo de islas de gran tamaño, separadas de tierra firme por un estrecho mar interior, profundas bahías y angostos canales. A este conjunto de accidentes geográficos se le conoce como Amakusa. Existe un pueblo llamado Amakusa-mura, un mar conocido como Amakusa-umi, una isla conocida como Amakusa-shima, y el cabo conocido como Joken-Zaki, que es el cabo de mayor tamaño de todos los que se internan en el mar de Amakusa.

La historia nos cuenta que en el año 1577, el *daimio* de la provincia emitió una orden por la que obligaba a todos aquellos que se encontraban bajo su autoridad a convertirse al cristianismo o ser exiliados. Durante el siglo siguiente, este decreto fue revocado, pues, no contentos con eso, se ordenó que los cristianos fueran ejecutados. Decenas de miles de cabezas cristianizadas fueron cortadas y enviadas a Nagasaki, Shimabara y Amakusa para su sepelio.

Esto —y el *Murray* lo reitera— no tiene nada que ver con nuestra historia. Aunque es posible que en la época en que los habitantes de Amakusa se convirtieron al cristianismo, la espada en cuestión, custodiada en algún templo, fuera arrojada al mar junto con los dioses y recuperada por un buscador de perlas, o de coral, en la Era Bunroku, que se prolongaría del año 1592 al 1596. No cabe duda de que de un hecho como el rescate de una espada surgiría una

leyenda.

El cabo de Joken-Zaki (el cabo de la Espada de la Dama) no fue llamado así siempre. En épocas anteriores, antes de la Era Bunroku, se le conocía por el nombre de Fudozaki o cabo de Fudō (Fudō es el dios de la Ferocidad, y siempre se le representaba rodeado de llamas y blandiendo una espada). La razón del cambio de nombre fue la siguiente.

Los habitantes de Amakusa subsistían exclusivamente de lo que sacaban del mar, así que cuando durante los dos primeros años de la Era Bunroku ningún pez llegó a sus aguas, se angustiaron enormemente; para ser exactos, muchos de ellos pasaron hambre y la región se sumió en un estado de desolación. Las redes más largas eran lanzadas en vano y no capturaban ningún pez de un tamaño superior a una sardina. Y al final, las cosas empeoraron de tal manera que los pescadores ni siquiera eran capaces de encontrar bancos de peces en las aguas próximas a la bahía. Esporádicamente se escuchaba un estruendo que parecía surgir de las aguas adyacentes al cabo Fudō; pero apenas reparaban en ello, ya que al ser japoneses, estaban bastante acostumbrados a los terremotos.

Todo el mundo sabía que los peces habían abandonado la bahía, adonde se habían ido y el porqué eran cuestiones que los lugareños no sabían responder. Hasta que un día un anciano y respetado pescador manifestó lo siguiente:

—Me temo, amigos míos, que el ruido que tan a menudo escuchamos surgir del cabo Fudō no tiene nada que ver con los terremotos, sino que se trata del dios del Mar, que está molesto.

Una tarde, varios días después de esta declaración, llegó a la bahía un junco, el Tsukushi-maru, propiedad de un tal Tarada, que lo gobernaba, y al que ancló para pernoctar al amparo de Fudozaki.

Tras arriar las velas y dejarlas bien enrolladas, los hombres de la tripulación subieron sus camastros del interior del junco y los estiraron sobre la cubierta, ya que el tiempo era cálido. Sin embargo, en mitad de la noche, el capitán fue despertado por un

curioso rumor que parecía salir del fondo del mar. Parecía surgir del lugar donde estaba fondeada el ancla; el cabo que la sujetaba se estremecía visiblemente. A Tarada, el misterioso sonido le recordaba el rugido de la corriente en el canal de Naruto, entre las islas de Awa y Awaji. De repente, el capitán vislumbró en la proa del junco a una bella dama ataviada con las más finas sedas blancas (o eso creía él). No obstante, rodeada como estaba por una resplandeciente neblina, la dama apenas parecía real. Tarada no era ningún cobarde, sin embargo, decidió despertar a sus hombres. En cuanto estos se despabilaron, el capitán se encaminó hacia la dama. Cuando estaba a unos diez pasos de ella, la dama se dirigió a él con la voz más melodiosa, y dijo:

—¡Si solo pudiera volver al mundo! Ese es mi único deseo.

Tarada, asombrado y espantado, cayó de rodillas, e iba ya a ponerse a rezar cuando el bramido de las aguas volvió a oírse de nuevo, y la dama de blanco desapareció en el mar.

A la mañana siguiente, Tarada se acercó hasta la orilla para preguntar a las gentes de Amakusa si alguna vez habían oído hablar de un suceso similar, y para que le contaran sus experiencias.

—No —le dijo el más anciano del pueblo—. Hasta hace dos años nunca habíamos escuchado ese ruido, pero ahora lo oímos surgir de las aguas del cabo de Fudō casi a diario. Antes de que apareciese, solíamos tener mucha pesca en esta bahía. Pero jamás hemos visto a la doncella que, según decís, habéis visto la pasada noche. Seguramente se tratara del fantasma de alguna pobre joven ahogada, y el ruido lo producirá el dios del Mar, que está molesto porque sus restos no hayan sido sacados de la bahía, donde había tanta pesca antes de que su cadáver corrompiera el lecho marino.

Los pescadores celebraron una asamblea y llegaron a la conclusión de que el anciano estaba en lo cierto: alguien se había ahogado en las aguas de la bahía y el cuerpo insepulto estaba contaminando el lugar. Era el fantasma de la ahogada el que se había aparecido en la embarcación de Tarada y el sonido estaba efectivamente producido por el colérico dios del Mar, ofendido

porque los peces evitaban internarse en la bahía debido a su impureza. Estaba bastante claro lo que debía hacerse. A pesar de la profundidad de las aguas, alguien tenía que bajar buceando hasta el fondo del mar y subir el cuerpo o los huesos a la superficie. Transportar un cadáver que había permanecido en el lecho marino durante dos años sería una tarea peligrosa y desagradable.

Como nadie se presentaba voluntario para la tarea, los lugareños sugirieron a uno que era un excelente nadador, un hombre que sufría retraso mental y que, consecuentemente, no tenía ningún valor para la comunidad: no tenía esposa y nadie lloraría por él. Su nombre era Sankichi, o, como le llamaban, Oshi-no-Sankichi (Sankichi el Tonto). Tenía veintiséis años, y siempre había sido muy honrado. Además era muy religioso, siempre estaba atendiendo templos y santuarios. Sin embargo, se mantenía apartado de los demás, ya que a la comunidad no le agradaba su trastorno. En cuanto el pobre Sankichi escuchó que todos creían que había un cadáver en el fondo de la bahía que debía ser subido a la superficie, dio un paso al frente e indicó por señas que él realizaría la tarea o moriría en el intento. ¿Qué valor tenía su pobre vida en comparación con las vidas de los cientos de pescadores que habitaban en la bahía y que dependían de la existencia del pescado? Los pescadores lo discutieron entre ellos y estuvieron de acuerdo en permitir a Oshi-no-Sankichi realizar una tentativa al día siguiente. Elasta que llegó ese momento, Sankichi fue tratado como un héroe.

Al día siguiente, cuando la marea estaba baja, todos los lugareños se congregaron en la playa para animar y decir adiós a Sankichi el Tonto. Entonces este fue remando hasta el junco de Tarada y allí, tras despedirse de sus escasos familiares, se zambulló en el mar ante las reverencias de todos los presentes. Sankichi buceó hasta alcanzar el fondo, atravesando corrientes cálidas y frías. Echaba rápidos vistazos aquí y allá mientras descendía, pero no encontró ningún resto humano. Finalmente se acercó a una prominente roca y en su cúspide vislumbró lo que parecía ser una espada envuelta en un viejo brocado. Al apoderarse del objeto,

advirtió que efectivamente se trataba de una espada. Cuando desató el brocado y la desenvainó, comprobó que poseía un brillo cegador y que no tenía ni una mota de óxido. «Se dice que Japón es el país de la espada», pensó Sankichi. «Es en una espada donde el alma de Japón reside. La diosa de la Espada debió de ser quien provocó el sonido que ahuyentó los peces de las aguas de la bahía». Percatándose de que se había hecho con un raro tesoro, Sankichi no perdió más tiempo en regresar a la superficie. Y sin demora fue izado a la cubierta del Tsukushi-maru entre las aclamaciones de los lugareños y de sus familiares. Tanto tiempo había pasado bajo el agua, y tan entumecido estaba su cuerpo, que se desmayó en el acto. Los demás encendieron un fuego y frotaron su cuerpo hasta que Sankichi volvió en sí. Entonces explicó por señas todo lo que había ocurrido. El jefe del lugar, Naruse Tsushimanokami, examinó la espada, y como, a pesar de su belleza y excelencia, no halló ningún nombre en la hoja, el oficial manifestó que, en su opinión, la espada era un tesoro sagrado. Sugirió entonces que se erigiera un templo dedicado a Fudō, donde la espada pudiera ser conservada para proteger al pueblo de futuras contrariedades. Se llevó a cabo una colecta, se reunió el dinero y el templo fue construido. A Oshi-no-Sankichi lo nombraron guarda del templo y vivió una larga y feliz vida.

Los peces regresaron a la bahía, pues el espíritu de la espada ya no estaba descontento por haber sido abandonado en el fondo del mar.

Cómo Yogodayu ganó una batalla

Durante el reinado del emperador Shirakawa, datado entre los años 1073 y 1086 d. C., existió un general cuyo nombre era Yogodayu. Había construido una fortaleza para él y su pequeño ejército en los bosques de Yamato, no muy lejos del monte Kasagi, donde, aproximadamente hacia el año 1380, el desgraciado emperador Go-Daigo se acantonó en las más intrincadas laderas y encontró la muerte. Incluso hoy en día, cualquiera que se interne en la estrecha garganta por la que el ferrocarril atraviesa Kasagi, en el valle de Kizugawa, acabará fascinado por el paisaje de naturaleza virgen y agreste de este territorio. Justo ahí levantó Yogodayu su fortaleza. Varios meses después sufrió un ataque por parte del hermano de su esposa, a quien detestaba, y fue derrotado estrepitosamente; tal fue la derrota que apenas una veintena de guerreros sobrevivieron al combate. Yogodayu y sus hombres lograron escapar hacia el monte Kasagi, se ocultaron en una cueva y allí permanecieron durante dos días temiendo ser descubiertos.

Al tercer día, Yogodayu, al percatarse de que nadie lo perseguía, se aventuró fuera de la cueva para disfrutar del paisaje. Mientras se dedicaba a esta labor, observó a una abeja que se debatía en vano sobre una enorme tela de araña en la que había quedado atrapada. Luchaba por liberarse con todas sus fuerzas, pero lo único que conseguía era enredarse aún más en la trampa mortal. Yogodayu, al verse identificado con la abeja, sintió piedad y la liberó de su

cautiverio diciendo:

—¡Vuela libre y vuelve a tu colmena, pequeña abeja! Cómo desearía hacer lo mismo. Es un placer liberar de su cautiverio a alguien, incluso para el que se encuentra a merced de sus enemigos, como me ocurre a mí.

Esa misma noche Yogodayu soñó que un hombre vestido de negro y amarillo le saludaba y le decía:

—Señor, he venido para comunicaros que es mi deseo ayudaros y así cumplir con la determinación que he tomado esta mañana.

—Y, decidme, ¿quién sois? —le preguntó Yogodayu en su sueño.

—Soy la abeja a la que liberasteis de la tela de araña, y estoy tan profundamente agradecida que he elaborado un plan con el que podréis derrotar a vuestro enemigo y recuperar vuestra fortuna.

—¿Cómo sería posible para mí derrotar a mi enemigo con un simple remanente de mi ejército, pues apenas me quedan veinte hombres? —declaró Yogodayu.

—Es muy sencillo —fue su respuesta—. Seguid al pie de la letra las siguientes instrucciones y lo veréis.

—Pero no poseo murallas tras las que, los cuatro gatos que somos, podamos mostrar trazas de lucha. Me resultará del todo imposible atacar a mi enemigo.

La abeja sonrió y dijo:

—No necesitaréis murallas. Será vuestro rival el que os ataque, y con el auxilio de cerca de diez millones de abejas de la región de Yamato, pondréis a vuestros enemigos en fuga. ¡Escuchad! Cuando hayáis fijado el día y el lugar de contienda contra vuestro cuñado, construiréis un cobertizo de madera, y colocaréis en él cientos de vasijas y receptáculos, tantos como vuestros hombres puedan encontrar, en los que nosotras, las abejas, nos introduciremos y ocultaremos. Vos os alojaréis en el cobertizo con vuestros veinte hombres y os las arreglaréis para que vuestro enemigo sepa vuestro paradero y que estáis reclutando un ejército para sorprenderlo. No pasará mucho tiempo antes de que decida atacaros. Cuando lo

haga, nosotras saldremos de las vasijas por millones y os ayudaremos. No temáis, vuestra victoria está asegurada; pero haced como os he dicho.

Yogodayu estaba a punto de decir algo más, pero entonces la abeja desapareció y él se despertó de su sueño. Profundamente impresionado, informó de todo a sus hombres. Entonces se acordó de que se dividirían en parejas y regresarían a su provincia natal, donde reclutarían a tantos hombres como fuera posible. Luego, treinta días después, volverían a la cueva. Yogodayu partió solo. Y treinta días después se reunieron de nuevo en la cueva de Kasagi-yama, tal y como habían acordado. Ahora, entre todos sumaban la cantidad de ochenta hombres. Discretamente, y siguiendo las indicaciones de la abeja, comenzaron entonces a construir la cabaña de madera a la entrada del valle y colocaron en su interior cerca de dos mil vasijas. Tan pronto como hicieron esto, las abejas comenzaron a llegar por millares, hasta alcanzar la cifra de dos millones. Uno de sus hombres fue enviado a propagar la noticia de que Yogodayu se estaba fortificando notablemente.

Dos días después, su cuñado llegó para atacarle. Yogodayu comenzó a luchar despreocupadamente para incitar al enemigo, que picó el anzuelo y cargó con todas sus fuerzas, dejándolas muy expuestas. En cuanto la mayor parte de las fuerzas enemigas se hubo desplegado, los enjambres de abejas salieron como una nube de su escondrijo y se cernieron sobre el ejército invasor, cegándolo y picándolo aquí y allá, por todos los sitios, sin que fuera posible hacerles frente. El enemigo, sin una sola excepción, se volvió y huyó. Fueron perseguidos entonces por las abejas y por los ochenta hombres de Yogodayu, que los derribaban a placer; por cada soldado enemigo, ellos contaban con tres mil abejas. Muchos perdieron los nervios y enloquecieron.

Así, tras derrotar completamente a su viejo enemigo, Yogodayu recobró su fortaleza, y, en conmemoración, levantó una pequeña capilla en lo recóndito de Kasagi-yama. En ella enterró todas las abejas muertas que pudo encontrar, y una vez al año, durante toda

su vida, fue a rezar allí.

Una isla remota y desierta

Hace muchos años, el señor de Kishu, cabeza de una de las tres familias del clan Tokugawa, decidió organizar una partida de caza en Tomagashima (la isla de Toma). Por aquel entonces salidas así eran celebradas a menudo, más como ejercicio de entrenamiento y de organización que por deporte, pues entrañaban reunir grupos de personas y aprender a controlarlos tanto en tierra como en el mar. A los hombres les ayudaba a identificar a sus comandantes y superiores, y revelaba qué sujetos eran merecedores de ascensos. Así que las partidas de caza estaban consideradas maniobras militares. En esta partida o maniobra en particular, el señor de Kishu se propuso realizar un desembarco en la isla de Toma, y hacerse con todas las piezas que pudieran cazar. Los juncos y demás embarcaciones se prepararon y pertrecharon como si fuesen a la guerra, al igual que los hombres; con excepción de las armaduras, pues no las llevaban.

El día del acontecimiento amaneció despejado. Se fletaron cerca de sesenta naves, y aproximadamente ochocientos hombres desembarcaron satisfactoriamente en la isla de Toma; la mayor parte de esa mañana la pasaron cazando ciervos y jabalís. Sin embargo, al caer la tarde, una tormenta de extremada violencia se desató y puso fin a la caza. Se ordenó a los hombres regresar a la orilla y subirse a los botes antes de que estos se estrellaran contra la playa.

Después de embarcar, se hicieron a la mar con la intención de alcanzar tierra firme. Pero el temporal que se desencadenó resultó terrorífico. En la orilla, los árboles eran arrancados de cuajo por el viento y la arena se arremolinaba a gran altura en el aire. Y si en tierra las cosas estaban así de mal, en el mar estaban muchísimo peor. Los navíos del señor de Kishu eran zarandeados como hojas secas en el viento.

Entre los hombres de la partida de caza había uno especialmente célebre por su valentía, Makino Heinei, al que apodaban *Ino shishi* (el Jabalí) debido a su temerario valor. Al observar que ni los juncos ni el resto de las embarcaciones avanzaban frente a la tormenta, Makino arrió un pequeño bote del junco en que se encontraba, e introduciéndose en él, solo, tomó los remos y, riéndose de todos, gritó:

—¡Mirad esto! Parecéis demasiado asustados como para avanzar. Mirad bien lo que hago y seguidme. Yo no tengo miedo a las olas, y ninguno de vosotros debería temerlas si sintieseis auténtica lealtad hacia nuestro señor.

Dicho esto, Makino Heinei se internó en el mar embravecido y, con un esfuerzo extraordinario, le sacó trescientas yardas de ventaja al resto de la flota. Entonces la galerna sopló aún con más violencia, tanta que Makino Heinei fue incapaz de hacer nada más. Por temor a salir despedido del bote, se vio obligado a atarse firmemente al mástil y dejar su destino en manos de la fortuna. Hay veces que hasta el corazón de un jabalí salvaje flaquea. Las olas pasaban por encima de la embarcación y el viento la sacudía constantemente. Makino Heinei cerró los ojos y esperó su destino.

Finalmente, una ráfaga más poderosa que las anteriores arrastró su bote a mar abierto y desde las demás embarcaciones, que estaban ancladas, se pudo observar cómo desaparecía en el horizonte. Heinei se aferraba firmemente al bote. Cuando el viento arrancó el mástil de cuajo, se sujetó a las cuadernas del bote. Rezaba con fervor. Después de ocho horas de tormenta, las aguas se calmaron un poco. La barca estaba anegada y hecha trizas; pero

aún navegaba, y eso era lo único que de momento le preocupaba. Es más, Heinei cobró ánimo, ya que por una grieta entre dos oscuras nubes pudo ver algunas estrellas. Sin embargo, en ese momento la oscuridad era absoluta y la intensa lluvia no había cesado.

De repente, cuando Heinei se estaba preguntando cuán lejos había sido arrastrado de la costa o de sus camaradas, se produjo el estremecedor crujido de la barca al chocar con una roca. La sacudida fue tan violenta, ya que la embarcación se movía velozmente arrastrada por la corriente, que nuestro protagonista perdió el equilibrio y fue arrojado por la borda a una distancia de diez pies de la lancha. Heinei había pensado que se encontraba en mar abierto, pero descubrió, para su sorpresa, que había aterrizado sobre suave arena mojada. Exaltado por el descubrimiento, dirigió su mirada hacia las nubes y el cielo, y llegó a la conclusión de que amanecería en una hora. Al mismo tiempo agradeció a los dioses su salvación, y rezó por sus camaradas y por su amo y señor.

En cuanto despuntó el alba, Heinei se levantó dolorido, agotado y hambriento. Antes de que el sol se levantara, se percató de que se encontraba en una isla. No había más tierra a la vista, y esto le causó un gran desconcierto sobre su actual paradero, ya que se podía vislumbrar fácilmente tierra firme desde cualquiera de las islas Kishu. «¡Oh, he aquí una nueva especie de árbol! Jamás había visto un árbol igual en Kishu», se dijo. «Y esta flor también es nueva para mí. Y esta de aquí es la mariposa más magnífica de todas las que conozco». Todo esto pensaba Heinei mientras buscaba comida y, como buen japonés, rápidamente satisfizo su apetito con los crustáceos que la tormenta había esparcido por doquier.

La isla en la que Heinei había naufragado era de buen tamaño, aproximadamente de dos millas de largo y diez de circunferencia. En el centro se erigía una pequeña colina, a la que Heinei decidió ascender para descubrir si podía divisar Kishu desde la cima. Así que comenzó la ascensión. La maleza era tan espesa que se vio obligado a desviarse hacia otra cala. Los árboles eran muy distintos

de cualquiera que hubiera visto antes, y había también muchos tipos de palmeras. Al final encontró para su deleite una vereda natural que llevaba a lo alto de la colina. La tomó, pero al llegar a un rincón húmedo del camino, se inquietó bastante, pues entre el barro descubrió unas huellas que no podían haber sido hechas más que por un gigante, pues medían más de dieciocho pulgadas. «Un samurái de Kishu no ha de tener miedo a nada», pensaba Heinei, y armándose con un robusto garrote, continuó su camino. Cerca de la cima se encontró con la abertura de lo que parecía una gran caverna, y, sin miedo alguno, se dispuso a entrar, listo para encontrarse con lo que fuera.

¡Cuál no sería su sorpresa cuando un enorme gigante de ocho pies de altura apareció ante él! ¡A no más de diez pies de la entrada! Se trataba de una horrible criatura de aspecto salvaje, completamente negra, con una larga y despeinada melena, brillantes y airados ojos, y una boca que se extendía de oreja a oreja, mostrando un par de hileras de rutilantes dientes; no llevaba más ropas que la piel de un gato salvaje atada a su lomo. En cuanto vio a Heinei se detuvo, y le preguntó en un perfecto japonés:

—¿Quién eres tú? ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿A qué has venido?

Makino Heinei se presentó y respondió el resto de las preguntas lo mejor que pudo, diciendo:

—Soy un vasallo del señor de Kishu. Mientras realizábamos unas maniobras en la isla de Toma, fui separado de mis camaradas por una tormenta y naufragué aquí.

—¿Y dónde se encuentran esos lugares de los que hablas? Has de saber que el resto del mundo nada sabe de esta isla y así ha sido durante miles de años. Soy su único habitante y deseo seguir siéndolo. No importa cómo haya llegado hasta aquí. Lo único que importa es que estoy aquí. Mi nombre es Tomaru, y mi padre fue Yamaguchi Shoun, el cual murió, junto con su señor Toyotomi Hidetsugu, en la montaña Koya-san en 1563. Ambos murieron por sus propias manos. Y yo estoy aquí, no importa cómo, y aquí he

intentado vivir sin ser molestado. Había oído hablar de tu señor de Kishu y de la familia Tokugawa antes de abandonar Japón, y es por esa razón que te ayudaré entregándote mi viejo bote, en el cual llegué a esta isla. Ven a la playa y te enseñaré la dirección correcta. Si navegas sin desviarte hacia el noroeste, alcanzarás Kishu. Aunque es un largo camino, un muy largo camino.

Dicho esto, bajaron a la playa.

—Mira —dijo Tomaru—, el bote está bastante deteriorado, ya que ha estado aquí abandonado durante muchos años, pero con un poco de suerte podrás alcanzar Kishu. Aguarda, necesitarás algunas provisiones. Solo puedo proporcionarte pescado seco y frutas, dispon de cuanto necesites. Aquí tienes un regalo para tu amo, el señor de Kishu. Se trata de una especie de alga. También hay algo para ti. Es el hallazgo más importante que he realizado en esta isla. Si fueras herido por una espada, no importa cuán severo sea el corte recibido, esta alga detendrá la hemorragia y te curará. Ahora salta al bote y vete. Me gusta la soledad. Cuenta a la gente tu aventura, pero no les menciones mi nombre. ¡Adiós!

Heinei hizo lo que se le ordenó. ¿Qué otra cosa podía hacer? Y de esta manera escapó de la isla. Remando día y noche, y ayudado por la corriente, llegó a la costa de Kishu al tercer día de haber abandonado la isla. La gente se asombró sobremanera de verlo con vida, y el señor de Kishu se regocijó de verdad, especialmente al recibir el alga que curaba las heridas de espada, la cual mandó plantar en una parte del litoral al que le cambió el nombre por el de Nagusa-gori (región de la célebre alga).

Algún tiempo después, Makino Heinei se hizo a la mar de nuevo con permiso de su señor para conseguir más algas. Halló la isla; pero el gigante había desaparecido.

NOTA. La isla de Mujinto se encuentra en el archipiélago conocido como islas Bonin por los europeos.

Isla Chikubu, lago Biwa

Hace muchos años, cuando era niño, recuerdo una canción sobre un hombre chino que rezaba así:

Hace tiempo en China había un hombre
Que se llamaba Ding-dong-dang.
De piernas largas y pies pequeños,
este chino no podía caminar.

Coros
Chi-chi Margie, Chi-chi-Marah,
Ding-dong, ding-dong, ding-dong-dah,
Kossi-kossi-ki, kossi-kossi-ka,
Chikubu, Chikubu, Chikubu Chang.

Por aquel entonces, yo solo era un niño y de verdad creía que podía encontrar una isla, o cualquier otro lugar, que llevara el nombre de una parte de este insólito y tonto estribillo: «Chikubu, Chikubu, Chikubu Chang». Bueno, pues aunque suene bastante insólito, así ha sido. He encontrado una isla en el lago Biwa cuyo

nombre, Chikubu, se pronuncia y deletrea exactamente como en el estribillo de la canción que escuchaba en mi infancia, y estoy intrigado por saber si el compositor conocía la existencia de esta isla.

Pero vayamos al relato. Aunque no es de los mejores, es un valioso testimonio sobre la isla de mayor importancia del lago.

Chikubu-shima está situada cerca del extremo noroeste del lago Biwa, en la provincia de Omi. El lago mide cerca de treinta y cinco millas de largo y doce de ancho. Creo que la isla es considerada sagrada, y se estima que tuvo su origen en un terremoto ocurrido hacia el año 600 a. C. El monte Fuji hizo su aparición alrededor de la misma época. Por consiguiente, ya conocemos (o eso nos gustaría creer) el pedigrí geográfico del lago Biwa y de su isla principal.

El enclave más cercano a Chikubu en tierra firme es el cabo Tsuzurao, que se encuentra a dos millas de distancia. Allí, hace trescientos años, moraban dos hermanas, O-Tsuru y O-Kame. Tenían quince y once años de edad, respectivamente, y vivían con su anciano y único tío, pues sus padres y el resto de familiares habían muerto. Tsuru (la grulla) y Kame (la tortuga) estaban muy unidas; de hecho, las pobres muchachas se aferraban la una a la otra porque eran lo único que les quedaba de su familia. Se querían y eran inseparables.

En aquella época se propagó entre los habitantes del cabo Tsuzurao un temor reverente hacia una enorme carpa; una carpa que por su tamaño era conocida como «el Señor del lago Biwa». Se creía que ese extraordinario pez se alimentaba de perros, gatos y ocasionalmente de humanos, si uno era lo suficientemente necio como para aventurarse en una zona lo bastante profunda como para que la carpa pudiera maniobrar. Solía merodear por las aguas que rodean la isla de Chikubu, en el extremo norte del lago.

Al cumplir los quince años, cuando su hermana O-Kame tenía once, O-Tsuru enfermó de tuberculosis; su mal se agravó muchísimo y su hermana menor O-Kame se volvió inconsolable: lloraba y solía

ir sola a rezar a todos los templos de la región implorando la curación de su hermana. En su cabeza no había lugar para otra cosa que la enfermedad de su hermana. Pero todos los esfuerzos de la pobre niña fueron en vano, ya que O-Tsuru empeoró.

En su desesperación, O-Kame pensó que podía aventurarse en la retirada y sagrada isla de Chikubu, y una vez allí, implorar a la diosa de la Misericordia, Kannon. Para que sus plegarias pudieran ser escuchadas, debía ir sola. Partiría en secreto aquella misma noche.

Cuando cayeron las sombras y todos en la casa de su tío se habían ido a dormir, O-Kame se escabulló y se dirigió a la orilla del lago, donde estaba amarrada la barca de su tío junto a muchas más. Se subió a la barca más ligera que pudo encontrar y remó hacia la isla de Chikubu. El cielo estaba despejado y el agua cristalina.

No había transcurrido una hora cuando esta joven japonesa de gran corazón estaba de rodillas ante la agradable y reconfortante imagen de Kannon, la deidad que siempre estaba dispuesta a escuchar las plegarias de los afligidos; y allí O-Kame dio rienda suelta a sus sentimientos, sollozando entre oración y oración, compungida por la enfermedad de su hermana. Cuando la pobre O-Kame finalizó sus oraciones, se subió a la barca y empezó a remar de vuelta hacia Tsuzurao. Pero no se había alejado ni media milla cuando se desató una terrible tormenta, y una ráfaga de viento volcó la barca. O-Kame no sabía nadar y se hundió en lo más profundo del lago. Entonces, la carpa gigante la divisó e inmediatamente se abalanzó sobre ella y se la tragó.

A la mañana siguiente, una gran inquietud se propagó por Tsuzurao. Al descubrirse que tanto O-Kame como una de las barcas habían desaparecido, las gentes del lugar asumieron que seguramente la joven se había internado en el lago para ir a Chikubu a rezarle a Kannon. Varios botes salieron en su búsqueda, pero no hallaron nada, salvo unas pisadas que iban de la orilla del lago al templo consagrado a Kannon. Al escuchar estas tristes noticias, O-Tsuru, que se hallaba en un estado próximo a la muerte,

sufrió una recaída; y es que, a pesar de su triste situación, no podía soportar la idea de prolongar su existencia en este mundo sin su hermana O-Kame. Por consiguiente, decidió acabar con su vida en el lugar donde creía que O-Kame había muerto, pues pensaba que así sus espíritus podrían partir a la vez para nacer así juntas de nuevo. De cualquier forma, ella tenía claro que su deber era seguir a su hermana.

Al caer la noche, O-Tsuru se arrastró fuera de su habitación y llegó a la playa, donde, al igual que su hermana, tomó la barca más ligera que pudo encontrar y remó, a pesar de su debilidad, hasta el lugar donde ella creía que la carpa había acabado con su vida. Y allí mismo, de pie en la proa de la barca, dijo en voz alta lo siguiente:

—Oh, poderosa carpa que has devorado a mi hermana, devórame a mí también y que nuestros espíritus tomen el mismo camino y se reúnan. ¡Es por esa razón que me lanzo al lago!

Tras decir esto, O-Tsuru cerró los ojos y se arrojó a las aguas. Se hundió tanto, tanto, tanto que alcanzó el fondo del lago. Tan pronto como se posó en el lecho, se dio cuenta, bastante asombrada, por cierto, de que no parecía estar bajo el agua, y que oía cómo la llamaban. «Ciertamente es muy extraño», pensaba para sí, «¡oír cómo me llaman por el nombre en el fondo del lago Biwa!». Abrió los ojos y hete aquí que descubrió a un anciano sacerdote plantado ante ella. O-Tsuru le preguntó quién era y por qué la llamaba.

—Yo era un sacerdote —explicó—. Quizás aún lo soy. Pero de cualquier manera, suelo pasear por el fondo del lago. Lo sé todo sobre O-Kame, tu hermana pequeña, sobre su lealtad y su amor por ti, y sobre los tuyos hacia ella; también sé que una tormenta volcó su bote cuando volvía de orar a Kannon en la isla de Chikubu, y que fue devorada por esa horrible carpa. Créeme cuando te digo que no hay razón para que te quites la vida. Es mejor que vuelvas a tierra y reces a Buda por el alma de tu hermana. Verás cómo te tomas venganza de la carpa y te recuperas de tu enfermedad. Ven y toma mi mano, te llevaré de vuelta a la orilla.

Tras decir esto, y guiar a O-Tsuru a la superficie, el sacerdote

desapareció. Ella permaneció inconsciente durante algún tiempo, pero al recobrar el sentido, descubrió que se hallaba en la isla de Chikubu. Y notándose más fuerte de lo que había estado en mucho tiempo, se dirigió hacia el templo dedicado a Kannon y pasó el resto de la noche orando.

Por la mañana, desde la playa divisó varias barcas que llegaban desde el cabo Tsuzurao; ¡y (lo que era más extraordinario aún) a no más de diez pies de donde se encontraba, yacía muerta una enorme carpa de más de nueve pies de longitud!

Su tío iba en una de las barcas que la estaban buscando, acompañado de un sacerdote.

O-Tsuru les contó su historia. La carpa fue enterrada en un pequeño promontorio de la isla, llamado Miya-zaki, y que a partir de entonces se conocería como Koizuka Miya-zaki (la tumba de la carpa en el templo del cabo).

O-Tsuru vivió muchos años, y nunca más enfermó. Cuenta la leyenda que cuando alcanzó la edad de setenta años, le advirtió a Ota Nobunaga, que había llegado a destruir todos los templos de la región, que si tocaba los templos de la isla de Chikubu, ella misma vería su destrucción.

Reencarnación

En el lejano norte, en la zona montañosa de la provincia de Echigo, se levantaba un templo sobre el cual se cuenta una leyenda sucedida durante el reinado del emperador Ichijo; y aunque el emperador Ichijo reinó hace mucho tiempo, entre los años 987 y 1011 d. C., el que me contó esta leyenda me aseguró que el templo aún existe.

El templo se llama Kinoto, y está situado en unas colinas cubiertas por agrestes bosques, que por aquel entonces debían de ser selvas vírgenes.

El sumo sacerdote del templo de Kinoto era un jovenzuelo, pero muy devoto; solo leía los sagrados sermones de la sagrada biblia budista en voz alta dos veces al día. Un día, el virtuoso joven observó que dos monos habían bajado de la montaña y se habían sentado a escuchar su lectura con rostro serio y sin hacer el tonto. El asunto le pareció gracioso, y sin más, continuó con su lectura. En cuanto hubo acabado, los monos regresaron a sus colinas. Al monje le sorprendió ver que ambos monos volvían de nuevo a escuchar sus sermones al día siguiente; y cuando al tercer día aparecieron de nuevo, no pudo más que preguntarse a qué se debía aquella regularidad.

—Estamos aquí, Su Reverencia, para escuchar la palabra de Buda leída por vos, y deseamos profundamente conservar toda la sabiduría y virtudes que os hemos oído recitar. ¿Sería posible que

copiarais el grande y sagrado libro budista?

—Será un arduo trabajo —respondió el sacerdote, sumamente asombrado—; pero es tan insólito que unos animales como vosotros sientan tanto interés hacia las doctrinas de nuestro Gran Señor Buda, que haré un esfuerzo por satisfacer vuestro deseo para que así saquéis provecho de ello.

Los monos hicieron una reverencia y dejaron al sacerdote, contentos por la promesa obtenida, mientras este se enfrentaba a la colosal tarea de copiar la biblia budista. Seis o siete días más tarde, cerca de quinientos monos llegaron al templo. Cada uno portaba un pergamino de papel que depositó ante el sacerdote. El portavoz de los monos le comunicó lo profundamente agradecidos que estaban por conseguir una copia del libro sagrado, pues así conocerían la palabra de Buda y seguirían sus enseñanzas; y después de inclinarse de nuevo ante el sacerdote, se retiraron todos, excepto aquellos dos que habían llegado primero, los cuales emprendieron diligentemente la tarea de encontrar comida para el sacerdote mientras escribía. Día tras día subían a las montañas y regresaban con frutas silvestres y patatas, miel y setas; de esta manera el sacerdote pudo seguir escribiendo sin interrupciones hasta el día en el que hubo transcrito cinco volúmenes del libro sagrado.

Cuando llegó al final del quinto volumen, los monos, por alguna inexplicable razón, dejaron de venir, y el buen sacerdote comenzó a preocuparse por ellos. Al segundo día de su ausencia fue en su búsqueda, temiendo que hubieran sido víctimas de alguna desgracia. El sacerdote encontró por doquier evidencias de la recolección de alimentos a él destinados: ramas desprendidas de los árboles de frutos silvestres, tierra removida y hoyos allí donde habían recogido patatas. Estaba claro que los monos habían trabajado duro. El pobre sacerdote se sentía profundamente inquieto por ellos. Finalmente, cuando estaba ya próximo a la cima de la montaña, el corazón le dio un vuelco y la pena lo invadió, pues estaba frente a un hoyo que los monos habían cavado buscando patatas silvestres: tan profundamente lo habían horadado que no les

fue posible salir de él. No había duda de que ambos habían muerto con el corazón roto, temiendo que el sacerdote creyera que lo habían abandonado. Allí no quedaba nada más que hacer salvo enterrar a los monos y rezar por sus almas; y así lo hizo. Poco tiempo después de este suceso, el sacerdote fue destinado a otro templo, y al ver que no había necesidad de seguir copiando la biblia budista, ocultó los cinco volúmenes que había copiado en un anaquel empotrado en uno de los pilares del templo.

Cuarenta años más tarde se presentó en el templo un tal Kinomi-ta-ka Ason, que era el gobernador o señor de la provincia de Echigo. Llegó con la mitad de sus vasallos y de sus criados, y preguntó a los monjes si conocían la existencia de la copia inconclusa de la biblia budista, y si de ser así si aún permanecía en el templo.

—No —le contestaron—, ninguno de nosotros se encontraba en el templo en la época que su señoría menciona. Pero hay un anciano, un sirviente, que tiene ochenta y cinco años, y es posible que pueda deciros algo. Lo haremos llamar.

Poco después compareció ante ellos un anciano con una larga barba blanca.

—¿Es el viejo documento que un sacerdote comenzó a copiar para los monos lo que Su Señoría está buscando? Si es así, ese documento ha estado guardado aquí desde entonces, casi me había olvidado de él. Se encuentra oculto en un anaquel secreto que está empotrado en uno de los pilares principales del templo. Iré a buscarlo.

Diez minutos más tarde los documentos se hallaban en las manos de Kinomi-ta-ka Ason, quien se mostró encantado y eufórico al verlos. Les dijo entonces a los sacerdotes y al anciano que era el señor de la provincia de Echigo, y que había emprendido el viaje hasta el templo para ver si los volúmenes de la biblia inconclusa seguían allí.

—Yo era el mayor de los dos monos —añadió— que deseaban tener las copias de las doctrinas de nuestro señor Buda; y ahora que me he reencarnado en hombre, es mi deseo completarlas.

A Kinomi-ta-ka Ason se le permitió llevarse los cinco volúmenes y durante cinco años continuó copiando los libros sagrados. Transcribió tres mil volúmenes en total, y se cree que se conservan en el templo de Kinoto, en Echigo, como su más sagrado tesoro.

La buceadora de la bahía de Oiso

Oiso, en la provincia de Sagami, es célebre por haber sido escogido por el marqués Ito[44] y otras altas personalidades de Japón como lugar de residencia. Y como marco de una historia de corte romántico, ambientada en la Era Ninan, podría resultar interesante.

Durante los primeros años de la era que va del año 1166 al 1169 d. C., cierto caballero, cuyo nombre era Takadai Jiro, enfermó en la ciudad de Kamakura, donde desempeñaba sus obligaciones, y se le aconsejó pasar el caluroso mes de agosto en Oiso, donde reposaría entre la paz y el sosiego. Tras obtener el permiso pertinente, Takadai Jiro se trasladó de inmediato a aquel lugar y se instaló, con el mayor confort posible, en una posada con vistas al mar. Siendo del interior, excepto durante su servicio en Kamakura, apenas había visto el mar. Takadai estaba encantado de vivir contemplándolo día y noche, pues al igual que la mayoría de los japoneses de alta cuna, era romántico y un alma poética.

Takadai llegó a Oiso sintiéndose agotado y sucio. Así que en cuanto se acomodó en sus aposentos, se despojó de sus vestiduras y bajó a darse un baño. Takadai, que tenía veinticinco años, era un excelente nadador, y se zambulló en el mar sin miedo alguno milla y media. Pero la desgracia le sobrevino. Sufrió un violento calambre y comenzó a hundirse. Afortunadamente, una barca de pescadores pilotada por un hombre y con una joven buceadora a bordo lo vio y

enseguida acudió al rescate; pero para entonces Takadai ya había perdido la consciencia y se hundía por tercera vez. La muchacha saltó de la barca y nadó hacia el lugar donde aquel hombre había desaparecido. Se sumergió varios metros y llevó a Takadai a la superficie, manteniéndolo a flote hasta que la barca llegó. Entonces entre ella y su padre izaron a Takadai a bordo, quien ya se había dado cuenta de que el suave brazo que aferraba su cuello era el de una mujer.

Antes de alcanzar la orilla, Takadai ya había recobrado completamente la consciencia y advirtió que su salvadora era una bella *ama* (buceadora) de no más de diecisiete años. Era tan hermosa que ni siquiera en los exclusivos círculos en los que solía relacionarse había visto a nadie igual. Takadai había caído enamorado de su valiente rescatadora antes incluso de que el bote hubiese llegado a la pedregosa playa. Decidido a recompensar su amabilidad de alguna manera, Takadai los ayudó a arrastrar la barca por la escarpada playa, y a descargar el pescado y las redes en su choza de tejado de paja. Dio gracias a la joven por su noble y galante acto de salvarlo y felicitó a su padre por tener una hija así. Tras hacer esto, regresó a la posada, situada tan solo a unos pocos cientos de yardas de distancia.

Desde ese mismo instante, el corazón de Takadai no conoció la paz. Un amor de la más loca naturaleza hizo mella en él. No podía dormir por las noches, pues no pensaba más que en el rostro de la bella buceadora, cuyo nombre, según había averiguado, era Kinu. Por más que lo intentara, no podía quitársela de la cabeza. Durante el día era peor, pues no podía verla porque estaba pescando con su padre orejas de mar, entre otras cosas, y por lo general no regresaba hasta que caía la noche. Y entonces, en la tenue luz del ocaso, tampoco podía contemplarla a su gusto.

En una ocasión, Takadai intentó acercarse a Kinu y entablar una conversación; pero ella no respondió, y siguió ayudando a su padre a llevar las redes y la pesca hasta la choza. Esto solo consiguió que el joven volviera a la posada peor de lo que había salido, y aún más

enamorado si cabe que antes.

Al final, su amor creció tanto que no lo pudo soportar por más tiempo. Consideró entonces que declarar su amor le brindaría un gran alivio. Así que llamó a su criado más prudente y, discretamente, lo envió a la choza del pescador con una carta. Kinu ni siquiera le escribió en respuesta, sino que le dijo al anciano criado que le diera las gracias en su nombre a su señor por la carta y por la propuesta de matrimonio.

—Dile también —añadió— que nada bueno saldría de la unión de alguien de tan alta cuna como él con alguien de tan baja cuna como yo. Haríamos muy mala pareja y nuestro hogar jamás sería feliz.

En respuesta a las protestas del criado, ella simplemente concluyó:

—Eso es todo lo que tienes que decir a tu amo, ahora ve y comunícaselo.

Takadai Jiro, al escuchar la respuesta de Kinu, no se enfadó. Simplemente estaba asombrado. Escapaba a su comprensión que una simple pescadora pudiera rechazar una propuesta de matrimonio de un samurái de la más alta alcurnia. Más que otra cosa se sentía complacido; creía de veras que se había declarado a la bella Kinu un tanto bruscamente y que ella lo había rechazado por timidez, así que no le dio más importancia al asunto. «Esperaré un día o dos más», pensó Takadai. «Ahora que Kinu conoce mis sentimientos hacia ella, comenzará a pensar en mí y anhelará verme. Así que me quitaré de en medio y quizás entonces ella anhele verme tanto como yo anhelo verla a ella». Takadai se encerró en su habitación durante los tres días siguientes, creyendo en su fuero interno que Kinu languidecía por él. Al término del cuarto día escribió otra carta para Kinu, aún más apasionada que la primera. Envió con ella a su criado y esperó pacientemente la contestación.

Cuando O-Kinu tuvo en sus manos la misiva, se rio y dijo:

—De veras, anciano, que me resultas muy gracioso todo el día

trayéndome cartas. Nunca antes había recibido una carta y esta es la segunda en cuatro días que me traes. Me pregunto qué contendrá esta.

Tras decir esto, la abrió y la leyó, y después, volviéndose hacia el sirviente, continuó:

—No lo comprendo. Si le has comunicado correctamente a tu señor mi mensaje, debería haber comprendido ya que no puedo casarme con él. Su ascendencia es demasiado alta para alguien como yo. ¿Está tu amo bien de la cabeza?

—Sí, mi amo está bien de la cabeza, lo que pasa es que está enamorado de ti; desde el momento en que te vio, no habla ni piensa en otra cosa más que en ti. Incluso yo me he cansado de tal manera del tema, que he rezado encarecidamente a la diosa Kannon para que el tiempo refresque y así podamos retomar nuestros deberes en Kamakura. Durante tres días enteros he tenido que escuchar, sentado en la posada, los poemas que ha escrito mi joven señor sobre tu belleza y su amor. Yo esperaba pasarme las vacaciones sentado en una barca pescando *aburame*[45], ahora que es la temporada, como hacen todas las personas normales. No, a la cabeza de mi amo no le sucede nada, pero parece que lo has trastornado. Venga, cásate con él, así todos seremos felices y saldremos a pescar todos los días. No desperdiciemos más estas extraordinarias vacaciones.

—Eres un viejo egoísta —respondió Kinu—. ¿Desearías que me casara únicamente para satisfacer el capricho de tu señor y tus ganas de pescar? Ya te he dicho que le comuniques a tu amo que no voy a casarme con él, porque no seríamos felices debido a nuestro estatus social. Ve y repítele la respuesta.

El criado le imploró de nuevo, pero Kinu permaneció firme, y al final no le quedó más remedio que transmitir el desagradable mensaje a su señor. ¡Pobre Takadai! Esta vez se sumió en la desesperación, ya que la joven incluso había rechazado encontrarse con él. ¿Qué más podía hacer? Redactó una nueva carta en la que imploraba a Kinu, e incluso llegó a hablar con su padre; pero este le

expresó lo siguiente:

—Señor, mi hija es todo lo que tengo en el mundo; no puedo influir en sus sentimientos. Es más, todas nuestras mujeres buceadoras son tan fuertes de espíritu como de cuerpo, pues los peligros constantes templan su coraje. No son como las débiles jóvenes campesinas, que pueden ser no solo influidas, sino obligadas a casarse con hombres a los que no aman. Su carácter suele ser más fuerte que el de los hombres. Yo siempre hacía lo que la madre de Kinu me ordenaba, y no puedo influir en ella en un asunto como su matrimonio. Si me pedís consejo, os diré que estoy de acuerdo con mi hija en que, a pesar del gran honor que le brindáis, no sería sabio por su parte casarse con alguien de un estatus social superior.

El corazón de Takadai se rompió en pedazos. No había nada que pudiera decir, ni nada más que pudiera hacer. Con una reverencia, se despidió del pescador y regresó a sus habitaciones en la posada, donde se recluyó para la consternación de su criado. Cada día que pasaba estaba más delgado y cuando se aproximó la fecha de su partida, Takadai se encontraba aún más enfermo que a su llegada a Oiso. ¿Qué podía hacer? Parecía como si el antiguo dicho de «El mar está lleno de peces» no fuera con él. Sentía que la vida ya no tenía valor y decidió acabar con ella en el mar, donde su espíritu podría pervivir y espiar de vez en cuando a la bella buceadora que lo había embrujado.

Esa tarde Takadai escribió una nota de despedida a Kinu, y en cuanto los habitantes de Oiso se fueron a dormir, se levantó y se dirigió a la choza, deslizando la nota bajo la puerta. Entonces se encaminó hacia la playa, y tras atarse una gran piedra al cuello, subió a un bote y remó hasta alejarse cien yardas de la costa. Entonces tomó la piedra entre sus manos y saltó por la borda.

A la mañana siguiente, Kinu se quedó conmocionada al leer en la nota que Jiro Takadai se había suicidado por amor hacia ella. La joven corrió hacia la playa, y al ver tan solo una barca vacía que navegaba a la deriva a poca distancia de la orilla, nadó hacia ella.

Allí encontró la petaca de tabaco de Jiro y su *juro*. Kinu concluyó que Takadai se habría lanzado al mar desde algún punto en los alrededores, así que se zambulló en las aguas y comenzó a bucear. No pasó mucho tiempo antes de que encontrara el cuerpo del joven, al que con cierto trabajo consiguió subir a la superficie, pues el cadáver aferraba fuertemente con sus rígidas manos la pesada piedra. Kinu llevó el cuerpo a la orilla, donde el anciano criado de Takadai se retorcía las manos con ansiedad. El cuerpo fue trasladado a Kamakura, donde fue enterrado. A Kinu le afectó tanto este accidente que juró que nunca se casaría con nadie. Es cierto que ella no amaba a Takadai; pero él la había amado y había muerto por su amor. Si ella se casaba, su espíritu no encontraría el descanso jamás.

En cuanto Kinu tomó esta altruista determinación sucedió un hecho insólito. Las gaviotas, que no eran muy comunes en la bahía de Oiso, llegaron en bandadas a la bahía y fueron a posarse sobre el punto exacto donde Takadai se había ahogado. En los días de tormenta solían planear sobre el lugar, pero nunca se alejaban de allí. Los pescadores encontraron el hecho extraordinario; pero Kinu sabía bien que se trataba del espíritu de Takadai, que había poseído a las gaviotas. A diario rezaba por él en el templo; y cuando hubo juntado unos pequeños ahorros, construyó una pequeña tumba consagrada a la memoria de Takadai Jiro.

Cuando Kinu alcanzó los veinte años, su belleza se hizo célebre y fueron muchos los que le pidieron matrimonio. Pero ella los rechazó a todos, manteniendo así su voto de celibato. Durante toda su vida las gaviotas permanecieron en el lugar donde Takadai se había ahogado. Kinu murió nueve años después de que lo hiciera Takadai, ahogada durante un intenso tifón; y ese mismo día las gaviotas partieron, pues el espíritu de Takadai ya no había de temer que Kinu se casara.

El robo y rescate de la dorada imagen de Kannon

En la Era Genroku, que se prolongó de 1688 a 1704, cuando su supremacía como *shogun* o gobernador militar se encontraba en su cénit, Tsunayoshi regaló una estatua de oro macizo de Kannon, la diosa de la Misericordia, a cada una de las principales familias de las provincias de Kii, Mito y Owari. Los cabezas de familia las consideraron un regalo de inestimable valor y las guardaron en el interior de sus palacios para que fueran imposibles de sustraer. De hecho consideraban que estaban absolutamente a salvo de los ladrones. Sin embargo, el señor de Kii adoptó además medidas de seguridad excepcionales y siempre había un guardia custodiando el ídolo, día y noche.

En esa época vivía un formidable ladrón llamado Yayegumo. No se trataba de un ladrón cualquiera, era lo que la gente denominaba *fu-in-kiri*, literalmente «rompe sellos» o «corta sellos». Era un ladrón de guante blanco; nunca se rebajaba a robar a los pobres, sino que irrumpía en los castillos y palacios más ricos y más difíciles de asaltar para llevarse sus más valiosos tesoros. Este bravo ladrón se introdujo en el palacio del señor de Kii, nadie sabe cómo, sustrajo el ídolo de Kannon y dejó su firma escrita en una hoja de papel. El señor de Kii, muy enfadado, hizo llamar al guardia, cuyo nombre era Mumashima Iganosuke, y le reprendió severamente, preguntándole

qué excusa iba a darle.

—Ninguna, mi señor, me venció el cansancio y me retiré a dormir. Solo existe un modo por el que pueda mostrar mi arrepentimiento y es acabando con mi vida.

El señor de Kii, que era un hombre sabio, le respondió que sería más útil que persiguiera al ladrón e intentara recuperar el ídolo. Iganosuke, que siempre había sido un fiel vasallo, accedió de inmediato, y en cuanto obtuvo el permiso, partió por un periodo indefinido. Durante cuatro largos meses y a pesar de recorrer medio país, no obtuvo ningún resultado. Finalmente, le llegaron noticias de robos en Chugoku y más tarde en la provincia de Shikoku, así que bajó rápidamente de Izumo a Okayama, donde tomó un barco para cruzar el mar Interior y arribar a Takamatsu, en Shikoku. El tiempo era bueno y el mar estaba en calma. Iganosuke se encontraba muy animado, pues estaba seguro de que uno de los dos robos había sido indudablemente perpetrado por Yayegumo y presentía que por fin estaba a punto de dar con él. ¿Quién sabe? Quizás el propio Yayegumo estuviera a bordo de ese mismo barco. Iganosuke se guardó estos pensamientos para sí mientras observaba a los pasajeros, cuyo ánimo parecía verse afectado por el buen tiempo, pues se mostraban muy sociables a pesar de no conocerse. Entre ellos se hallaba un joven samurái bien parecido que había llamado la atención de Iganosuke tanto por su refinada apariencia como por una pipa de oro que había sacado de su caja y utilizaba con deleite mientras conversaba con su vecino. Después de un rato, un samurái de unos sesenta años se aproximó al joven y le dijo:

—Señor, he perdido mi pipa y la petaca donde guardo el tabaco en algún lugar del barco. Soy un fumador empedernido y muero de ganas de respirar el aroma del tabaco. ¿Seríais tan amable de prestarme vuestra pipa durante un breve instante?

El joven samurái le tendió su pipa y su petaca al anciano con una reverencia, diciendo que se las ofrecía con gran placer. El anciano samurái dio tres caladas a la pipa, y se dispuso a vaciarla de ceniza y a rellenarla. Pero, sin fijarse en lo que estaba haciendo, golpeó la

pipa en la parte exterior del barco y, para su consternación, el *gankubi*, la cazoleta, se cayó accidentalmente al agua. El anciano sabía que la pipa era de oro y tenía un gran valor, y se sintió muy azorado. No sabía qué decir. Sus disculpas fueron numerosas, pero las excusas no iban a devolverle la pipa. Por supuesto, el joven samurái estaba irritado, aunque no solía enfadarse. En cualquier caso habría sido un comportamiento extremadamente vulgar, sobre todo hacia un anciano. Entonces dijo:

—¡Vaya! El mismísimo señor de mi clan me entregó esta pipa en persona por unos meritorios servicios prestados en una cacería el año pasado, y verdaderamente no sé cómo seré capaz de afrontar la desgracia de causar su ira.

Y se puso pálido al considerarlo. El anciano samurái se sintió aún más apesadumbrado y declaró:

—Solo veo una manera de arreglar esto y es mediante mi muerte. Yo también he sido un samurái de cierta importancia en mi juventud y sé perfectamente cómo debo comportarme. Es correcto que me abra el vientre como disculpa hacia vos por mi descuido.

Y tras decir esto, el anciano sacó el hombro y el brazo derecho del interior del kimono. Sorprendido por el alto sentido del honor del anciano, el joven samurái sujetó la mano en la que aquel sostenía la espada y lo detuvo, diciendo:

—Hacer tal cosa no traerá ningún bien. No hará más sencillo dar explicaciones a mi señor. Vuestra muerte no le servirá de excusa. Fue a mí a quien le entregaron esta pipa y he sido yo quien la ha perdido al dejárosla. Por lo tanto, seré yo quien ofrezca mis disculpas a mi señor realizando el *harakiri*[46].

Entonces el joven se dispuso a acabar con su vida. Iganosuke, que había estado observando el incidente, dio un paso al frente y dijo:

—Señores, yo también soy un samurái y he estado escuchando vuestras palabras. Permitidme deciros que, aunque la cazoleta de la pipa haya caído al mar, aún se puede recuperar. Creo que ambos os estáis precipitando. Soy un excelente nadador, el mar está en calma

y las aguas aquí no son muy profundas. Estoy dispuesto a ayudaros a recobrar la pipa si me lo permitís.

Por supuesto, ambos estaban encantados con la idea, ya que al no saber nadar ninguno de ellos, no habían reparado en esa posibilidad. Iganosuke se despojó del kimono y se arrojó al mar, donde se sentía como en casa, habiendo sido en su juventud tan buen nadador como para enseñar a muchos samuráis de Kii. Buceó hasta el fondo, que no se encontraba a mucho más de treinta y cinco pies de profundidad. Era rocoso y estaba muy claro. Iganosuke recorrió mucha distancia y encontró la pipa, pero entonces vio algo brillar entre las piedras. Sujetando la pipa entre los dientes, agarró el otro objeto, y con gran asombro descubrió que no era otra cosa que la estatua de oro de Kannon que había sido sustraída del castillo del señor de Kii. Iganosuke regresó con cuidado a la superficie, subió a bordo y entregó la pipa al agradecido samurái, quien, al igual que el anciano, le dedicó una profunda reverencia. Cuando Iganosuke se cubrió de nuevo con sus ropas, dijo:

—Soy un vasallo del señor de Kii, y he venido del castillo de Takegaki para detener al ladrón que robó la estatua de la diosa Kannon. La providencia ha querido que encontrara la sagrada imagen mientras buscaba vuestra pipa. ¿No os parece un hecho maravilloso? ¡El viejo dicho *Nasakewa hito no tame naradzu*[47] es una gran verdad!

Entonces el anciano samurái, en un estado de eufórico deleite, gritó:

—Es aún más curioso. Mi nombre es Matsure Fujiye y soy de Takamatsu. Solo hace un mes el ladrón a quien tú conoces como Yayegumo, el *fu-in-kiri*, penetró en los aposentos de mi señor y estaba a punto de robar bienes de gran valor, cuando yo, que me encontraba de guardia, intenté prenderlo. Aunque viejo, soy un experimentado luchador; pero él era demasiado astuto para mí y consiguió huir. Lo perseguí hasta la playa, pero no fui lo suficientemente rápido y escapó. Desde entonces me he preguntado

qué llevaría en los bolsillos de su kimono, ya que pude ver que de él salían destellos de algún tipo de objeto dorado. El ladrón no se había alejado mucho de la costa cuando se desató una tormenta. Su barca naufragó y él se ahogó. Tanto su cuerpo como su embarcación fueron recuperados días más tarde y los pude identificar; pero no había nada en su bolsillo. Está claro que cuando su barca volcó, el ladrón perdió a la diosa Kannon, que sería lo que vi brillar en su bolsillo.

¡En verdad que aquello era un cúmulo de coincidencias! Iganosuke, que ya no tenía motivos para seguir viajando, regresó junto al señor de Kii, y dio parte de sus aventuras y buena fortuna. Tan complacido estaba el *daimio* que le entregó un regalo.

La figura de la Kannon dorada fue aún mejor custodiada que antes. Sin lugar a dudas, la imagen obraba milagros y todavía se encuentra entre los tesoros de Kii.

La roca de Saigyo Hoshi

Aproximadamente a doce millas al sur de Shodoshima (isla de Shodo) se encuentra la más bien extensa isla de Nao o Naoshima, en el margen occidental del cautivador mar Interior, el cual he tenido el gusto de cruzar gracias a la ayuda del Gobierno japonés, que, gracias a la amabilidad de *sir* Ernest Satow, no ha puesto ninguna objeción. Naoshima solo cuenta con un puñado de habitantes, estimo que entre sesenta y cien almas. En la época de nuestra historia, sobre el año 1156, solo eran dos, Sobei y su buena esposa O-Yone. Vivían solos en una hermosa y pequeña bahía, donde habían construido una cabaña de pescadores, y cultivaban cerca de tres mil *tsubo*[48] de tierra. Con lo que producían allí y con un suministro ilimitado de pescado, eran completamente felices, ajenos a los problemas cotidianos de aquella época, los cuales eran particularmente serios. La Era Hogen, que se extiende del año 1156 al 1160, tomó su nombre de la conocida como Rebelión Hogen, aunque para ser más precisos, deberíamos llamarla Revolución Hogen. Fue durante este atribulado periodo cuando el emperador retirado Shutoku (1124-1141), sospechoso de liderar la rebelión, fue desterrado a Naoshima por quienes detentaban el poder.

Abandonado con poco más que las ropas que llevaba, su situación no era en absoluto envidiable.

Por lo que sabía, la isla estaba desierta. En cuanto quienes le habían arrojado allí hubieron partido, Shutoku comenzó a caminar

por la playa, preguntándose qué podría hacer. ¿Debería quitarse la vida o luchar para preservarla? Mientras sopesaba esas cuestiones, se hizo de noche sin que le hubiera dado tiempo a pensar siquiera en buscar o construir un refugio. Así pues, se sentó a reflexionar sobre el pasado mientras escuchaba el triste murmullo de las olas.

A la mañana siguiente, cuando el sol se elevó sobre el horizonte, el emperador retirado comenzó a moverse. Había decidido vivir. No había dado ni dos pasos por la playa cuando descubrió huellas de pies humanos en la arena. Poco tiempo después, vislumbró una columna de humo que ascendía tras un pequeño promontorio. Con el corazón aliviado, el emperador retirado se encaminó hacia allí, y después de veinte minutos de difícil subida, descendió a la bahía donde se encontraba la choza de Sobei y su esposa. Acercándose a ellos sin miedo, les contó quién era y cómo había sido exiliado y abandonado allí, y les formuló numerosas preguntas.

—Señor —dijo Sobei—, mi esposa y yo somos gente humilde. Vivimos pacíficamente pues aquí nadie nos molesta. Nuestras vidas discurren de manera despreocupada. Sed bienvenido a nuestra humilde morada. Aunque nuestra cabaña es pequeña, os servirá de refugio mientras construimos una morada mayor y más apropiada para vos. A partir de ahora seremos sus sirvientes.

El emperador retirado se mostró encantado de escuchar esas palabras de amistad y se convirtió en uno más de la familia. Colaboró en la construcción de su propia cabaña y ayudó a la vieja pareja en las faenas de sembrar y pescar, y se encariñó mucho con ellos. En el otoño cayó enfermo y ellos le ayudaron a pasar una peligrosa fiebre. O-Yone elaboró medicinas a partir de plantas, algas y otros productos naturales de la isla. Hacia la primavera, Shutoku comenzó a recuperarse. Un día, durante su convalecencia, el emperador retirado salió a sentarse y admirar el paisaje frente al mar. Se quedó tan embelesado con un grupo de gaviotas que perseguía un banco de sardinas que no se dio cuenta de lo que pasaba a su alrededor. Cuando alzó la vista, descubrió que estaba rodeado por al menos una docena de caballeros con armadura.

En cuanto se percataron de que el emperador retirado había reparado en su presencia, uno de ellos, el de más edad, un hombre de pelo gris y apariencia bondadosa, dio un paso hacia él y, haciendo una reverencia, le dijo:

—¡Oh, mi amado soberano, finalmente he dado con vos! Mi nombre es Furuzuka Iga. Por desgracia he de informaros que el Mikado me envía para llevarle vuestra cabeza, pues incluso exiliado vuestra vida supone un peligro para la frágil paz del reino. Por favor, permitidme tomar vuestra cabeza tan rápida e indoloramente como sea posible. Es una desgracia para mí tener que hacer esto.

El emperador retirado no pareció sorprendido ante esta declaración y sin más palabras se colocó e inclinó el cuello para recibir el golpe mortal. Iga, emocionado por su valerosa actitud, comenzó a llorar, y exclamó:

—¡Qué valiente soberano! ¡Qué samurái! ¡Qué pena ser su ejecutor!

Pero era su deber, así que hizo acopio de valor y, de un solo golpe, cortó la cabeza del emperador retirado. En cuanto la cabeza cayó en la arena, los otros caballeros la recogieron y la depositaron respetuosamente en un saco de seda, a la espera de las órdenes de su jefe.

—Amigos míos —dijo Furuzuka Iga—, volved al barco y entregad la cabeza de Shutoku al emperador. Decidle que sus órdenes han sido cumplidas y que ya no tiene nada que temer. Id sin mí, pues me quedaré aquí a lamentar el acto que he tenido que ejecutar.

Los caballeros partieron asombrados e Iga dio rienda suelta a su dolor. Entonces Sobei y su esposa bajaron a la playa a buscar al emperador retirado, ya que su ausencia había sido larga. Conocían el lugar en el que le encantaba sentarse y admirar el paisaje. Y así fue como encontraron a Iga llorando.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —exclamaron—. ¿Qué significa toda esta arena ensangrentada? ¿Quién sois vos, señor, y dónde se encuentra nuestro huésped?

Iga les explicó que era un enviado del Mikado y que había sido

su doloroso deber acabar con la vida del emperador retirado. La furia de Sobei y de su esposa se desató. Instintivamente decidieron que vengarían al emperador retirado matando a Iga y que después se quitarían la vida. Así pues, se lanzaron al ataque con sus cuchillos, Sobei de cara y su esposa por detrás. Iga los esquivó gracias a su dominio del *jujitsu*. En un momento los había inmovilizado, y entonces les dijo:

—Sé que sois buenas personas, así que escuchad mi historia. El hombre que había sido exiliado a esta isla hace casi un año y al que habéis brindado vuestra amistad y habéis preservado del hambre y de la intemperie no era el verdadero emperador retirado, ¡sino que se trataba de mi propio hijo FuruzukaTaro!

Sobei y su esposa le miraron desconcertados, esperando una explicación.

—Escuchad y os lo contaré —les dijo Furuzuka Iga—. Como resultado de la revuelta de la casa imperial, el emperador retirado Shutoku fue derrocado por el enemigo de su posición en el trono y sentenciado al exilio en esta isla, que se suponía que estaba desierta; y, de no existir vosotros, así hubiera sido. Si no hubierais estado aquí para ayudarle, el emperador retirado habría muerto antes. Y aunque estoy ligado a la corte imperial, no me gustaba ver a alguien que había sido mi soberano perecer de tal manera. Era mi obligación traerlo a esta isla y abandonarlo aquí. En lugar de eso al que abandoné fue a mi propio hijo, el cual se parecía bastante a él y estaba contento de ocupar su lugar. Desgraciadamente, durante el invierno, el ánimo del Mikado se tornó inquieto, temiendo que mientras el emperador retirado estuviera vivo, pudieran surgir futuros problemas. Entonces fui enviado de nuevo a la isla de Naoshima, esta vez para llevarle su cabeza. Ahora sabéis lo que he tenido que hacer. ¿Alguna vez ha tenido un padre que llevar a cabo una orden tan terrible? Pobre de mí. No estéis furiosos conmigo, vosotros habéis perdido a un amigo, yo a un hijo. Pero el emperador retirado aún vive; es más, sabe de mi lealtad hacia él, y dentro de poco llegará aquí en secreto. Es por esa razón que he permanecido

aquí, eso es lo que tenía que contaros. Y también debéis saber la profunda gratitud que siento hacia vosotros por vuestra amabilidad hacia mi hijo Taro.

El pobre samurái hizo una profunda reverencia y la anciana pareja, demasiado sencilla como para saber qué hacer, permaneció en silencio, con lágrimas de pena y de simpatía cayendo a raudales por sus mejillas. Durante una media hora nadie dijo ni una palabra. Siguieron llorando en la playa cubierta de sangre, esperando que la marea subiera y limpiara el lugar. Y no pasó mucho tiempo cuando, repentinamente, comenzaron a escuchar los dulces acordes de una *biwa* (un instrumento musical de cuatro cuerdas parecido al laúd). Entonces Iga se levantó y, secándose los ojos, dijo:

—Amigos míos, aquí llega el verdadero emperador retirado, aunque de incógnito. Nunca va a ningún sitio sin su laúd y se comunica conmigo mediante señales secretas y melodías. En estos momentos me está preguntando si es seguro aproximarse, y si no le doy respuesta, es que es seguro. ¡Escuchad y vedle acercarse!

Sobei y su esposa, que nunca antes habían escuchado una música tan dulce y cautivadora, con los corazones llenos de pena, se sentaron a escuchar. La música sonaba cada vez más cerca. De repente distinguieron a un hombre de humildes vestiduras caminando por la playa. Podrían haberlo confundido con su difunto amigo, tal era su semejanza. Cuando estuvo más cerca, Iga se cuadró y lo saludó con una reverencia. Y a continuación, guio al recién llegado hasta el pescador y su esposa, y le hizo saber la amabilidad que habían mostrado hacia su hijo Taro. El emperador retirado expresó su profunda gratitud hacia ellos y los consideró parte del fiel grupo que había trabajado para mantenerlo con vida. Justo entonces un barco apareció doblando la punta de la bahía. Se trataba del barco en el que había llegado Iga, el barco que transportaba la cabeza de su hijo. El emperador retirado, seguido por Iga, Sobei y su esposa, se puso de rodillas cerca de las manchas de sangre y oró largo tiempo por la paz del espíritu de Taro. Al día siguiente, el emperador retirado anunció su intención de

permanecer el resto de su vida en la isla de Naoshima con Sobei y O-Yone. Iga fue llevado a tierra firme por Sobei, y volvió a la capital.

El emperador retirado, atendido en todo momento por la leal pareja, vivió todo un año en la isla. Pasó sus días tocando la *biwa* y rezando por el espíritu de Taro. Al cabo de un año murió de pena. Sobei y su esposa consagraron todo su tiempo libre a erigir un pequeño templo en su memoria. Se cree que aún está en pie.

En el tercer año de la Era Ninnan, el famoso aunque excéntrico sacerdote y poeta Saigyo, que estaba relacionado con la familia imperial, pasó diecisiete días en la isla rezando día y noche. Durante ese tiempo solía sentarse en la roca favorita de Taro y del emperador retirado. A esa roca aún se la conoce como *Saigyo iwa* (la roca de Saigyo).

Cómo Masakuni recuperó la vista

Hace setenta años vivía en Kioto un célebre forjador de espadas, natural de la provincia de Awa, en Tokushima. Awanokami Masakuni, pues ese era su nombre, vivía en Kioto por motivos laborales. Así estaba más cerca de las mansiones de los aristócratas, que eran sus mejores clientes. Con él vivía su hermosa hija Ai, O-Ai-san (*Ai* significa «amor»). Tenía catorce años, y aunque solo era una niña, su belleza era tal que a todo el mundo subyugaba. O-Ai no pensaba en nadie más que en su padre, por el que sentía un gran afecto.

Con el tiempo, Masakuni mejoró tanto en el arte de la forja y de crear espadas que se ganó las envidias del resto de maestros armeros, los cuales, al igual que él, vivían en el distrito de Kioto de Karasu-tengu, epicentro del negocio de la forja de espadas en aquella época. ¡Pero ay, la habilidad de Masakuni iba a costarle un ojo! Aunque los samuráis y todo aquel que portaba una espada se atenían a unos elevados ideales de honor y ética, y el código del *bushidó*[49] estaba por encima de todo, esto no regía para los forjadores de espadas. A menudo cometían los más horribles y despreciables crímenes. Uno de los más habituales era arrancar uno o los dos ojos de sus rivales mientras estaban dormidos.

Así aconteció que una noche, la pequeña O-Ai-san fue despertada de su sueño por el ensordecedor grito de su padre, al que encontró en el suelo retorciéndose de agonía, con su ojo

derecho apuñalado y destrozado. O-Ai imploró ayuda; pero nada se podía hacer ya para salvar el ojo. Aunque se podía curar la herida, Masakuni debía abandonar toda esperanza de volver a usar el ojo derecho de nuevo. Ni siquiera obtuvo la satisfacción de atrapar a su asaltante, ya que no sabía de quién se trataba. Dadas, pues, las circunstancias, resultaba evidente que Masakuni no podía seguir ejerciendo su oficio, pues tras la pérdida del ojo le sería imposible llevar a cabo los refinados trabajos a los que debía su reputación. Por consiguiente, regresó con su hija a su pueblo natal, Ohara, en la provincia de Awa.

Pobre Masakuni, apenas se había establecido en su viejo hogar cuando empezó a resentirse de su ojo izquierdo, de tal manera que en menos de una semana parecía seguro que fuera a perderlo igualmente. O-Ai estaba desconsolada. Para su querido padre, la pérdida de ambos ojos resultaría terrible. Ella lo quería muchísimo y sabía que los únicos placeres que le quedaban a su padre en esta vida eran su hija y contemplar el paisaje. ¿Qué podía hacer? Se ocupó de él día y noche, cocinando y haciendo de enfermera. Cuando agotó todos los recursos que tenía en su poder para aliviarle y el ojo de su padre empeoró, se refugió en la oración. A diario ascendía con esfuerzo la agreste y rocosa montaña de Shirakate, pues próxima a su cumbre se levantaba una pequeña capilla dedicada a Fudō, dios de la Sabiduría. Allí rezaba día tras día, rogando por obtener el conocimiento que pudiera curar a su padre. Aunque estaban en el frío mes de enero, al acabar de rezar se desvestía y permanecía casi media hora bajo la cascada por la que la montaña recibía su nombre, como era costumbre entre todos los que deseaban mostrar a la deidad la sinceridad de sus oraciones.

Durante tres meses, O-Ai subió diariamente a la montaña y sufrió el terrible frío de la cascada. Sin embargo, sus oraciones parecían no obtener respuesta y su padre no mejoraba. A pesar de ello, O-Ai no cejó en su empeño. A finales de febrero subió de nuevo. Ignorando el intenso frío —los carámbanos colgaban en muchas

partes de la roca—, O-Ai, tras rezar a Fudō-san, se deshizo de sus vestiduras y se internó en la cascada, donde continuó sus oraciones durante el tiempo que pudo permanecer de pie. El frío era tal que pronto perdió la consciencia, se desplomó sobre el suelo de la cascada y se golpeó con fuerza en la cabeza.

Justo entonces, por una extraordinaria buena fortuna, un anciano, seguido de su sirviente, subió hasta la montaña donde estuvo contemplando y admirando la cascada. De repente, sus ojos se toparon con el blanco cuerpo de la muchacha arremolinado en la base de la cascada, a no más de treinta pies de donde estaba. El anciano y su sirviente se apresuraron a sacar el cuerpo de allí y a frotarlo al descubrir que aún seguía con vida. O-Ai estaba entumecida y medio ahogada, inconsciente por el frío y el golpe, y la sangre manaba libremente de la herida. Decididos a salvar a la bella muchacha, se pusieron manos a la obra con determinación. Encendieron un fuego, y en cuanto sus ropas se secaron, se las pusieron. Al cabo de veinte minutos, la joven había abierto los ojos y era ya capaz de hablar. Entonces el anciano preguntó:

—¿Es por accidente que te hemos encontrado en un trance próximo a la muerte o es que has intentado quitarte la vida?

—No —contestó la muchacha—. No es mi deseo quitarme la vida. He venido aquí a implorar por que se cure el ojo de mi padre; esta es la enésima vez que lo hago. Mañana vendré de nuevo, y al día siguiente, y al otro, y así sucesivamente. Desesperar es contrario a las enseñanzas de Buda.

Tras decir esto, O-Ai les relató la historia de la ceguera de su padre. El anciano, tras escuchar su narración, le dijo:

—Si la dedicación al deber tiene recompensa, la tuya, joven dama, acaba de llegar. Quizás no te has percatado de quién soy. Mi nombre es Uozumi, doctor Uozumi. Soy el médico jefe de Kioto y actualmente el único experto en Medicina Holandesa[50] del país.

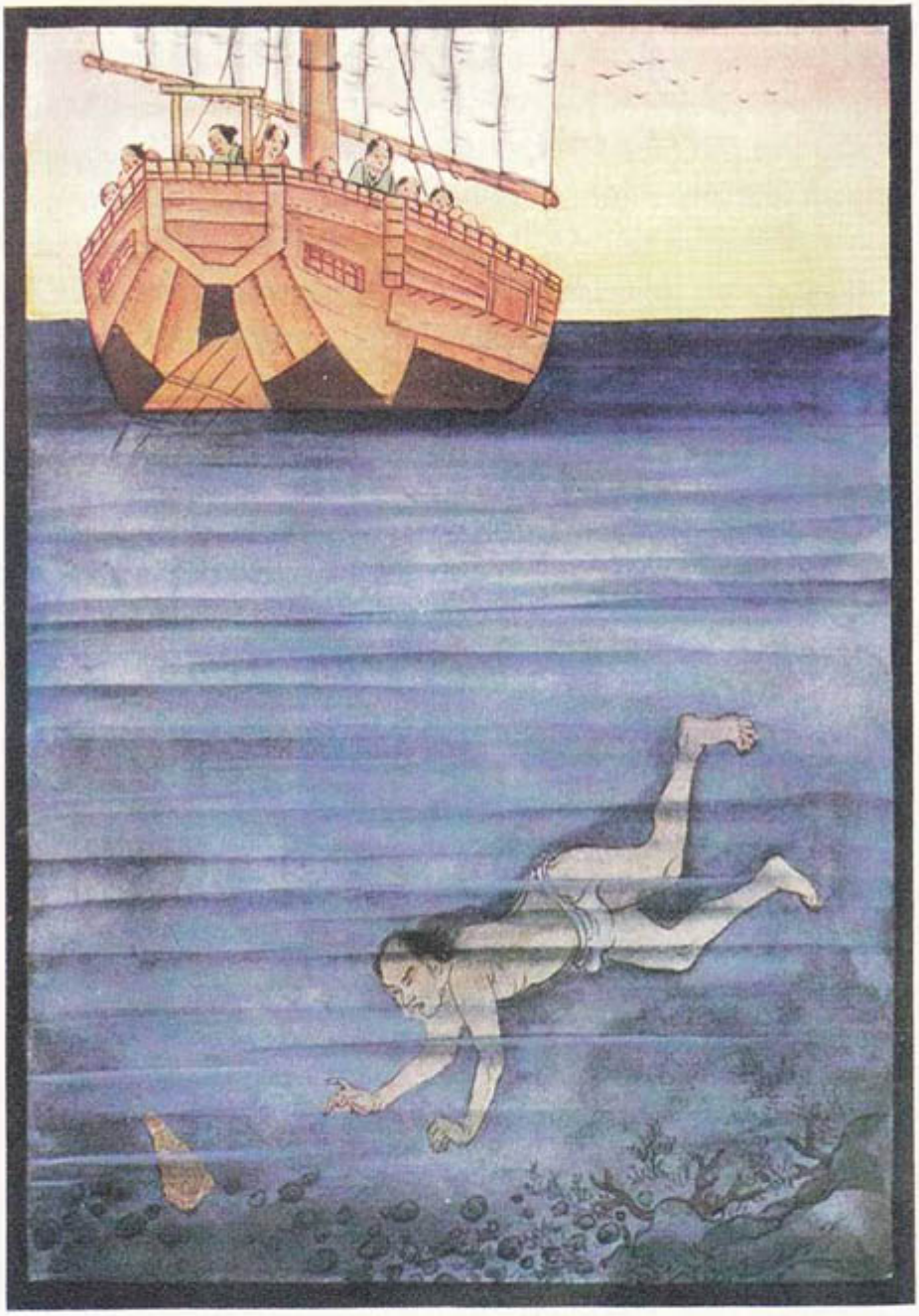
Acabo de venir de palacio en Edo y ahora regreso a Kioto. Mi barco ha fondeado aquí durante un día y he venido a esta montaña a admirar el paisaje. Ahora te he encontrado y estoy tan apenado

con tu problema que permaneceré en este lugar un par de semanas para ver qué puedo hacer por tu padre. No perdamos más tiempo: acaba de vestirte y guíanos a tu casa.

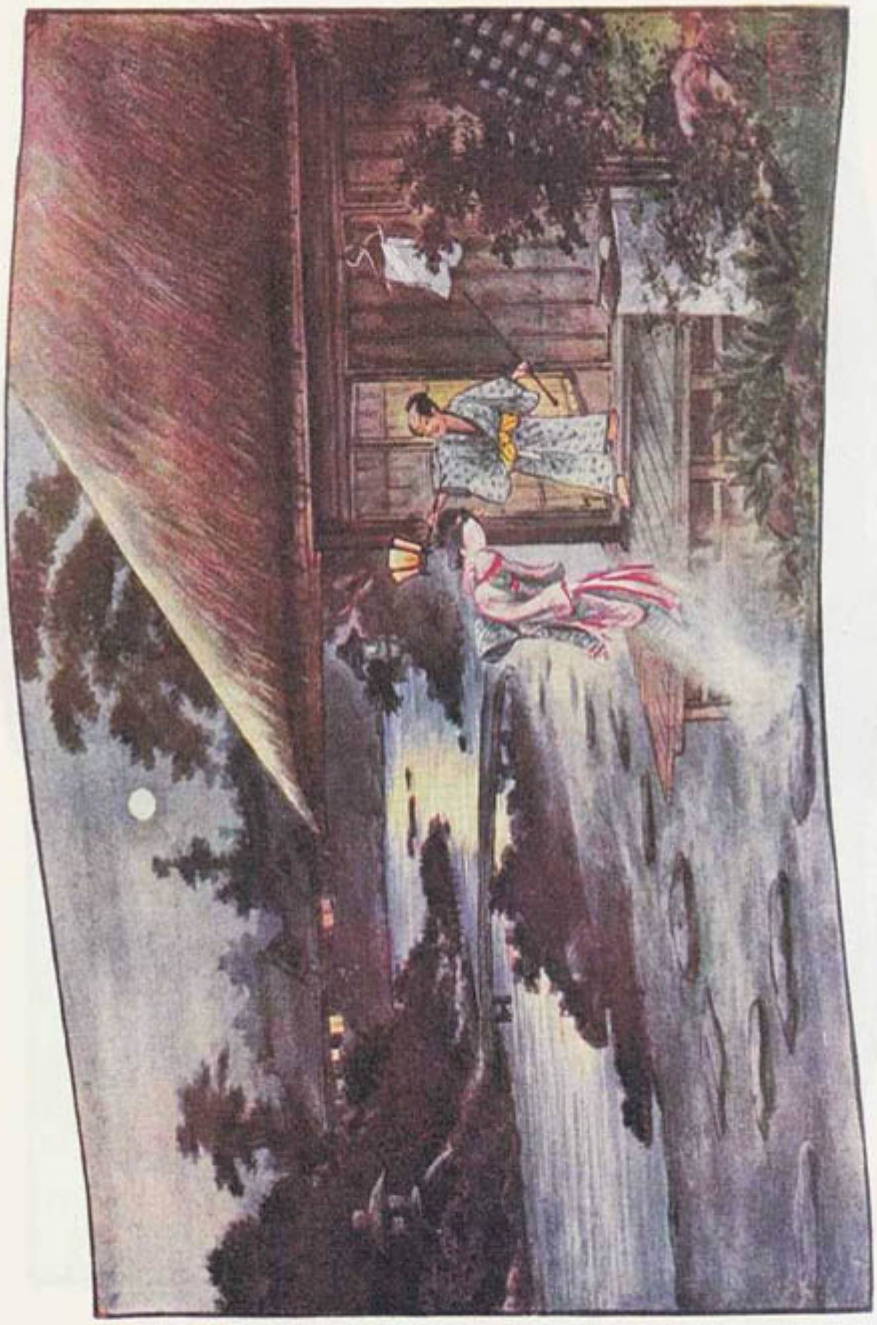
O-Ai estaba encantada. Pensaba que finalmente sus oraciones habían sido escuchadas por Fudō-san. Con el corazón rebosante, le faltó poco para correr montaña abajo, olvidando que hacía unos momentos había estado al borde de la muerte y el fuerte golpe que había sufrido. Al doctor Uozumi le costaba mantener el paso al lado de la lozana joven. Al llegar a la casa, Uozumi realizó un examen del paciente y le recetó unos remedios basados en recetas holandesas, remedios que afortunadamente llevaba consigo. Día tras día el doctor y O-Ai atendieron a Masakuni y al final del décimo día su ojo izquierdo se curó definitivamente. Masakuni estaba encantado con la recuperación parcial de la vista y, al igual que su hija, atribuía la buena fortuna de la llegada del famoso médico a la misericordia de Fudō-san. Tras purificar su cuerpo y su alma con una dieta vegetariana y baños de agua fría durante diez días, comenzó a forjar dos espadas que acabó algún tiempo después. Una se la regaló al dios Fudō, y la otra al doctor Uozumi. Ambas serían conocidas más tarde como las famosas espadas forjadas por Masakuni el Tuerto. El doctor opinaba que era una pena que un artista tan habilidoso como Masakuni siguiera viviendo en esta remota aldea de la provincia de Awa, y también que la bella O-Ai fuera a perderse allí. Así que les persuadió para unirse a él en Kioto. Poco después consiguió un puesto entre las damas de honor del palacio del señor de Karasumaru para O-Ai-san, donde la joven fue muy feliz.

Cinco años después, Masakuni murió, y de acuerdo con Fukuga, quien me contó esta historia, fue enterrado en el cementerio de Toribeyama, en el extremo oeste de Kioto.

ilustraciones

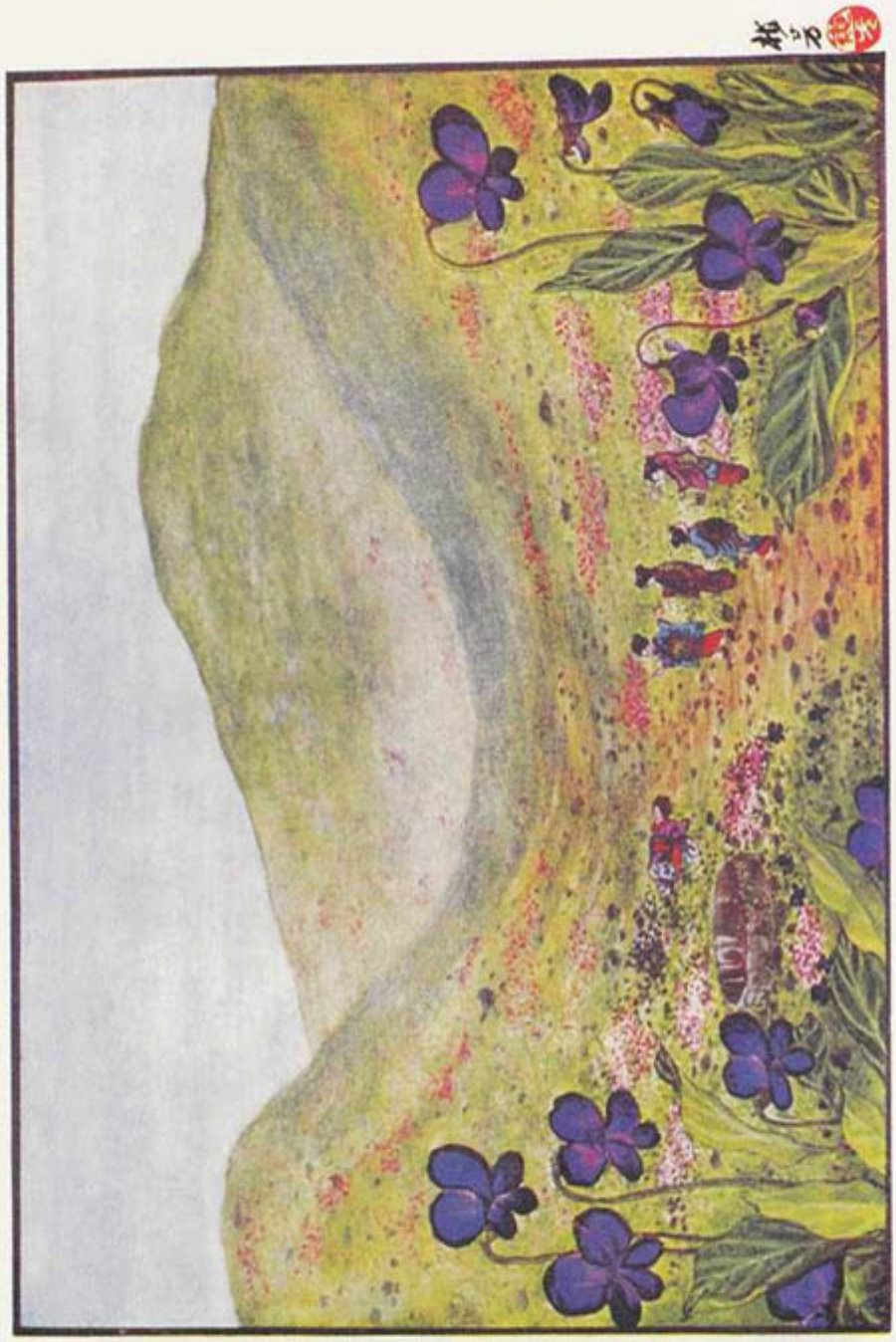


Iganosuke bucea para encontrar la pipa y halla el ídolo

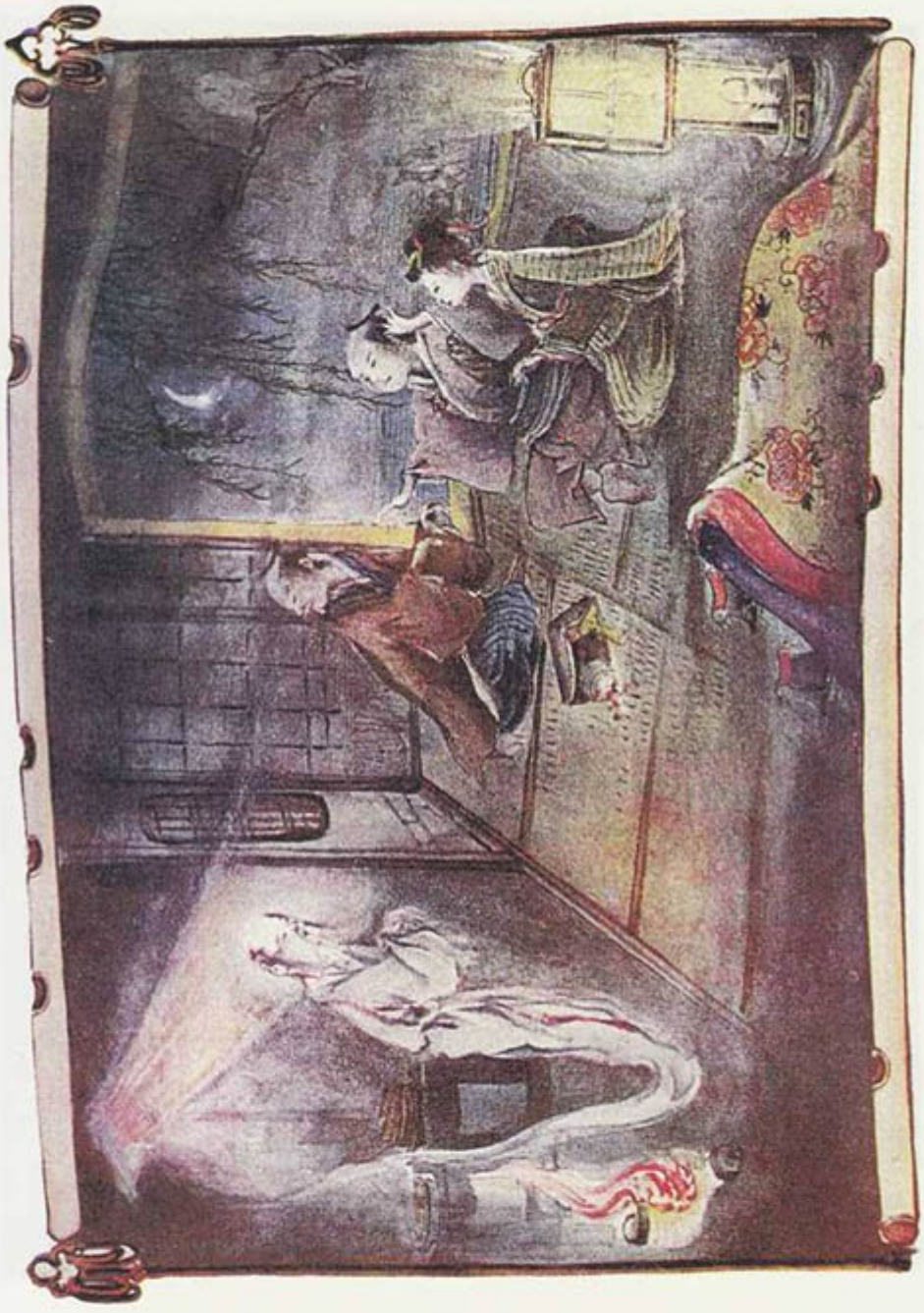


El espíritu de O-Ko-san se aparece ante Kōnojō con la apariencia de O-kei

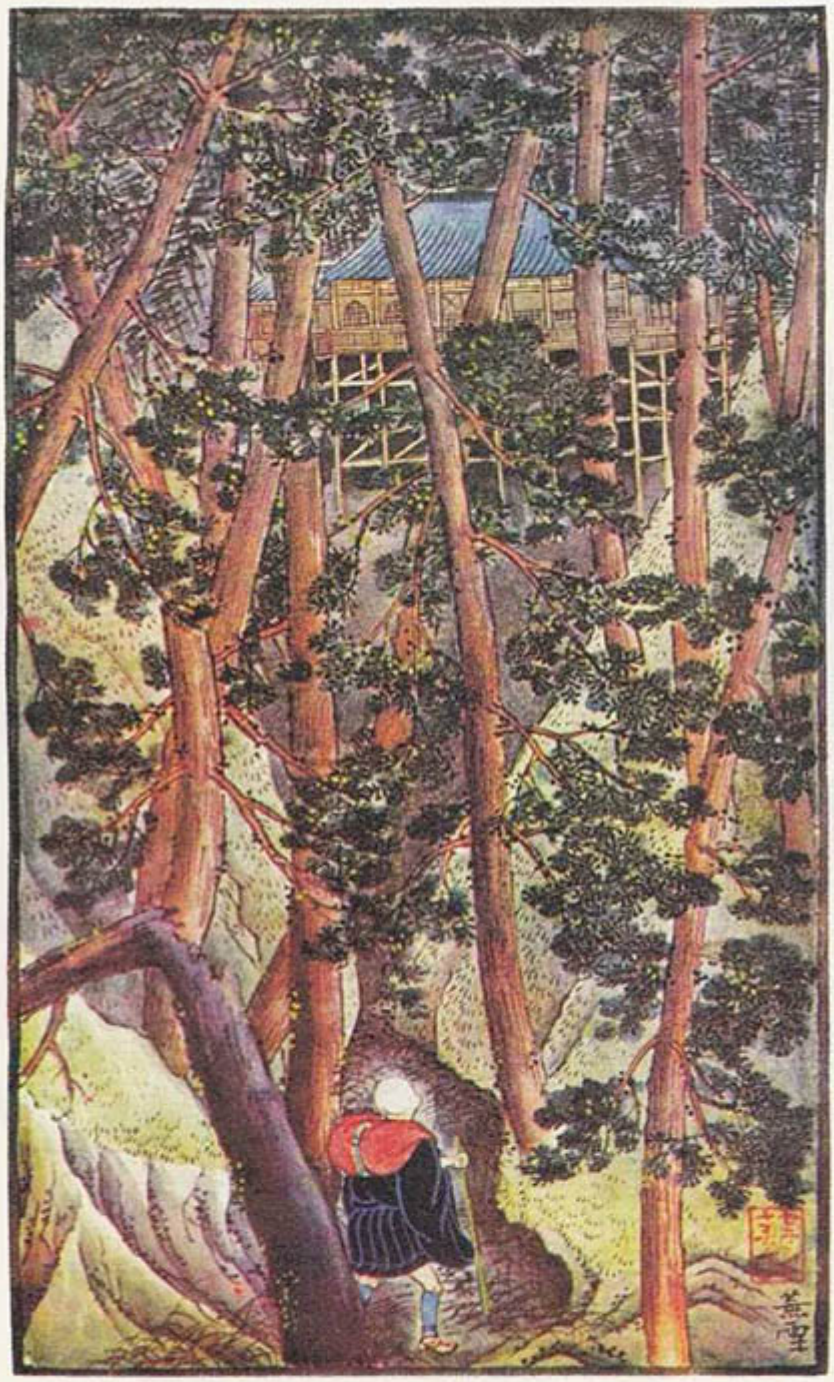
Heitaro se encuentra con Higo bajo el sauce



Las sirvientas encuentran a su señora desvanecida en el suelo

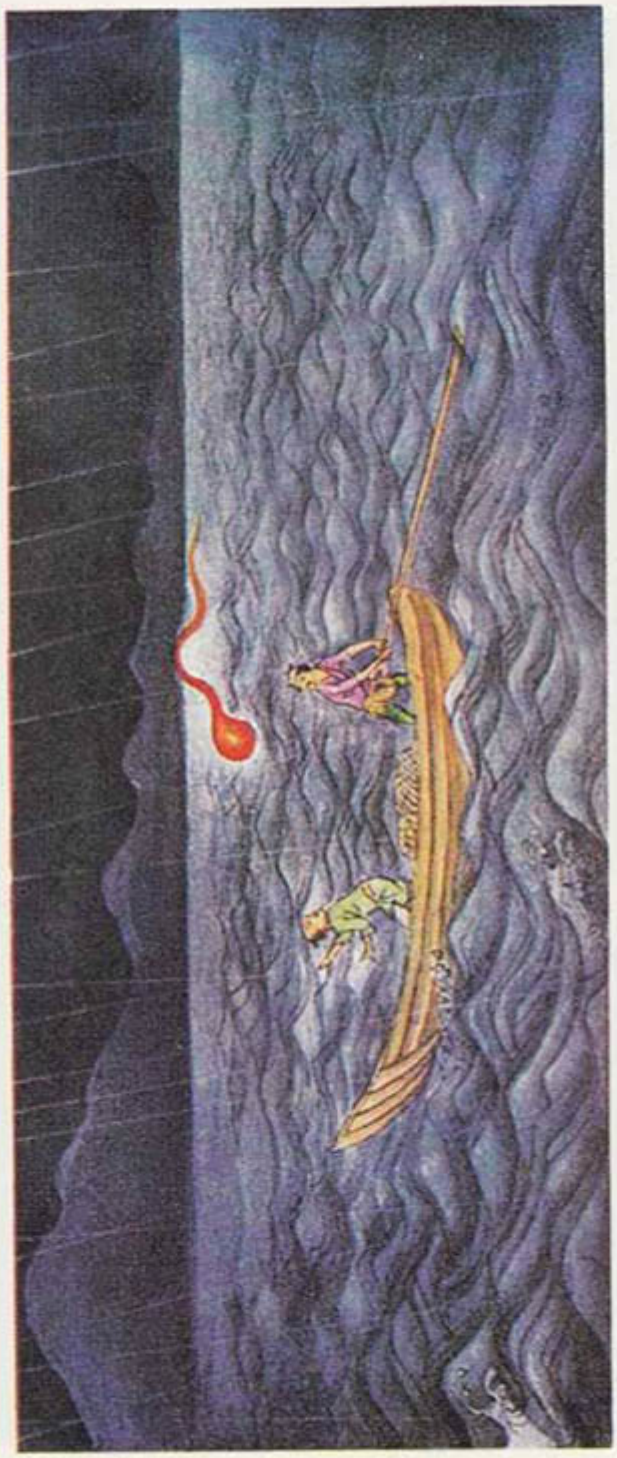


El fantasma de Yoichi se aparece a los tres mientras están conversando



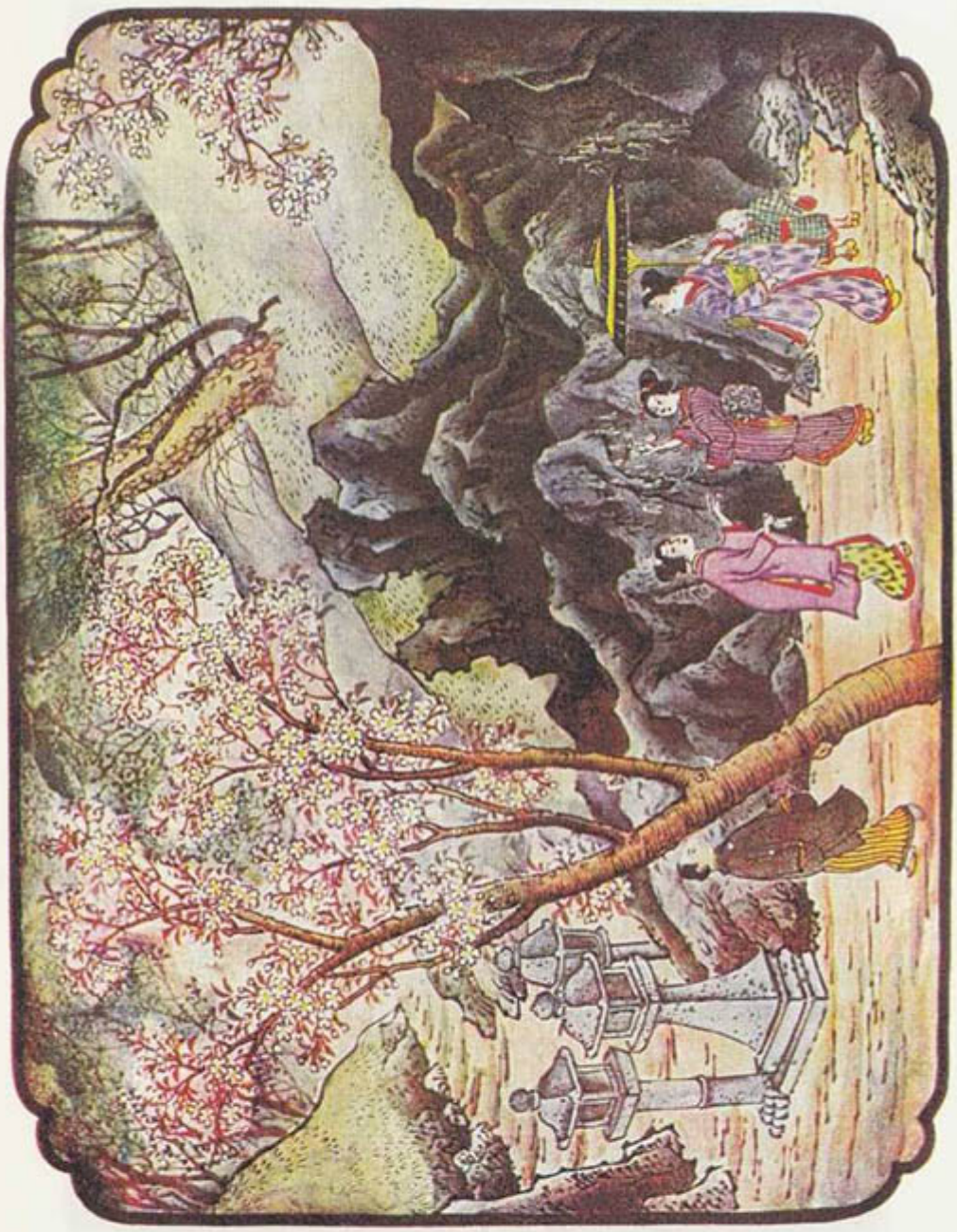
Jorgen contempla el templo encantado

Rosetsu observa a la carpa

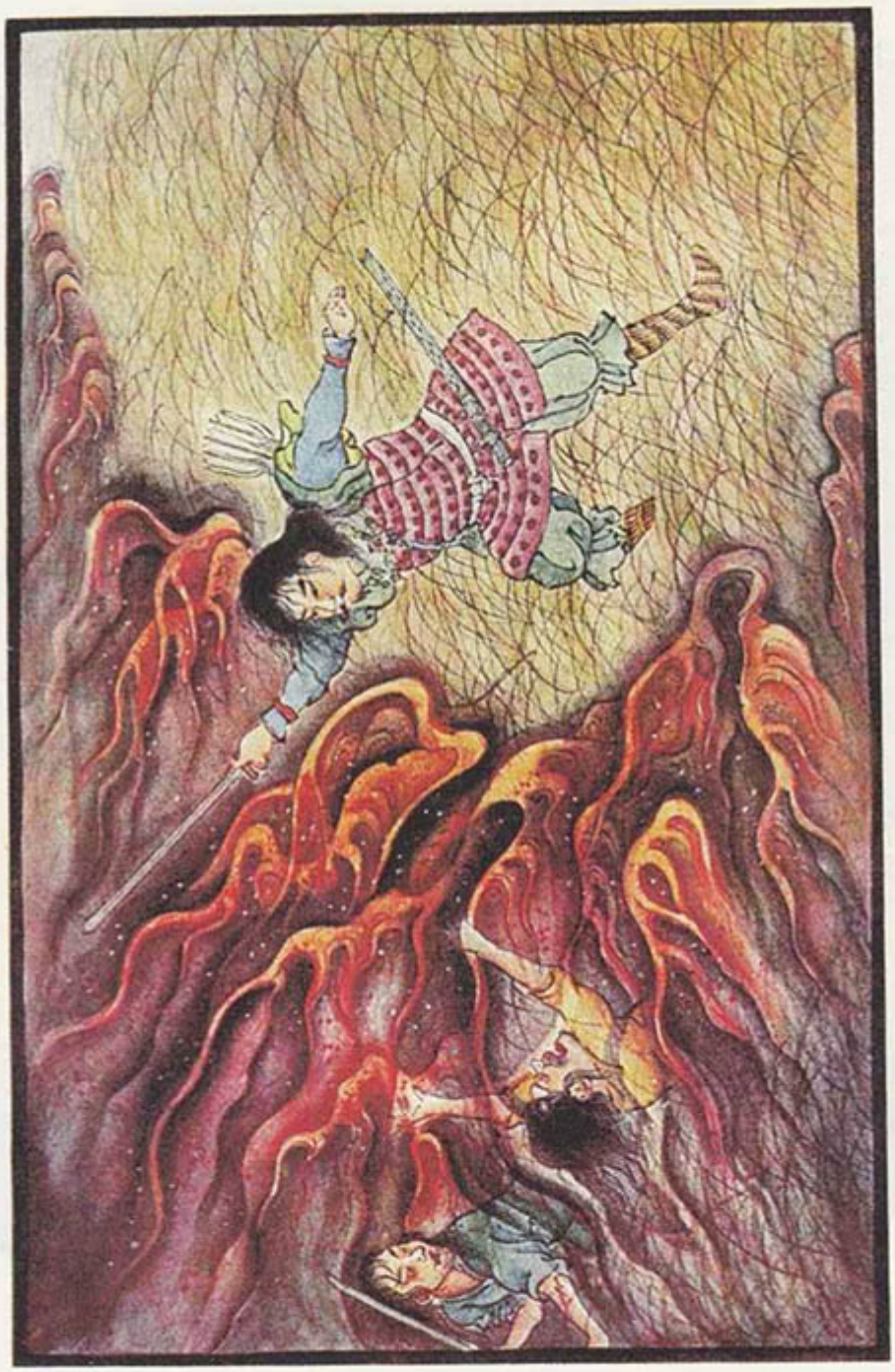


La bola de fuego o shito dama de Akechi

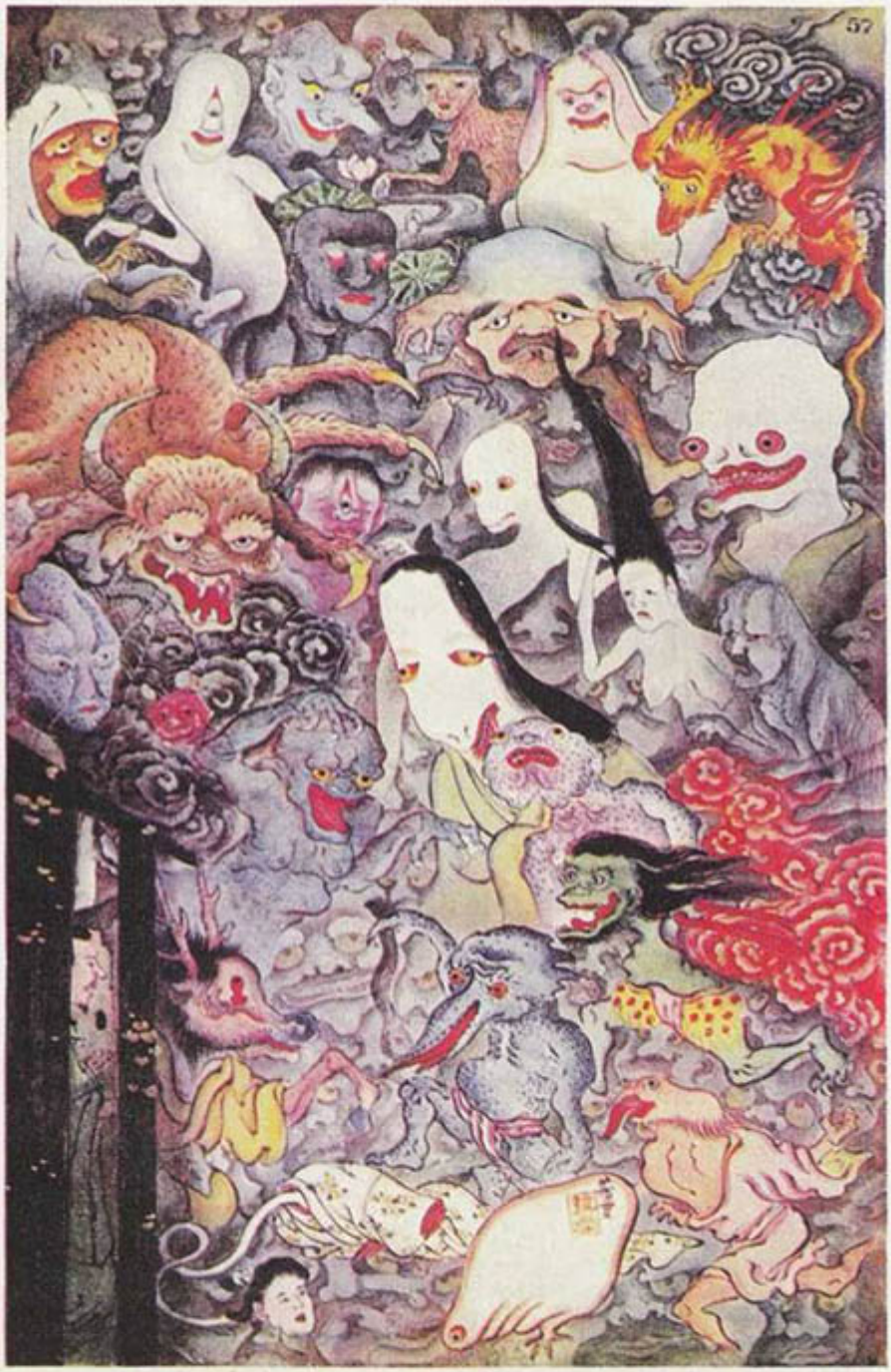
El barreño de O-Tani se inunda



Las oscuras rocas de Ishiyama-dera donde se atan las oraciones

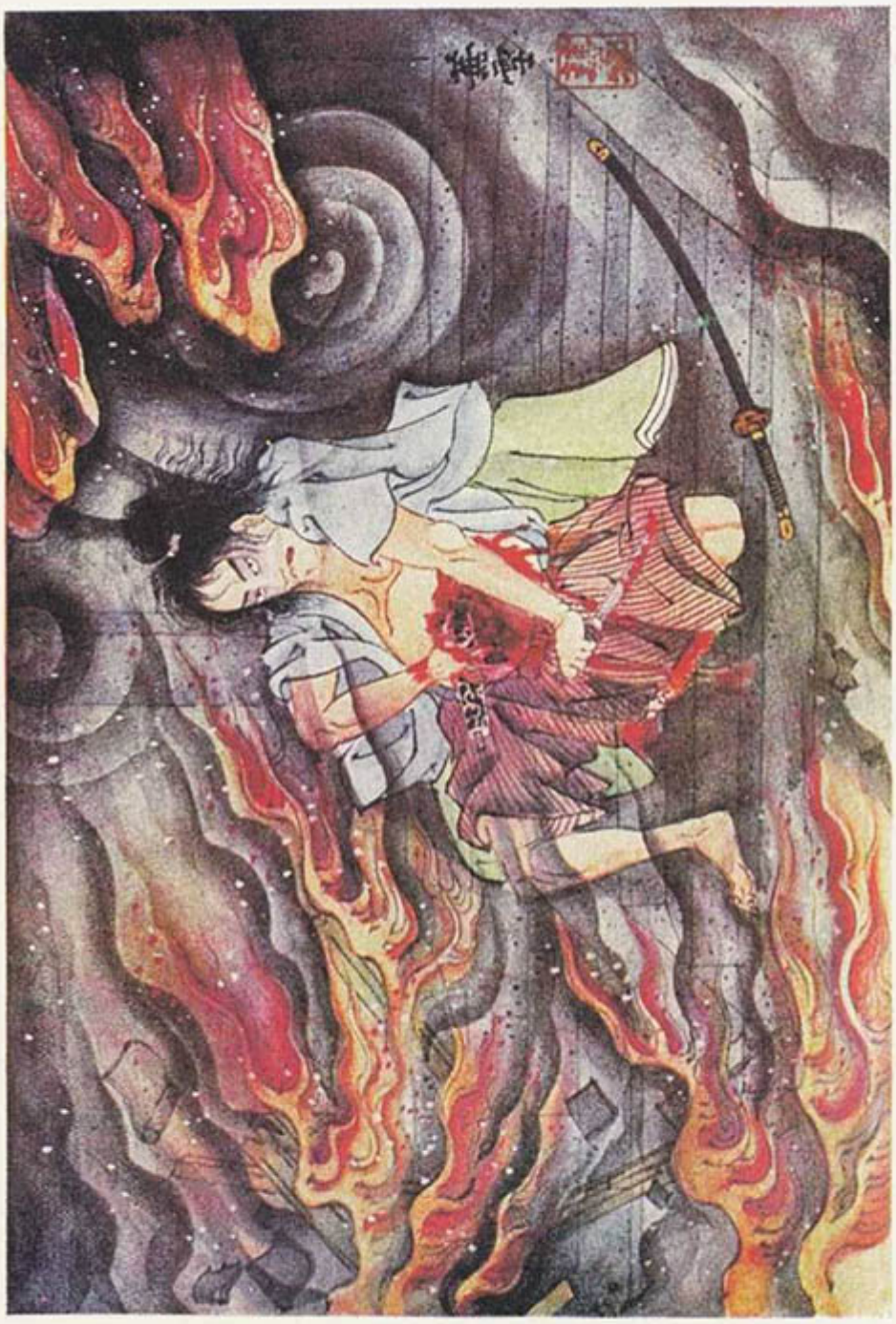


Yamato-dake no Mikoto acaba con sus enemigos
y se salva de ser quemado gracias a la milagrosa espada

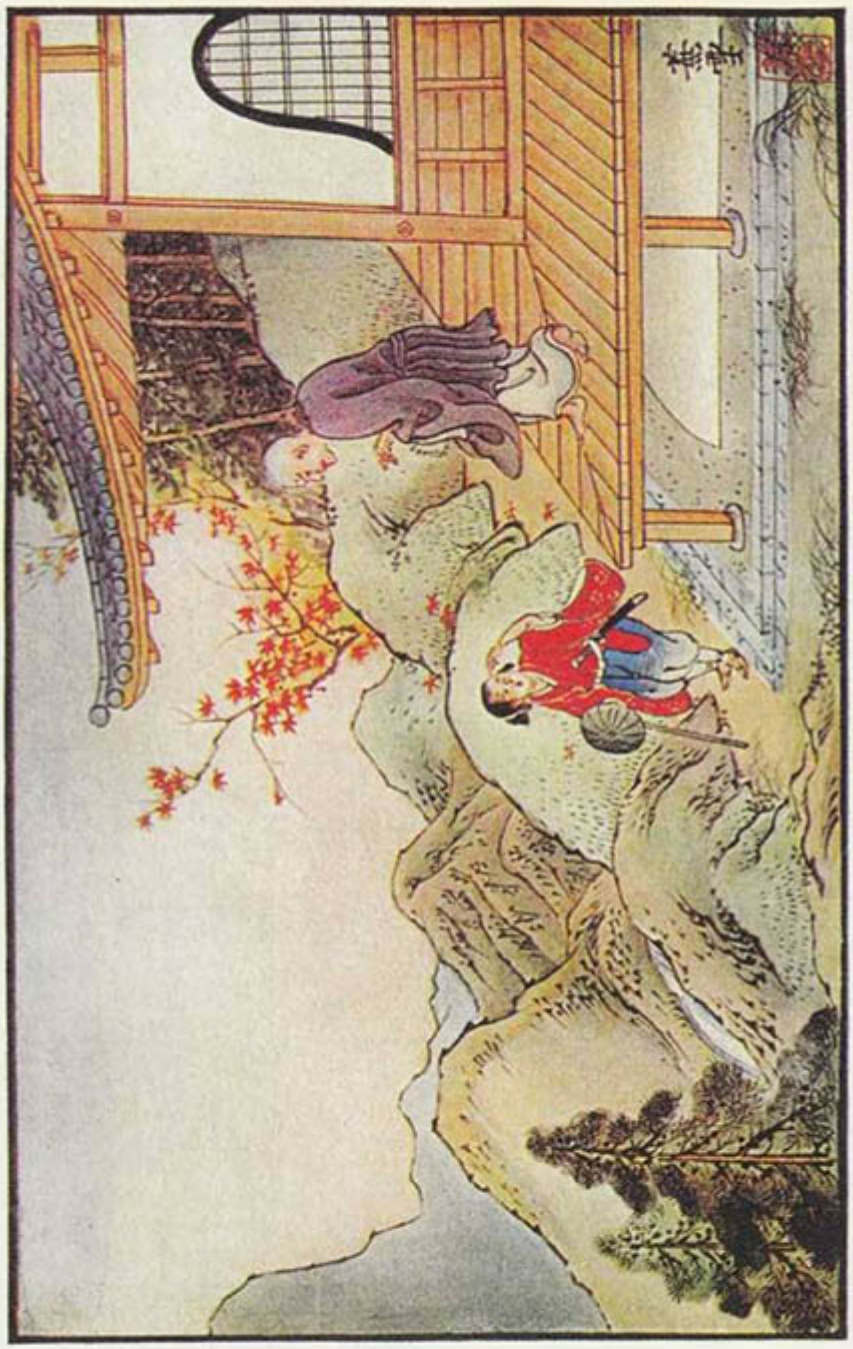


La procesión de fantasmas

Matsuo declara que la cabeza pertenece a Kanshusai

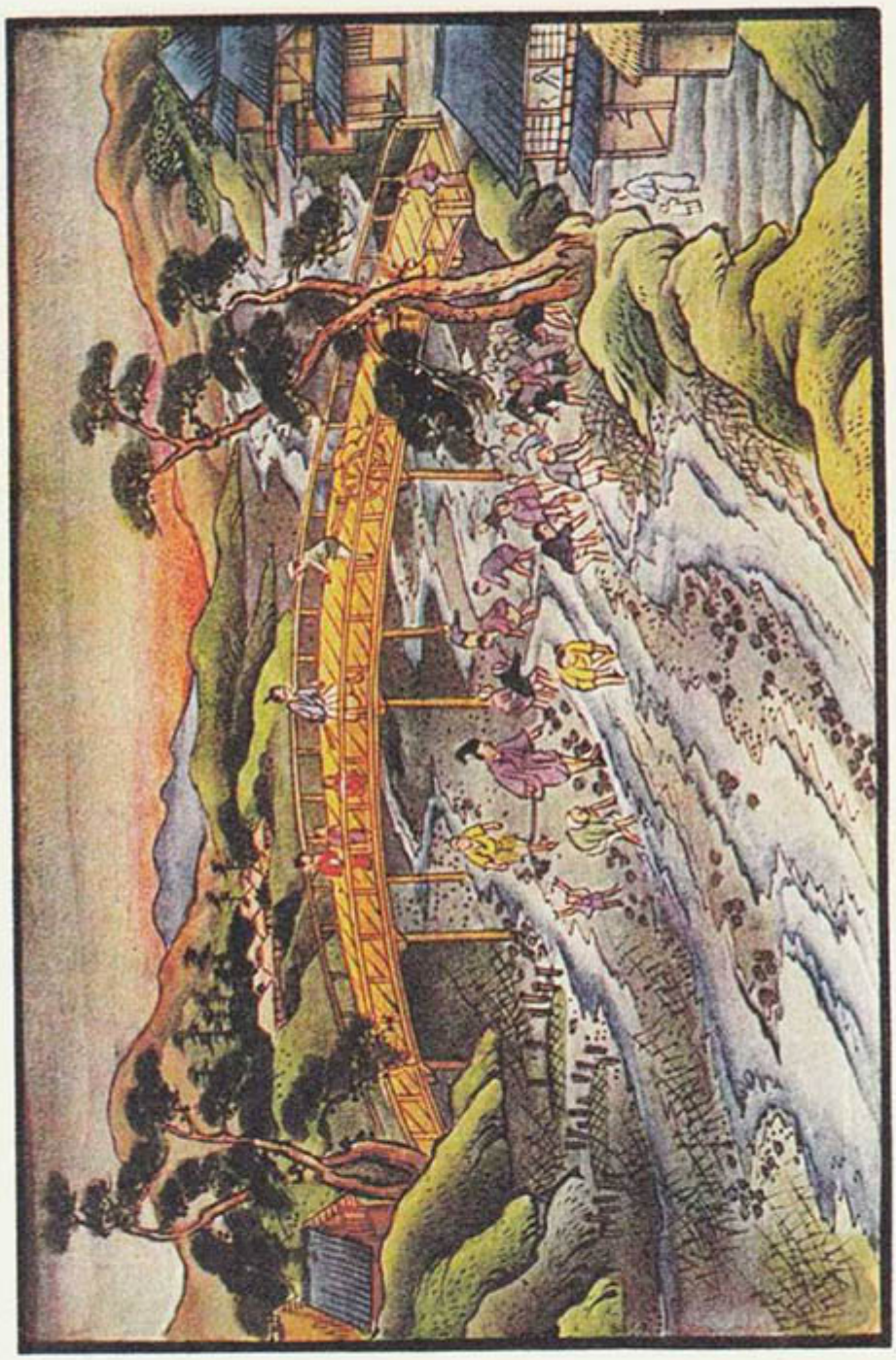


Okawa esconde el documento de los Hosokawa en su estómago

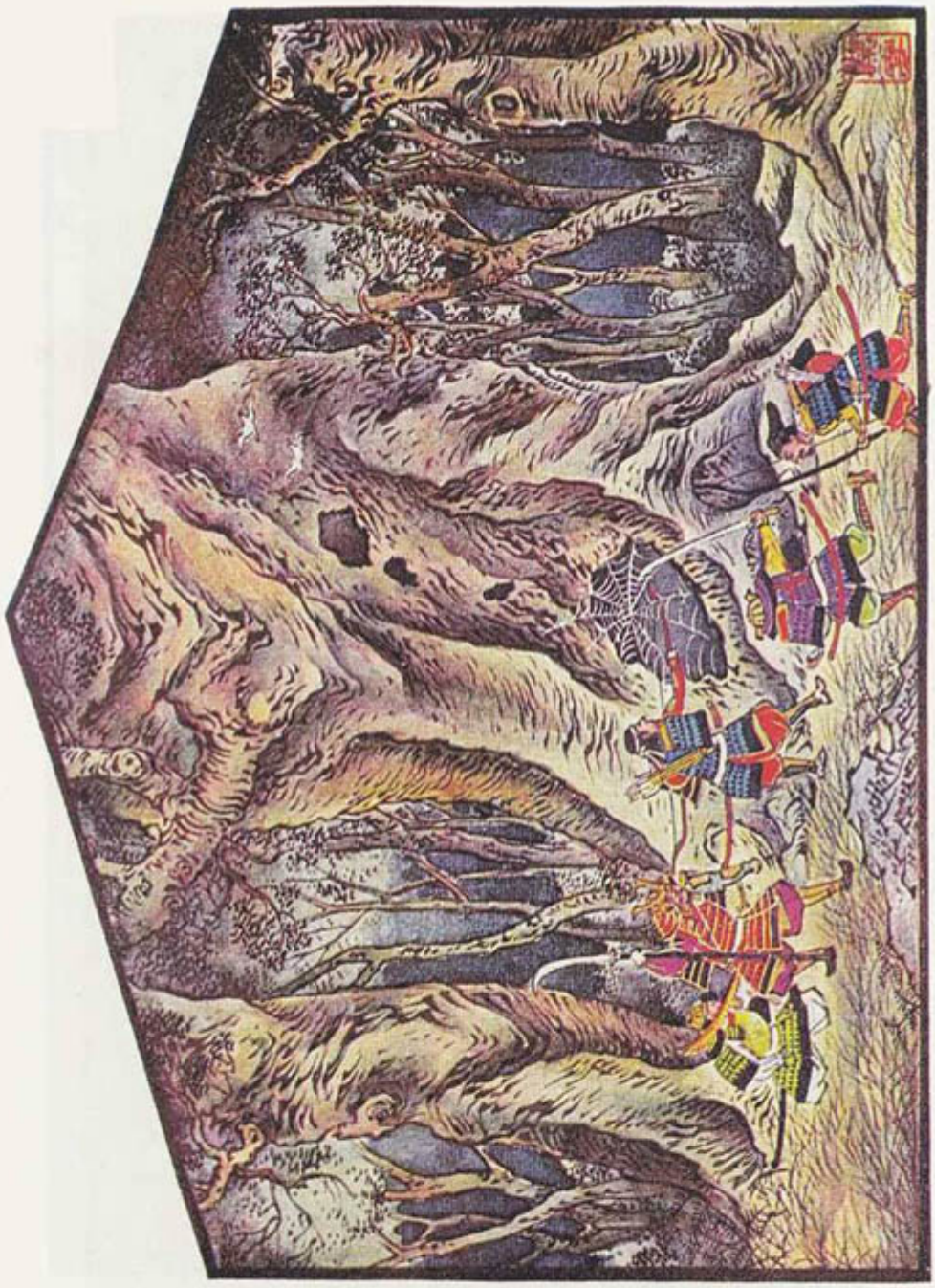


Ishidomaro se encuentra con su padre, pero no consigue identificarlo con seguridad

O-Same se enamora del apuesto y joven sacerdote

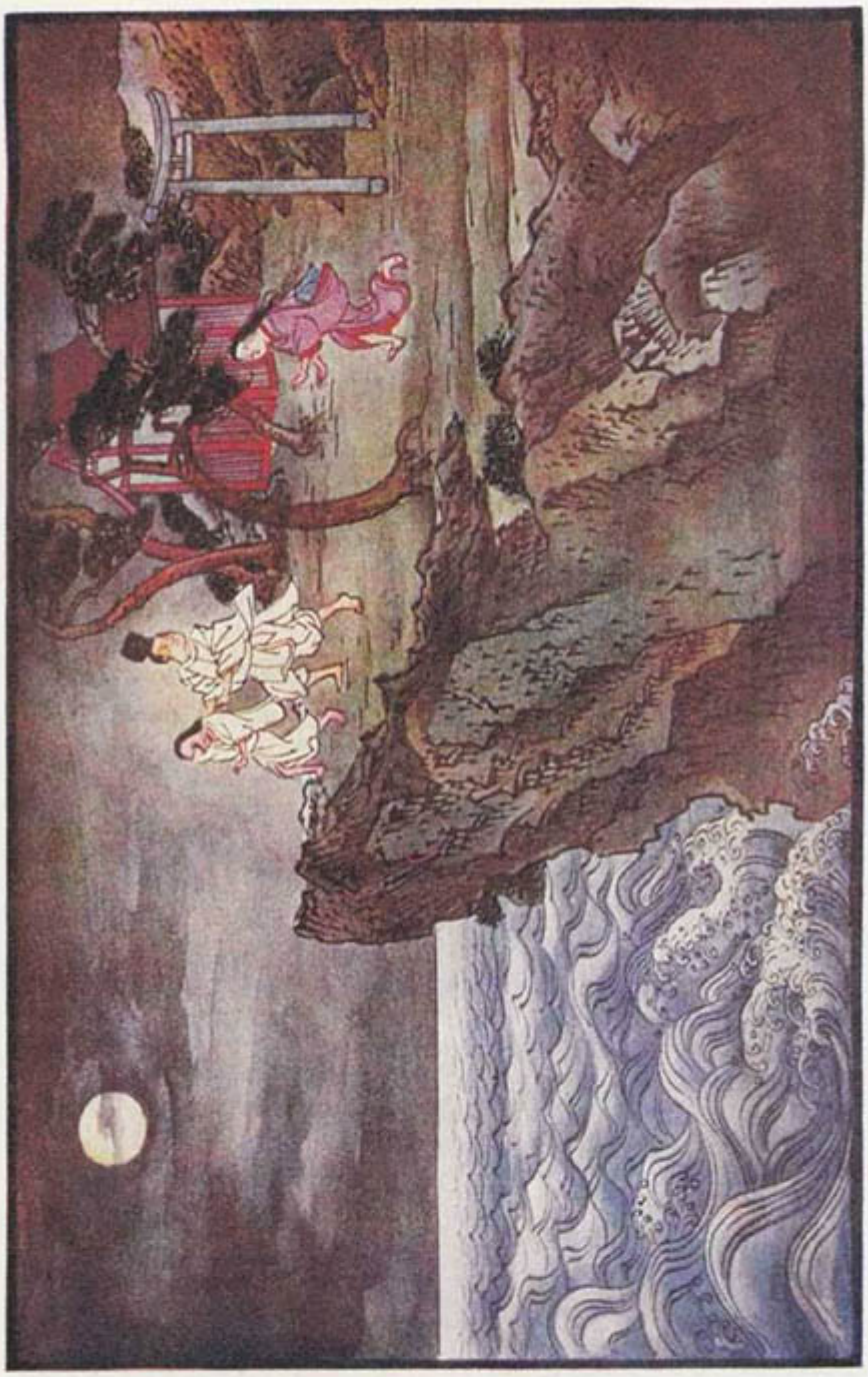


Awoto Fujitsuna ordena que todos busquen el medio céntimo



Oba Kage-chika introduce el arco en el árbol

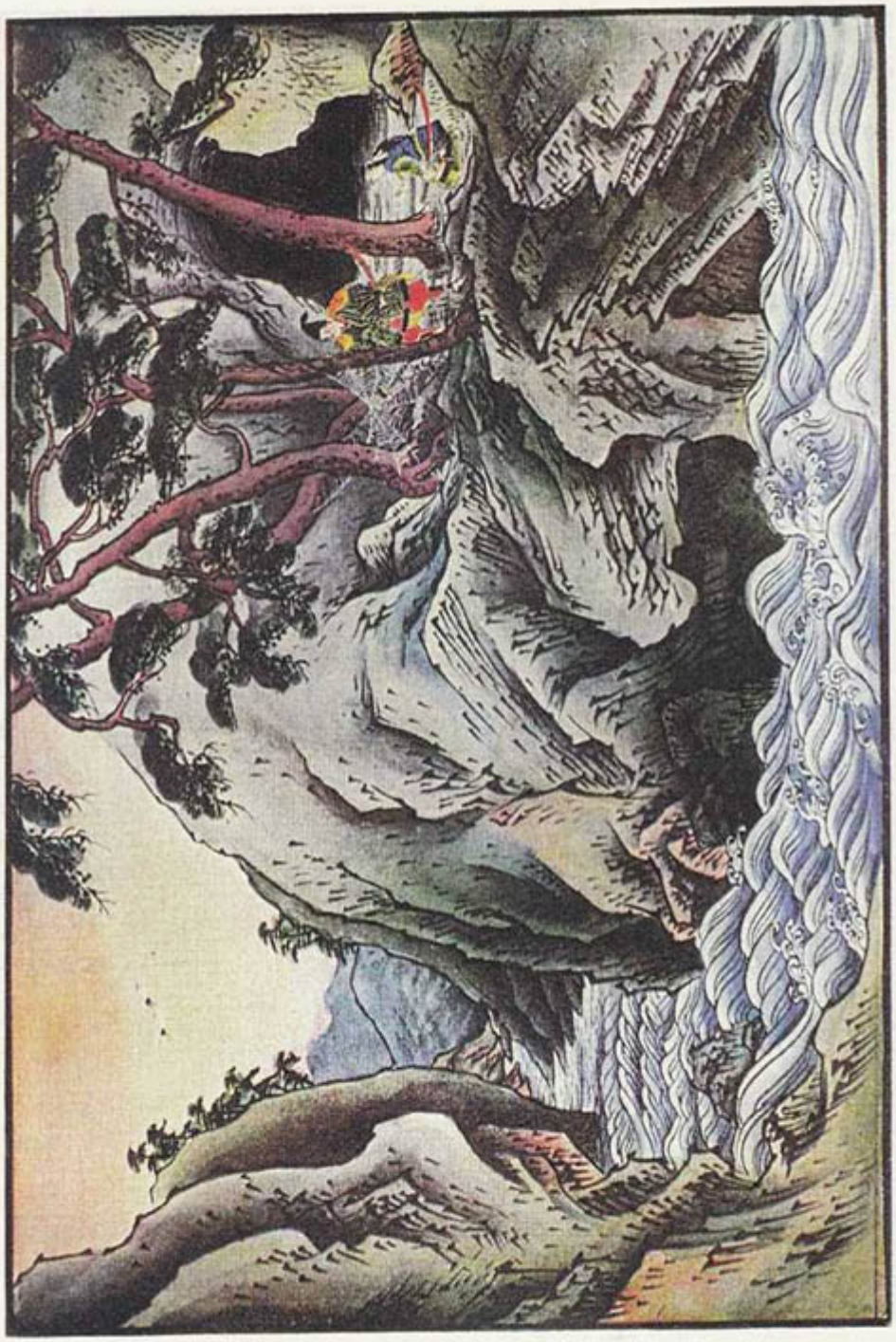
Murakami Yoshiteru se hace el harakiri y arroja sus entrañas al enemigo



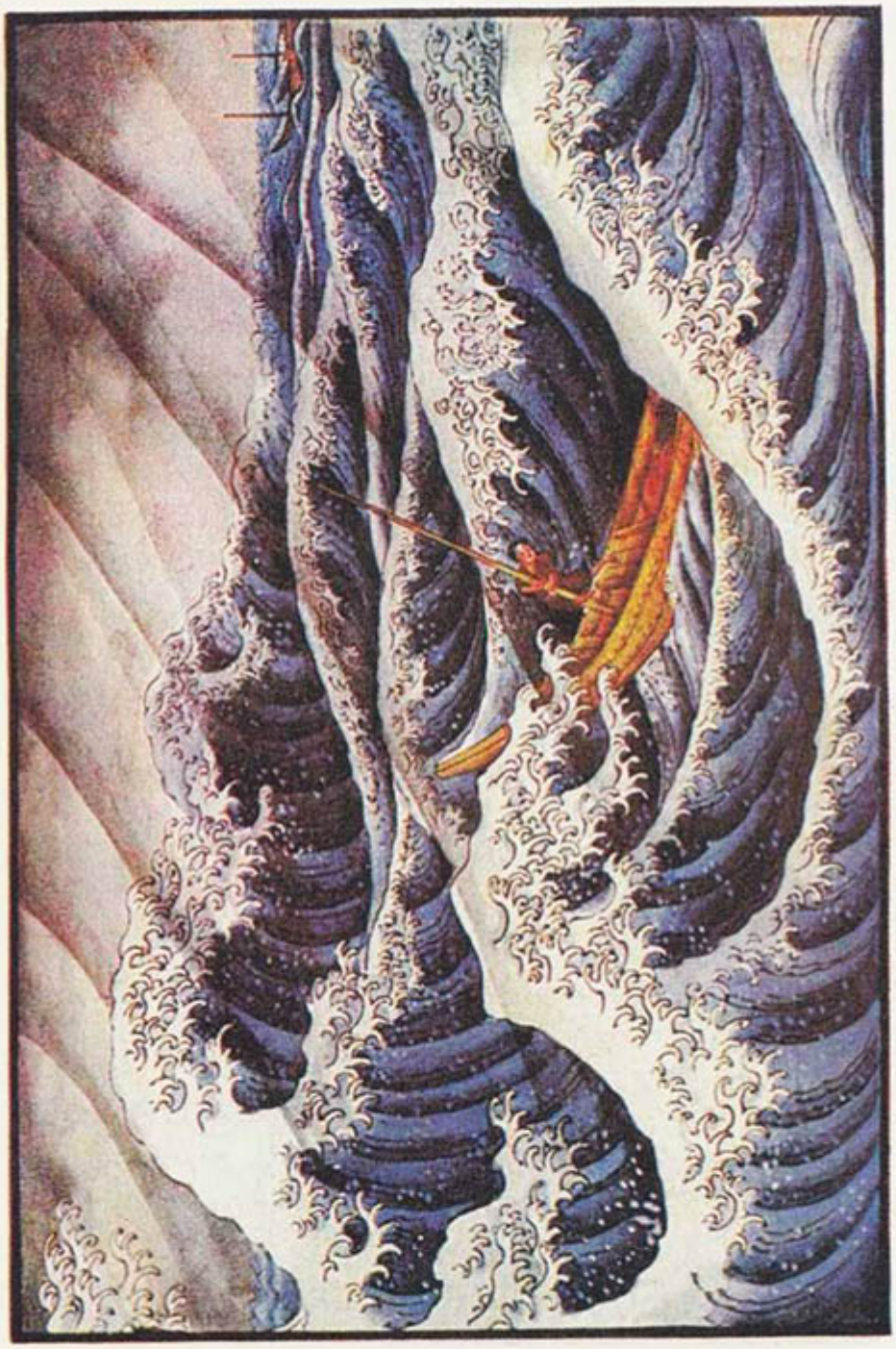
O-Tokoyo observa cómo la joven está a punto de ser arrojada por el precipicio

O-Tokoyo ve como Yoluné-nushi se abalanza sobre ella

Tarada contempla la misteriosa figura de una dama

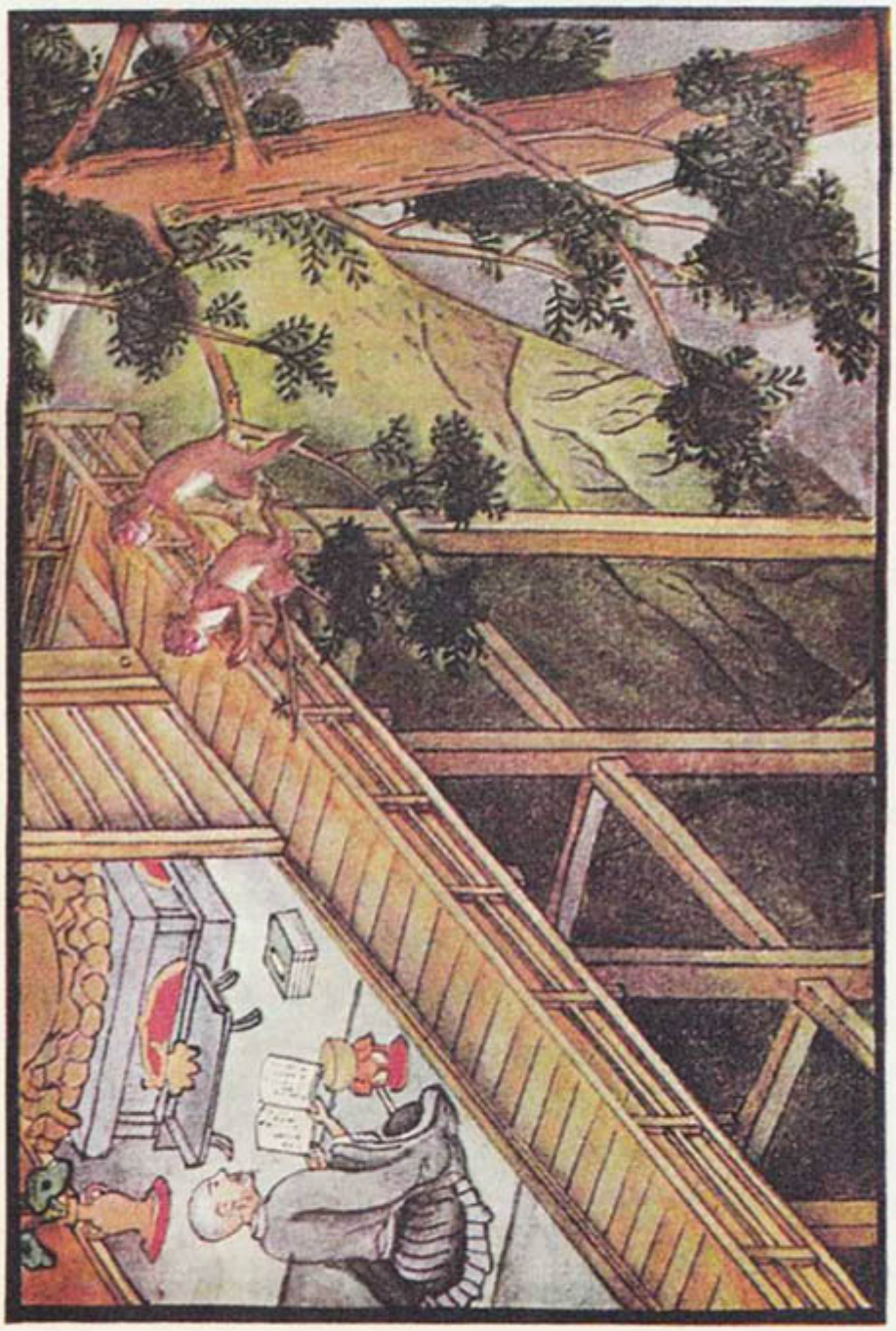


Yogodayu salva la vida de una abeja en el valle de Kizugawa

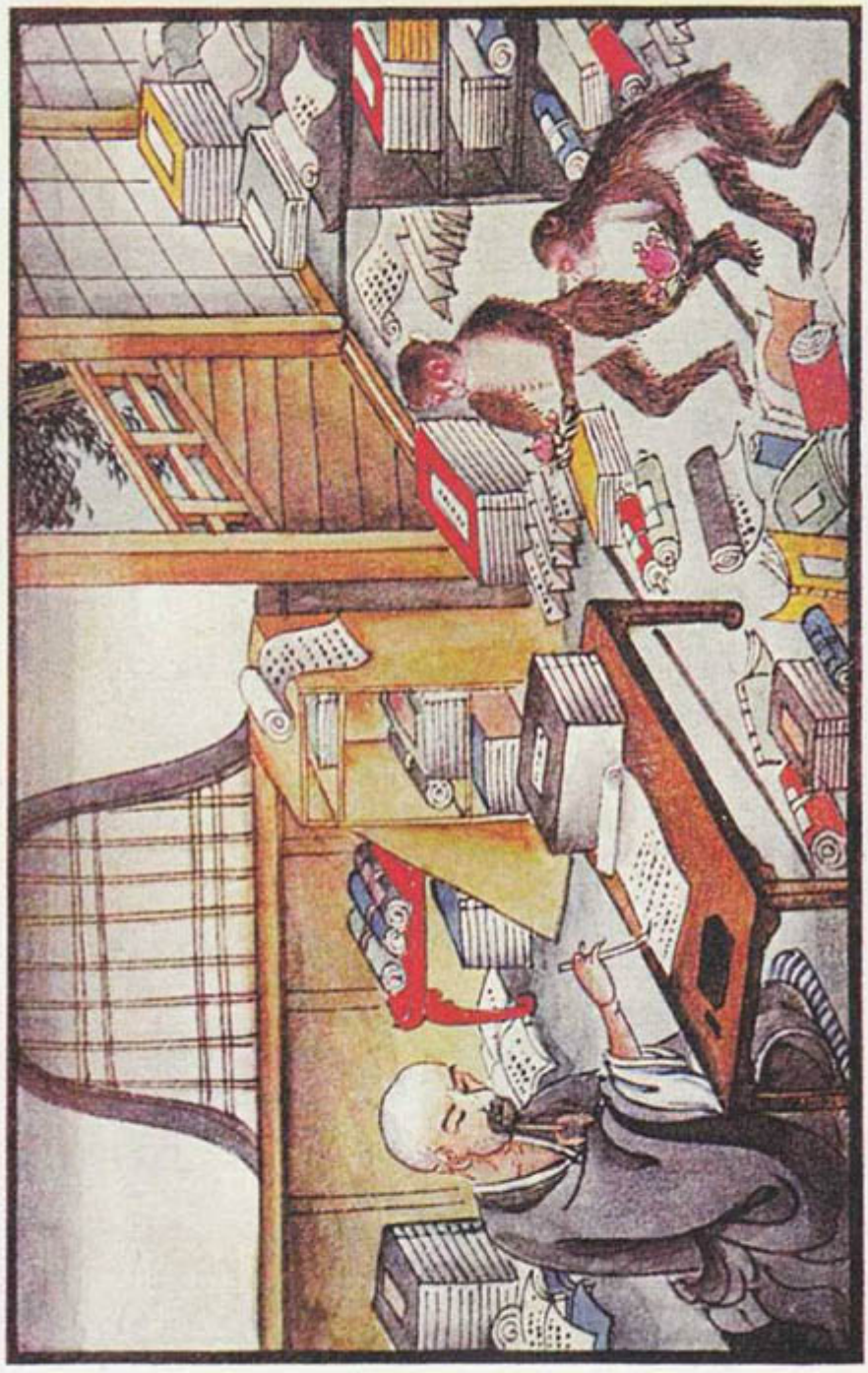


Makino Heinei se pierde en la tormenta

O-Tsuru se encuentra la carpa gigante muerta

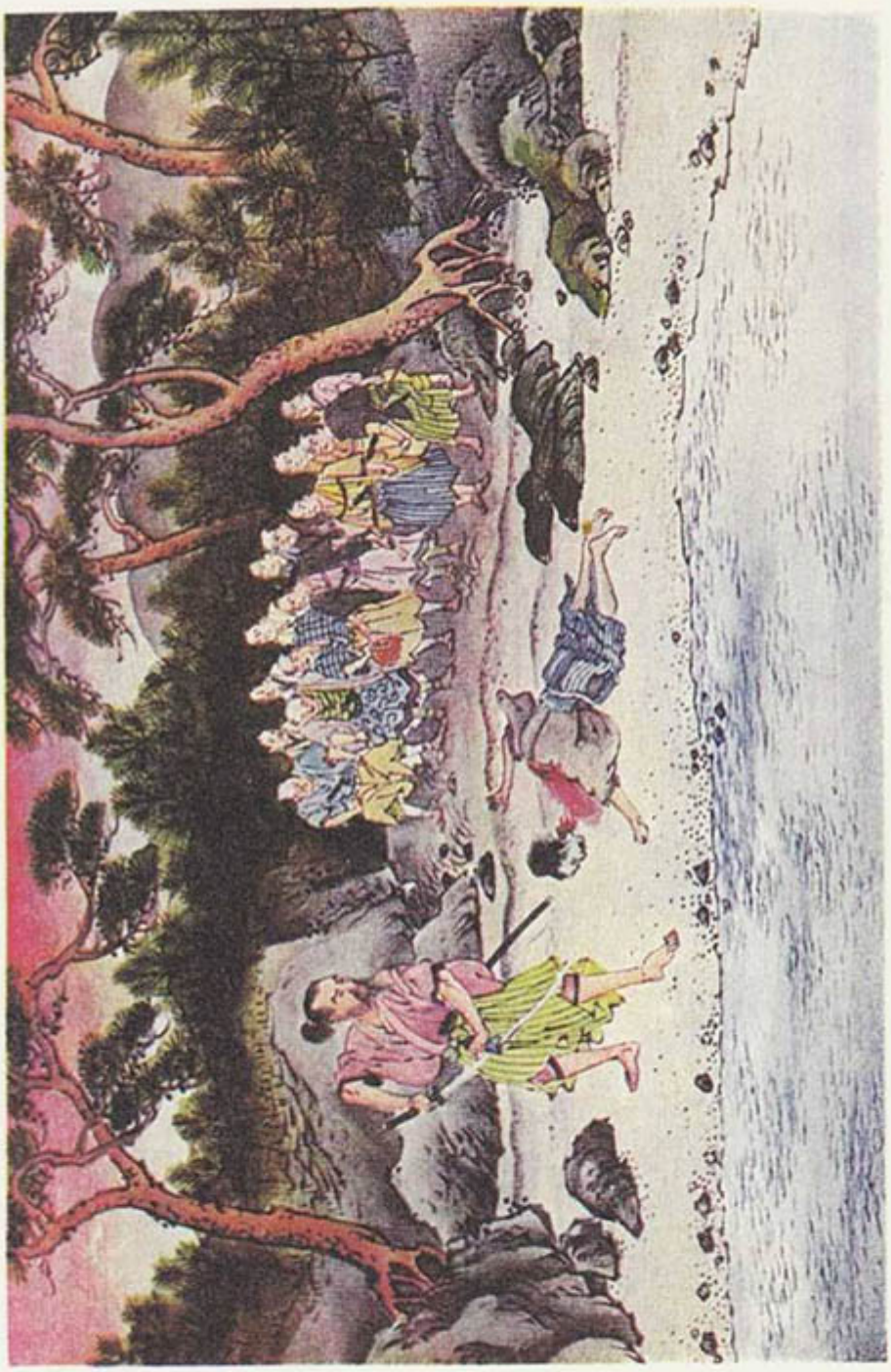


Los monos escuchan el sermón del sacerdote

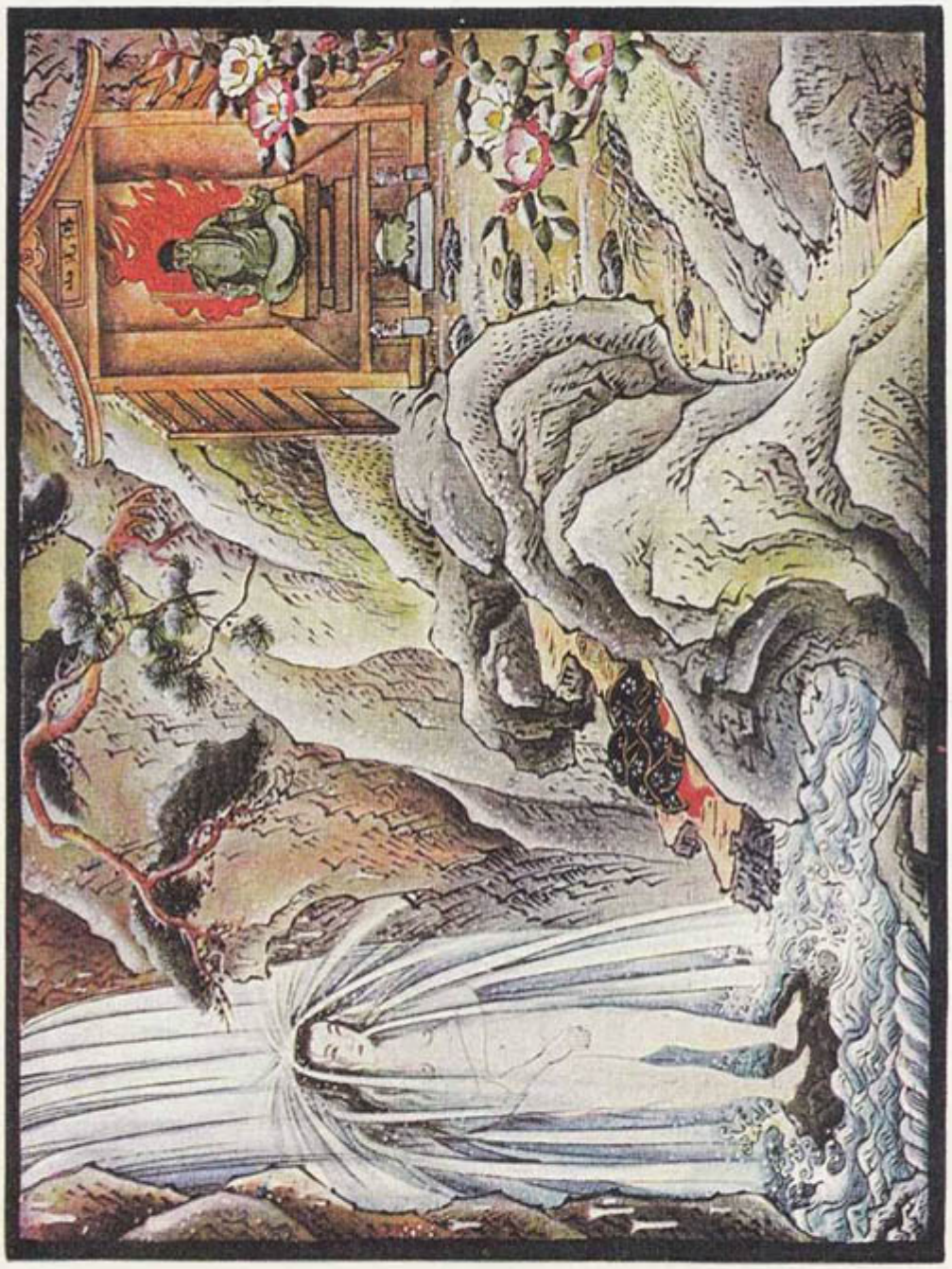


El sacerdote escribe los cinco primeros volúmenes

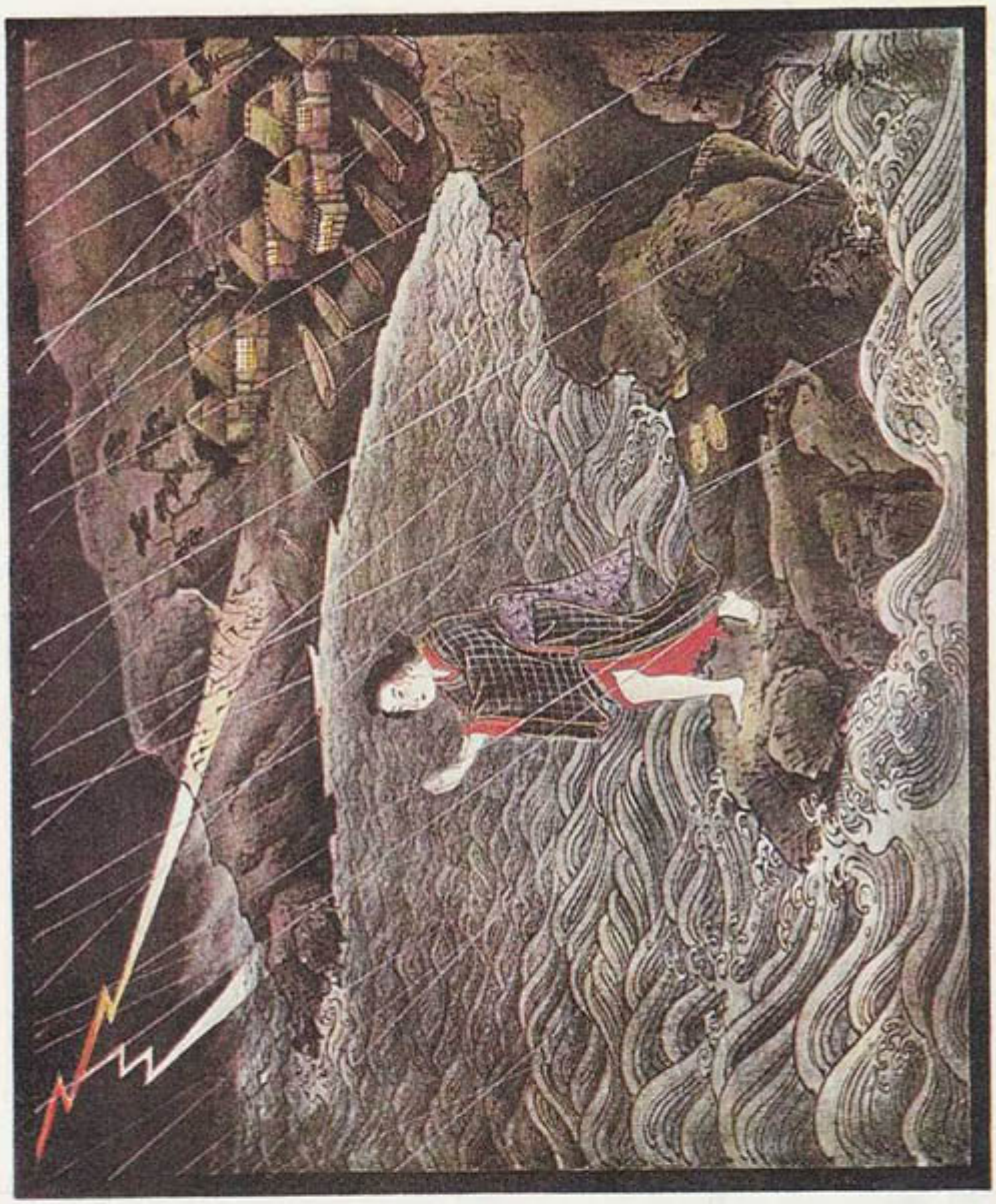
O-Kinu inspecciona el lugar donde Takadai cometió suicidio



Furuzuka Iga corta la cabeza del exemperador Shutoku, quien en realidad era su propio hijo



O-Ai-san continúa sus oraciones bajo la cascada



O-Cho-san comete suicidio

La bahía de Sagami

La isla de Hatsushima es probablemente desconocida tanto para los extranjeros como para nueve mil novecientos noventa y nueve de cada diez mil japoneses; de lo que se deduce que no es muy importante. Sin embargo, es el marco de una historia romántica que me contó un amigo que estuvo allí hace seis años.

La isla está ubicada a siete millas al sudeste de Atami, en la bahía de Sagami (provincia de Izu). Se encuentra tan apartada de tierra firme que apenas tiene relación con el mundo exterior. De hecho, se comenta que los habitantes de la isla de Hatsushima son gente rara y reservada. Incluso actualmente debe de haber no más de doscientas casas y la población apenas pasará del millar de habitantes. El recurso principal de la isla es, por supuesto, el pescado; pero también es famosa por el *suisenn* (flor del narciso). Apenas hay comercio en el lugar. Lo poco que la gente compra o vende lo transporta en sus barcas de pesca y realizan las transacciones en tierra firme. En lo matrimonial también son muy reservados, y normalmente son bastante conservadores en todo lo relacionado con el asunto. Existe una célebre canción de pescadores de la isla de Hatsushima que está relacionada con la historia que nos disponemos a narrar y que reza así:

Hoy es diez de junio. ¡Que caiga un chaparrón!

Ya que anhelo ver a mi querida O-Cho-san.
Hi, Hi, Ya-re-ko-no-sa! Ya-re-ko-no-sa!

Hace mucho tiempo vivía en la isla una joven hija de pescadores cuya belleza era extraordinaria incluso para una niña. Cuando creció, Cho, pues ese era su nombre, se volvió aún más bella. A pesar de su baja cuna, poseía los modales y la sofisticación de una dama. Al cumplir dieciocho años no había joven en la isla que no estuviera enamorado de ella. Todos estaban ansiosos por pedir su mano en matrimonio; pero ninguno se atrevía a dar el primer paso, ni siquiera mediante una tercera persona, como era costumbre por aquel entonces.

Entre ellos había un apuesto pescador de cerca de veinte años llamado Shinsaku. Al ser menos simplón que el resto de los jóvenes y un poco más atrevido, se acercó a Gisuke, el hermano de O-Cho, y le comentó su deseo. Gisuke no vio nada malo en el matrimonio entre su hermana y Shinsaku; de hecho, le gustaba bastante Shinsaku, y sus familias siempre habían sido amigas. Así que llevó a su hermana O-Cho a la playa, donde se sentaron, y Gisuke le contó que Shinsaku le había pedido su mano en matrimonio, y que lo consideraba un excelente partido, que su madre lo hubiera aprobado de hallarse con vida. Y añadió:

—Como ya sabes, debes casarte pronto. Ya tienes dieciocho años y no queremos solteronas en Hatsushima ni que tengan que venir muchachas de tierra firme a casarse con nuestros solteros.

—Espera, espera, mi querido hermano, no es necesario este sermón sobre solteronas —replicó O-Cho—. No tengo intención de permanecer soltera. Con gusto me casaré con Shinsaku, mejor que con otro. Fija el día del feliz acontecimiento.

No es necesario decir que tanto el joven Gisuke como Shinsaku estaban encantados y, por consiguiente, fijaron la fecha del enlace para tres días después.

En cuanto todos los barcos de pesca estuvieron de vuelta en la

aldea, la noticia se propagó rápidamente. Imaginaos los sentimientos de los jóvenes pescadores. Hasta ese momento, todos y cada uno habían albergado la secreta esperanza de convertir a la bella O-Cho en su esposa. Vivían regocijados en un incierto estado amoroso que en un primer momento provoca felicidad. Hasta entonces Shinsaku había sido el preferido de todos, pero ahora que sus esperanzas se habían desvanecido al saber que la joven no sería para ninguno de ellos, ¡cómo lo odiaron! Entre ellos se preguntaban qué podían hacer, sin pensar que en cualquier caso O-Cho solo podría casarse con uno de ellos, y sin ver el lado cómico del asunto.

Sin prestar ninguna atención a lo que habían pescado y sin molestarse apenas en poner a resguardo sus barcas en la playa, solo pensaban en la manera en la que todos y cada uno pudieran casarse con O-Cho. En primer lugar, decidieron comunicar a Shinsaku que debía suspender su enlace. Todo esto provocó numerosas disputas en la otrora tranquila playa, un lugar que nunca antes se había alterado por una exhibición de malos sentimientos. Finalmente Gisuke, el hermano de O-Cho, lo consultó con su hermana y Shinsaku, y ambos decidieron, por la paz de la isla, romper con el enlace. Sin embargo, O-Cho y su prometido tomaron la determinación de que no se casarían con nadie más.

A pesar de todo, este enorme sacrificio no sirvió para nada. La mayoría de los solteros de la isla, unos treinta hombres, deseaba casarse con O-Cho, por lo que discutían y se enfrentaban a diario. En la isla reinaba el descontento. ¡Pobre O-Cho-san! ¿Qué más podía hacer? ¿Acaso tanto Shinsaku como ella no habían sacrificado lo suficiente por la paz de la isla? Solo quedaba una cosa que ella pudiera hacer, y siendo japonesa como era, así lo hizo. Escribió dos cartas, una a su hermano Gisuke, otra a Shinsaku, despidiéndose de ellos.

«La isla de Hatsushima nunca había tenido problemas antes de que yo naciera», rezaba la carta. «Durante trescientos años o más nuestra gente, aunque pobre, ha vivido feliz y en paz. Pero, por mi

causa, esto ya no es así. Es por esa razón que he de morir. ¡Adiós! Comunicad a nuestra gente que he muerto para devolverles el juicio que han perdido por mi culpa. ¡Adiós!». Tras dejar las dos cartas donde Gisuke dormía, O-Cho salió sigilosamente de la casa.

Aunque era 10 de junio, esa noche se había desatado una terrible tormenta y llovía a cántaros. O-cho se arrojó al mar desde unas rocas cercanas a su choza tras llenar las mangas de su ropa con piedras para hundirse en el fondo y no salir nunca más.

A la mañana siguiente, cuando Gisuke encontró las cartas, comprendió de inmediato lo que había ocurrido, y salió corriendo de casa para buscar a Shinsaku. El hermano y el prometido leyeron sus cartas juntos, afligidos por el dolor. Se organizó una búsqueda, y pronto las zapatillas de paja de O-Cho fueron encontradas en las rocas cerca de la casa. Gisuke supo que se había arrojado al mar desde ese lugar. Él y Shinsaku se zambulleron y encontraron el cuerpo en el fondo del mar. Lo llevaron a la superficie y lo enterraron bajo las rocas desde las que se había suicidado. Desde ese día Shinsaku fue incapaz de dormir por las noches. El pobre hombre estaba angustiado. Colocó la carta y las zapatillas de O-Cho ante su cama y las rodeó de flores. Pasaba los días llorando y engalanando su tumba.

Finalmente, una noche Shinsaku decidió abandonar este mundo con la esperanza de que al menos su espíritu pudiera reunirse con su amada, y se encaminó hacia la tumba para darle un último adiós. Cuando llegó allí, le pareció ver a O-Cho. Gritó su nombre tres o cuatro veces y abriendo los brazos corrió hacia ella lleno de júbilo. El ruido despertó a Gisuke, cuya casa estaba próxima a la tumba. Salió de la cabaña y se encontró a Shinsaku abrazando el pilar de piedra que se alzaba en un extremo de la tumba. Shinsaku le explicó que había visto al espíritu de O-Cho, y que estaba a punto de irse con ella quitándose la vida. Pero Gisuke lo disuadió.

—No hagas eso. Respeta tu vida y te ayudaré a construir un santuario dedicado a O-Cho. Te unirás a ella cuando mueras de muerte natural. Complace a su espíritu no casándote con nadie

más.

Shinsaku lo prometió. Los solteros del lugar sentían ahora una honda pena por Shinsaku. Se dieron cuenta de que se habían convertido en unas bestias cegadas por su egoísmo. Así que, intentando enmendar lo que habían hecho, emplearon su tiempo libre en ayudar a levantar el santuario a O-Cho-san. Y así lo hicieron. El santuario se llama «El santuario de O-Cho-san de Hatsushima», y cada 10 de junio se celebra allí una ceremonia. Y es una cosa curiosa que invariablemente llueva ese día; los pescadores creen que el espíritu de O-Cho viaja en la lluvia. De ahí la canción:

Hoy es diez de junio. ¡Que caiga un chaparrón!
Ya que anhelo ver a mi querida O-Cho-san.
Hi, Hi, Ya-re-ko-no-sa! Ya-re-ko-no-sa!

El templo aún existe, según me han contado.

El rey de Torijima[51]

Hace muchos años vivió un *daimio* llamado Tarao. Su hogar y su castillo se ubicaban en Osaki, provincia de Osumi. De entre todos los sirvientes de su séquito, su favorito y más fiel era Kume Shuzen. Kume había sido durante mucho tiempo el administrador de las tierras del señor Tarao, y ciertamente se ocupaba de todos los negocios de su señor.

Un día que Kume había sido enviado a la capital, Kioto, para atender los negocios de su señor, el *daimio* Toshiro de Hyuga y el *daimio* de Osumi tuvieron una desavenencia por un asunto de lindes. Y como Kume no estaba allí para ayudar a su señor, que era una persona muy impetuosa, los dos clanes acabaron luchando al pie del monte Kitamata. Tanto el señor Tarao como sus hombres encontraron la muerte allí. La derrota fue completa. Los supervivientes se retiraron al castillo de su señor en Osaki, pero las fuerzas enemigas los persiguieron y, tras derrotarlos de nuevo, tomaron el castillo.

Por supuesto, se enviaron mensajeros para traer de vuelta a Kume, pero este decidió que su honor solo le permitiría hacer una cosa: reunir a los pocos samuráis que quedaban y enfrentarse al enemigo en nombre de su señor muerto. Desgraciadamente, apenas cincuenta hombres acudieron a su llamada. El grupo, junto a Kume, se ocultó en las montañas a la espera de poder reclutar algunos más. Uno de los espías de Toshiro los delató y todos fueron

capturados excepto Kume. Viéndose perseguido con vehemencia, durante el día se ocultaba y por la noche seguía rumbo al mar. Después de tres días de viaje llegó a Hizaki, y allí, tras comprar todas las provisiones que pudo transportar, se ocultó aguardando la oportunidad de apoderarse de una barca en la oscuridad, y de esta manera frustrar a sus perseguidores.

Kume no era ningún marinero, de hecho apenas había pisado una embarcación, y siempre como pasajero. Tras hacerse sin dificultad con un bote, lo empujó hasta el agua y lo puso a la deriva, pues no podía usar los remos ni sabía navegar. Afortunadamente, Hizaki está situado en un gran cabo en la costa sureste. Encarado al Pacífico, y con el viento y las corrientes favorables, Kume no tuvo dificultad en escapar. Además, existe una poderosa corriente que avanza hacia el sur, hacia las islas Loo Choo. A Kume no le importaba hacia dónde iba, y aunque así fuera, nada podía hacer al respecto. Si bien su sentido de la orientación en suelo firme era bastante bueno, en cuanto la costa desapareció y se vio rodeado de agua, Kume se perdió irremisiblemente. Lo único que sabía es que en la dirección por la que el sol nacía no encontraría tierra en la que desembarcar, que China estaba hacia donde se ponía el sol y que el sur estaba plagado de islas famosas por albergar a los salvajes *Nambanjin* (bárbaros sureños). Kume siguió a la deriva, sin saber hacia dónde, tumbado en el suelo del bote y sin ahorrar provisiones. A final del segundo día se quedó sin suministro de agua, y en consecuencia sufrió mucho.

Hacia la mañana del quinto día, mientras estaba medio dormido en el fondo de la barca, de repente sintió una sacudida. «¡Veamos contra qué ha tropezado la barca!», se dijo en su lengua nativa, e incorporándose, descubrió que había naufragado en una isla rocosa. Kume no perdió tiempo en arrastrar su barca lo más lejos posible de la orilla. Antes de nada, se puso a buscar agua para saciar su sed. Mientras deambulaba por la isla rocosa buscando un arroyo, se percató de que la isla no podía estar habitada, ya que había miles de aves marinas posadas sobre las rocas y flotando en el agua;

muchas estaban sentadas incubando sus huevos. Kume advirtió que no pasaría hambre mientras las aves se reprodujeran. Además había pescado en abundancia, ya que los alcatraces se estaban dando un festín con un tipo de *iwashi* (sardina). Aquellos peces, en sus esfuerzos por escapar de los peces más grandes que los perseguían, hacían que la superficie del calmado mar crepitara formando espuma. Bancos de peces voladores saltaban muy cerca de la orilla, perseguidos por el magnífico atún blanco, lo que dejaba bastante claro que los pescadores no visitaban aquellas costas. Había moluscos en abundancia en los bancos de coral, y entre ellos había una gran densidad de ostras perlíferas que tanto conocía Kume de su propio país. No había arena en la isla, o mejor dicho, en la costa. Todo parecía estar cubierto de formaciones de coral, excepto por una espesa sustancia rojiza que cubría las partes más altas; en ellas crecían unos arbustos bajos cargados de frutas con los que Kume se regaló un excelente desayuno. No tuvo problemas en encontrar agua: había numerosos arroyos que fluían hacia la playa desde la espesa maleza.

Kume regresó a su barca para llevarla a una cala más segura que había encontrado. Hecho esto, y tras haber comido algo de fruta, moluscos y algas, se tumbó a descansar. Sus últimos pensamientos fueron para su difunto maestro y para preguntarse cómo haría para vengarse del *daimio* Toshiro de Hyuga.

Cuando despuntó el alba, no fue poca su sorpresa al ver lo que parecían las siluetas de media docena de personas tumbadas, durmiendo. Pero cuando clareó el día, descubrió que en realidad se trataba de tortugas. En un instante estaba junto a la orilla dándole la vuelta a una de esas tortugas. Pero, en ese momento, al darse cuenta de que allí había una gran cantidad de comida y de que no era necesario arrebatar la vida de un ser tan venerable, la dejó ir. «Quizás», pensó para sus adentros, «al igual que a Urashima, mi amabilidad hacia la tortuga pueda salvarme algún día. De hecho, esas tortugas podrían ser mensajeras o vasallos del palacio del Señor del Mar». Una cosa era cierta: Kume había tomado la

resolución de aprender a remar y a navegar. Se dedicaba a ello cada mañana. Pronto se volvió un maestro en el manejo de la espaldilla, el inmenso remo usado en Japón tanto en la Antigüedad como en nuestros días. Por las tardes se internaba en el interior de la isla y subía a las partes más altas, pero no lo eran tanto como para permitirle ver tierra firme; incluso una vez creyó haber distinguido esa línea azul en el horizonte que augura tierra en la distancia.

Aunque es cierto que estaba bien surtido de agua y comida, los pájaros de la isla le preocupaban, ya que no actuaban como se esperaba. La manera que tenían de vigilarlo mientras estaban posados le inquietaba. No le gustaba nada, y solía arrojarles piedras. Pero no servía de nada, lo único que conseguía es que lo observaran de manera aún más grave.

Aunque Kume no era marinero, era un buen nadador, como todos los japoneses que viven en las provincias costeras, y era capaz de bucear aceptablemente, sumergiéndose a una profundidad de tres *ken*[52]. Así que cuando no estaba practicando con su bote, se zambullía para pescar crustáceos. Pronto descubrió que en el fondo había una gran cantidad de ostras perlíferas, que guardaban las más bellas perlas; y tras recoger cincuenta o sesenta de ellas, grandes y pequeñas, arrancó una de las mangas de su abrigo y se hizo una bolsa, que decidió llenar.

Un buen día, mientras estaba buceando buscando perlas y crustáceos, Kume descubrió que a las cuevas que se forman bajo las rocas, y que permanecen ocultas bajo el agua incluso cuando la marea está baja, iban a parar las perlas que se desprendían de las ostras muertas. Se acumulaban allí como si de grava se tratase, y él las sacaba de las cavidades a manos llenas. Estaban ciertamente muy descoloridas y cubiertas de costra, pero Kume las distinguía por su forma redondeada. En cuanto las frotaba y pulía con arena o tierra, pronto salían a la luz las perlas que se escondían debajo. Así que trabajó con renovadas energías, con la esperanza de conseguir el suficiente dinero como para permitirle vengar a su difunto señor.

Un buen día, seis semanas después de su naufragio en la isla, divisó una vela en la distancia. Se pasó todo el día observándola con atención, pero como la vela no daba muestras de acercarse a la costa, sino que permanecía parada, Kume llegó a la conclusión de que debía de pertenecer a alguna embarcación de pesca, pues si hubiesen deseado marcharse, había brisa suficiente como para, en ese tiempo, haber ido y vuelto dos veces. «Seguramente debe de haber tierra en algún lugar más allá de donde se encuentra la embarcación, de otro modo no hubieran estado allí más de medio día sin moverse. Mañana mismo realizaré una expedición para comprobarlo, pues ahora conozco los rudimentos de la navegación y sé utilizar un remo. No espero encontrar a mis compatriotas allí, pero podría encontrar chinos amistosos que me proporcionaran ayuda; y si por una mala fortuna me encontrara con salvajes del sur, daré buena cuenta de ellos con mi fiel espada japonesa».

A la mañana siguiente, Kume aprovisionó su barca con fruta, agua, crustáceos y huevos, y tras echarse al hombro su bolsa de perlas, partió con rumbo al suroeste. El viento soplaba débilmente, por lo que la barca avanzaba despacio. Pero Kume la condujo sin pausa durante toda la noche, lógicamente, considerando lo poco que sabía. No se atrevía a dormir y perder así cualquier noción de la dirección de la que venía. Así, al despuntar el alba, cuando el sol se elevaba por el lado de babor, descubrió que se encontraba a no más de cuatro millas de una isla que estaba justo a su derecha. Exultante con ese primer éxito como navegante, Kume se hizo a los remos para ayudar a la barca a ir más deprisa. Al tocar tierra, fue recibido de un modo nada agradable. Al menos un centenar de salvajes airados se encontraban en la playa con lanzas y palos; pero, en palabras de mi traductor, «¿Qué era eso para un samurái japonés?». Quince de ellos fueron puestos fuera de combate sin haber recibido siquiera un solo rasguño, pues su entrenamiento militar le había enseñado todas las artes de defensa y estaba familiarizado con las técnicas de *jujitsu*.

El resto de sus adversarios se asustaron y echaron a correr.

Kume atrapó a uno de ellos, e intentó preguntarle en qué isla se encontraban y qué tipo de personas eran. Mediante gestos le explicó que él era japonés y que no se trataba de ningún enemigo, al contrario, deseaba ser su amigo, y, como podía observar, se hallaba solo. Enormemente impresionados con su destreza y contentos de que no quisiera reanudar las hostilidades, los nativos bajaron las puntas de sus lanzas hacia el suelo y se acercaron a Kume. Este envainó su espada y se dispuso a examinar a los nativos que había abatido. Once de ellos habían sido derribados por alguna llave de *jujitsu*, y a todas luces estaban muertos. Pero Kume, tras colocarlos en ciertas posturas, los devolvió a la vida mediante un conocido arte llamado *kwatsu*[53], practicado en Japón durante cientos de años y vinculado con ciertas técnicas de *jujitsu* consideradas mortíferas. A menos de que alguno de los presentes conozca el arte del *kwatsu*, estas técnicas causan la muerte en menos de dos horas. Actualmente no está permitido matar temporalmente, aunque uno conozca el arte del *kwatsu*. Kume pudo recobrar a nueve de sus enemigos abatidos, lo que fue considerado poco menos que un milagro y le granjeó el respeto de todos. Dos de ellos habían muerto, el resto sufrían heridas de las que se recuperarían.

En cuanto se acordó la paz, Kume fue escoltado por el jefe hasta el poblado, donde se le otorgó una choza. Allí descubrió que la gente del lugar era amable y agradable. Se le adjudicó una esposa, y Kume se estableció en la isla y aprendió su idioma, que en algunos aspectos le recordaba al suyo propio. El azúcar y los boniatos eran las principales plantaciones del lugar junto con el arroz, como no podía ser de otra manera, que se plantaba en las colinas donde contaban con el agua necesaria para su cultivo. Sin embargo, la pesca constituía la principal ocupación de todos. Cuatro o cinco veces al año los isleños recibían la visita de un junco que les compraba sus productos o los intercambiaba por otros, tales como camas, varas de hierro y telas.

Después de tres meses de convivencia, Kume ya era capaz de

chapurrear el lenguaje de los lugareños, así que se las arregló para contarles sus aventuras en la isla en la que había naufragado, a la que había dado el nombre de Torijima[54], debido a los pájaros que allí había. También les contó que aquella isla tenía más pesca que esta en la que vivían.

—Por favor, amigos —les rogó Kume—, acompañadme hasta allí y lo comprobaréis. Os he enseñado las perlas que he conseguido. No soy un buen buceador, pero para los que son buenos buceadores, hay más perlas de las que pudieran desear; y también babosas de mar y *namako* (*Holothuroidea*, pepinos de mar) de la mejor calidad.

—¿No sabes que esa isla que llamas «de los pájaros» está maldita? —le preguntaron—. No está permitido ir allí. Un pájaro gigante la visita dos veces al año y da muerte a todos los hombres que se aventuran en ella. No debió de pasar por allí mientras estabas en ella, ya que de otra manera no hubieses sobrevivido ni un solo día.

—Bueno, amigos —les tranquilizó Kume—. No temo a ningún pájaro, y como habéis sido tan amables conmigo, me gustaría mostraros dónde está mi isla de los pájaros. Aunque es de menor tamaño que la vuestra, los frutos del mar son allí más abundantes. Vosotros mismos lo comprobaréis si venís conmigo. Por favor, decidme que al menos uno me acompañará.

Al final, treinta hombres, distribuidos en tres embarcaciones, accedieron a acompañarlo. En consecuencia, partieron a la mañana siguiente, y como los isleños sabían ya el rumbo, alcanzaron las costas de Torijima justo cuando el sol surgía en el horizonte. La embarcación de Kume fue la primera en tomar tierra. Aunque había sido advertido de la enorme ave que sin duda había estado ausente durante su estancia en la isla, Kume desembarcó solo. Pero cuando estaba a punto de llegar a la orilla, una inmensa águila con un cuerpo mayor que el de un hombre cayó en picado sobre él y comenzaron a luchar. Kume, como buen japonés que era, partió al monstruo por la mitad.

Desde ese día Torijima fue explotada por los pescadores, pues les ofrecía más perlas, coral y pescado que la otra isla, a la que desde entonces llamaron Kumijima; y otras veces Shuzen shima, siendo ambos sus nombres. Además Kume fue nombrado rey de ambas islas. Kume nunca regresaría a Japón a vengar a su maestro, el señor Tarao. De hecho, nunca vivió mejor ni tan felizmente como en las dos salvajes islas Loo Choo, las cuales aún no se encontraban bajo el Gobierno chino al ser consideradas de poca importancia.

Quince años después Kume falleció y fue enterrado en Kumijima. El que me ha transmitido esta historia me dice que aquellos que visitan las Loo Choo pueden vislumbrar desde el mar el monumento erigido en memoria de Kume Shuzen.

El vino de la vida eterna

Entre la frontera nordeste de la provincia de Totomi y el noroeste de la provincia de Suruga se eleva una alta montaña, Daimugenzan. Se trata de un agreste y escarpado lugar, con tres cuartas partes de la superficie cubiertas de altos pinos, *hinoki* (falso ciprés), *ginkgo*, alcanfores, etc. Hay unas pocas sendas, y apenas alguna que suba hasta la cima del monte. Aproximadamente a medio camino, en el bosque se encuentra un santuario dedicado a Kannon, pero es demasiado pequeño como para que ningún sacerdote viva en él y además está destartalado. Nadie conoce la razón de que hubiera sido erigido en un lugar tan inaccesible, con la excepción, quizás, de una solitaria joven y de sus padres, que solían ir allí por algún motivo en particular.

Un buen día, corría el año 1107 d. C., la joven estaba rezando para que su madre se recuperara de una enfermedad. Okureha era su nombre. Vivía en Tashiro, al pie de la montaña, y era la joven más bella del lugar, hija de un samurái muy querido de cierta importancia. Con un solemne silencio, dio tres palmadas ante la efigie de Kannon mientras rezaba y su eco resonó en la montaña. Cuando acabó sus oraciones, Okureha emprendió el camino de regreso y fue sorprendida por un individuo con aspecto de rufián, que la agarró del brazo. La joven gritó suplicando ayuda, pero solo encontró respuesta en el eco de su voz y se dio por perdida. De repente, una penetrante y fría ráfaga de viento comenzó a soplar,

levantando pequeñas columnas de hojas secas. Okureha forcejeaba violentamente con su asaltante, que pareció debilitarse cuando la fría ráfaga golpeó su rostro. Okureha también se sentía débil. A los pocos segundos, el hombre se derrumbó sin conocimiento. La joven sintió que también ella estaba a punto de desmayarse, sin saber muy bien por qué, y que la invadía un gran sopor; apenas podía mantener los ojos abiertos. Justo entonces el viento sopló más cálido y sintió que se espabilaba de nuevo. Al alzar la vista, descubrió que avanzaba hacia ella una bella joven que no aparentaba más edad que la suya. La extraña estaba vestida de blanco y parecía deslizarse sobre el suelo. Su rostro era blanco como la nieve que cubría la cumbre del monte Daimugenzan; sus cejas tenían forma de media luna, como las de Buda; su boca era como las flores, y con una voz de plata se dirigió a Okureha del siguiente modo:

—No estés sorprendida, ni nada temas, mi niña. He visto que estabas en peligro y he venido a rescatarte poniendo a dormir a esta criatura salvaje. Envié ese viento cálido para evitar que cayeras. No temas por ese hombre, no está muerto. Puedo revivirlo en el momento que quiera y puedo dejarlo como está si así lo deseo. ¿Cómo te llamas?

Okureha se arrodilló para expresar su gratitud y, al incorporarse, le dijo:

—Me llamo Okureha. Mi padre es el samurái que posee la mayor parte de la aldea de Tashiro, al pie de la montaña. Mi madre se encuentra enferma y yo he subido hasta este viejo templo a rezar a Kannon por su recuperación. Esta es la quinta vez que subo y nunca me había encontrado a nadie antes, hasta que este temible bandido me atacó. Os debo mi salvación a vos, sagrada dama, y me siento humilde y profundamente agradecida. Espero ser capaz de volver al templo y rezar en él de nuevo. Mi padre y mi madre solían rezar aquí antes de mi nacimiento, tanto a Kannon como al *tennin*, al ángel de la montaña. Ellos no tenían descendencia y yo fui entregada a ellos en respuesta a sus oraciones. Siento que es mi

deber venir y rezar por la recuperación de mi madre; pero ese hombre horrible me da tanto miedo que temo volver sola de nuevo.

La diosa de la Montaña, pues esa era en realidad la verdadera identidad de la salvadora de Okureha, sonrió y dijo:

—No tengas miedo, mi bella niña. Ven cuando desees, y seré tu protectora. Los jóvenes como tú que se entregan a sus padres merecen todo lo bueno, y son sagrados. Si deseas complacerme, vuelve de nuevo mañana y podremos conversar; y tráeme algunas flores de los campos, ya que nunca desciendo lo suficiente a la tierra como para disfrutarlas. Ahora es mejor que vuelvas a casa. Cuando llegues, le devolveré la vida a este horrible ser y le dejaré ir. No volverá a molestarte.

—Aquí estaré mañana —prometió Okureha, dando las gracias de nuevo e inclinándose ante ella mientras se despedía con un *sayonara*.

Okureha se quedó tan impresionada por el rostro de la diosa que apenas pudo dormir. A la mañana siguiente, al despuntar el alba, se fue a los campos a recoger flores, y las llevó al templo de la montaña, donde se encontró a la diosa esperando. Hablaron de muchas cosas y disfrutaron de su mutua compañía, prometiendo encontrarse más a menudo. De esta manera, cada vez que Okureha tenía un momento libre, subía a la montaña. Esto siguió así un año entero, hasta que un día Okureha, que había subido con flores para la diosa, como siempre, llegó con un aspecto triste.

—¿Qué ocurre? —preguntó la diosa—. ¿Por qué estás tan triste?

—Mi señora está en lo cierto —dijo Okureha—. Me siento triste porque este podría ser el último día que puedo venir aquí a veros. Acabo de cumplir diecisiete años y mis padres piensan que ya estoy en edad de casarme. Hace doce años, mi padre concertó un matrimonio con el hijo de uno de sus amigos, Tokue, de Iwasakimura, y se decidió que nos casaríamos cuando tuviéramos la edad suficiente. Me han comunicado que ese momento ha llegado, por lo que tengo que casarme. La boda se celebrará en tres días.

Tras la boda deberé permanecer en casa y trabajar para mi marido, y temo que no podré volver a veros nunca más. Por esa razón me siento triste.

Mientras hablaba, las lágrimas caían por sus mejillas. Y aunque en un primer momento no halló consuelo, la diosa finalmente la tranquilizó con las siguientes palabras:

—No debes estar triste, mi querida niña. Al contrario, estás a punto de comenzar la etapa más feliz de tu vida. Si no existiese el matrimonio, la gente no tendría hijos que engendrasen a su vez a más hijos y la vida no tendría continuación. Regresa, mi querida muchacha, felizmente. Cásate y ten hijos. Serás feliz al cumplir tu deber en el mundo y tu deber con la diosa. Antes de que nos digamos adiós, te entregaré esta pequeña calabaza que contiene *furoshu*[55]. Ten cuidado con él mientras bajas de la montaña. Cuando te hayas casado, dale un poco a tu marido. Cuando lo hagas, ambos conservaréis la misma apariencia, sin envejecer un solo día durante siglos. También te otorgará la más completa felicidad. ¡Ahora, debo decirte adiós!

De nuevo las lágrimas acudieron a los ojos de Okureha mientras se despedía de su benefactora. Sin embargo, armándose de valor, le hizo una última reverencia y abandonó la montaña, llorando mientras descendía. Tres días después Okureha se casó. Era un día propicio de acuerdo con el calendario; además, se trataba del año en que el emperador Toba subió al trono, 1108 d. C.

Un día, mientras celebraban una comida en el campo, Okureha le dio a su marido un trago de sake *furoshu*, y ella tomó el resto, tal y como la diosa le había indicado. Estaban sentados sobre una bella parcela de hierba donde crecían violetas silvestres de deliciosa fragancia. A sus pies borboteaba un torrente de montaña de centelleante transparencia. De repente, vieron asombrados que a su alrededor comenzaban a llover pétalos de flores de cerezo. Pero allí no había ningún cerezo en flor. Al principio se sintieron perplejos; entonces vieron una nube blanca que flotaba sobre ellos en el cielo azul, y sentada en ella a la diosa del monte Daimugenzan. Okureha

la reconoció y le dijo a su marido que se trataba de su benefactora. La blanca nube condujo a la diosa hasta la cumbre de la montaña, sobre la que flotó hasta que las sombras del ocaso la ocultaron.

Okureha y su marido nunca envejecieron y vivieron durante cientos de años como *sennin*[56] en el monte Daimugenzan.

La cueva del ermitaño

Muchos años atrás, en la aldea de Nomugi, provincia de Hida, vivía un viejo campesino llamado Jinnai, junto con su esposa. Ambos tenían una hija a la que se lo consentían todo. Su nombre era Yuka. Tenía siete años y era muy bella. Desgraciadamente, justo al llegar a esa edad desarrolló algún tipo de enfermedad que hizo que una de sus piernas creciera hasta deformarse. Yuka no sentía dolor, pero sus padres estaban muy afligidos. Ni los médicos, ni las medicinas, ni el consejo de sus amistades consiguieron que la pierna de Yuka mejorara.

—¡Qué desgraciada será cuando crezca! —pensaban su padre y su madre—. Incluso ahora es triste verla con su deformidad mientras juega con los otros niños.

Aunque hicieron todo lo que estaba en sus manos, ni Yuka ni sus padres lograron nada. En cualquier caso, Yuka no era la única en sufrir una deformidad en el pueblo. Había otros casos. Uno de los compañeros de juegos de Yuka, Tarako, había nacido ciego; y otro, Rinkichi, estaba tan sordo que podía pegar su oreja a la campana del templo mientras los otros chicos la tañían y no oía ni el más leve sonido, solo sentía la vibración. Bueno, aquel par no estaba en mejores condiciones que Yuka, y con eso sus padres se solían consolar. Los niños seguían jugando y parecían felices.

La aldea de Nomugi se encuentra al pie de la gran montaña Norikuradake, la cual se eleva a una altura de diez mil quinientos

pies[57] sobre el nivel del mar, y es un lugar agreste de origen volcánico.

Muchos de los niños del lugar solían ir todos los días a jugar a la pendiente cubierta de hierba de un viejo dique en el extremo del pueblo, y allí arrojaban piedras al agua, pescaban, navegaban en botes y recogían flores. El dique era una suerte de club infantil. Pasaban el día allí, mañana y tarde, llevándose consigo arroz para comer. Un buen día, mientras jugaban, fueron sorprendidos por un anciano con una gran barba blanca que había bajado de la montaña e iba hacia ellos. El anciano se detuvo en medio del grupo y le dio a cada uno una palmadita en la cabeza; parecía que tenía facilidad para hacer amigos. Al advertir la deformidad de la pierna de Yuka, dijo:

—¡Vaya! ¿Qué es esto? ¿Acaso tus padres no te han intentado curar?

La pequeña Yuka le respondió que sus padres lo habían intentado, pero que no habían conseguido nada. El anciano la hizo tenderse sobre el césped y comenzó a manipular la pierna, moviéndola hacia un lado y hacia otro, y frotándola con una especie de medicina roja que llevaba en un frasco. Después de esto, el anciano atendió a Tarako, el niño ciego, y a Rinkichi, el que era sordo.

—Ahora, pequeños míos —les dijo—, todos amáis a vuestros padres y a vuestras madres, y supondrá una gran alegría para ellos veros curados de vuestros males. Aún no estáis curados, pero lo estaréis en menos de tres días si hacéis lo que os voy a decir. No diréis ni una palabra sobre mí hasta que estéis curados. Mañana os reuniréis conmigo en la roca plana situada bajo la cueva del monte Norikuradake. Ya conocéis el lugar. Así que hasta mañana, entonces. Si veo que hacéis lo que os digo, os entretendré con algunos trucos de magia.

Dicho esto, se giró y se volvió por donde había venido. Los niños continuaron con sus juegos, pensando en lo bueno que era aquel anciano. Y, aunque resulte extraño decirlo, Yuka, de camino a casa,

vio que su pierna respondía mejor.

Se les presta poca atención a los niños japoneses. Casi siempre son buenos y bien educados, de hecho son pequeños adultos. Por lo tanto, los niños del pueblo engulleron sus cenas y se fueron a la cama sin dar cuenta de sus asuntos, ni del extraño anciano.

A la mañana siguiente se dirigieron a la roca plana. Como llovía no partieron inmediatamente. De todas formas, al llegar, encontraron al anciano y aunque no tenía tiempo para jugar con ellos y enseñarles los trucos de magia que les había prometido, atendió la pierna de Yuka, y al sordo y al ciego.

—Ahora regresad a casa —les dijo—, y volved mañana. Por el camino, la pierna de Yuka se recuperará, Tarako volverá a ver y Rinkichi a oír. Estoy seguro de que vuestros familiares estarán encantados. Mañana, si todo va bien, debéis venir temprano, para así poder divertirnos de verdad.

Antes incluso de que llegaran a casa todo sucedió como el anciano había predicho. Los tres niños se recuperaron. Las gentes del lugar y los padres se regocijaron. Pero todos se preguntaban quién podría ser el mago.

—Si regresa a la montaña, tal y como los niños aseguran, entonces debe de vivir en la cueva —dijo uno.

—Se rumorea que el famoso sacerdote Kukai shonin, que fundó el sagrado templo del monte Koya-san, en la provincia de Kii, era capaz de curar milagrosamente a los niños —añadió otro.

Pero, a pesar de todos los chismes y las conjeturas, nadie pudo explicar cómo era posible devolver la vista a un muchacho que había nacido ciego. Al final alguien sugirió seguir en secreto a los niños al día siguiente, pues así escondidos podrían ver con sus propios ojos lo que estaba ocurriendo. Todos estuvieron de acuerdo con el excelente plan.

Por la mañana, treinta niños partieron al despuntar el alba, seguidos sin saberlo por dos hombres de la aldea. Cuando los niños llegaron a la roca plana, que se cree que es tan grande como para medir mil tatamis de seis por tres pies, encontraron al anciano

sentado en un extremo. Los dos hombres que los seguían se ocultaron entre unos arbustos de azalea. En primer lugar vieron al viejo incorporarse, y luego se acercó a los niños para escuchar por boca de los tres que habían sido curados cómo se sentían y lo contentos que estaban sus padres. Tarako era el que más contento estaba de los tres, ya que era la primera vez que veía el mundo, incluyendo a sus padres.

—Ahora, mis niños, ya que habéis venido a verme, voy a entreteneros. ¡Mirad!

Y diciendo esto, el anciano recogió unas ramas muertas y, soplando en sus extremos, hizo que brotaran de ellas esquejes de cerezos en flor, flores de ciruelo y de melocotón, y le entregó una rama a cada niña. Luego recogió una piedra del suelo, la lanzó al aire y, ¡oh, sorpresa!, se convirtió en una paloma. Otra en un halcón, y las demás, en cualquier pájaro que eligiera cada niño.

—Ahora —les dijo el anciano—, os mostraré unos animales que os harán reír.

Recitó unos versos místicos y unos monos llegaron saltando hasta la roca plana y comenzaron a pelearse entre ellos. Los niños aplaudieron encantados; pero uno de los hombres que estaba espiando exclamó con asombro:

—¿Quién puede ser este mago? ¡Ya que nadie más que un mago podría realizar tales prodigios!

El venerable anciano lo oyó, y mirando cautelosamente a su alrededor dijo:

—Niños, hoy no voy a hacer más trucos. Mi magia se ha agotado. Debo volver a casa y vosotros deberíais hacer lo mismo. Adiós.

Tras decir esto, el anciano hizo una reverencia, y se giró hacia el sendero de la montaña, en dirección a la cueva. Los dos hombres salieron de su escondrijo y, junto con los niños, intentaron seguirlo. Pero a pesar de su avanzada edad, el viejo marchaba mucho más rápido que ellos por entre las rocas. Sin embargo, llegaron lo bastante lejos para verlo entrar en la cueva. Varios minutos más

tarde llegaron a la entrada y se inclinaron ante ella. Aunque la entrada estaba rodeada de flores de maravillosa fragancia, ninguno se aventuró en su negra oquedad. Repentinamente, O-Yuka apuntó hacia arriba, gritando:

—¡Allí está el anciano padre! —Y todos alzaron la vista. Planeando sobre ellos en una nube estaba el anciano, justo sobre la cima de la montaña.

—¡Ahora está muy claro! —gritó uno de los hombres—. Se trata del famoso ermitaño del monte Norikuradake.

Todos ellos hicieron una profunda reverencia, y regresaron al pueblo a dar cuenta a los aldeanos de lo que habían visto. Se realizó una colecta y un pequeño templo fue levantado en el interior de la cueva, al que llamaron Sendokutsu, que significa el templo del *Sennin*.

El árbol de las camelias de Yosoji

El emperador Sanjo gobernó en un periodo particularmente aciago. Coincidiendo con su ascensión al trono (alrededor del 1013 d. C., el primer año de la Era Chowa), se originó un brote de peste. Dos años más tarde, el Palacio Real ardió hasta los cimientos y estalló una guerra con Corea, por aquel entonces conocida como Shiragi.

En 1016 otro incendio se originó en el nuevo palacio. Un año más tarde, el emperador abandonó el trono obligado por la ceguera y otras causas. Le confió las riendas al príncipe, que adoptó el nombre de emperador Go-Ichijo, y ascendió al trono el primer año de la Era Kwannin, iniciada en 1017 o 1018. El periodo durante el cual el emperador Go-Ichijo reinó, cerca de veinte años, hasta el 1036, fue uno de los más funestos de la historia de Japón. Hubo más guerras, más incendios y peores plagas que nunca. Reinaba el descontento por doquier, y ni siquiera Kioto era un lugar seguro para la gente con posibles debido a las cuadrillas de bandidos. En 1025 se originó el peor brote de viruela conocido hasta entonces; ninguna ciudad o aldea escapó a la enfermedad.

Nuestra historia transcurre durante este desafortunado periodo. Nuestra heroína, si se le puede llamar así, no es menos milagrosa que la diosa de la gran montaña de Fuji, de quien todo el mundo conoce o ha oído hablar. Por lo tanto, si esta leyenda os parece estúpida o infantil, echadle la culpa a mi manera de narrarla —

aunque la relato tal y como me la contaron— y tened en cuenta que la leyenda trata sobre la Gran Montaña de Japón, cosa que siempre es interesante. Es más, os reto a que busquéis a alguien que la cuente mejor. Yo no he sido capaz de encontrarlo.

Durante el terrible flagelo de la viruela, hubo una aldea en la provincia de Suruga llamada Kamiide, que todavía existe, que sufrió más que otras el azote de la plaga. Apenas ninguno de sus habitantes escapó a la enfermedad. Y un joven adolescente hubo de sufrir verdaderamente por su causa. Con su madre enferma y su padre muerto, la responsabilidad de la casa recaía ahora sobre Yosoji, que así se llamaba. Sin escatimar dinero ni recursos en medicinas y cuidados, hasta entonces Yosoji le había procurado a su madre toda la ayuda que estaba en su mano. Pero su madre empeoraba día tras día, hasta que perdió toda esperanza de vida. Como no le quedaban ya más recursos, Yosoji decidió consultar a un famoso adivino y mago, Kano Yamakiko.

Kamo Yamakiko le dijo a Yosoji que existía solo un remedio para curar a su madre, y que tenía que ver con su propio valor.

—Si vas a un pequeño riachuelo —dijo el adivino— que fluye en la ladera suroeste del monte Fuji, hallarás un pequeño santuario próximo a su cauce, donde Oki-naga-suku-neo[58] es adorado. Dale de beber a tu madre agua de allí y podrás curarla. Pero te advierto que el lugar está plagado de peligros. Bestias salvajes y otras criaturas campan a sus anchas. Es posible que no regreses o incluso que no llegues a tu destino.

Yosoji no se amilanó, y decidió partir a la mañana siguiente. Así pues, dándole las gracias al adivino, regresó a su casa para preparar el viaje.

A las tres de la mañana del día siguiente Yosoji partió. Se trataba de un largo y duro viaje, uno que no había emprendido nunca; pero caminó fatigosamente, acompañado tan solo por el sonido de sus pasos mientras con la cabeza gacha pensaba con preocupación en la tarea que tenía ante sí. Hacia el mediodía, Yosoji llegó a un cruce en el que convergían tres sinuosos senderos y se quedó

sumamente perplejo, pues no sabía cuál tomar. Mientras lo decidía, la figura de una bella joven ataviada de blanco vino hacia él saliendo del bosque. Al principio Yosoji se sintió tentado de salir huyendo, pero la figura se dirigió a él con voz clara, diciendo:

—No te vayas. Sé por qué estás aquí. Eres un joven muy valiente y un hijo leal. Yo te guiaré al arroyo. Tienes mi palabra de que sus aguas curarán a tu madre. Sígueme si lo deseas y nada temas, a pesar de que el camino es oscuro y peligroso.

La joven se giró, y Yosoji la siguió lleno de asombro. Caminaron en silencio cuatro millas enteras, siempre ascendiendo e internándose cada vez más en lo profundo y oscuro del bosque. Finalmente llegaron a un pequeño templo, enfrente del cual había dos *toril*. De una grieta en la roca surgía un torrente plateado. Yosoji nunca había visto antes aguas más puras y cristalinas.

—Allí —dijo la joven ataviada de blanco—. Ese es el arroyo que estás buscando. Llena tu calabaza y bebe de él. Sus aguas evitarán que contraigas la enfermedad. Date prisa. Es tarde y no sería bueno para ti estar aquí cuando caiga la noche. Te llevaré de vuelta al lugar donde te he encontrado.

Yosoji hizo tal y como se le había indicado: primero bebió y luego llenó el recipiente de agua hasta que esta rebosó. Volvieron mucho más rápido de lo que habían llegado, ya que el camino iba cuesta abajo. Al llegar a la encrucijada, Yosoji se inclinó ante su guía, agradeciéndole su gran amabilidad. La joven respondió que era un placer poder ayudar a un hijo tan responsable.

—Dentro de tres días necesitarás más agua para tu madre —le dijo—. Y me encontrarás esperándote en el mismo lugar para hacer de guía de nuevo.

—¿Podría preguntar a quién debo tan gran amabilidad? —quiso saber Yosoji.

—Puedes hacerlo, pero no te contestaré —respondió la dama.

Tras hacer otra reverencia, el asombrado Yosoji emprendió su camino tan rápido como sus piernas le permitían. Al llegar a su casa, descubrió que su madre había empeorado, así que le dio una taza

de agua y le contó sus aventuras. Durante la noche, se levantó como normalmente hacía para atender las necesidades de su madre y para darle otro vaso de agua. A la mañana siguiente, su madre había mejorado bastante. Ese día le dio tres dosis más. Y a la mañana del tercer día partió para acudir a su cita con la bella dama de blanco, a la que encontró sentada en una roca esperando por él en la encrucijada de los tres caminos.

—Puedo ver por la alegría de tu rostro que tu madre se encuentra mejor —dijo—. Ahora sígueme como el otro día, y apresúrate. Vuelve en tres días, y me encontraré contigo de nuevo. Curar a tu madre te llevará cinco viajes en total, pues el agua ha de tomarse fresca. También debes compartirla con los lugareños.

Yosoji realizó cinco viajes. Al quinto, su madre se había curado y estaba muy agradecida por su recuperación. Además, la mayoría de los lugareños que no habían muerto también habían recobrado la salud. Yosoji era el héroe del momento. Todos estaban maravillados y se preguntaban quién sería la dama de blanco. Y es que, aunque todos habían oído hablar del templo de Oki-naga-suku-neo, ninguno de ellos sabía dónde se encontraba, y solo unos pocos se habrían atrevido a ir de haberlo sabido. Por supuesto, todos sabían que Yosoji estaba en deuda con el adivino Kamo Yamakiko, a quien muchos aldeanos enviaron regalos. Pero Yosoji no estaba tranquilo: a pesar de todo el bien que había hecho, consideraba que todo se debía a su bella guía, a la que él no le había mostrado la suficiente gratitud. En las ocasiones en que había ido a recoger agua, se había visto obligado a volver a casa apresuradamente, saludando apenas a su benefactora con una sucinta reverencia en señal de gratitud. Eso era todo. Ahora sentía que debía correspondería. Rezar por ella en el templo o algo así. Pero ¿quién era la dama de blanco? Debía descubrirlo, la curiosidad se lo exigía.

Así que Yosoji tomó la determinación de visitar una vez más el arroyo, hacia el que partiría con la primera luz del alba. Ahora ya conocía el camino, de modo que no perdió tiempo en la encrucijada de los tres senderos y prosiguió su periplo al templo. Era la primera

vez que recorría ese camino solo. A pesar de su carácter, sintió miedo, aunque no sabría decir por qué. Quizás era debido a la opresiva penumbra del misterioso y oscuro bosque que se encontraba bajo la sombra del sagrado monte Fuji y aumentaba su misterio, llenando al caminante de sentimientos religiosos y supersticiosos y de un temor reverencial. Incluso hoy en día cualquiera con cierto grado de sensibilidad no puede evitar acercarse a la montaña sin sentir alguna de esas emociones. Sin embargo, Yosoji se apresuró en llegar al templo de Oki-naga-suku-neo tan rápido como sus piernas se lo permitieron. Una vez allí descubrió que el arroyo se había secado. No quedaba ni una sola gota de agua. Yosoji se arrodilló ante la capilla y agradeció al dios del Largo Aliento por proporcionarle los medios para curar a su madre y al resto de lugareños. Luego rezó por volver a ver una vez más a la joven que le había guiado al arroyo para agradecerle su amabilidad. Al acabar descubrió que su guía se encontraba de pie justo a su lado, y tras hacer una reverencia, ella fue la primera en hablar.

—No has debido venir aquí —dijo—. Ya te lo había advertido. Es un lugar muy peligroso para ti. Tu madre y tus vecinos ya están curados, no hay razón para tu presencia aquí.

—He venido —respondió el joven— porque no os he dado las gracias como merecéis y porque deseaba expresaros mi más profundo agradecimiento tanto por mi madre como por el resto de los campesinos. Además, todos deseamos saber a quién le debemos que me hayáis guiado al arroyo. Aunque Kamo Yamakiko me había hablado del arroyo, yo jamás lo hubiera encontrado sin vuestra ayuda. ¿Nos permitiréis conocer con quién estamos en deuda para que así podamos erigir un templo en nuestro pueblo?

—No es necesario. Me contento con vuestro agradecimiento. Ya sé que alguien tan leal como tú albergaría esos sentimientos de gratitud; de hecho, ha sido por tu piedad como hijo y por tu bondad por lo que te he guiado hasta este torrente curativo. Ahora, como puedes ver, está seco y ya no existe. No es necesario que conozcas

mi identidad. Debemos partir. Así que adiós. Sigue comportándote en tu vida como hasta ahora y serás feliz.

La bella dama hizo oscilar una rama de una camelia silvestre sobre su cabeza con un movimiento elegante, y una nube descendió de la cima del monte Fuji y la envolvió. Elevándose, mostró su figura a Yosoji. Las lágrimas resbalaban por el rostro del joven, pues comprendía que amaba a aquella muchacha, que no era otra que la Gran Diosa del Fujiyama, nada menos. Yosoji se puso de rodillas y le rezó. La diosa, al percibir su oración, le arrojó la rama de la camelia silvestre.

Yosoji se llevó la rama al pueblo y una vez allí la plantó, procurándole los mejores cuidados. La rama creció con una velocidad pasmosa, alcanzando los veinte pies de alto en dos años. Los lugareños construyeron un templo y la gente comenzó a visitarlo para adorar el árbol. Se cree que las gotas de rocío de sus hojas sirven como remedio para los males oculares.

Ballenas

Existen muchas leyendas y supersticiones relacionadas con las ballenas. Tengo una datada a finales de la Era Hóen (1135) que muestra la veneración y el miedo que los japoneses siempre han sentido hacia esas criaturas. Al final de la historia adjuntaré un párrafo traducido por el señor Ando, del consulado de Inglaterra, de un extracto de un periódico, con fecha de 12 de febrero de 1907, que muestra que esa superstición aún existe.

Hace cientos de años, a comienzos de la Era Hóen, el templo de Atsuta en Nagoya se incendió y ardió hasta los cimientos. Por alguna extraña razón se creyó que el responsable de esta calamidad había sido el cuidador del templo, Yoda Emon, quien habría ofendido a los dioses de algún modo[59].

En fin, fuera como fuese, el templo ardió y su cuidador fue desterrado a la isla de Oshima, en la provincia de Idzu, más conocida como isla Vries. Es la mayor y más norteña del grupo de islas que se extienden como una cadena hacia el sudeste. La más cercana a Oshima es la isla de Toshi, a menudo llamada Rishima, en la que se desarrolla nuestra leyenda.

Yoda Emon era una persona activa e inquieta. Quizás fue por esa razón por la que soliviantó al dios que causó el incendio de Atsuta. En cualquier caso, Yoda acusó el exilio gravemente. Como no recibía noticias de su hogar ni de su familia, empezó a preocuparse de tal forma que al final no podía pegar ojo. Tan

angustiado estaba que creía que, si no encontraba un alivio pronto, acabaría matándose o volviéndose loco. Al final se le ocurrió pedir permiso para ir a pescar, permiso que le fue concedido con la condición de no alejarse más de una milla de la costa. Todos los días tomaba la barca que le habían prestado y regresaba con un generoso suministro de pescado, canturreando para sí mismo mientras remaba a la ida y a la vuelta. En poco tiempo volvió a dormir de nuevo profundamente y a recuperar las fuerzas. Después de un mes o dos, Yoda se convirtió en una persona muy popular, pues regalaba pescado a todo el mundo y pronto se le permitió internarse más allá de una milla en el mar. Se había convertido en un experto marinero y, de no ser por la separación de su familia, habría sido muy feliz en su nuevo hogar.

Un buen día, una mañana en calma, Yoda se aventuró en el mar más allá de lo habitual con la esperanza de capturar los peces de mayor tamaño que, según se decía, abundaban a diez millas de Toshi-shima. La fortuna acompañó a Yoda, pues capturó tres magníficos ejemplares de atún blanco, conocidos como *sara* en Japón, *seer* en la India y *albacore* en Inglaterra. Desafortunadamente, tras la pesca, el viento no sopló del sureste como era habitual, sino del noroeste. Yoda vio que, en lugar de acercarse a Oshima, se alejaba cada vez más de la isla. El viento soplaba cada vez con mayor violencia, hasta que se desató una galerna. Las corrientes lo empujaron hacia alta mar y las aguas se encresparon. Se hizo la oscuridad y Yoda creyó que se trataba de un castigo por haber capturado aquellos peces.

—¡Oh! —gritó a viva voz—, ¿qué necio pecado he cometido esta vez? ¡Seguramente debido a mi condición de sacerdote exiliado he pecado al pescar!

Se tendió en el fondo de la barca y comenzó a rezar, pero sus oraciones no surtieron efecto y tanto el mar como el viento incrementaron su violencia. Mucho después de la medianoche, una ola chocó contra la barca y la redujo a astillas. Aturdido y medio ahogado, Yoda se aferró al gran remo, y así permaneció durante

tres horas. Finalmente sintió que chocaba contra lo que tomó por una roca y, soltando el remo, se subió a ella rápidamente más muerto que vivo. Estaba tan exhausto y entumecido tras el esfuerzo que se tumbó en la oscuridad y perdió el conocimiento.

Al llegar la mañana, el cambio de marea hizo que el mar se calmara y en cuanto el sol se alzó, Yoda descubrió para su horror que no era una roca sobre lo que se encontraba sentado, sino el lomo de una ballena viva de tamaño colosal. Yoda no sabía qué hacer, no se atrevía a moverse siquiera por temor a inquietar su descanso. Incluso cuando el animal arrojaba agua a las alturas desde su orificio surtidor, Yoda no se aventuraba a mover ni un músculo. Y no dejaba de musitar oraciones ni por un instante. Finalmente, cuando el sol se hallaba en su cénit, la ballena dio un giro y, en ese momento, Yoda divisó un gran bote de pesca a no más de milla y media de distancia. Gritó y gritó lo más alto que pudo, intentando atraer su atención, pero no se atrevía a moverse por temor a que la ballena lo arrojase al mar. El viento todavía soplaba con fuerza, pero el mar estaba en calma. Repentinamente, el bote de pesca varió su rumbo mientras la ballena seguía quieta disfrutando de la luz del sol. El bote avanzó rápidamente, y cuando se hallaba a ochenta pies de la ballena, se detuvo a la deriva. Lanzaron entonces una soga con una boya a modo de salvavidas, y cuando estuvo lo suficientemente cerca, Yoda se tiró a por ella y fue izado al bote, profundamente agradecido por su rescate. En cuanto Yoda estuvo a bordo, el bote echó a andar, ya que la ballena había sacudido su cola como queriendo jugar, haciendo que las aguas se agitaran. Sin embargo, para alivio de todos, la criatura puso rumbo hacia el sur adentrándose en el Pacífico.

Los tripulantes del bote de pesca pertenecían a la isla de Toshi y habían oído hablar de Yoda Emon. Como eran buenas personas, se apiadaron de su condición de exiliado. Tras esta asombrosa aventura con la ballena, lo menos que podían hacer era llevarlo de vuelta a Oshima, lugar que alcanzaron antes de la puesta de sol.

Yoda inmediatamente dio parte de lo ocurrido y fue felicitado por

su milagrosa fuga.

Tras esto, Yoda dejó de pescar, y se entregó sin queja alguna a la severa disciplina del exilio. Con ocasión de la ascensión del príncipe Tanin al trono, un mandato decretó el indulto de varios prisioneros y exiliados. Yoda Emon se encontraba entre ellos, y se le dio permiso para que volviera a su hogar; pero dijo que como había hecho tantos amigos en la isla, y como su vida había sido salvada tan milagrosamente, prefería quedarse a vivir allí. Y habiendo obtenido permiso oficial para hacerlo, tras construir una casa propia en la isla, hizo traer a su familia. En el primer año de la Era Koji (1142-1144), Yoda fue nombrado gobernador de Shichito, que es como se denomina el conjunto de siete islas que rodean Oshima, incluyendo esta última. «Ahora», pensaba él, «podré devolver la amabilidad que la ballena me mostró al salvarme la vida». Y emitió una orden por la cual se prohibía que las ballenas fueran cazadas o asesinadas en aguas próximas a las islas sobre las que él tuviera jurisdicción. Al principio hubo algunas quejas, pero el Gobierno envió un edicto a Oshima por el que el emperador ratificaba la orden de Yoda Emon. De esta manera, durante la vida de Yoda no se dio muerte a ninguna ballena en las inmediaciones de Shichito.

BALLENA Y BALLENERO. Hace algunos años vivió en Matshu-shima, en Nagasaki, un pescador adinerado llamado Matsushima Tomigoro. Había amasado una gran fortuna pescando ballenas. Una noche tuvo un sueño muy extraño. Una ballena *zato kujira*[60], acompañada de un ballenato, se le apareció en sueños, y tras indicarle que iban a pasar por cierto lugar cierto día, le suplicó piedad para ella y para su hijo. Matshu-shima, cruelmente, no solo se la negó, sino que se aprovechó de la información que le había dado. Colocó una red en ese lugar y ese día concreto, y capturó a la ballena y a su cría. No transcurrió mucho tiempo cuando el cruel pescador comenzó a cosechar los frutos de su impiedad. Las desgracias se sucedieron sobre él y toda su riqueza desapareció. Sus vecinos llegaron a la

conclusión de que sus desgracias fueron debidas a su crueldad al dar muerte a la ballena y al ballenato, y durante algún tiempo no volvieron a pescar ballenas que estuviesen acompañadas de ballenatos.

(Artículo traducido por el señor Ando).

El cerezo sagrado del templo de Musubi-no-Kami

En la provincia de Mimasaka existe una pequeña ciudad llamada Kagami. En los terrenos del templo hay una capilla que ha permanecido allí durante cientos de años y que está consagrada a Musubi-no-Kami, el dios del Amor. Cerca de ella crecía un magnífico y viejo cerezo que recibía el nombre de Kanzakura, que significa «cerezo sagrado». Fue debido a este árbol por lo que se erigió la capilla del dios del Amor.

Hace mucho, cuando la villa de Kagami era aún más pequeña de lo que es ahora, vivía en ella Sodayu, que era uno de los jefes del lugar. Sodayu era una de esas personas, tan habituales en los pueblos japoneses, que sin apenas esfuerzo medran a costa del trabajo de los demás y se enriquecen más que el resto. Se dedicaba a la compra y venta de los cultivos de los campesinos, y se beneficiaba tanto de la compra como de la venta; de tal manera que antes de llegar a la mediana edad ya era un hombre rico.

Sodayu era viudo; pero tenía una bella hija llamada O-Hanano que había cumplido los diecisiete años. Sodayu consideró que había llegado el momento de buscar un buen marido para ella, así que la hizo llamar para tratar el tema, diciéndole:

—Ha llegado el momento, mi querida hija, de encontrarte un marido apropiado, tal y como es mi obligación. Espero que en

cuanto lo encuentre, este reciba tu aprobación, pues será tu deber casarte con él.

Por supuesto, O-Hanano estaba sometida a los designios de su padre, pero al mismo tiempo, como le confesó a O-Yuka, su sirvienta favorita, no deseaba casarse con alguien a quien no amara.

—¿Qué puedo hacer? ¿Qué me aconsejas que haga, mi querida O-Yuka? Inténtalo y piensa cómo puedes ayudarme a encontrar un hombre al que pueda amar. Debe ser un hombre guapo y joven que no supere los veintidós años de edad.

O-Yuka le respondió que el consejo requerido era difícil de dar, pero aún se podía hacer algo.

—Podéis ir al templo y rezar en la capilla de Musubi-no-Kami, el dios del Amor. Rogadle que el marido que vuestro padre encuentre sea guapo y se haga dueño de vuestro corazón. Se cree que si alguien reza en esa capilla veintiún días seguidos, obtendrá el amor que está buscando.

O-Hanano se mostró encantada con la idea y al caer la tarde fue a rezar al templo de Musubi-no-Kami acompañada de su sirvienta O-Yuka. Día tras día se acercaron al templo a rezar, hasta que finalmente llegó el vigésimo primer día. Habiendo finalizado sus oraciones, iban ya de regreso a casa cuando, al pasar bajo un gran cerezo conocido como Kanzakura, el cerezo sagrado, vieron junto a su tronco a un joven de aproximadamente veintiún años. Era apuesto, de tez pálida y ojos expresivos. En sus manos sostenía una rama de cerezo florida. El joven sonrió cordialmente a O-Hanano y ella le devolvió la sonrisa. Entonces, tras hacer una reverencia, el joven se acercó y, sin dejar de sonreír, le tendió la rama florida. O-Hanano se sonrojó y tomó las flores. El joven realizó otra reverencia y se fue. El corazón de O-Hanano comenzó a aletear, y la muchacha se marchó feliz y contenta pensando que el dios del Amor había enviado al apuesto joven en respuesta a sus oraciones.

—Por supuesto que sí —le dijo a O-Yuka—. Hoy es el día

número veintiuno y se cumple el ciclo de oraciones del que me hablaste. ¿Acaso no soy afortunada? Y él, ¿acaso no es muy guapo? Creo que se trata del joven más guapo que haya visto jamás. Habría deseado que no se hubiera ido tan pronto.

De esas y de muchas otras cosas estuvo parloteando O-Hanano con su dama en el camino de regreso a casa. Una vez allí, lo primero que hizo fue colocar la rama florida en un florero con agua en su propia habitación.

—¡O-Yuka! —gritó al menos veinte veces requiriendo la presencia de su sirvienta—. Debes salir a descubrir todo lo que puedas sobre ese joven; pero no le digas nada a mi padre todavía. Posiblemente no es el marido que él quisiera para mí; pero, no importa lo que pase, no he de amar a otro. Y lo haré en secreto si llega el caso. Ahora ve, querida O-Yuka. Entérate de todo lo que puedas y demostrarás que me eres más fiel y querida que nadie. — Y la leal sirvienta partió a realizar la tarea que su ama le había encomendado.

Sin embargo, aunque O-Yuka no pudo descubrir nada sobre el joven que habían visto bajo el sagrado cerezo, averiguó que otro joven del pueblo se había enamorado profundamente de su señora. Este muchacho, en cuanto supo que el padre de Hanano estaba contemplando la posibilidad de buscarle un marido apropiado a su hija, estaba decidido a actuar al día siguiente. Su nombre era Tokunosuke. Era un joven bien relacionado y de posibles; pero su apariencia no era comparable con la de aquel que le había entregado la rama de cerezo a Hanano. Tras descubrir esto, O-Yuka regresó al lado de su señora y le dio parte.

Al día siguiente, por la mañana temprano, cuando suelen hacerse las visitas, Tokunosuke concertó una cita para ver al padre de O-Hanano. Se hizo llamar a la joven para que sirviera el té, y así pudo ver al joven. Tokunosuke fue extremadamente formal y educado con ella, y ella con él. Y en cuanto el joven abandonó la casa, su padre le comunicó a la muchacha que ese joven era el que había sido elegido para ser su esposo.

—Sin duda es el idóneo —añadió—. Es acaudalado. Su padre es amigo mío. Y te ama en secreto desde hace meses. No puedes pedir a nadie mejor.

O-Hanano no respondió, pero rompió a llorar y abandonó la habitación. Entonces el padre hizo llamar a O-Yuka.

—He encontrado al joven más deseable como marido para tu señora —le dijo Sodayu—. Pero en lugar de mostrar su alegría o gratitud, se ha ido volando a su habitación a llorar. ¿Puedes explicarme la razón? Debes de conocer sus secretos. ¿Acaso ama a alguien en secreto?

O-Yuka no estaba preparada para enfrentarse a la ira del padre de su señora, y creyó que confesar la verdad sería lo mejor para los intereses de O-Hanano. Así que le confesó toda la historia fiel y valientemente. Sodayu se lo agradeció e hizo llamar a su hija de nuevo, diciéndole que debía de mostrarle a aquel al que amaba o permitir a Tokunosuke su propuesta de noviazgo.

A la mañana siguiente Tokunosuke volvió a la casa, pero O-Hanano le dijo entre lágrimas que ella no lo amaba ni lo haría nunca, ya que amaba a otro, alguien del que ni siquiera conocía el nombre. «Esto sí que es insólito», pensó Tokunosuke para sí mismo. «¡Es ofensivo que me diga que me rechaza porque ama a otro del que ni siquiera conoce el nombre!». Y tras hacer una reverencia, abandonó la casa, decidido a descubrir la identidad de su desconocido rival, incluso aunque tuviera que disfrazarse y seguir a O-Hanano para conseguirlo.

Esa misma tarde O-Hanano y O-Yuka fueron a rezar como de costumbre. De regreso se encontraron de nuevo con el hermoso joven de pie bajo el cerezo, quien de nuevo se aproximó a O-Hanano y, sonriendo, le entregó una rama florida. Como la vez anterior, ni una palabra safio de sus labios. Para Tokunosuke, que lo estaba observando todo oculto tras unos faroles de piedra, estaba claro que se conocían desde hacía poco tiempo. Al poco, ambos hicieron una reverencia y se separaron. O-Hanano y su sirvienta se alejaron del lugar mientras el joven las seguía con la mirada. Unos

celos terribles se apoderaron entonces de Tokunosuke, que salió de su escondrijo y abordó al joven bajo el cerezo de una manera brusca y con un tono grosero.

—¿Quién eres tú, canalla detestable? ¡Dime tu nombre de una vez! ¡Y dime cómo te atreves a seducir a la bella O-Hanano-san!

Tokunosuke quiso agarrar al joven de un brazo, pero su rival se hizo a un lado evitándolo, y antes de que tuviera tiempo de atraparlo, una súbita ráfaga de viento sopló con fuerza sobre el cerezo en flor haciendo que las flores cayeran del árbol. Tantas flores cayeron y tan rápido que Tokunosuke quedó cegado durante un momento. Cuando recuperó la vista, el joven se había ido. Pero del interior del cerezo parecía salir un gemido mientras uno de los sacerdotes del templo venía corriendo hacia él muy furioso, gritándole:

—¡Eh, tú, villano sacrílego! ¿Por qué traes violencia a este sagrado lugar? ¿Acaso ignoras que este cerezo ha estado aquí durante cientos de años? Es sagrado y alberga un espíritu sagrado, que algunas veces se aparece bajo la forma de un joven. Justamente el que has intentado tocar con tu sucia e impía mano. ¡Fuera de aquí, te he dicho! ¡Y no te atrevas a volver nunca más a este templo!

Como no quería insistir en el tema, Tokunosuke giró sobre los talones y echó a correr a casa de Sodayu, a quien le contó todo lo que había visto, y también lo que había hecho, sin guardarse nada, ni aun las lindezas que le había dirigido el sacerdote.

—Quizás ahora vuestra hija consienta en casarse conmigo —finalizó, no sin añadir—: ¡Ya que no puede casarse con un espíritu sagrado!

Hicieron llamar a O-Hanano para contarle la historia. La joven se mostró muy disgustada al saber que la persona a quien había entregado su amor era un espíritu.

—¿Qué pecado he cometido? —gritó ella—. ¿Enamorarme de un dios?

Y corrió a suplicar piedad al templo, donde rezó larga y

encarecidamente para que su pecado fuera perdonado. Decidió entonces consagrar su vida al templo y obtuvo el consentimiento de su padre de renunciar a casarse. Entonces solicitó permiso para vivir en el templo y ser una de sus guardesas. Se afeitó la cabeza y se vistió una túnica blanca y unos bombachos carmesíes que denotaban su salida del mundo. Y así permaneció en el templo el resto de su vida, barriendo suelos y orando.

El templo aún existe. Es muy probable que si el tocón del cerezo también existe, otro árbol haya sido plantado junto a él, como es costumbre.

Una leyenda del monte Kanzanrei

Lejos, en la costa nordeste de la península de Corea, se erige una alta montaña llamada Kanzanrei. No lejos de su falda, donde se extiende la región de Kanko Fu, existe una aldea llamada Teiheigun que comercia con pocos productos, aunque todos naturales, tales como hongos, madera, pieles, pescado y un poco de oro. En esta aldea vivía una hermosa joven llamada Choyo, una huérfana de ciertos medios. Su padre, Choka, había sido el único mercader de la región y había acumulado una importante fortuna por aquellos lares, la cual donó a Choyo cuando alcanzó los dieciséis veranos.

Al pie del monte Kanzanrei habitaba un leñador de hábitos simples y frugales. Vivía solo en una destartalada cabaña, únicamente se relacionaba con los pocos a quienes vendía su madera, que le consideraban un hombre insociable y taciturno. Lo llamaban «el Ermitaño». Muchos se preguntaban quién era y por qué se mostraba tan reservado, ya que no había alcanzado los treinta y su apariencia era excepcionalmente buena y su complexión fuerte. Su nombre era Sawada Shigeoki, pero la gente lo ignoraba.

Una tarde, mientras el Ermitaño emprendía el camino de vuelta por un dificultoso paso de montaña con una gran pila de leña cargada en su espalda, se detuvo a descansar en una zona particularmente agreste y escabrosa oscurecida por los enormes pinos que se alzaban a cada lado del camino, y fue sorprendido por

sonidos de lucha justo debajo de donde se encontraba. Como aquel lugar tenía reputación de estar plagado de tigres y, a decir verdad, muchos habían muerto últimamente por su causa, el Ermitaño miró nerviosamente a su alrededor. Pero en esta ocasión, no había sido un tigre el causante de aquel ruido que había asustado al Ermitaño, sino un faisán, que, agitando sus alas sobre su nido, imitaba las formas de un pájaro malherido para alejar la atención del intruso de la dirección del nido. No obstante, el proceder de aquel pájaro resultaba extraño, se dijo el Ermitaño, pues era imposible que le pudiera haber visto u oído; así que se dispuso a escuchar atentamente para descubrir la causa de su proceder. No tuvo que esperar mucho para dar con ella. Casi inmediatamente el Ermitaño escuchó la algarabía de un altercado, y, ocultándose tras el tronco de un gran árbol, esperó hacha en mano. Pronto vio que una joven de incomparable belleza era llevada, empujada y arrastrada por el paso por tres canallas a los que el Ermitaño reconoció como bandidos. Cuando llegaron a la altura en que el Ermitaño estaba apostado, oculto tras un gran pino y aferrando con firmeza su hacha, este saltó de su escondrijo bloqueándoles el paso.

—¿A quién tenéis aquí y qué vais a hacer con la muchacha? —gritó—. ¡Dejadla ir, o lo lamentaréis!

Siendo tres contra uno, los bandidos no sintieron ningún temor, y le gritaron a su vez:

—Sal de nuestro camino, necio, y déjanos pasar si quieres conservar la vida.

Pero el leñador no se amilanó. Alzó su hacha y los bandidos desenvainaron sus espadas. El leñador era demasiado para ellos. En un momento había tronchado a uno y empujado a otro por el precipicio, así que el tercero giró sobre los talones y huyó, contentándose con salvar la vida. El Ermitaño se inclinó entonces para atender a la joven, que se había desmayado. Fue a buscar agua y le mojó el rostro para que recobrara la consciencia. Tan pronto como la joven recuperó el habla, el hombre quiso saber quién era, si le habían hecho daño y cómo había acabado en las garras de

semejantes rufianes. Entre lágrimas y sollozos, la joven contestó:

—Me llamo Choyo Choka. Mi hogar está en la aldea de Teiheigun. Hoy es el aniversario de la muerte de mi padre, así que fui a rezar a su tumba al pie del monte Gando. Como hacía un buen día, decidí dar un rodeo y volver a mi casa por aquí. No había pasado ni una hora cuando fui capturada por esos bandidos. El resto ya lo conocéis. Oh, señor, estoy muy agradecida de que me hayáis salvado. Por favor, decidme vuestro nombre.

El leñador le respondió:

—Ah, entonces, eres la famosa belleza de la aldea de Teiheigun, de quien tanto he oído hablar. Es un honor para mí el haberte salvado. En cuanto a mí, soy un leñador. Me llaman el Ermitaño, y vivo al pie de esta montaña. Si vienes conmigo, te llevaré a mi cabaña, donde podrás descansar. Después te escoltaré de vuelta a tu hogar.

Choyo estaba muy agradecida al leñador, quien tras echarse de nuevo al hombro el haz de leña, y tomándola de la mano, guio sus pasos por aquel peligroso sendero. Una vez en su cabaña, descansaron, y luego él preparó un té. Entonces la condujo hasta las afueras de su aldea, donde, tras inclinarse ante ella con una cortesía muy distinta a la de un vulgar campesino, se despidió.

Esa noche Choyo no pudo pensar en nada más que en el valiente y apuesto leñador que había salvado su vida. Y así, antes de que el luto hubiera expirado, se sintió profunda y desesperadamente enamorada. El día pasó y la noche llegó. Choyo contó a todos sus amigos cómo y quién la había salvado. Cuanto más hablaba del leñador, con más intensidad crecía su amor. Finalmente tomó la decisión de ir a visitarlo, ya que él no iría a visitarla a ella. «Lo haré con la excusa de ir a darle las gracias», pensó. «Y, además, le llevaré como regalo algunas exquisiteces y pescado».

Con las primeras luces de la mañana, Choyo salió llevando su regalo en una cesta. Por algún golpe de suerte, se encontró al Ermitaño en su cabaña, pues estaba de descanso y afilaba sus

hachas.

—He venido, señor, a agradeceros de nuevo vuestro bravo rescate del otro día. Me he permitido la libertad de traeros un pequeño regalo. Aunque no es muy valioso, espero que os dignéis a aceptarlo —dijo la enamorada Choyo.

—No hay razón para agradecer un deber natural —dijo el Ermitaño—. Pero de labios tan bellos como los vuestros es un placer oír agradecimientos. Me siento muy honrado. Pero no puedo aceptar el regalo, ya que entonces sería yo el deudor, cosa que un hombre que se precie no debe consentir.

Ante este discurso, Choyo se sintió tanto halagada como despreciada, e intentó de nuevo que el Ermitaño aceptara su regalo. Y aunque lo hizo mediante una conversación amistosa y entre bromas, él rehusó de nuevo. Choyo cejó en su empeño diciendo:

—Está bien, hoy me habéis ganado. Pero volveré. Y la próxima vez seré yo quien gane y tendréis que aceptar mi regalo.

—Volved cuando queráis —respondió el Ermitaño—. Siempre estaré contento de veros, pues sois un rayo de luz en esta miserable choza. Pero nunca me pondréis en la obligación de aceptar vuestro regalo.

«Vaya respuesta curiosa», pensó Choyo mientras se iba; «¡pero qué guapo es y cómo le amo! De cualquier manera, volveré a visitarle de nuevo. Veremos quién gana al final». Era tal la confianza de la hermosa Choyo que en verdad creía que al final ella saldría vencedora.

Durante los dos meses siguientes visitó al Ermitaño a menudo. Ambos solían sentarse a hablar. Él le traía flores silvestres muy raras y bellas de lo alto de la montaña y frutas del bosque para comer, pero nunca, ni una sola vez, le hizo la corte o aceptó siquiera el más pequeño de sus regalos. Eso no disuadió a Choyo de perseguir su amor. Estaba decidida a ganar al final. De alguna manera sentía que el extraño joven la amaba tanto como ella a él, y que por alguna razón jamás se lo diría.

Un buen día, tres meses después del heroico rescate, Choyo

volvió de nuevo a visitar al Ermitaño. Como no lo encontró en casa, se sentó a esperar. Al rato echó un vistazo alrededor de la miserable choza, pensando cuán triste era que tan noble joven tuviera que vivir en tal estado, cuando ella, que era pudiente y de una belleza notable, estaba ansiosa por casarse con él. Mientras cavilaba así, regresó el leñador. Pero no vestía sus habituales andrajos, sino el elegante traje de un samurái japonés. La muchacha se sintió muy sorprendida cuando se levantó a saludarle.

—Ah, bella Choyo, estáis sorprendida de verme tal y como soy en realidad. Con pena debo deciros, pues bien sé lo que sucede tanto en tu mente como en tu corazón, que hoy debemos separarnos para siempre. He de partir.

Choyo se arrojó al suelo, llorando amargamente y dijo entre sollozos:

—¡Oh, ahora no, esto no puede estar pasando! No habéis de abandonarme, sino llevarme con vos. Hasta este momento no os he dicho nada, porque no es propio de una dama declarar su amor. Pero os amo, y os he amado desde el día que me salvasteis de los bandidos. Llevadme con vos, no importa adónde. ¡Hasta la cueva donde moran los demonios del infierno os seguiría si me lo permitierais! Debéis hacerlo, pues ya no seré feliz sin vos.

—¡Ay! —se lamentó el Ermitaño—, ¡eso no puede ser! Es imposible, ya que soy japonés y no coreano. Aunque os amo tanto como vos a mí, nuestra unión es imposible. Mi nombre es Sawada Shigeoki. Soy un samurái de Kurume. Hace diez años cometí una ofensa contra el Gobierno y tuve que huir de mi país. Vine a Corea disfrazado de leñador, y hasta que os conocí no tuve ni un día de alegría. Ahora el Gobierno de mi país ha cambiado y soy libre para regresar a mi hogar. Únicamente os he contado esto a vos y solo a vos. Perdonad mi crueldad al abandonaros. Lo hago con lágrimas en los ojos y pena en mi corazón. ¡Adiós!

Tras decir esto, el «bravo samurái» (como mi cuenta cuentos lo llama) salió de la cabaña a grandes zancadas para no ver de nuevo nunca más a la pobre Choyo.

Choyo continuó llorando hasta que cayó la noche y, como se había hecho demasiado tarde para volver a casa con seguridad, pasó la noche allí, llorando. A la mañana siguiente fue encontrada por sus sirvientes con fiebre y casi sin juicio. La llevaron a su casa y durante tres meses estuvo muy enferma. Cuando se recuperó, donó la mayor parte de su fortuna a los templos, para caridad, vendió su casa, guardándose el dinero suficiente para comprar arroz, y pasó el resto de sus días sola en la pequeña cabaña al pie del monte Kanzanrei, donde a la edad de veintiún años murió con el corazón roto.

El samurái era muy valiente, pero, a pesar de su altivo orgullo nacional, ¿puede considerarse que actuó con nobleza? Para la mentalidad japonesa, él actuó como Buda cuando renunció a su amor mundano. ¿Qué probabilidad habría, entonces, si todos los hombres actuaran así, de una sincera amistad entre Corea y Japón?

La montaña de los huesos blancos

Al pie del monte Shumongatake, en la provincia noroccidental de Echigo, en otra época se levantaba, y probablemente aún exista medio destartalado o reparado, un templo de cierta importancia, ya que fue lugar de enterramiento de los antepasados de señor feudal de Yamana. El nombre del templo era Fumonji. Desde hacía generaciones, los más altos e importantes sacerdotes cuidaban del templo en agradecimiento a la ayuda prestada por los antepasados del señor de Yamana. Entre los sacerdotes que presidían el lugar había uno llamado Ajari Joan, que era el hijo adoptado de la familia Otomo.

Ajari era instruido y aplicado y tenía muchos seguidores, pero un día la visión de una joven muy bella llamada Kiku[61], de dieciocho años, tiró por los suelos su paz religiosa. Ajari se enamoró desesperadamente. Decidió sacrificar su posición y su reputación si la muchacha escuchaba sus ruegos y accedía a casarse con él. Pero la encantadora O-Kiku-san rechazó todas sus súplicas. Un año más tarde ella contrajo unas fiebres, enfermó de gravedad y finalmente murió. Las malas lenguas propagaron el rumor de que, por culpa de los celos, Ajari el sacerdote la había maldecido y había provocado su enfermedad y posterior muerte. Al rumor no le faltaba fundamento, ya que al cabo de una semana de la muerte de O-Kiku, Ajari se volvió loco. Primero simplemente descuidó sus deberes, pero luego se puso peor: corría salvajemente alrededor del templo,

aullaba por las noches y asustaba a todos los que se acercaban al lugar. Finalmente, una noche desenterró el cuerpo de O-Kiku y se comió parte de su carne. La gente decía que estaba poseído por el diablo y nadie se atrevía a acercarse al templo. Hasta el más joven de los sacerdotes abandonó el lugar dejándolo solo. Tal era el miedo entre los lugareños que nadie se aproximaba a las inmediaciones del templo, que pronto se deterioró y se convirtió en ruinas. Arbustos espinosos crecían en el tejado, el musgo se extendía hasta en los más pulidos y apelmazados suelos, los pájaros construían sus nidos en el interior y se posaban entre las lápidas, dejándolo todo hecho un desastre. El templo, otrora un prodigio de belleza, se convirtió en una ruina podrida.

Una tarde de verano, cerca de seis o siete meses después de que todo esto ocurriera, una anciana que regentaba una casa de té al pie del monte Shumongatake, estaba a punto de cerrar las ventanas del establecimiento cuando la visión de un sacerdote con un capuchón blanco sobre la cabeza viniendo hacia ella la aterrorizó.

—¡El sacerdote del diablo! ¡El sacerdote del diablo! —gritó la anciana mientras cerraba de un golpe la ventana en sus narices—. ¡Vete de aquí! ¡Fuera! No te queremos por estos lares.

—¿A qué te refieres con lo de «sacerdote del diablo»? Soy un peregrino, no un bandido. Permíteme entrar de una vez, ya que preciso de descanso y de un tentempié —gritó la voz de afuera.

La anciana miró a través de una grieta en los postigos y descubrió que no se trataba del temible maníaco, sino de un venerable sacerdote peregrino; así que abrió la puerta y lo dejó entrar, deshaciéndose en disculpas e informándole de lo sumamente asustados que estaban debido al sacerdote del templo Fumonji, que había perdido la cabeza por un asunto amoroso.

—¡Oh, señor, es verdaderamente terrible! Apenas nos atrevemos a acercarnos ni a una milla del templo, y es seguro que algún día el sacerdote loco saldrá de ese lugar maldito y asesinará a alguno de nosotros.

—¿Me estás diciendo que un sacerdote, actuando de manera impropia, ha infringido las enseñanzas de Buda y es esclavo de las pasiones mundanas? —quiso saber el viajero.

—No sé nada sobre las pasiones mundanas —respondió la anciana—, pero nuestro sacerdote se ha convertido en un diablo. Cualquiera de por aquí lo sabe. ¡Incluso ha desenterrado y devorado la carne de una pobre joven a la cual había echado una maldición que la llevó a la tumba!

—Hay evidencias de personas que se han convertido en diablos —dijo el sacerdote—, pero normalmente se trata de gente del común, no de sacerdotes. Un cortesano del emperador So se convirtió en una serpiente, la esposa de Yosei en una polilla, la madre de Ogan en un *yasha*[62], pero nunca he oído hablar de ningún sacerdote que se hubiera convertido en diablo. Además, siempre he oído que Ajari Joan, vuestro sacerdote del templo Fumonji, era un hombre virtuoso e inteligente. De hecho, he venido hasta aquí para tener el honor de reunirme con él. Mañana iré a visitarlo.

La anciana sirvió té al sacerdote y le rogó que no pensara tal cosa, pero él insistió y le dijo que se iría al día siguiente, tal y como se lo había indicado, y que leería al sacerdote loco unas escrituras. Y dicho esto, se tumbó a descansar el resto de la noche.

A la tarde siguiente, el viejo sacerdote, fiel a su palabra, partió para el templo Fumonji. La anciana lo acompañó el primer trecho del camino, hasta el lugar donde la senda que conduce al templo asciende hacia la montaña, y allí se despidió de él, negándose a dar ni un solo paso más. El sol comenzaba a ponerse cuando el sacerdote vislumbró el templo. De inmediato percibió el abandono del lugar. Las puertas se habían salido de sus bisagras, las hojas secas se desparramaban por doquier y crujían bajo sus pies; pero él siguió avanzando valientemente, y golpeó una pequeña campana del templo con su bastón. Con el ruido, los murciélagos y los pájaros salieron en bandadas del templo; los murciélagos aleteaban alrededor de su cabeza. Pero no hubo ninguna otra señal de vida.

Volvió a golpear la campana con renovada energía y el tañido resonó con un eco. Finalmente, un delgado sacerdote de miserable aspecto y de mirada salvaje le preguntó:

—¿Quién eres y qué has venido a hacer aquí? El templo fue abandonado hace tiempo por alguna razón que no alcanzo a comprender. Si estás buscando albergue, debes volver al pueblo. No encontrarás aquí ni comida ni alojamiento.

—Soy un sacerdote de la provincia de Wakasa. El bello paisaje y los claros arroyos han hecho que me entretuviera bastante en mi viaje. Ahora es tarde para volver al pueblo y me siento cansado. Por favor, permíteme quedarme y pasar aquí la noche —dijo el sacerdote.

A lo que el otro respondió:

—No puedo ordenarte que te vayas. Este lugar no es más que un cobertizo en ruinas. Puedes quedarte aquí si lo deseas, pero ni tendrás comida ni lecho.

Tras decir esto, se sentó en la esquina de una roca mientras el peregrino se sentaba sobre otra cercana. Ninguno de ellos añadió otra palabra hasta que oscureció y la luna se alzó. Entonces el sacerdote loco dijo:

—Busca un lugar en el que dormir. En el templo no hay camas, pero lo que queda del tejado evita que el rocío de la noche te empape mientras duermes.

Y tras decir esto se internó en el recinto. El peregrino no supo decir dónde, ya que estaba oscuro y no pudo seguirlo. Aquel lugar era un barullo de ídolos, rollos y armarios que el sacerdote loco había hecho pedazos en un temprano estado de su locura. El peregrino percibió que se encontraba entre un gran ídolo caído y la pared, y allí decidió pasar la noche. Sin luz para compararlos, aquel resultaba un lugar tan seguro para ocultarse del maníaco como cualquier otro. Afortunadamente, era un hombre fuerte y saludable, y podría pasar sin comida y salir ileso del húmedo e intenso frío. El peregrino distinguió el sonido de numerosos arroyos que borboteaban por una ladera de la montaña. Distinguió también los

chillidos nada tranquilizadores de ratas luchando, los murciélagos que entraban y salían, y el ulular de los búhos. Pero ni un murmullo, ni uno, del sacerdote loco. Hora tras hora pasó así, hasta que dio la una. Entonces, súbitamente, justo cuando comenzaba a dormirse, un estruendo lo despabiló. Fue como si el templo se viniera abajo. Los postigos golpearon con tal violencia que cayeron al suelo; a derecha e izquierda, los ídolos y los muebles rodaban por todas partes. Dentro y fuera se podían escuchar las pisadas de los pies descalzos del enloquecido sacerdote, que gritaba:

—¿Oh, dónde está la bella O-Kiku, mi dulce y querida Kiku? ¿Oh, dónde está, dónde está? Los dioses y los demonios se han confabulado para separarme de ella, pero no les tengo miedo y los desafío a todos. ¡Kiku!, ¡Kiku!, ¡ven a mí!

El peregrino, juzgando que su estrecho refugio podría ser peligroso si el maníaco pasaba cerca, aprovechó la oportunidad de que este se encontraba en una parte alejada del templo para salir al exterior y ocultarse de nuevo. Allí le resultaría más sencillo observar lo que estaba ocurriendo, y correr si fuera necesario. Primero se ocultó en una zona de los alrededores y luego en otra. Mientras tanto, el sacerdote loco entraba y salía una y otra vez a toda prisa del recinto, sin dejar de lamentarse horriblemente por O-Kiku. Pero al llegar la mañana, volvió a retirarse a la zona del templo en la que residía, y los ruidos cesaron. Entonces nuestro peregrino salió al fin de su escondrijo y fue a sentarse sobre la roca que había ocupado la pasada tarde. Había decidido que intentaría forzar una conversación con el demente para leerle un extracto de las sagradas enseñanzas de Buda. Siguió sentado pacientemente hasta que el sol llegó a lo alto. Pero todo seguía en silencio, el sacerdote loco no daba signos de vida.

Hacia el mediodía, el peregrino escuchó ruidos en el templo y después de un rato, el sacerdote loco salió del interior. Tenía el aspecto de un borracho que estuviera de resaca. Parecía aturdido y no decía una palabra; incluso se asustó al ver al anciano peregrino sentado en la roca, tal y como lo había dejado la noche anterior. El

anciano se incorporó, y aproximándose a él, dijo:

—Amigo mío, me llamo Ungai. Soy un hermano sacerdote del templo de Daigoji, en la provincia de Wakasa, y he venido hasta aquí para verte, pues había oído hablar de tu gran sabiduría. Sin embargo, la pasada noche escuché en el pueblo que habías roto tus votos y habías perdido el juicio por una doncella, por cuyo amor te habías convertido en un peligroso demonio. Por consiguiente, consideré mi deber venir hasta aquí para leerte un sermón, ya que me resultaba imposible pasar tu conducta por alto. ¿Podrías hacerme el favor de escuchar la lectura, y decirme si puedo ayudarte en algo?

El sacerdote loco contestó mansamente:

—No cabe duda de que eres un buda. Por favor dime qué puedo hacer para olvidar el pasado y volver a ser un virtuoso y santo sacerdote de nuevo.

Ungai le contestó:

—Sal hasta aquí y siéntate en esta roca.

Entonces le leyó un pasaje de la biblia budista, y terminó diciendo:

—Y ahora, si deseas redimir tu alma, deberás sentarte en esta roca hasta que seas capaz de explicar las siguientes líneas escritas en el libro sagrado: «La luna en el lago brilla, en los vientos entre los pinares y una larga noche crece silenciosa con la medianoche».

Tras pronunciar estas palabras, Ungai hizo una reverencia y abandonó al sacerdote loco, Joan, que, sentado sobre la roca, reflexionaba.

Durante un mes Ungai vagabundeó de templo en templo, realizando lecturas. Al final de ese periodo tomó el camino del templo Fumonji para subir hasta el santuario y ver qué había sido del loco Joan. En la misma casa de té de la vez anterior preguntó a la dueña si tenía alguna noticia acerca del sacerdote loco.

—No —contestó ella—. No sabemos nada acerca de él. Algunos dicen que se ha ido, pero nadie lo sabe con seguridad. Nadie se atreve a subir al templo a comprobarlo.

—Bueno —dijo Ungai—, entonces, yo mismo subiré al templo y lo descubriré.

A la mañana siguiente subió al templo y comprobó que Joan seguía sentado exactamente en la misma roca en que lo había dejado, musitando las palabras: «La luna en el lago brilla, en los vientos entre los pinares y una larga noche crece silenciosa con la medianoche». Su barba y su cabello habían crecido y se habían vuelto grises, y parecía terriblemente delgado, casi transparente. Ungai sintió piedad por la honesta determinación y perseverancia de Joan, y las lágrimas acudieron a sus ojos.

—Levántate, déjalo ya —le apremió—. Sin duda eres un hombre santo y devoto.

Pero Joan no hizo ademán de moverse. Ungai le dio un golpecito con su bastón para despertarlo, pues creía que se había dormido. Pero, para su horror, Joan se desmoronó en pedazos que desaparecieron como copos de nieve derretida.

Ungai permaneció en el templo durante tres días, rezando por el alma de Joan. Los lugareños, al enterarse de su generosa acción, reconstruyeron el templo y lo nombraron su sacerdote. El templo había pertenecido anteriormente a la secta Mitsu, pero ahora fue transferido a Jodo, la secta de Ungai, y el nombre de Fumonji fue cambiado por el de Hakkotsuzan, la montaña de los huesos blancos. Se cree que el templo ha prosperado en los varios cientos de años que han pasado.

La tragedia de una noche tormentosa[63]

Todos los que hayan leído algo sobre la historia de Japón seguramente conocen a Saigo Takamori, que vivió entre los años 1827 y 1877. Fue un gran defensor del emperador, por el que luchó hasta 1876, cuando le dio la espalda debido a su desacuerdo con la progresiva occidentalización del país y el abandono de las costumbres nacionales. Como comandante en jefe no declarado del Ejército Imperial, Saigo huyó a Kagoshima, donde reunió un cuerpo de fervientes seguidores que fueron la base de la Rebelión Satsuma. Los imperialistas los derrotaron, y en septiembre de 1877 Saigo encontró la muerte. Algunos creen que sucedió en la última batalla y otros dicen que se hizo *seppuku*[64] y que su cabeza fue cortada y enterrada en un lugar secreto para que no cayera en manos de sus enemigos. Saigo Takamori recibió los más altos honores incluso entre las filas de sus enemigos. Es duro darle el tratamiento de rebelde, ya que no se rebeló contra su emperador, sino solo contra la repulsiva idea de occidentalizar el país. ¿Quién puede asegurar que no estaba en lo cierto? Era un hombre de buenos sentimientos y con un gran sentido de la lealtad. ¿Acaso acataríamos sumisamente un hipotético edicto emitido por el Imperio británico que nos ordenase vivir según las costumbres delos polinesios? Eso resultaría tan intolerable para nosotros como la

occidentalización lo fue para Saigo.

En 1868, primer año de la Era Meiji, el ejército Tokugawa había sido severamente derrotado por Saigo en Fushimi, y el mariscal de campo Tokugawa Keiki apenas pudo alcanzar el mar y huir a Edo. El ejército imperial tomó la carretera de Tokaido, decidido a destruir a las fuerzas de Tokugawa. Su vanguardia había alcanzado Hiratsuka, bajo el monte Fuji, en la costa.

Era un día primaveral, el 5 de abril, y los cerezos estaban en flor. Las gentes del país habían salido a ver a las tropas victoriosas que formaban la vanguardia del ejército que había derrotado a los Tokugawa. Había muchos mendigos entre ellos, junto con buhoneros y vendedores de dulces, patatas asadas y otras cosas por el estilo. Al caer la tarde, las nubes cubrieron los cielos, y a las cinco en punto comenzó a llover. A las seis todo el mundo estaba a resguardo.

En la posada principal se encontraban descansando el personal y los oficiales del cuartel general, incluido el valiente Saigo. Se habían resguardado allí para pasar lo peor de la tormenta, y no se sentían particularmente animados, cuando escucharon las dulces y melodiosas notas de un *shakuhachi*[65] en la puerta.

—Se trata de un pobre mendigo ciego que vimos tocando hoy cerca del templo —dijo uno.

—Sí, así es —confirmó otro—. El pobre hombre debe de estar empapado y abatido. Hagámosle entrar.

—Una magnífica idea —asintieron todos, entre ellos Saigo Takamori—. Le haremos entrar y le daremos una buena suma de dinero si consigue alegrar nuestro espíritu con este tiempo.

Y le dieron al posadero la orden de admitir al flautista ciego. El pobre hombre fue guiado por una puerta lateral ante la presencia de los oficiales.

—Señores —dijo—, me habéis hecho un gran honor y habéis sido muy amables conmigo. No es agradable tocar fuera, bajo la lluvia, únicamente vestido con ropas de algodón. Creo que puedo agradecéroslo tocando el *shakuhachi*, pues tengo fama de tocarlo

muy bien. Desde que me quedé ciego, ha sido mi único placer; y no solo eso, sino mi único medio de vida. En estos tiempos agitados en que todo está patas arriba es duro ganarse la vida. No son muchos los viajeros que vienen a las posadas con las tropas imperiales por aquí. Son días duros, señores.

—Serán días duros para ti, pobre ciego. Pero no digas ni una sola palabra contra las tropas imperiales. Hay espías de los Tokugawa por doquier y nos hemos vuelto muy suspicaces. Necesitaríamos un ojo más en cada cabeza.

—No es mi deseo decir nada en contra de las fuerzas imperiales —dijo el ciego—. Lo único que he dicho es que es muy duro para un ciego ganarse algo de arroz que llevarse al estómago. Apenas me llaman una vez a la semana para tocar en fiestas privadas o para dar masajes a algún reumático que sufre con este tiempo tan húmedo, benditos sean los dioses.

—Bueno, bueno, veamos qué podemos hacer por ti, desdichado —dijo Saigo—. Date una vuelta por la habitación y reúne todo lo que puedas. Entonces comenzaremos el concierto.

Matsuichi hizo lo que se le había encomendado. Diez minutos después, regresó al lado de Saigo con un puñado de yenes, a los que Saigo añadió alguno más, diciendo:

—Aquí tienes, infeliz. ¿Qué tienes que decir? No vuelvas a afirmar que por culpa de las tropas imperiales tienes el estómago vacío. Di, mejor, que gracias a nosotros, la piel de tu barriga está tan tensa que no te permitirá ni cerrar los ojos. Y ciertamente, tómatelo como un negocio. Pero escuchemos esa música tuya. Estamos bajos de espíritu esta noche y deseamos animarnos.

—Oh, señores, esto es mucho dinero, ¡demasiado por mi pobre música! Quedaos con algo.

—No, no —le respondieron—. Somos oficiales del Ejército Imperial, no sabemos si estaremos vivos mañana. Es un placer para nosotros dártelo y disfrutar de la música cuando podemos.

El ciego comenzó a tocar, y siguió tocando hasta tarde. Algunas veces sus sones eran vivaces, otras tan melancólicos como el viento

de primavera que sopla a través de los cerezos; pero siempre resultaban cautivadores. Todos se sentían agradecidos por haberles proporcionado una noche de entretenimiento. A las once de la noche, el concierto finalizó y todos ellos se retiraron a descansar. El mendigo ciego abandonó la posada y Kato Shichibei, el propietario, cerró con llave, a pesar de los centinelas apostados afuera.

La posada se encontraba rodeada de setos y una masa de bambúes se levantaba en cada esquina. En un extremo alejado había una montaña artificial con un estanque en su base, y cerca del estanque, una pequeña casa de invitados a la sombra de un enorme y antiguo pino, una de cuyas ramas se desparramaba sobre el tejado de la posada.

Cerca de la una en punto de la madrugada, la silueta de un hombre pudo verse escalando el enorme pino hasta alcanzar la rama que colgaba sobre la posada. Entonces se tumbó a lo largo y comenzó a arrastrarse por ella, con la clara intención de alcanzar el tejado del edificio. Desafortunadamente para él, una ramita seca se quebró y el sonido hizo que un centinela alzara la vista. «¿Quién va?», inquirió el guardia mientras alzaba su mosquete, pero no hubo respuesta. El centinela pidió ayuda, y no pasaron ni veinte segundos cuando la casa entera estaba en pie. Para el hombre del árbol escapar resultaba del todo imposible, y fue hecho prisionero. Imaginad el asombro de todos al descubrir que se trataba del mendigo ciego, y que ya no lo era: sus ojos echaban fuego de indignación hacia sus captores, ya que sus planes habían sido desbaratados.

—¿Quién es? —quería saber todo el mundo—. ¿Y por qué se ha hecho pasar por un ciego esta noche?

—Un espía, ¡eso es lo que es! Un espía de los Tokugawa —dijo uno—. Llevadlo al cuartel general, que el jefe de oficiales le interrogue. Y tened la precaución de atarle las manos, ya que tiene el aspecto de un samurái o un luchador.

De esta manera el prisionero fue llevado al templo de Honmonji, donde estaba instalado temporalmente el cuartel general, y

conducido ante Saigo Takamori y cuatro de sus oficiales, uno de los cuales era Katsura Kogoro. Fue puesto de rodillas. Entonces Saigo, que era el jefe, dijo:

—Alza tu cabeza e identifícate.

El prisionero respondió:

—Me llamo Watanabe Tatsuzo. Tengo el honor de pertenecer a la guardia de honor del gobierno Tokugawa.

—Eres osado —dijo Saigo—. ¿Tendrás la amabilidad de contarnos por qué realizaste esa mascarada como mendigo ciego la pasada noche y por qué fuiste sorprendido mientras intentabas colarte en la posada?

—Me enteré de que el embajador imperial estaba durmiendo allí… Nuestra causa no mejorará acabando con vulgares suboficiales.

—Eres un necio —respondió Saigo—. ¿Acaso no hubiera sido mejor para vosotros acabar con Yanagiwara, Hashimoto o Katsura?

—Tu pregunta es estúpida —fue la descarada respuesta—. Cada uno de nosotros tiene una misión, cada uno de nosotros aporta su granito de arena. Pero poco a poco alcanzaremos nuestro objetivo.

—¿Tienes algún camarada aquí? —preguntó Saigo.

—No —respondió el prisionero—. Actuamos individualmente y como consideramos mejor para la causa. Mi intención era matar a alguien tan importante como para que su muerte pudiera fortalecernos. Actué como pensaba que era mejor.

—Tu lealtad es motivo de orgullo —dijo Saigo—, y te admiro por eso, pero tienes que reconocer que tras la última victoria de las tropas imperiales en Fushimi, el tiempo de los Tokugawa, que ha durado trescientos años, ha llegado a su fin. Es cuestión de tiempo que la familia imperial vuelva al poder. Parece que tus esfuerzos se vuelcan en apoyar un poder que está acabado. ¿Acaso nunca has oído el proverbio que dice que «no se puede sostener una torre caída»? Dime honradamente cuál es tu verdadera opinión. ¿Realmente crees que los Tokugawa tienen alguna posibilidad de

victoria?

—Si no fueras el heroico y admirable Saigo, me negaría a contestar tales cuestiones —dijo el prisionero—. Pero como se trata del gran Saigo Takamori y yo admiro su lealtad y coraje, te confesaré que tras nuestra derrota, cerca de doscientos samuráis creamos un grupo en el que juramos sacrificar nuestras vidas por la causa de cualquier forma posible. Me duele decir que casi todos lo abandonaron, y que, hasta donde yo sé, soy el único que queda. En cuanto me ejecutes, no quedará ninguno.

—Basta —gritó Saigo—, no digas más. Déjame preguntarte: ¿te unirías a nosotros? Abre los ojos y date cuenta de que los Tokugawa están acabados. Demasiados samuráis leales, aunque ignorantes, ya han muerto por ello. La familia imperial debe reinar: nueve décimas partes del país lo quieren así. Aunque has confesado tu culpa, tu lealtad es admirable. Estaríamos muy contentos de tenerte a nuestro lado. Medita bien tu respuesta.

No fue necesario. Watanabe Tatsuzo respondió inmediatamente.

—¡No, nunca! Aunque solo, no seré desleal a mi causa. Es mejor que me decapites al alba. Veo la fuerza de tus argumentos, sé que la familia imperial debe y habrá de gobernar. Pero no cambiaré mi decisión, aunque eso condene mi destino.

Saigo se levantó y dijo:

—Aquí tenemos a un hombre que debe ser respetado. Muchos son los seguidores de los Tokugawa que se han unido a nuestra causa por miedo, pero aún tienen el odio en sus corazones. Mirad todos a este Watanabe, y no lo olvidéis, ya que es un hombre honorable y fiel hasta la muerte.

Al decir esto, Saigo hizo una reverencia a Watanabe, y entonces, volviéndose al guardia, le ordenó:

—Llevad al prisionero al *Sambon matsu*[66] y cortadle la cabeza en cuanto amanezca.

Watanabe Tatsuzo fue llevado fuera y ejecutado en consecuencia. Existe una intersección en el camino que lleva a Mariko, a la derecha del *ferry* de Nitta, a unos cinco o seis *chō*[67] de

la colina sobre la que se levanta el templo de Hommonji, Ikegami, en Ebaraun, Tokio-fu, donde hay un pequeño cementerio con una lápida inscrita con los caracteres:

Significan «Tumba de Futetsu-shi». Marca el lugar donde se cree que Watanabe Tatsuzo fue enterrado.

El kakemono fantasma de la provincia de Aki[68]

Al sur del país, en el mar Interior, entre Umedaichi y Kure (actualmente un importante puerto naval), provincia de Aki, existe una pequeña aldea llamada Yaiyama, en la cual vivió Abe Tenko, un pintor de cierta importancia. Abe Tenko enseñaba más que pintaba, y dependía para vivir tanto de los pequeños ahorros que había heredado tras la muerte de su padre como de los aspirantes a artista que se alojaban en el pueblo y que recibían sus lecciones diarias. La isla y el paisaje rocoso de los alrededores le ofrecían un motivo de estudio continuo, y a Tenko nunca le faltaban alumnos. Entre ellos había uno que era casi un niño, pues apenas tenía diecisiete años de edad. Se llamaba Sawara Kameju y era su alumno más aventajado. Estaba con Tenko desde hacía un año, recién cumplidos los dieciséis. Y como Tenko había sido amigo de su padre, Sawara fue acogido en casa del artista y tratado como si fuera su propio hijo.

Tenko había tenido una hermana que estuvo al servicio del señor de Aki, con el que tuvo una hija. Si hubiera sido un niño, podría haber sido adoptado por la familia Aki, pero al tratarse de una niña, y de acuerdo con las costumbres japonesas, fue enviada de vuelta con la familia de su madre. De esta manera, Tenko hubo de hacerse cargo del bebé, que se llamaba Kimi. Con su madre muerta, la niña

llevaba viviendo con Tenko dieciséis años. Nuestra historia comienza con Kimi creciendo como una hermosa joven.

Tenko estaba muy unido a su hija adoptiva. La muchacha se dedicaba casi por completo a las tareas del hogar. Tenko la cuidaba como si fuera su propia hija en lugar de una sobrina ilegítima y confiaba en ella plenamente. Con la llegada del joven estudiante, el corazón de O-Kimi empezó a darle a su dueña muchos quebraderos de cabeza: la muchacha se enamoró perdidamente del joven. Sawara admiraba enormemente a O-Kimi, pero nunca había hablado de amor, pues se encontraba completamente absorto en sus estudios. Consideraba a Kimi una chica muy dulce y cada día comía con ella y disfrutaba de su compañía. Podría haber luchado por ella, e incluso haberla amado, pero nunca se había permitido el lujo de considerarla como otra cosa que una hermana. Así que llegó el día en que O-Kimi, con el corazón afligido de amor y aprovechando la ausencia de su guardián, que había ido al templo a pintar para los sacerdotes, hizo acopio de valor y le declaró su amor a Sawara. Le confesó que desde su llegada a casa su corazón no había conocido la paz. Ella lo amaba y, si él también la quería, se casaría con él. A esta simple y recatada solicitud, a la que siguió el ofrecimiento de un té, el joven Sawara solo pudo responder con su asentimiento. Después de todo, pensaba él: «Kimi es una chica muy hermosa y encantadora, y le gusto mucho, y ha de casarse algún día». Así que Sawara le dijo que la amaba y que le encantaría casarse con ella una vez completara sus estudios, para lo cual estimaba dos o tres años. Kimi estaba encantada y, en cuanto el buen Tenko regresó del templo de Korinji, ella informó a su guardián de cuanto había pasado.

Sawara volvió a sus estudios con renovado vigor y trabajó diligentemente, mejorando mucho su técnica de dibujo. Al finalizar el año, Tenko consideró que el joven ya estaba preparado para completar sus estudios en Kioto bajo la tutela de un viejo amigo suyo, un pintor llamado Sumiyoshi Myokei. Durante la primavera del sexto año de la Era Kioho, esto es en 1721, Sawara se despidió de

Tenko y de su preciosa sobrina O-Kimi y partió para la capital. Resultó una triste partida. Durante ese tiempo el amor hacia Kimi había arraigado profundamente en el corazón de Sawara. El joven juró solemnemente que en cuanto se hiciera un nombre, volvería para casarse con ella.

En aquellos días la correspondencia entre los japoneses era aún más pobre de lo que es ahora, y ni siquiera los amantes o los prometidos se escribían el uno al otro, como se muestra en muchos de los cuentos de este libro.

Después de que hubiera pasado un año de su partida, lo lógico sería pensar que Sawara hubiera escrito para informar a sus seres queridos de su situación, pero no lo hizo. Pasó otro año, y tampoco llegaron noticias suyas. En ese tiempo, a O-Kimi le salieron muchos admiradores que le pidieron a Tenko su mano, pero Tenko simplemente les decía que Kimi ya estaba prometida. Hasta que un día le oyó decir a Myokei, el pintor de Kioto, que Sawara estaba realizando espléndidos progresos y que estaba ansioso por que el joven se casara con su hija. Myokei decidió consultar primero a su viejo amigo Tenko, antes de hablar con Sawara. Tenko, por otro lado, había recibido de un rico mercader la petición de la mano de O-Kimi. ¿Qué debía hacer? Sawara no parecía que fuera a volver; al contrario, parecía que Myokei estaba ansioso por introducirlo en su familia. Tenko juzgaba esta opción muy provechosa para Sawara, pues consideraba a Myokei mejor profesor que él. Si Sawara se casaba con su hija, él pondría aún mayor interés en su alumno. También era provechoso que Kimi se casara con aquel rico y joven mercader si podía persuadirla de hacer tal cosa. Sin duda, sería difícil, pues su sobrina aún amaba a Sawara. Tenko, por el contrario, temía que él la hubiera olvidado. Así que ideó una pequeña estratagema: le diría a Kimi que Myokei le había escrito contándole que Sawara iba a casarse con su hija. Entonces, sintiéndose despechada, ella accedería a casarse con el joven mercader. Argumentando así en su mente, escribió a Myokei diciéndole que tenía su pleno consentimiento para hacer de Sawara su yerno y que

le deseaba mucho éxito en la tarea. Esa misma tarde habló con Kimi.

—Kimi —le dijo—, hoy he recibido noticias de Sawara a través de mi amigo Myokei.

—Oh, ¡venga, dímelas! —exclamó excitada Kimi—. ¿Ha acabado sus estudios y está preparando la vuelta? ¡Qué impaciente estoy por verlo! Podríamos casarnos en abril, cuando los cerezos están en flor y él podrá pintar un cuadro de nuestro primer almuerzo.

—Me temo, Kimi, que las noticias que he recibido no hablan de su vuelta. Al contrario, Myokei me ha pedido permiso para que Sawara se case con su hija. Como considero que tal propuesta no habría sido planteada si Sawara se hubiera mantenido fiel a ti, he respondido que no tengo ninguna objeción hacia esa unión. Y, al igual que a ti, tal noticia me aflige. Sin embargo, como tu tío y tutor debo hacer hincapié de nuevo en la conveniencia de tu matrimonio con Yorozuya, el joven mercader, el cual está profundamente enamorado de ti. Es, sin duda, el marido más idóneo; es más, debo insistir en este aspecto, ya que es lo que considero más apropiado.

La pobre O-Kimi rompió en lágrimas y en profundos sollozos, y sin decir ni una palabra se fue a su habitación. Tenko pensó que lo mejor sería no molestarla y dejarla sola durante esa noche. Por la mañana descubrió que su sobrina se había ido. Nadie supo adónde y no hubo indicio alguno que lo sugiriese.

En el norte, en Kioto, Sawara continuaba sus estudios ajeno a estos acontecimientos y fiel aún a O-Kimi. Tras recibir la misiva de Tenko en la que aprobaba su solicitud de convertir a Sawara en su yerno, Myokei le preguntó a su alumno si le haría ese honor.

—Cuando te cases con mi hija, seremos una familia de pintores. Creo que serás uno de los más célebres de toda la historia de Japón.

—Pero, señor —replicó Sawara—, tengo que rechazar el honor de casarme con vuestra hija, pues ya estoy prometido, y lo he estado durante estos tres años, a Kimi, la hija de Tenko. Es realmente extraño que él no os hubiera contado nada.

Myokei no tenía nada que responder a esto, pero Sawara tenía mucho en que pensar. Quizás consideró entonces lo necia que era esa costumbre japonesa de no cartearse con una mayor libertad. Por consiguiente, le escribió dos cartas a Kimi, pero no recibió respuesta. Entretanto, Myokei se resfrió y murió. Así que Sawara regresó a su aldea natal en Aki, donde fue recibido por Tenko, que pasaba solo su vejez. Cuando Sawara oyó que Kimi se había ido de casa sin dejar ninguna carta ni dirección, se enfadó mucho, pues nadie le contó el verdadero motivo.

—Es una persona mala y desagradecida —le dijo a Tenko—. He tenido mucha suerte al no casarme con ella.

—Sí, sí —contestó Tenko—, has sido muy afortunado, pero no tienes por qué estar tan enfadado. Las mujeres son seres extraños. Como bien dice el refrán: «Te encontrarás con una mujer verdaderamente honesta cuando veas llover hacia arriba y las gallinas pongan huevos cuadrados». Pero ven aquí, pues quiero decirte que, viejo y débil como estoy, es mi deseo hacerte el dueño de mi casa y de mis propiedades. Debes tomar mi nombre y casarte.

Disgustado como estaba por la conducta de O-Kimi, Sawara aceptó al momento. Le encontraron una esposa, una bonita joven, hija de un rico campesino, llamada Kiku. Tanto ella como Sawara vivieron felizmente junto al viejo Tenko, manteniendo su casa y continuando su legado. Sawara pintaba hasta en su tiempo libre. Poco a poco su fama creció. Un buen día, el señor de Aki lo hizo llamar y le encomendó la tarea de pintar los siete bellos paisajes de las islas de Kabakarijima (probablemente eran seis las islas). Las imágenes serían montadas en biombos dorados.

Ese era el primer encargo que recibía de un alto oficial. Sawara estaba muy orgulloso, y recorrió las Kabakari de arriba abajo realizando bocetos. También visitó las rocosas islas de Shokokujima, y el apenas habitado islote de Daikokujima, donde le sucedió una aventura.

Mientras paseaba a lo largo de la costa, se encontró con una chica bronceada por el sol y por el viento. Únicamente vestía una

sencilla prenda de algodón rojo sobre el cuerpo, y llevaba el cabello suelto sobre los hombros. Estaba recogiendo moluscos y tenía una cesta llena bajo el brazo. Sawara pensó que era extraño encontrarse con una mujer sola en un lugar tan inhóspito. Y mucho más le extrañó cuando le abordó con estas palabras:

—Usted es Sawara Kameju, ¿verdad?

—Sí —respondió Sawara—, soy yo. Pero es muy extraño que me conozcáis. ¿Podría preguntar quién sois?

—Sí, sé que te llamas Sawara, porque te conozco. Tú deberías saber quién soy yo sin preguntar, pues no soy otra que Kimi, con quien una vez estuviste prometido.

Sawara estaba asombrado y apenas sabía qué decir. Le preguntó a la joven cómo había acabado en esta isla solitaria. O-Kimi se lo explicó todo, y terminó diciendo, con una sonrisa de felicidad en la cara:

—Mi querido Sawara, dado que todo lo que me contaron era falso, y que no te casaste con la hija de Myokei, y que hemos permanecido fieles el uno al otro, podemos casarnos y ser felices después de todo. Piensa lo felices que seremos.

—¡Pero, ay, mi querida Kimi, eso no puede ser! Me contaron que te habías ido del lado de nuestro benefactor Tenko y abandonado la idea de casarte conmigo. ¡Oh, la mayor de las penas y de las crueldades! ¡Me convencí de que no me querías y me casé con otra!

O-Kimi no respondió, sino que echó a correr a lo largo de la orilla hacia una pequeña choza que había levantado con sus propias manos. Corría con rapidez y Sawara iba tras ella, llamándola: «Kimi, Kimi, detente y habla conmigo». Pero Kimi no se detuvo, y, tras entrar en la choza, agarró un cuchillo y se lo clavó en la garganta, cayendo de espaldas y desangrándose hasta morir. Sawara, muy afligido, rompió a llorar. Era una visión terrible la de aquella joven que hubiera podido ser su esposa muerta a sus pies totalmente cubierta de sangre, y habiendo sufrido tan horrible destino de sus propias manos. Enormemente impresionado, Sawara sacó un pedazo de papel de su bolsillo y dibujó un boceto de su cuerpo.

Luego, ayudado por el barquero, enterró a O-Kimi cerca de la rústica choza. Tiempo después, de nuevo en su casa y con el corazón apenado, pintó un cuadro de la joven muerta y lo colgó en su habitación.

Esa misma noche Sawara tuvo un sueño horrible. Al despertar descubrió que el *kakemono* parecía estar vivo: el fantasma de O-Kimi abandonó el papel y fue a plantarse cerca de su cama. Desde entonces, el fantasma se aparecía cada noche para acabar con el sueño y el descanso de Sawara. No había nada que hacer, pensaba él, excepto enviar a su esposa de vuelta con sus padres. Y así lo hizo. Además regaló el *kakemono* al templo de Korinji, donde los sacerdotes lo guardaron con gran cuidado, rezando diariamente por el espíritu de O-Kimi. Tras esto, Sawara no volvió a ver al fantasma nunca más.

El *kakemono* es conocido como el *Cuadro fantasma* de Tenko II, y se cree que aún permanece en el templo de Korinji, adonde fue llevado hace ahora doscientos cuarenta años.

El sake blanco

Hace dos mil años, o más, el lago Biwa, en la provincia de Omi, y el monte Fuji, en Suruga, fueron creados la misma noche. Aunque esta leyenda narra este insólito hecho, vosotros os sentiréis inclinados a decir —y tendréis todo el derecho de hacerlo—: «Maravillosos son los designios de la naturaleza»; pero, si os parece, hacedlo educadamente y sin frivolidad, ya que de otra manera ofenderéis en extremo al no comprender las ideas éticas de las historias del folclore japonés.

Como iba diciendo, en la época de este extraordinario acontecimiento geográfico, vivía un tal Yurine, un hombre de pocos medios incluso para los parámetros de entonces. Amaba el sake, y apenas pasaba un día sin probarlo. Yurine vivía cerca del lugar ahora conocido con el nombre de Sudzukawa, situado al norte del río Fujikawa.

Un día después del surgimiento del Fuji-san, Yurine enfermó y, por consiguiente, no pudo beber su taza de sake. La enfermedad empeoró y cuando Yurine llegó a la conclusión de que no le quedaba esperanza alguna de sobrevivir, decidió darse el placer de beber una taza de sake antes de morir. Por consiguiente, hizo llamar a su único hijo, Koyuri, un muchacho de catorce años y le encargó que le trajera algo de sake. Koyuri se quedó sumamente perplejo. No tenían sake en casa y no les quedaba ni una mísera moneda con la que comprarlo. Pero no quería llevar la contraria a su padre,

temiendo que su estado empeorase. Así que tomó su calabaza y se fue a caminar por la playa, preguntándose cómo podría conseguir lo que su padre quería. En esas estaba cuando escuchó una voz que lo llamaba por el nombre. Al alzar la vista hacia los pinos que bordeaban la playa, descubrió a un hombre y a una mujer sentados bajo un inmenso árbol. Sus cabellos y sus cuerpos eran de color escarlata. Al principio Koyuri se asustó, ya que nunca había visto nada igual, pero la voz que lo llamaba era amable, y el hombre estaba haciéndole señas para que se aproximara. Koyuri se aproximó con miedo, pero a la vez con el aplomo que caracteriza a los jóvenes japoneses. Al llegar al lado de los extraños seres, se dio cuenta de que estaban bebiendo sake de unas tazas planas y alargadas llamadas *sakadzuki*, y que a su lado, sobre la arena, había una inmensa jarra de la que sacaban el licor. Además, se dio cuenta de que el sake era de un color más blanco que cualquiera de los que hubiera visto antes. Pensando siempre en su padre, Koyuri descolgó su calabaza y les contó sobre la enfermedad de su progenitor, rogándoles algo de sake. El hombre rojo tomó la calabaza y la llenó. Tras expresar su gratitud, Koyuri corrió de vuelta a su casa, encantado.

—¡Aquí padre, aquí! —exclamó al entrar en su cabaña—. Te he traído el sake. El mejor que hayas visto nunca. Estoy seguro de que sabe tan bien como parece. Pruébalo y dime.

El anciano tomó el vino y lo bebió con avidez, expresando una gran satisfacción y declarando que sin duda era el mejor sake que había probado nunca. Al día siguiente quiso más. Y el joven se encontró de nuevo con sus dos amigos de color escarlata, que de nuevo le llenaron la calabaza. En resumen, Koyuri llenó su calabaza durante cinco días seguidos, lo que quería decir que su padre había recobrado el ánimo y prácticamente la salud.

En la cabaña de al lado vivía un antipático vecino que también era aficionado al sake, pero era demasiado pobre para procurárselo. Se llamaba Mamikiko. Al escuchar que Yurine había estado bebiendo sake durante los últimos cinco días, se puso muy celoso.

Llamó a Koyuri y le preguntó de dónde lo había sacado. El muchacho le explicó que lo había conseguido de unas personas muy extrañas de cabellos escarlata que había encontrado cerca de un enorme pino hacía varios días.

—Pásame tu calabaza para probarlo —exigió Mamikiko, arrebatándosela bruscamente—. ¿Piensas que tu padre es el único lo suficientemente bueno para este sake? llevándose la calabaza a los labios comenzó a beber. Pero la arrojó al suelo con disgusto un segundo más tarde, escupiendo lo que tenía en la boca.

—¿Qué basura es esta? —gritó—. ¡A tu padre le das el más excelente sake y a mí me das agua sucia! ¿Qué está pasando aquí? le dio una sonora bofetada, y le obligó a guiarle hasta donde estaban sus rojos amigos, diciéndole:

—¡Te golpearé de nuevo si no consigo algo de buen sake! ¡Te lo aseguro!

Koyuri le enseñó el camino mientras lloraba debido a la pérdida del sake que Mamikiko había tirado y al temor a que sus rojos amigos se enfadaran. Encontraron a los extraños en el mismo lugar, bebiendo y haciendo lo de siempre. Mamikiko se quedó sorprendido por su aspecto, pues no había visto nada así antes. Sus cuerpos eran de color rosa, como las flores de cerezo cuando brillan al sol, mientras que sus largos cabellos carmesíes lo aterraban. Ambos estaban desnudos, salvo por una faja verde hecha de una curiosa alga.

—Bueno, joven Koyuri, ¿por qué estás llorando y por qué vuelves tan pronto? ¿Ya se ha bebido tu padre el sake? Si es así, debe de ser tan aficionado a él como nosotros.

—No, no, mi padre no lo ha bebido. Pero Mamikiko, este señor que viene conmigo, me lo arrebató y bebió un trago. Entonces lo escupió diciendo que no era sake. Luego arrojó el resto y me hizo traerlo hasta aquí. ¿Podríais darme algo más para mi padre?

El hombre de rojo rellenó la calabaza y le dijo que no se preocupara. Pareció hacerle gracia que Koyuri le contara que Mamikiko lo había escupido.

—Yo soy tan aficionado al sake como el que más —gritó Mamikiko—. ¿Podríais darme algo?

—Oh, sí. Sírvete tú mismo —dijo el hombre escarlata—. Sírvete tú mismo.

Mamikiko llenó la taza más grande, y llevándosela a la nariz, aspiró la fragancia, que era deliciosa. Pero en cuanto la puso en sus labios, su rostro cambió, y tuvo que escupirla de nuevo, ya que su sabor era nauseabundo.

—¿Qué significa todo esto? —gritó airado.

Y el hombre rojo le respondió aún más airado:

—Tú no pareces darte cuenta de quién soy yo. Bien, entonces te diré que soy un *shojo*[69] de alto rango y vivo en lo más profundo del océano, cerca del palacio del Dragón del Mar. Hace poco tuvimos noticia de que una montaña sagrada se había levantado al lado del mar y, como era un buen augurio, una señal de que el imperio de Japón perdurará siempre, he venido a verlo. Mientras disfrutaba del magnífico paisaje de Suruga, me encontré con este buen muchacho, Koyuri, que me pidió sake para su pobre y enfermo padre, y le di algo. Ahora bien, este no es un sake ordinario: es sagrado. Aquellos que lo beben viven para siempre y mantienen su juventud; es más, cura todas las enfermedades, e incluso los achaques de la edad. Pero tienes que saber que toda medicina puede convertirse en un veneno. Así, este dulce y sagrado vino blanco solo es bueno cuando quien lo prueba es virtuoso, y tiene mal sabor y resulta venenoso para el indigno. Por eso sé que si este vino te sabe mal, es porque eres un individuo malvado, egoísta y codicioso.

Y ambos *shojos* se rieron de Mamikiko, quien al oír que las pocas gotas que había tragado podían actuar como un veneno y producirle la muerte, comenzó a llorar arrepintiéndose de su conducta. Imploró clemencia y perdón por su vida, y juró que cambiaría si le daban una oportunidad. Entonces el *shojo*, sacando unos polvos de una cajita, se los entregó a Mamikiko para que los tomara con algo de sake y le dijo:

—Es mejor arrepentirse y cambiar cuando se es viejo que no

hacerlo nunca.

Mamikiko se lo bebió todo esta vez. El vino era dulce y delicioso: le fortaleció y le hizo sentirse bien. De este modo se reformó y llegó a convertirse en un hombre bueno. Recuperó su amistad con Yurine y desde entonces trató a Koyuri con bondad.

Algunos años más tarde, Mamikiko y Yurine construyeron una choza en la falda sur del Fuji-san, donde elaboraron sake blanco con una receta entregada por el *shojo* y se lo administraron a todos aquellos que habían sufrido envenenamiento por sake. Tanto Mamikiko como Yurine vivieron trescientos años.

En la Edad Media, un hombre que había oído esta historia elaboró sake blanco al pie del monte Fuji, lo hizo con levadura de arroz, y la gente se hizo muy aficionada a él. Incluso hoy el sake blanco es elaborado al pie de la montaña, y se ha convertido en un licor famoso, originario del Fuji. Yo mismo lo bebí en 1907, sin ningún temor de vivir mucho más allá de mis cincuenta y cinco años.

La belleza ciega

Hace cerca de trescientos años, o para ser precisos y haciendo caso al que me ha transmitido la leyenda, en el segundo año de la Era Kwanei —que podría ser el 1626, ya que la Era Kwanei comienza en el año 1624 y termina en el 1644—, vivió en Maidzuru, provincia de Tango, un joven llamado Kichijiro.

Kichijiro había nacido en la aldea de Tai, de donde su padre era nativo, pero a la muerte de este, tuvo que trasladarse junto con su hermano mayor, Kichisuke, a Maidzuru. A excepción de un tío, su hermano era el único familiar que le quedaba con vida, y lo había cuidado y educado durante cuatro años, desde que tenía once años hasta los quince. Kichijiro se sentía muy agradecido, pero ahora que había cumplido los quince estaba decidido a no depender más de él y a labrarse su propio camino en la vida.

Tras algunas semanas de búsqueda, Kichijiro encontró empleo con Shiwoja Hachiyemon, un mercader de Maidzuru. Trabajó duro y pronto se ganó la simpatía de su jefe; de hecho, Hachiyemon tenía en muy alta estima a su aprendiz, que se convirtió en su empleado favorito. Así, prefiriéndole a él antes que a otros empleados más antiguos, Hachiyemon finalmente le confió la llave de sus cajas fuertes, que contenían valiosos documentos y una gran suma de dinero.

Por otra parte, Hachiyemon tenía una hija de la edad de su empleado, de gran belleza, que además estaba perdidamente

enamorada de Kichijiro, aunque el muchacho nada sabía. La joven se llamaba Ima, O-Una-san, y era una de esas muchachas encantadoramente rubicundas y de expresión alegre que solo Japón puede producir: una mezcla de color amarillo y rojo, con el cabello negro como el ala del cuervo. Ima le dedicaba cumplidos a Kichijiro a todas horas, pero él apenas pensaba en el amor. Intentaba hacerse un lugar en el mundo y el matrimonio era algo que no entraba en sus planes.

Apenas seis meses después de haber sido empleado por Hachiyemon, Kichijiro gozaba ya de la más alta estima de su señor. Esto no era del agrado de los otros empleados, que estaban celosos de él. Sobre todo uno. Se llamaba Kanshichi, y lo odiaba no solo porque era el favorito del mercader, sino porque estaba enamorado de O-Ima, a pesar de que la joven le había despreciado una vez que intentó declararle su amor. Tan grande llegó a ser ese odio que finalmente Kanshichi juró vengarse de Kichijiro; y si fuera necesario, de su amo Hachiyemon y de su hija O-Ima también. Así de malvado e intrigante era este hombre.

Un día surgió la oportunidad. Tanta era la confianza que su señor tenía en Kichijiro, que lo envió a Kasumi, provincia de Tajima, para negociar la compra de un navío. Mientras estaba fuera, Kanshichi irrumpió en la habitación donde estaba confinada la caja de caudales y tomó de ella dos sacos que contenían monedas de oro por valor de doscientos *ryo*. Tras borrar todas las pruebas de su acción, Kanshichi volvió tranquilamente a su trabajo. Dos o tres días más tarde Kichijiro regresó, habiendo cumplido con éxito su misión, y tras dar parte a su señor, reemprendió sus quehaceres diarios. Al examinar la caja de caudales, Kichijiro descubrió que habían desaparecido doscientos *ryo* de oro y así lo comunicó. La oficina y la casa entera se sumieron en un estado de gran excitación.

Tras varias horas de búsqueda, el dinero fue encontrado en un *koro*, el quemador de incienso que pertenecía a Kichijiro, que fue el primer sorprendido. Fue Kanshichi quien lo descubrió, naturalmente, después de haberlo colocado allí él mismo. Sin embargo, no acusó

a Kichijiro de haber robado el dinero, pues sus planes eran más retorcidos. Al encontrar allí el dinero, sabía que Kichijiro tendría que decir algo. Por supuesto, este declaró su inocencia y afirmó que cuando había partido para Kasumi, el dinero se encontraba en la caja fuerte, ya que lo había comprobado antes de partir. Hachiyemon estaba profundamente angustiado. Creía en la inocencia de Kichijiro, pero ¿cómo probarla? Al ver que su amo no creía en la culpabilidad de Kichijiro, Kanshichi decidió actuar de tal manera que su amo no tuviera más alternativa que echar a su odiado rival. Así que se acercó a su señor y le dijo:

—Señor, como vuestro empleado principal que soy, debo deciros que, aunque quizás Kichijiro sea inocente, los indicios apuntan lo contrario. De otra manera ¿cómo podría haber llegado el dinero hasta su *koro*? Si él no es castigado, la culpa del robo recaerá sobre todos vuestros empleados, vuestros fieles sirvientes. Entonces, todos, incluido yo mismo estaríamos obligados a abandonar vuestro servicio y vos no podríais continuar con vuestros negocios. Por lo tanto, me arriesgo a deciros, señor, que resultaría aconsejable para vuestros propios intereses despedir al pobre Kichijiro, por cuya desgracia siento una profunda pena.

Conociendo la fuerza de su argumento, Hachiyemon accedió. Y mandó llamar entonces a Kichijiro, a quien le dijo:

—Kichijiro, aunque me duela mucho, me veo obligado a despedirte. No creo en tu culpabilidad, pero sé que si no te despido, todos mis empleados me abandonarán y entonces me arruinaré. Para mostrarte que creo en tu inocencia, te diré que mi hija Ima te ama y que, si estás dispuesto, una vez hayas demostrado tu inocencia, nada me agradaría más que convertirte en mi yerno. Vete ahora. Piensa en cómo probar tu inocencia. Mis mejores deseos están contigo.

Kichijiro estaba abatido. Ahora que tenía que irse, descubrió que comenzaba a sentir algo más que añoranza por la compañía de la dulce Ima. Con lágrimas en los ojos, le juró que volvería, probaría su inocencia y se casaría con Ima. Antes de partir se citó con Ima y en

este primer encuentro amoroso los dos jóvenes prometieron no descansar hasta que el intrigante ladrón fuera descubierto. Entonces nadie les podría separar de nuevo.

Kichijiro volvió al lado de su hermano Kichisuke, a la aldea de Tai, para consultar cuál sería el mejor medio de restablecer su reputación. Tras unas pocas semanas, y gracias a la mediación de su hermano, consiguió entrar a trabajar en Kioto para su único tío vivo. Allí trabajó duro durante cuatro largos años, proporcionándole una buena reputación a su empresa, y ganándose la admiración de su tío, quien le hizo heredero de sus cuantiosos bienes y le entregó una participación en sus negocios. Kichijiro descubrió que ya era rico a la temprana edad de veinticinco años.

Mientras tanto, la calamidad se había cernido sobre la bella O-Ima. Después de que Kichijiro hubiera dejado Maidzuru, Kanshichi comenzó a incordiarla con sus atenciones. Ella no le hacía caso, ni siquiera le dirigía la palabra. Eso exasperó tanto a Kanshichi que finalmente comenzó a abordarla. Hasta que un día se puso violento y quiso llevársela por la fuerza. Entonces la muchacha se quejó a su padre, y Kanshichi fue despedido.

Esto simplemente hizo que el enfado del villano Kanshichi aumentase. Siguiendo el proverbio japonés que dice: *Kawaisa amatte nikusa ga hyakubar*, esto es, que del amor al odio hay un paso, a Kansichi le ocurrió que su amor se convirtió en odio. Solo pensaba en vengarse de Hachiyemon y O-Ima. Lo más fácil sería, concluyó, provocar un incendio en su casa, en las oficinas y en los almacenes donde guardaba las mercancías, pues eso los arruinaría. Así que una noche Kanshichi se dispuso a poner en marcha su plan. El éxito fue completo excepto por que fue pillado con las manos en la masa y recibió el más severo de los castigos. Esa fue la única satisfacción que obtuvo Hachiyemon. Completamente arruinado se vio obligado a despedir a sus empleados y abandonar los negocios, pues era demasiado mayor para empezar de nuevo.

Con lo justo para subsistir, Hachiyemon y su bella hija vivían en una choza barata a la orilla del río, donde el único placer que le

quedaba a Hachiyemon era pescar carpas y *jakko*. Durante tres años vivieron en la miseria. Pasado ese tiempo, Hachiyemon enfermó y murió. La pobre O-Ima quedó abandonada a su suerte, tan bonita como siempre pero enlutada. Los pocos amigos que le quedaban habían intentado persuadirla de casarse con alguien, con cualquiera, le dijeron, ya que eso era mejor que vivir sola. Pero la joven hizo oídos sordos a este consejo.

—Es mejor vivir miserablemente sola —les dijo— que casarse con alguien a quien no quieres. No puedo amar a nadie más que a Kichijiro, aunque sé que no le veré de nuevo.

Sin saberlo, la joven estaba en lo cierto. Las desgracias nunca vienen solas. La pobre muchacha iba a sufrir más problemas. Una enfermedad la atacó a los ojos: no habían pasado dos meses desde la muerte de su padre cuando la pobre muchacha se quedó ciega, sin nadie que quisiera cuidarla, excepto una anciana sirvienta que había permanecido a su lado a pesar de todos sus problemas. O-Ima apenas tenía suficiente dinero como para pagar el arroz con el que subsistir.

Fue justo en esa época en que el éxito de Kichijiro se consolidó: su tío le había entregado la mitad de la participación de sus negocios, y en su testamento le legaba la mayor parte de sus propiedades. Entonces Kichijiro tomó la decisión de volver a Maidzuru, presentarse a su antiguo amo y reclamar la mano de su hija O-Ima. Tras enterarse de la triste historia de su decadencia y ruina, y también de la ceguera de Ima, Kichijiro se apresuró a la choza de la joven. La pobre O-Ima salió a recibirlo con los brazos abiertos, llorando amargamente y diciendo:

—¡Mi amado Kichijiro! Encontrarme de nuevo contigo es el más duro revés que he sufrido. Más aún que la pérdida de mi visión, ya que ahora que has vuelto, no puedo verte. ¡Y apenas puedes imaginarte lo mucho que lo he esperado! Es el peor revés de todos. Ahora no puedes casarte conmigo.

Kichijiro la consoló diciéndole:

—Querida Ima, no deberías precipitarte en tus conclusiones. Yo

nunca he dejado de pensar en ti. Es más, mi amor por ti nunca ha dejado de crecer. Ahora tengo propiedades en Kioto; pero si lo prefieres, viviremos en esta cabaña. Yo estoy dispuesto a hacer lo que tú quieras. Es mi deseo restablecer los negocios de tu padre en reconocimiento hacia tu familia. Pero primero y antes de nada debemos casarnos para no separarnos jamás. Lo haremos mañana mismo. Luego iremos juntos a Kioto a ver a mi tío, y le pediremos consejo. Él siempre es bueno y amable, ya verás como te gustará. A él seguro que le gustas.

Al día siguiente partieron hacia Kioto. Kichijiro visitó a su hermano y a su tío, quienes no le pusieron ninguna objeción a su prometida, a pesar de su ceguera. Es más, el tío estaba tan encantado con la fidelidad de su sobrino que allí mismo le entregó la mitad de sus ganancias. Kichijiro construyó entonces una nueva casa y nuevas oficinas en Maidzuru, justo donde se habían levantado las de Hachiyemon. Restableció completamente sus negocios, e incluso adoptó el nombre de Shiwoya Hachiyemon II, como se suele hacer en Japón (lo cual crea una gran confusión en los europeos que estudian arte japonés, ya que los alumnos a menudo adoptan los nombres de sus maestros, cambiando únicamente el ordinal: primero, segundo, etc.).

En el jardín de su casa de Maidzuru había una colina artificial, y en ella Kichijiro había erigido una lápida en memoria de Hachiyemon, su suegro. Al pie de la colina erigió otra en memoria de Kanshichi. Así recompensaba la vil maldad de Kanshichi con bondad, y mostraba al mismo tiempo que los que hacen el mal no pueden esperar lugares altos. Esperaba también que los espíritus de los dos difuntos se reconciliaran en el más allá.

En Maidzuru creen que esas estelas votivas aún existen.

El secreto del estanque de Iidamachi

En el primer año de la Era Bunkiu, entre los años 1861-1864 del calendario gregoriano, en Kasumigaseki, distrito de Kojimachi, vivía un hombre llamado Yehara Keisuke. Era un *hatomoto*, esto es, un vasallo del *shogun*, y un hombre a quien se le debía respeto. Pero aparte de eso, Yehara era muy querido por su corazón bondadoso y por su equidad en sus tratos con la gente.

En Iidamachi vivía a su vez otro *hatomoto*, Hayashi Hayato, que llevaba casado cinco años con la hermana de Yehara. Ambos eran muy felices, y su hija, de cuatro años de edad, era la niña de sus ojos. Aunque bastante deteriorada, vivían en una quinta que era de su propiedad; con un estanque enfrente y dos granjas. La propiedad entera abarcaba cerca de doscientos acres, de los cuales la mitad estaban cultivados. Así que Hayashi era capaz de ganarse la vida sin apenas trabajar. En verano pescaba carpas y pasaba el invierno escribiendo, de tal manera que la gente lo consideraba una suerte de poeta.

En la época en que transcurre nuestra historia, Hayashi, aparte de plantar arroz y *sato-imo* (patata dulce), tenía poco que hacer. Se pasaba el tiempo con su esposa, o pescando en sus estanques, que contenían enormes *suppon* (tortugas acuáticas) y *koi* (carpas). Pero de repente, las cosas se torcieron.

Una mañana Yehara fue sorprendido por la visita de su hermana O-Komé.

—He venido, querido hermano —le dijo—, a rogarte que me ayudes a obtener el divorcio de mi marido.

—¡El divorcio! ¿Por qué quieres divorciarte? ¿Acaso no estás siempre diciendo que eres feliz junto a tu marido, mi querido amigo Hayashi? ¿Por qué súbita razón deseas el divorcio? Recuerda que llevas casada con él desde hace cinco años. Tiempo suficiente para demostrar que has sido feliz hasta ahora y que Hayashi te ha tratado bien.

Al principio O-Komé no le dio ninguna razón por la que deseara separarse de su marido, pero al final confesó:

—Hermano, no pienses que Hayashi haya sido desagradable. Él es muy amable, y nos amamos profundamente el uno al otro. Pero, como sabes, la granja en la que vivimos ha pertenecido a la familia de Hayashi desde hace trescientos años. Nada le persuadiría de cambiar su lugar de residencia. Algo que tampoco hubiese deseado hasta hace doce días.

—¿Qué ha pasado en esos doce días para que hayas cambiado de opinión? —preguntó Yehara.

—Querido hermano, no puedo aguantarlo por más tiempo —fue la contestación de su hermana—. Hace doce días todo iba bien, pero entonces sucedió una cosa terrible. Era una noche oscura y hacía mucho calor. Yo estaba sentada fuera de nuestra casa observando las nubes cruzar ante la luna y hablando con nuestra hija. Repentinamente, como si caminara sobre los lirios del estanque, apareció una silueta blanca. ¡Era tan blanca y tan húmeda, y parecía tan triste! Parecía haber surgido del estanque y flotaba en el aire. Entonces se aproximó a mí lentamente, hasta estar a una distancia de diez pies[70]. Al aproximarse, mi hija gritó: «¿Por qué viene O-Sumi, madre? ¿Conoces a O-Sumi?».

»Le contesté que no creía conocer a esa tal O-Sumi, pero en realidad me sentía tan asustada que apenas sabía qué decir. Resultaba horrible mirar a la silueta. Parecía una joven de dieciocho

o diecinueve años, y llevaba el cabello suelto y enmarañado sobre sus blancas y empapadas vestiduras.

»“¡Ayudadme, ayudadme!”, gritó la figura. Pero yo me asusté tanto que me cubrí los ojos con las manos y grité a su vez llamando a mi marido. Él salió de la casa y me encontró desvanecida, con nuestra hija a mi lado, aterrorizada también. Hayashi no había visto nada. Nos llevó a ambas adentro y cerró las puertas, y me dijo que habría sido un sueño.

»“Quizás”, añadió sarcásticamente, “has visto al *kappa* que se cree que vive en el estanque, y que nadie de mi familia ha conseguido ver en más de cien años”. Eso es lo único que dijo mi marido al respecto.

»Sin embargo, la noche siguiente, cuando estábamos en la cama, mi hija me agarró de repente pegando chillidos de terror:

»“¡O-Sumi! ¡Aquí viene O-Sumi! ¡Es horrible! ¿Oh, madre, acaso no puedes verla?”.

»Y la vi. Allí estaba, de pie y goteando a tres pies de mi cama. Su blancura, su humedad y su cabello enmarañado le daban aquella horrible apariencia. “¡Ayudadme!, ¡ayudadme!”, gritó la figura; y entonces desapareció. Después de este incidente, no pude dormir, y tampoco pude conseguir que mi hija lo hiciera. Todas las noches siguientes el fantasma volvió a aparecerse. O-Sumi, como mi hija la llama.

»Prefiriría morir antes que permanecer por más tiempo en esa casa, que se ha convertido en una pesadilla tanto para mí como para mi hija. Mi marido no puede ver al fantasma y únicamente se ríe de mí. Es por eso que no veo más solución a este asunto que el divorcio.

Yehara le dijo a su hermana que hablaría con Hayashi al día siguiente y la envió de vuelta con su marido esa misma noche.

Al día siguiente, cuando Yehara le llamó, Hayashi, tras escuchar lo que el visitante tenía que decir, le respondió:

—Esto es muy extraño. He nacido en esta casa y llevo viviendo en ella desde hace veinte años. Nunca he visto ningún fantasma ni

he oído nada sobre él. Mis padres nunca aludieron siquiera a ningún fantasma. Preguntaré a todos mis vecinos y sirvientes, y averiguaré si ellos saben algo del fantasma o si conocen a alguien que haya sufrido una muerte prematura. Tiene que haber algo. Es imposible que mi pequeña conozca ese nombre, «O-Sumi». Por aquí no hay nadie que se llame así.

Hayashi realizó las pesquisas, pero no sacó nada en claro ni de los sirvientes ni de los vecinos. Concluyó entonces que, al estar el fantasma siempre húmedo, el misterio se resolvería secando el estanque. Quizás al hacerlo, encontrarían los restos de alguna persona asesinada, cuyos huesos pedían un entierro decente y unas oraciones sobre su tumba.

El estanque era viejo y profundo. Estaba cubierto por plantas acuáticas, pues desde que Hayashi tenía memoria nunca había sido vaciado. Se creía que estaba habitado por un *kappa*, una bestia mítica medio hombre medio tortuga. En cualquier caso, allí había muchas tortugas acuáticas, cuya captura compensaría el gasto del vaciado del estanque. Apartaron el dique del estanque, y al día siguiente apenas quedaba una charca en su zona más profunda. Hayashi decidió limpiar incluso ese charco y cavar en el barro que había debajo. En ese momento apareció la abuela de Hayashi, una anciana de ochenta años, y dijo:

—No sigas. Te contaré todo sobre el fantasma. O-Sumi no ha encontrado descanso, y es verdad que su fantasma se aparece. Sigo consternada, aun en mi vejez, ya que fue todo por mi causa. Fue todo por mi pecado. Escucha, te lo contaré todo.

Todos se quedaron asombrados ante esas palabras, sintiendo que un gran secreto estaba a punto de revelarse. La anciana continuó:

—Cuando Hayashi Hayato, tu abuelo, estaba vivo, teníamos una bella sierva de diecisiete años llamada O-Sumi. Tu abuelo se enamoró de ella y ella le correspondió. Yo tenía treinta años en esa época y estaba celosa, pues mi belleza comenzaba a marchitarse. Un día que tu abuelo estaba fuera, llevé a O-Sumi hasta el estanque

y la golpeé con crueldad. Durante el forcejeo ella se cayó al agua y se enredó entre las hierbas. Creyendo que el agua era poco profunda y que podría salir, allí la dejé. No fue así y se ahogó. Tu padre la encontró muerta a su regreso. Por aquel entonces los oficiales no eran muy exigentes con sus pesquisas. La joven fue enterrada. Nadie me hizo ninguna alusión a su muerte y el asunto fue olvidado. Hace catorce días se cumplió el quincuagésimo aniversario de la tragedia. Quizás esa es la razón de la aparición del fantasma y por eso la niña sabe su nombre. Como tu hija dice, la primera vez que se apareció, O-Sumi le comunicó su nombre.

La anciana temblaba de miedo, y aconsejó a todos decir oraciones en la tumba de O-Sumi. Así lo hicieron, y el fantasma nunca fue visto de nuevo. Hayashi dijo:

—Aunque soy samurái y he leído mucho, nunca había creído en fantasmas, hasta ahora.

El espíritu de Yenoki[71]

Hay una montaña en la provincia de Idsumi llamada Oki-yama (u Oji-yama), que pertenece a la cordillera Mumaru-yama; aunque tampoco apostaría por que sea ese su nombre exacto. Digamos que esta historia me la contó Fukuga Sei, y la tradujo el señor Ando, nuestro intérprete de japonés en Kobe. Ambos se han referido a la montaña como Oki-yama. Se cree que en su cima existe desde tiempo inmemorial un templo dedicado a Fudō-myo-o (*Achala* en sánscrito, que significa «inamovible»). Es un dios al que siempre se le representa rodeado de fuego. Sentado sin queja alguna como un ejemplo para los demás, porta una espada en una mano y una soga en la otra, como advertencia de que el castigo espera a todo aquel que no es capaz de sobrellevar con honor las dolorosas pruebas de la vida. Como iba diciendo, en la cima de Oki-yama (alta o gran montaña) se levanta un vetusto templo dedicado a Fudō, y muchos son los peregrinos que lo visitan anualmente. La montaña está cubierta por un manto de bosque, y allí se pueden encontrar magníficos ejemplares de criptomeria, alcanfor o pino.

Hace muchos años, en los días en que transcurre nuestra historia, únicamente vivían allí un puñado de sacerdotes. Entre ellos había un hombre de mediana edad, medio sacerdote, medio cuidador del templo, llamado Yenoki. Yenoki había vivido en el templo durante veinte años. Durante todo ese tiempo jamás había echado ni siquiera un vistazo a la estatua de Fudō, cuya custodia no

era de su responsabilidad. Esta se guardaba bajo llave en una capilla a la que solo tenía acceso el sumo sacerdote, que era el único autorizado a verla. Pero un día la curiosidad pudo con Yenoki. Por la mañana temprano, como la puerta de la capilla no estaba cerrada, Yenoki echó un vistazo dentro, pero no pudo ver nada. Al volver a la luz de nuevo, descubrió que había perdido la visión en el ojo con el que había mirado; estaba ciego como un topo del ojo derecho.

Sintiendo que el castigo divino se había ensañado con él y que los dioses debían de estar enfadados, decidió purificarse y ayunó durante cien días. Pero se equivocó al elegir esta manera de mostrar devoción y arrepentimiento, y no logró apaciguar a los dioses. Más bien sucedió todo lo contrario: los dioses lo convirtieron en un *tengu*, uno de esos diablos narizones que se dice moran en las montañas y son grandes maestros de las artes marciales. Pero Yenoki siguió considerándose un sacerdote al que comenzaron a llamar «Ichigan Hoshi», que significa el sacerdote tuerto. Así pasó un año, al cabo del cual Yenoki falleció. Se cree que su espíritu penetró en una enorme criptomeria de la ladera oriental de la montaña. Después de eso, siempre que los marineros cruzaban el mar de Chinu (bahía de Osaka), si había tormenta, rezaban al sacerdote ciego invocando su ayuda; y si vislumbraban una luz en la cima del Oki-yama, era señal evidente de que, no importaba cuán agitado estuviera el mar, su barco no se perdería. De hecho, se cree que tras la muerte del sacerdote tuerto cobró más importancia su espíritu y el árbol en el que buscó refugio que el templo mismo. Al árbol lo llamaban la Morada del Sacerdote Tuerto, y nadie se atrevía a aproximarse a él; ni siquiera los leñadores, que eran habituales en las montañas. Producía un temor reverencial y era objeto de veneración.

Al pie del Oki-yama había una aldea solitaria, separada de las otras por dos *ri* (unas cinco millas), y solo contaba con ciento treinta casas. Todos los años los aldeanos solían celebrar el *Bon* tomando parte, cuando llegaba el fin del festival, en una danza conocida

como *Bon Odori*. Como tantas otras cosas en Japón, entre el *Bon* y el *Bon Odori* existía un gran contraste. El *Bon* era una ceremonia dedicada a los espíritus de los difuntos, quienes se suponía que regresaban a la tierra durante tres días todos los años para visitar las capillas familiares. Se trata de una festividad parecida a nuestro Día de Difuntos. El *Bon Odori*, en cambio, es una danza que varía considerablemente en las distintas provincias. Está, sobre todo, confinada a las aldeas. (Aunque sea prácticamente una copia de esta, el baile de las *geishas* de Kioto no se puede calificar como danza *Bon Odori*). Se podría decir que se trata de una danza de chicos y chicas que se prolonga durante toda la noche en la plaza del pueblo o en el prado comunal. Durante las tres o cuatro noches que dura el festival, se suceden las oportunidades del flirteo más descarado. No existen las carabinas y, como se suele decir, todo el mundo «está en el ajo». Hasta las doncellas más virtuosas pasan la noche fuera como si fuesen jovencitas ligeras de cascos. En la aldea en que transcurre la acción de nuestra historia, tal cosa está permitida no solo a las doncellas, sino incluso a las mujeres casadas.

Y así sucedió que la aldea al pie de la montaña de Oki-yama, tan alejada de otras aldeas, asumió una moral más relajada. Desapareció cualquier restricción a lo que una joven pudiera hacer durante las noches de *Bon Odori*. Y todo siguió de esta manera hasta que, finalmente, la anarquía se apoderó del festival.

Tras un *Bon* particularmente festivo, durante una hermosa noche de luna llena de agosto, la querida y encantadora hija de Kurahashi Yozaemon, O-Kimi, de dieciocho años, se dirigía a encontrarse en secreto con su amante Kurosuke. Tras cruzar al lado de la última casa del pueblo, la joven llegó a una espesa arboleda. De pie junto a ella había un hombre al que O-Kimi tomó en un primer momento por su amante. Sin embargo, al aproximarse, descubrió que no se trataba de Kurosuke, sino de un apuesto joven de unos veintitrés años. Él no le dirigía la palabra, al contrario, siempre se mantenía un poquito alejado de ella. Si ella se acercaba, él retrocedía. Tan guapo

era el joven, que O-Kimi sintió que se estaba enamorando de él.

—¡Oh, con qué fuerza palpita mi corazón cuando estoy a su lado! Después de todo, ¿por qué no abandonar a Kurosuke? Él no es tan guapo como este hombre a quien ya amo sin haber intercambiado una sola palabra con él. Ahora que conozco a este hermoso doncel creo que odio a Kurosuke.

Tras decir estas palabras, O-Kimi vio que el joven le sonreía y le hacía señas, y como era una joven disoluta y de moral distraída, lo siguió y no se la volvió a ver. Su familia estaba muy preocupada y le dio muchas vueltas al asunto, pero pasó una semana y O-Kimi no regresó.

Unos días más tarde, Tamae, la hija de dieciséis años de Kinsaku, que amaba en secreto al hijo del cacique del pueblo, estaba aguardándole en los terrenos del templo, al lado de la estatua de piedra de Jizodo (en sánscrito, Kshitigarbha, patrón de las mujeres y de los niños), cuando de repente apareció a su lado un apuesto joven de unos veintitrés años de edad. Al igual que O-Kimi, Tamae se sintió también enormemente cautivada por la belleza del joven; tanto que cuando él la tomó de la mano y se la llevó, ella no realizó ningún esfuerzo por resistirse, y también desapareció.

Y así ocurrió que hasta nueve jóvenes de naturaleza apasionada desaparecieron de la pequeña aldea. En treinta millas a la redonda, nadie dejó de comentar el asunto, ni de decir cosas desagradables. En la misma aldea de Oki-yama los ancianos decían:

—Sí, debe de ser que la desvergüenza de nuestros jóvenes a raíz del *Bon Odori* ha provocado la ira de Yenoki San. Quizás sea él quien se aparece con la forma de este hermoso joven y se lleva a nuestras hijas.

En poco tiempo, casi todos estuvieron de acuerdo en que debían sus pérdidas al espíritu del árbol Yenoki. En cuanto esta idea arraigó, la mayor parte de los lugareños se encerró a cal y canto en sus casas tanto de día como de noche. Descuidaron sus granjas, dejaron de cortar la madera de la montaña, abandonaron los negocios. Los rumores sobre este estado de cosas se extendieron y

el señor de Kishiwada, muy contrariado, hizo llamar a Sonobé Hayama, el más famoso espadachín de esa parte de Japón.

—Sonobé, eres el hombre más valiente que conozco, además del mejor luchador. Por esa razón debes ir a inspeccionar el árbol donde dicen que mora el espíritu de Yenoki. Habrás de actuar con discreción. Dejo a tu criterio cómo has de proceder para desvelar el misterio de la desaparición de las nueve jóvenes.

—Mi señor —respondió Sonobé—, mi vida es vuestra. Acabaré con el misterio o moriré en el intento.

Después de esta entrevista con su señor, Sonobé regresó a su casa, donde realizó unos ritos de purificación: ayunó y se bañó en agua fría durante una semana. Hecho esto, partió para Oki-yama.

Corría el mes de octubre, cuando —para mi gusto— los montes muestran su mejor cara. Sonobé ascendió a la montaña y se fue derecho al templo, al que llegó a las tres de la tarde tras una dura ascensión. Allí rezó ante la estatua del dios Fudō durante media hora. Después cruzó el estrecho valle que llevaba al pie de la montaña Oki-yama y hacia el árbol donde moraba el espíritu del sacerdote tuerto, Yenoki.

Fue una subida larga y escarpada. No había caminos pues incluso los más osados leñadores evitaban la montaña y no soñaban siquiera con acercarse al árbol Yenoki. Sonobé estaba bien entrenado y era un valiente guerrero. Los bosques eran espesos y una fría humedad surgida del torrente de una enorme cascada lo envolvía todo. Aunque la soledad era total, Sonobé se llevó la mano a la espada un par de veces, creyendo oír que algo lo seguía en la penumbra. Pero allí no había nada. Hacia las cinco, Sonobé llegó hasta el árbol, al que se dirigió con las siguientes palabras:

—Oh, honorable y vetusto árbol que has desafiado a siglos de tormentas y albergas el espíritu de Yenoki. En verdad es un honor tener tan majestuoso bastión como hogar, pues solo un hombre bueno podría conseguir algo así. A pesar de ello, el señor de Kishiwada me ha enviado a reprenderos y a preguntaros cuál es la razón de que el espíritu de Yenoki, adoptando la apariencia de un

apuesto joven, haya raptado a las muchachas de la aldea. Esto no puede continuar; incluso vos, como morada del espíritu de Yenoki, seréis talado, y así él será obligado a buscar refugio en otro lugar del país.

En ese momento un viento cálido sopló en el rostro de Sonobé y varias nubes oscuras se formaron por encima de su cabeza, cerniéndose sobre el oscuro bosque. La lluvia comenzó a caer y se escuchó el estruendo de un terremoto. De repente, la figura de un anciano sacerdote apareció bajo una forma espectral, menudo y arrugado, transparente y húmedo. A pesar de la temible visión, Sonobé no mostró miedo alguno.

—Has sido enviado por el señor de Kishiwada —dijo el fantasma —. Admiro tu coraje por venir. Tan cobardes y pecadores son la mayoría de los hombres que temen venir al lugar donde mi espíritu ha encontrado refugio. Puedo asegurarte que no les hago mal alguno a los puros. Tan inmorales se han vuelto las gentes de la aldea que había llegado el momento de enseñarles una lección. Las costumbres de los aldeanos habían desafiado a los dioses. Es verdad que yo, con la intención de que esas personas volvieran al buen camino, adopté la forma de un joven y me llevé a nueve de las peores de ellos. Las jóvenes se encuentran bien, aunque profundamente arrepentidas de sus pecados. Todos los días les he leído sermones. Las podrás encontrar en la *Mino toge*, en la segunda cima de esta montaña, atadas a unos árboles. Ve y libéralas, y después cuéntale al señor de Kishiwada lo que el espíritu de Yenoki, el sacerdote tuerto, ha hecho, y que siempre estará dispuesto a ayudarle a mejorar a esta gente. ¡Adiós!

En cuanto pronunció esta última palabra, el espíritu se desvaneció. Sonobé, deslumbrado por las palabras del espíritu, partió sin demora hacia el *Mino toge*. Y una vez allí, se encontró, como era de esperar, a las nueve jóvenes atadas cada una a un árbol, tal y como el espíritu le había indicado. Cortó sus ataduras y, tras echarles un rapapolvo, las llevó de vuelta a la aldea, y dio parte al señor de Kishiwada.

Desde entonces el espíritu del sacerdote tuerto despierta mayor temor entre la gente. Los lugareños se reformaron completamente, convirtiéndose en un ejemplo para las aldeas de los alrededores. Las nueve casas o familias cuyas hijas mostraron tan mal comportamiento satisfacen un tributo anual de arroz para los sacerdotes del templo de Fudō-myo-o. Se las conoce como «las Nueve Familias del Arroz de Oki».

El espíritu de la flor de loto

Durante mucho tiempo he estado buscando un cuento relacionado con la flor del loto. Finalmente mi amigo Fukuga ha encontrado uno que se cree que data de hace doscientos años. En la historia aparece un castillo que estaba situado en la región por entonces conocida como Kinai, actualmente incorporada a lo que podría llamarse prefectura de Kioto. Probablemente se refiere a uno de los castillos que se erigen en esa zona, aunque yo únicamente conozco uno, el hoy llamado castillo Nijo.

Fukuga, que no habla inglés, y mi intérprete me han puesto muy difícil asegurar que la historia pueda ubicarse en otro lugar que el castillo de Idzumi, ya que tras fijarla en el de Kioto, repentinamente la trasladaron a Idzumi, nombrando héroe del asunto al señor de Koriyama.

En cualquier caso, primero debo decir que por aquel entonces una terrible plaga se había propagado por Kinai (Kioto). Miles de personas habían muerto ya por su causa. La epidemia se extendió a Idzumi, donde vivía el señor feudal de Koriyama, al que también le afectó. Llamaron a los mejores médicos del país, pero de nada sirvió. El desastre se extendió, y para consternación de todos, no solo lo sufrió el señor de Koriyama, sino que tanto su mujer como sus hijos fueron contagiados. El pánico prendió por todo el país: las gentes no solo temían por sus propias vidas, sino que también temían perder a su señor y a su familia. El señor de Koriyama era

muy querido. La gente acudía en tropel al castillo y acampaba alrededor de sus altos muros y en el foso, que estaba seco pues hacía tiempo que no había guerra.

Un día, durante la convalecencia de esta importante familia, Tada Samon, el oficial con mayor rango del castillo (inmediatamente inferior al señor de Koriyama), estaba sentado en su habitación, considerando qué era lo mejor que podía hacer frente a las distintas cuestiones que estaban esperando por la recuperación del *daimio*. Mientras estaba así ocupado, un sirviente anunció que un visitante en la puerta exterior solicitaba una entrevista. El desconocido aseguraba que podía curar a los tres enfermos. Tada Samon accedió a esa audiencia con el demandante y el sirviente fue prontamente en su búsqueda. El visitante tenía toda la apariencia de ser un *yamabushi*, un ermitaño de la montaña. Tras entrar en la estancia y hacer una profunda reverencia ante Samon, dijo:

—Señor, este es un asunto funesto: la enfermedad de nuestro amo y señor ha sido provocada por un espíritu maligno que ha penetrado en el castillo porque no habéis levantado defensas contra los espíritus malignos. Este castillo es el corazón de la región, y no sería sabio permitir que permanezca sin defensa contra estas malévolas entidades. Los sabios de antaño[72] siempre nos advirtieron de la necesidad de plantar flores de loto, no solo en uno de los canales interiores que rodean el castillo, sino en ambos, o en tantos como hubiera, y es más, deben plantarse también alrededor de los mismos canales. Seguramente, señor, vos ya sabréis que el loto, al ser la flor más emblemática de nuestra religión, es también la más pura y sagrada. Mantiene alejada la impureza, pues esta no puede traspasarla. Tened por seguro que si nuestro señor no hubiera descuidado los canales del norte del castillo y los hubiera llenado con agua limpia y plantado en ellos el loto sagrado, los cielos no habrían permitido a ningún espíritu maligno penetrar en su interior. Si me permitís, yo mismo entraré en el castillo y realizaré unas plegarias para que el espíritu de la enfermedad abandone el lugar.

Os pido permiso también para plantar lotos en los fosos que dan al norte. Esta es la única manera de que el señor de Koriyama y su familia puedan salvarse.

Samon asintió con la cabeza al recordar que los fosos orientados al norte no tenían flores de loto ni agua, y que, en parte, la responsabilidad era suya, ya que había descuidado esta labor para ahorrar gastos. Fue a consultárselo a su señor, pero este se encontraba más enfermo que nunca. Así que convocó a todos los oficiales de la corte y decidieron hacer lo que el *yamabushi* aconsejaba. Se le dijo que ejecutara su plan como mejor considerase. El dinero no era problema y contaban con cientos de manos dispuestas a ayudar; lo que fuera por salvar a su señor.

El *yamabushi* se dio un baño purificador y rezó por que el espíritu maligno de la enfermedad abandonara el castillo. Posteriormente, supervisó la purificación y el arreglo de los fosos que dan al norte y dirigió a los vasallos mientras los rellenaban con agua y flores de loto. Tras esto desapareció misteriosamente delante de sus propios ojos. Perplejos, pero con más energía que nunca, los hombres trabajaron para cumplir las órdenes, y en menos de veinticuatro horas los fosos habían sido limpiados, reparados, llenados y adornados con flores de loto.

Tal y como se esperaba, tanto el señor de Koriyama como su esposa y su hijo se empezaron a sentir mejor. En una semana fueron capaces de salir de su lecho, y en dos ya estaban completamente recuperados de su enfermedad. Se celebró una fiesta en agradecimiento y hubo un gran regocijo por todo Idzumi. Más tarde, las gentes del lugar se acercaron en masa para admirar los magníficos y floridos fosos; tan maravillados estaban que le cambiaron el nombre al castillo, llamándolo el castillo del Loto.

Pasaron varios años antes de que ocurriera otro suceso extraordinario. El señor de Koriyama había muerto por causas naturales, su hijo, que le había sucedido en el mando, descuidó la atención de las flores de loto. Un buen día un joven samurái estaba paseando al lado de los fosos —esto sucedió a finales de agosto,

cuando las flores de loto crecen fuertes y altas— cuando vio de repente a dos bellos niños, de aproximadamente seis o siete años, jugando al borde del foso.

—Niños —les dijo—, no es seguro jugar tan cerca del borde de este foso. Venid conmigo.

Estaba a punto de cogerlos de la mano y alejarlos del agua hacia un lugar seguro cuando ambos saltaron al foso con esa sonrisa propia de los niños y desaparecieron zambulléndose en las aguas con una salpicadura tan grande que lo mojaron entero. Tan asombrado estaba el samurái que no sabía qué pensar, pues los niños volvieron a aparecer. Sin duda debía de tratarse de dos *kappas* (seres míticos), y con esa idea en su mente corrió al castillo a dar parte.

Los altos oficiales se reunieron y concertaron drenar los fosos y limpiarlos. Comprendieron entonces que tenían que haber cumplido con esta tarea mucho antes, cuando el joven señor sucedió a su padre. Y así, los fosos fueron drenados de un extremo a otro, pero no encontraron ningún *kappa*. Concluyeron entonces que el joven samurái había dado rienda suelta a su imaginación y, en consecuencia, se rieron a su costa.

Algunas semanas después, otro samurái, Murata Ippai, cuando regresaba una tarde de visitar a su amada, acertó a pasar al lado del foso exterior. Las flores de loto crecían exuberantes e Ippai caminaba lentamente, admirándolas y pensando en su amada. De repente vislumbró una docena o más de niños pequeños que jugaban al lado del agua. No vestían ropa alguna y jugaban a echarse agua unos a otros. «¡Ah!», reflexionó el samurái, «serán sin duda los *kappas* de los que he oído hablar. ¡Creen que bajo esa apariencia humana pueden engañarme! Un samurái no teme a tales seres, y van a descubrir lo difícil que es escapar del cortante filo de mi espada». Ippai se quitó los zuecos y, desenvainando la espada, avanzó con sigilo hacia los supuestos *kappas*. Cuando estaba a unas veinte yardas, fue a esconderse tras un arbusto, donde se quedó observando durante un minuto. Los niños continuaron con su

juego. Parecían niños normales, a no ser por su extremada hermosura y porque despedían un perfume particular, poderoso y dulce a la vez, semejante al que desprenden las flores de loto. Ippai estaba confuso, y se inclinaba ya a envainar su espada al ver lo inocentes y desprevenidos que parecían, cuando consideró que cambiar de parecer en mitad de una acción no era propio de un verdadero samurái. Agarrando la espada con renovado vigor, saltó de su escondrijo y comenzó a asestar tajos entre los supuestos *kappas*.

Ippai estaba convencido de que había realizado una gran carnicería, ya que había sentido la carne en su espada una y otra vez, y había escuchado el ruido sordo que producen los cuerpos al desplomarse sobre el suelo. Pero cuando miró alrededor para comprobar el resultado de su matanza, no vio más que un curioso vapor de colores de brillo cegador que se deshacía como gotas de rocío en torno a él. Entonces tomó la decisión de esperar hasta la mañana del día siguiente, ya que, siendo un samurái, no podía dejar aquella aventura a medias; y, sobre todo, no deseaba contárselo a sus amigos sin haber aclarado de una vez aquel asunto. Fue una larga y aburrida espera, pero a Ippai le dio igual, no cerró los ojos en toda la noche.

Cuando amaneció, no encontró nada más que los tallos de loto que salían del agua cerca de donde él estaba. «Pero mi espada golpeó algo más que simples tallos de loto», se dijo. «No he matado a los *kappas* que tenían forma humana, sino a los espíritus que moran en el loto. ¿Qué terrible pecado he cometido? ¡Estos espíritus salvaron de la muerte a nuestro señor de Koriyama y su familia! ¡Ay!, pero ¿qué he hecho? Yo, un samurái, cuya última gota de sangre pertenece a su señor, ¡he dirigido mi espada contra los más fieles servidores de mi amo! Debo apaciguar su espíritu cortándome el vientre».

Ippai musitó una oración, y entonces, sentándose sobre una piedra que se encontraba al lado de las flores de loto caídas, se hizo el *harakiri*.

Las flores siguieron creciendo, pero después de esto no se volvió a ver a ningún espíritu del loto jamás.

El templo de Awabi

En la provincia de Noto hay una pequeña aldea de pescadores llamada Nanao. Se encuentra en el extremo norte de la isla principal. Uno no encuentra más tierra en sus proximidades hasta alcanzar Corea o la costa siberiana, con la excepción de las pequeñas islas rocosas que, diseminadas por todo el litoral, rodean como si de un cerco se tratase el propio Japón. Nanao cuenta con no más de quinientas almas.

Hace muchos años, el lugar fue devastado por un terremoto y por una terrorífica tormenta; estas dos desgracias mataron a la mitad de la población y casi destruyeron la aldea por completo. A la mañana siguiente de estos terribles sucesos, se pudo comprobar que la situación geográfica había cambiado. Enfrente de Nanao, a dos millas de tierra, había surgido una isla rocosa de cerca de una milla de diámetro. El mar estaba cenagoso y amarillo. Los supervivientes estaban tan abrumados y asombrados que nadie se aventuró a subirse en un bote hasta que hubo pasado un mes; además, muchos de los botes de la aldea habían sido destruidos. Japoneses como eran, se tomaron las cosas con filosofía. Se ayudaron unos a otros y en menos de un mes el pueblo volvió a la normalidad; más pequeño, y menos poblado, quizás, pero ingeniándoselas sin la ayuda del mundo exterior. Ciertamente, todas las aldeas de los alrededores habían sufrido lo mismo, y como laboriosas hormigas volvieron a la normalidad.

Los pescadores de Nanao acordaron que su primera expedición de pesca la harían todos juntos, dos días antes de celebrar el *Bon*.

Irían primero a inspeccionar la nueva isla, y después se internarían en el mar unas pocas millas para comprobar si todavía había pescado *tai*[73] en los caladeros habituales.

Iba a ser un día muy interesante, pues todos los pescadores en cincuenta millas a la redonda habían acordado salir simultáneamente; todos desde sus respectivas aldeas, por supuesto, pero partiendo al mismo tiempo. Lo harían así para intercambiar información al final de la jornada de todo lo concerniente al pescado, ya que la ayuda mutua es una característica típica del carácter japonés cuando se cierne el peligro.

En la hora acordada, dos días antes del festival, los pescadores partieron de Nanao. Allí había trece botes. Primero visitaron la nueva isla, que resultó ser una gran roca. Había pescado de roca en abundancia, al igual que lábridos y percas marinas, pero más allá de eso no había nada extraordinario. La isla aún era joven como para que los crustáceos la poblaran y apenas había también unas pocas algas. Así que los trece botes se internaron en el mar para descubrir qué había pasado con sus excelentes caladeros de *tai*.

Allí descubrieron que los caladeros seguían produciendo el mismo número de peces que antes del terremoto. Sin embargo, no pudieron permanecer el tiempo suficiente como para hacer una comprobación más exhaustiva. Ya que, aunque tenían la intención de pasar allí toda la noche, al anochecer el cielo se encapotó como si fuera a estallar una tormenta y levaron anclas rumbo a casa.

Cuando llegaron a las proximidades de la nueva isla, quedaron sorprendidos al ver que en el agua brillaba un extraño resplandor de unos doscientos cuarenta pies de diámetro. La luz parecía surgir del fondo del mar, y a pesar de la oscuridad, el agua era transparente. Los pescadores, asombrados, no apartaban la mirada de las azules aguas. Podían ver miles de peces nadando allí, pero las aguas eran demasiado profundas como para poder distinguir el fondo marino. Empezaron entonces a dar rienda suelta a todas sus supersticiosas

ideas sobre el origen de la luz, que se intercambiaban de un bote a otro. Unos minutos después izaron a bordo sus enormes remos y se hizo el silencio más absoluto. Entonces escucharon un ruido estruendoso que surgía del fondo del mar, y eso les llenó de pavor, ya que temían otra erupción. Volvieron, por tanto, a sacar los remos, y decir que remaron rápido quizás no daría una idea del ritmo que aquellos hombres imprimieron a sus embarcaciones en el intervalo de las dos millas que separan la isla de tierra firme.

Llegaron a sus hogares antes de que se desatara la tormenta. Pero esta se prolongó durante dos días enteros, y los pescadores fueron incapaces de alejarse de la orilla.

Al tercer día, cuando el mar se calmó, salieron a inspeccionar y se quedaron asombrados. Del mar cercano a la joven isla salían unos rayos de luz como si un sol en miniatura descansase en el fondo marino. Todos los vecinos de la aldea se congregaron entonces en la playa para admirar este extravagante espectáculo, del que se especuló hasta bien entrada la noche. Ni siquiera el anciano sacerdote pudo arrojar un poco de luz sobre el asunto. Por consiguiente, el miedo entre los pescadores aumentó, y unos pocos de ellos acordaron realizar otra incursión al día siguiente. Aunque era la temporada de la caballa real, la magnífica *sawara*, únicamente un bote abandonó la costa; el que pertenecía al maestro Kansuke, un pescador de cincuenta años que, junto con el más fiel de sus hijos, Matakichi, de dieciocho, siempre daban un paso al frente cuando sucedía algo fuera de lo común.

Todos consideraban a Kansuke el pescador más valiente de Nanao y su líder desde que tenían memoria. Su fiel y amado hijo le había secundado en sus hazañas desde que tenía doce años, así que nadie se sorprendió al ver que su bote salía solo.

Fueron primero a los caladeros de *tai* y allí pescaron durante toda la noche, capturando treinta ejemplares entre los dos, un promedio de cuatro libras de peso. Al despuntar el alba, otra tormenta asomó en el horizonte. Kansuke levó el ancla y puso rumbo a casa con la intención de recoger la nasa que había soltado

al salir de las inmediaciones de la nueva isla en su viaje de ida, una línea que constaba de doscientos anzuelos. Ya habían alcanzado la isla e izado casi la totalidad de la nasa, cuando el mar se levantó. Kansuke perdió el equilibrio y se precipitó por la borda.

Generalmente, el anciano habría subido de nuevo al bote enseguida, pero en esta ocasión, ni siquiera había salido aún a la superficie. Su hijo se lanzó al mar para salvar a su padre. Buceaba deslumbrado por los rayos de luz que brillaban a través de las aguas. No había ni rastro de su padre; pero no podía abandonarlo. Como los misteriosos rayos que surgían del fondo parecían estar relacionados de algún modo con el accidente, Matakichi decidió ir en busca de su origen. Creía que podía tratarse del reflejo del ojo de algún monstruo marino.

Buceó profundamente, y siguió descendiendo durante varios minutos. Finalmente alcanzó el lecho marino, y allí se encontró con una enorme colonia de *awabi* (abulón u oreja de mar). Cubrían un espacio de doscientos pies de circunferencia, y justo en el centro había uno de tamaño gigantesco, como nunca había visto. De los orificios de la parte superior, por los que sacan las antenas, salían los brillantes haces de luz que iluminaban el mar; haces que según las creencias de los pescadores japoneses delatan la presencia de perlas. «Aunque la perla que contiene esta concha», pensaba Matakichi, «debe de tener un tamaño prodigioso, tan grande como la cabeza de un bebé». Descubrió entonces que de todas las conchas de *awabi* surgían haces de luz, lo cual denotaba que todas contenían perlas. Sin embargo, no importaba hacia dónde mirara, no había rastro de su padre. Pensó entonces que se habría ahogado y que, en tal caso, lo mejor que podía hacer era alcanzar la superficie y volver a la aldea a dar parte de la muerte de su padre y de su maravilloso descubrimiento. Este hallazgo sería de gran valor para las gentes de Nanao. Tras muchas dificultades, llegó a la superficie y allí, para su consternación, descubrió que el bote había sido destruido por el mar, que ahora se agitaba con violencia. A pesar de ello, Matakichi tuvo suerte. Pudo agarrarse a uno de los restos de la

embarcación que flotaban a su lado. Además, el mar, el viento y la corriente se pusieron de su lado y, buen nadador como era, en menos de media hora había alcanzado la orilla. Una vez allí, les contó a los aldeanos las aventuras vividas, sus descubrimientos y la pérdida de su querido padre.

Los pescadores apenas podían dar crédito a las noticias de que aquellas luces que ellos habían creído sobrenaturales fuesen causadas por abulones, ya que estos moluscos estaban muy valorados y eran muy escasos en la zona. Pero Matakichi inspiraba tanta confianza que incluso los más escépticos acabaron por creer sus palabras. De no haber sido por la pérdida de Kansuke, esa tarde hubiera sido de gran regocijo en el pueblo.

Tras contar las nuevas a los lugareños, Matakichi se acercó a la casa del anciano sacerdote al final del pueblo y le refirió de nuevo lo ocurrido.

—Y ahora que mi amado padre ha muerto —dijo—, os ruego que me adoptéis como uno de vuestros discípulos y así podré orar a diario por el alma de mi padre.

El anciano sacerdote accedió a los deseos de Matakichi y dijo:

—No solo estaré muy contento de aceptar a tan valiente joven lleno de amor filial como discípulo, sino que también rezaré contigo por el alma de tu padre. Y cuando hayan pasado veintiún días desde su muerte, tomaremos un bote y rezaremos en el lugar donde se ahogó.

Por consiguiente, en la mañana del vigésimo primer día tras el ahogamiento del pobre Kansuke, su hijo y el sacerdote anclaron sobre el lugar donde había caído a las aguas y rezaron por las almas de los muertos.

Esa misma noche el sacerdote se despertó sobre las doce, y, desasosegado, se desveló pensando en la espiritualidad de sus feligreses. Repentinamente apareció un anciano cerca de su lecho, quien tras realizar una cortés reverencia, le dijo:

—Soy el espíritu del gran abulón que yace en el lecho marino cerca de la isla rocosa. Tengo cerca de mil años. Hace algunos días,

un pescador cayó de su bote al mar, le di muerte y me lo comí. Esta misma mañana escuché tu reverente oración sobre el lugar donde habito. Te acompañaba el hijo del hombre al que me comí. Tus sagradas oraciones me han llenado de pena, y me arrepiento de lo que he hecho. Como reparación, he ordenado a mis seguidores que se dispersen mientras acabo con mi vida y entrego las perlas que tengo en mi concha a Matakichi, el hijo del hombre al que asesiné. Lo único que te pido es que digas oraciones por el descanso de mi alma. ¡Adiós!

Tras decir esto, el fantasma del abulón se evaporó. A la mañana siguiente, muy temprano, cuando abrió los postigos para ventilar su habitación, Matakichi vio allí fuera lo que al principio tomó por una gran roca cubierta de algas y coral rosado. Al examinarla más detenidamente, descubrió que se trataba del inmenso abulón que había visto en el fondo del mar cerca de la isla rocosa. Corrió al templo a contárselo al sacerdote, quien le habló a Matakichi de la aparición que lo había visitado durante la noche.

La concha y el cuerpo del abulón fueron transportados al templo con el máximo respeto y con la mayor ceremonia. Dijeron oraciones por el alma del abulón, y aunque la concha y la inmensa perla fueron depositadas en el templo, el cuerpo fue enterrado en una tumba próxima a la de Kansuke, y en cada tumba se erigió un monumento. Matakichi cambió su nombre por el de Nichige y vivió felizmente.

No se han encontrado abulones en las proximidades de Nanao desde entonces, pero en la isla rocosa fue erigido un altar dedicado al espíritu del abulón.

NOTA. Sé de una perla valorada en 3000 yenes que fue vendida por doce centavos por un pescador del oeste del país. La perla se encontraba en un templo que ahora pertenece a Mikomoto y era del mismo tamaño.

Luciérnagas humanas

En la aldea de Funakami, provincia de Omi, vivía un viejo granjero llamado Kanshiro. No se conocía persona más honesta, caritativa y piadosa que él, ni siquiera entre los monjes. Anualmente, Kanshiro, sin pensar nunca en su edad ni en sus achaques, peregrinaba a distintas partes del país para orar y presentar sus respetos a los diversos dioses. No era una persona fuerte, y como generalmente, cuando hacía calor, sufría de disentería, realizaba sus peregrinaciones cuando el tiempo era más fresco.

A pesar de ello, en el octavo año de la Era Kwansei, Kanshiro sintió que no viviría un año más y se propuso hacer un último peregrinaje a los grandes templos de Ise. Decidió arriesgarse y emprenderlo en agosto, el mes más caluroso.

La gente de la aldea de Funakami organizó una colecta y consiguió reunir cien yenes para el venerable anciano, de modo que tuviera el honor de poder donar una suma decente a los grandes templos.

Un buen día Kanshiro partió, con el dinero metido en un saquito que colgó de su cuello. Durante dos días caminó de sol a sol. Al tercero llegó a la aldea de Myojo en medio de una gran ola de calor y prácticamente a las puertas de la muerte de tan débil como estaba, pues le había dado un nuevo ataque de su habitual dolencia. Kanshiro se dijo que no podría continuar su viaje mientras

padeciera disentería, pues además consideraba impura su actual condición, impropia para llevar el dinero sagrado que le habían confiado sus amigos en Funakami. Por consiguiente, se dirigió a la posada más barata que pudo encontrar, y una vez allí, le confió tanto su historia como los cien yenes al propietario, diciéndole:

—Señor, soy un anciano enfermo de disentería. Si tuvieseis a bien cuidarme durante un par de días, mejoraría. Guardadme mientras me recupero este dinero sagrado, pues llevándolo conmigo mientras me encuentro en este estado, lo podría contaminar.

Jimpachi, el posadero, hizo una reverencia y le aseguró que cumpliría con los deseos de Kanshiro.

—No temáis nada —le tranquilizó—. Depositaré el dinero en un lugar seguro, y yo mismo os atenderé mientras os recuperáis. Los hombres como vos no abundan hoy en día.

El anciano pasó cinco largos días realmente enfermo, y solo gracias a su naturaleza indómita se pudo recuperar. Al llegar el sexto decidió emprender el viaje de nuevo.

Era un hermoso día. Kanshiro pagó su cuenta, agradeciendo al propietario su amabilidad, que le entregó la bolsa del dinero en la puerta. Kanshiro la recogió sin examinar su interior, ya que había muchos criados y peregrinos en la posada y no deseaba que aquellos extraños se enteraran de que viajaba con una gran suma de dinero. En lugar de colgarla del cuello, como había hecho hasta ahora, metió la bolsa en su saco, junto con la ropa y la comida, y partió.

Hacia el mediodía, Kanshiro se detuvo a descansar y comer su arroz bajo un pino. Abrió entonces su bolsa y descubrió que los cien yenes habían desaparecido y en su lugar habían colocado piedras del mismo peso. El pobre hombre estaba completamente desconcertado. Sin detenerse siquiera a comer su arroz, emprendió el camino de vuelta a la posada, a la que llegó al caer la tarde. Una vez allí, le explicó lo sucedido a Jimpachi, el dueño, lo mejor que pudo. Al principio su deudor escuchó la historia con compasión, pero cuando Kanshiro le rogó que le devolviera el dinero, sufrió un

acceso de ira.

—¡Eres un viejo caradura! —le espetó—. ¡Bonita historia me estás contando para poder chantajearme! Te daré una lección que no olvidarás.

Y tras decir esto le asestó al anciano un tremendo golpe en el pecho, y luego, agarrando un bastón, continuó golpeándolo sin misericordia alguna. Los criados se le unieron y lo apalearon hasta dejarlo a las puertas de la muerte.

¡Pobre anciano! ¿Qué podía hacer? Solo como estaba, se arrastró por el suelo medio muerto. A pesar de ello, alcanzó los sagrados templos de Ise tres días más tarde y, tras decir sus oraciones, regresó a Funakami, adonde llegó muy enfermo. Al contar su historia algunos le creyeron y otros no. Tan superado estaba por el dolor que para reponer el dinero vendió sus escasas propiedades, y con el resto volvió a peregrinar a otros templos y santuarios. Finalmente gastó lo que le quedaba, pero incluso así continuó con sus peregrinajes, mendigando comida en el camino.

Al cabo de tres años volvió a pasar por la aldea de Myojo en su camino a Ise, y entonces descubrió que su agresor había hecho mucho dinero desde la última vez que lo había visto y que ahora vivía en una buena casa. Hasta allí se fue Kanshiro, y cuando se lo encontró, le dijo:

—Hace tres años me robaste el dinero que se me había confiado. Tuve que vender mis propiedades para devolver lo que me habían dado para donar en Ise. Me convertí en mendigo y he vagabundeado desde entonces. No creas que no seré vengado. Lo seré. Tú eres joven y yo soy viejo, pero mi venganza caerá sobre ti pronto.

Jimpachi defendió su inocencia y, comenzando a enfadarse, le dijo:

—Viejo canalla de mala reputación, si deseas comer algo, dilo, pero no te atrevas a amenazarme.

En ese momento, un guardia que estaba realizando su ronda, tomando a Kanshiro por un mendigo auténtico, lo agarró por el

brazo y lo arrastró fuera de la aldea, prohibiéndole la entrada de nuevo bajo pena de arresto. Finalmente, el pobre anciano murió de ira y de debilidad. El buen sacerdote del lugar recogió el cuerpo y, enterrándolo con respeto, dijo unas oraciones en su honor.

Mientras tanto, Jimpachi, afligido por la mala conciencia, enfermó de tal manera que varios días después se sintió incapaz de salir de la cama. Una vez que hubo perdido del todo las capacidades motrices, ocurrió algo muy extraño. Miles y miles de luciérnagas salieron de la tumba de Kanshiro y volaron hasta su dormitorio. Una vez allí, rodearon su mosquitera e intentaron tirarla abajo. La cortina se hundió bajo su peso, y el aire se infectó de luciérnagas. Su luz trémula inundaba los ojos del enfermo, impidiendo su descanso.

Los lugareños acudieron para intentar acabar con las luciérnagas. Pero no servía de nada. Tan pronto como acababan con unas, otras salían de la tumba de Kanshiro. Las criaturas iban directamente a la habitación de Jimpachi y, una vez allí, se arremolinaban alrededor de su cama.

Un lugareño, al ver esto, dijo:

—Debe de ser verdad que Jimpachi robó el dinero del anciano. Esta es la venganza de su espíritu.

Entonces dejaron de matar luciérnagas. Poco a poco, estas consiguieron abrir un agujero en la mosquitera, y entonces cayeron sobre el cuerpo de Jimpachi. Entraron por su boca, su nariz y sus oídos. Él gritó y pateó, y sufrió una agonía que duró veinte días, hasta que murió. Tras su muerte, las luciérnagas desaparecieron para siempre.

El crisantemo ermitaño

Hace muchos años, al pie de los montes de Nambu, en Adachi-gun, prefectura de Saitama, vivía un anciano llamado Kikuo, que significa «Anciano Crisantemo».

Kikuo era fiel vasallo de Tsugaru, y por entonces se llamaba Sawada Hayato. Kikuo era un hombre de gran fuerza corporal y buena planta, y a él se debía en gran parte la eficiencia de la pequeña fuerza militar que protegía al señor feudal, el castillo y la región.

Sin embargo, los malos tiempos llegaron. La pequeña fuerza del señor feudal fue derrotada y tanto la región como el castillo, tomados. El señor y su fiel vasallo, con un puñado de supervivientes, escaparon a las montañas, donde se ocultaron esperando el día en que pudieran vengarse.

Durante esa ociosidad forzada, Kikuo, conociendo el amor que su señor les profesaba a las flores, especialmente a los crisantemos, decidió dedicar todo su tiempo a realizar un lecho de crisantemos. Pensaba que estando así ocupado el dolor por la derrota y el exilio remitiría.

El señor feudal estaba gratamente sorprendido, pero ni su ansiedad ni su preocupación desaparecieron. Contrajo así una enfermedad, y finalmente murió en la miseria, para gran pena de Kikuo y del resto de sus seguidores. Kikuo lloró día y noche sobre la humilde y solitaria tumba. Hasta que, para agradar de nuevo al

espíritu de su señor, comenzó a plantar crisantemos alrededor de su tumba, los cuales atendía a diario. Poco a poco fue creando un cerco de flores de treinta yardas de ancho para admiración de todos los que lo contemplaban. Es por esta razón por la que Hayato recibió el nombre del Anciano Crisantemo.

Para los chinos, el crisantemo es una flor sagrada. Según una antigua leyenda, Hoso, el bisnieto del emperador Juikai, vivió hasta la edad de ochocientos años sin mostrar el más leve deterioro gracias a que se bebía el rocío que se formaba en los crisantemos.

Junto a su devoción por las flores, a Kikuo le encantaban los niños. Los niños acudían de cada aldea hasta su humilde choza, donde les enseñaba a escribir y a leer —aunque no era un maestro — y también *jujitsu*. Los niños lo adoraban y los buenos aldeanos lo reverenciaban como si de un dios se tratase.

Al alcanzar los ochenta y dos años, Kikuo cogió frío y la fiebre que contrajo le sumió en un gran dolor. Durante el día sus pupilos atendían sus necesidades, pero durante la noche el pobre hombre permanecía solo en su cabaña.

Una noche de otoño, Kikuo se despertó y se encontró frente a su veranda con un grupo de niños muy bellos. No se asemejaban a ningún otro niño que hubiera visto antes. Tenían un aspecto demasiado delicado y noble para pertenecer a las humildes gentes de la aldea.

—Kikuo-sama —gritaron dos de ellos—, aunque no seamos niños reales, no nos temas. Somos los espíritus de los crisantemos, a los que tanto amas y hacia quienes tantos cuidados has mostrado. Tenemos que decirte lo tristes que estamos de verte tan enfermo. Hemos oído que en China, un hombre llamado Hoso vivió durante ochocientos años por beber el rocío que se forma en los pétalos de los crisantemos. Hemos hecho todo lo posible para prolongar tu vida, pero hemos averiguado que el Cielo ha decretado que no alcances una edad mayor de la que ya tienes. En treinta días morirás. Por lo tanto, prepárate para partir.

Tras decir esto, todos comenzaron a llorar amargamente.

—Adiós, entonces —dijo Kikuo—. No ansió seguir viviendo. Permitid que mi muerte sea plácida. Ojalá se me permita en el más allá seguir sirviendo a mi amo y señor. La única cosa que echaré de menos sois vosotros, me dolerá abandonar a mis queridos crisantemos para siempre. —Y tras decir eso les sonrió con cariño.

—Has sido muy amable con nosotros —dijeron los espíritus *kiku* —, y te amamos por ello. El hombre se regocija con el nacimiento y se entristece con la muerte, aunque no derrame lágrimas. Dices que lo único que te preocupa de la muerte es tener que abandonarnos. Si mueres, nosotros no te sobreviviremos, nuestra vida sería un hecho inútil. Créenos cuando te aseguramos que moriremos contigo.

Cuando los espíritus de los crisantemos acabaron de hablar, una ráfaga de viento golpeó la casa, y desaparecieron. Al amanecer, el anciano empeoró y, por extraño que parezca, los crisantemos comenzaron a marchitarse; incluso aquellos que estaban empezando a florecer. Sus pétalos comenzaron a secarse y a pudrirse.

Como los espíritus habían presagiado, al final del trigésimo día el anciano murió. Y las flores *kiku* murieron también. No quedó ninguna en todo el distrito. Nadie del lugar se había dado cuenta de este hecho. Así que enterraron al anciano cerca de su señor y, pensando en agradar a su espíritu, plantaron en su honor crisantemos cerca de su tumba; pero todos se marchitaban en cuanto eran plantados.

Las dos pequeñas tumbas fueron finalmente olvidadas y descuidadas, y así permanecieron en su soledad, con la hierba creciendo a su alrededor.

La princesa Peonía

Hace muchos años, en Gamogun, en la provincia de Omi, hubo un castillo llamado Adzuchi-no-shiro. Era un magnífico y antiguo lugar, amurallado y rodeado por un foso lleno de agua y cubierto por flores de loto. El señor feudal, Yuki Naizen-no-jo, era muy valiente y vigoroso. Su esposa había muerto hacía años y, aunque no le había dejado ningún hijo varón, le había dado una hermosa hija de dieciocho años, a quien —por alguna oscura razón que no está nada clara para mí— se le otorgó el título de princesa.

Durante un largo periodo de tiempo, la paz y la tranquilidad reinaron en el país: los señores feudales estaban en buenos términos, y todos eran felices. En tales circunstancias, el señor Naizen-no-jo juzgó que era el momento de encontrar un marido para su hija, la princesa Aya. Y así, al cabo de un tiempo, el segundo hijo del señor de Ako, de la provincia de Harima, fue el elegido, para satisfacción de ambos padres, pues los jóvenes implicados nada tenían que decidir en ese asunto. El segundo hijo del señor de Ako había mirado con aprobación a su prometida, y ella había hecho lo mismo. Uno podría pensar que los jóvenes están obligados a tolerarse entre sí cuando únicamente es el deseo de los padres el que los une. Muchos suicidios ocurren por esta causa.

La princesa Aya decidió que se esforzaría en amar a su futuro marido. Aunque no sabía nada de su persona, se pasaba el día entero pensando en él y hablando de él.

Una noche en que paseaba por los magníficos jardines bajo la luz de la luna, acompañada por sus damas de honor, la princesa Aya atravesó su rincón favorito, entre las peonías, y se dirigió hacia el estanque, donde, en esas noches de luna llena, le encantaba ver su reflejo en el agua, escuchar a las ranas y observar a las luciérnagas.

Cuando estaba ya cerca del estanque, su pie resbaló, y habría caído al agua si no fuera por un joven que, apareciendo de la nada como por arte de magia, logró sostenerla. En cuanto ella recobró el equilibrio, el joven desapareció. Las damas de honor, que la vieron resbalar, solo atinaron a vislumbrar un destello de luz, nada más que eso. Pero la princesa Aya había visto más. Había visto al joven más hermoso que podía imaginar.

—Veintiún años —le dijo a Sadayo, su sirvienta favorita—. Debe de tratarse de un samurái de la más alta alcurnia. Su traje estaba estampado con mis flores favoritas, las peonías, y sus espadas estaban ricamente labradas. ¡Ojalá pudiera verlo de nuevo para agradecerle haberme salvado de caer al agua! ¿Quién puede ser? ¿Y cómo pudo colarse en nuestro jardín con todos los guardias que lo custodian?

Así habló la princesa a sus sirvientas, indicándoles al mismo tiempo que no dijesen nada a nadie de esa conversación. Temía que si su padre se enteraba de lo ocurrido, buscaría al joven y ordenaría que le cortasen la cabeza por allanar su casa.

Después de aquel suceso, la princesa Aya enfermó. Perdió el apetito y el sueño, y empalideció. El día acordado para su boda con el joven señor Ako llegó y pasó sin que se celebrara el enlace, pues ella estaba demasiado enferma para celebraciones. Hicieron venir a los mejores médicos de Kioto, por entonces la capital, pero ninguno de ellos fue capaz de hacer nada. Mientras, la dama adelgazaba a ojos vista. Como último recurso, el señor Naizen-no-jo, su padre, hizo llamar a su dama de confianza y amiga, Sadayo, y le preguntó si conocía la razón de la misteriosa enfermedad. ¿Acaso tenía un amor secreto? ¿O es que aborrecía a su prometido?

—Señor —le contestó Sadayo—, no me gusta desvelar confidencias, pero creo que es mi deber, tanto hacia la princesa como a su señoría. Hace cosa de tres semanas, durante la luna llena, mientras paseábamos entre las peonías junto al estanque preferido de la princesa, ella resbaló, e iba ya a caerse al agua, cuando sucedió un hecho insólito. En un instante, un apuesto samurái la sujetó, evitando de esta manera que se cayese al agua. Las demás apenas vislumbraron más que un brillo, pero tanto vuestra hija como yo pudimos verlo bien. Antes de que vuestra hija pudiera agradecerle la gentileza, él ya había desaparecido. Ninguna de nosotras podía comprender cómo había penetrado un hombre en los jardines de la princesa; pues si las puertas del castillo están estrechamente vigiladas, los jardines son los lugares mejor custodiados de todo el recinto, por lo que resultaba increíble que un hombre pudiera llegar hasta ellos. Por temor a la ira de su señoría, se nos obligó a no contar nada de esto. Esa misma noche nuestra bienamada princesa Aya enfermó. Es un mal del corazón. Está profundamente enamorada del joven samurái que vio tan fugazmente. Es más, mi señor, jamás hubo un joven tan apuesto antes. Si no podemos encontrarlo, mucho me temo que la joven princesa morirá.

«¿Cómo es posible que alguien haya traspasado los límites del castillo?», se preguntaba el señor Yuki Naizen-no-jo. «Se cree que los zorros y los tejones suelen adoptar formas humanas, pero incluso a un ser sobrenatural le resultaría imposible franquear los límites de mi castillo. Tan celosamente guardado está tanto de día como de noche».

Esa noche la pobre princesa se encontraba más tristemente abatida que nunca. Con la esperanza de animarla un poquito, las criadas convocaron a un famoso músico que tocaba el *biwa*, llamado Yashaskita Kengyo. Como hacía calor, se había ido a sentar en la *engawa* (galería), mientras el músico tocaba *Dannoura*. De repente, por detrás de las peonías, apareció el mismo apuesto samurái. Esta vez, todos pudieron verlo; incluso distinguieron las

peonías bordadas en su quimono.

—¡Aquí está! ¡Aquí está! —gritaron; ante lo cual, el joven volvió a desaparecer de nuevo. La princesa estaba muy excitada. Parecía más vivaz de lo que había estado durante días. El desconcierto del anciano *daimio* no hizo sino aumentar al oír la noticia.

La noche siguiente, mientras dos de las criadas estaban tocando para su señora, Yae la flauta y Yakumo el *koto*[74], el joven samurái volvió a aparecer de nuevo. Al día siguiente, las inmensas plantaciones de peonías fueron meticulosamente rastreadas, aunque sin ningún resultado; no se encontró ni siquiera una triste huella. El asunto era cada vez más extraño.

Se reunieron para deliberar, y el señor del castillo decidió convocar a un oficial veterano de gran coraje y renombre, Maki Hiogo, para que capturase al misterioso joven. Maki Hiogo aceptó de inmediato, y en el día acordado, se vistió de negro para no ser visto y fue a ocultarse entre las peonías. La música parecía ejercer algún tipo de atracción sobre el joven samurái, pues siempre aparecía cuando aquella sonaba. Por consiguiente, Yae y Yakumo reanudaron su concierto mientras todos miraban fijamente hacia los lechos de peonías. Cuando las jóvenes se arrancaron con una pieza conocida como *Sofuren*, allí apareció, como era de esperar, la figura del apuesto samurái, vestido magníficamente con finos ropajes bordados de peonías. Todos lo vieron, y ya se preguntaban a qué esperaba Maki Hiogo para salir de su escondrijo y prenderlo. Y es que Maki Hiogo estaba tan asombrado por el noble porte del joven que no se atrevía a tocarlo. Pero recobrándose, y pensando en su deber hacia su señor, se aproximó con sigilo al joven y, agarrándolo por la cintura, lo sujetó con fuerza. Un momento después, Maki Hiogo sintió un vapor húmedo en su rostro que le hizo desvanecerse poco a poco. Y aunque finalmente cayó al suelo, lo hizo sin dejar de sujetar al joven samurái, ya que estaba decidido a no dejarlo escapar.

Todos pudieron ver la refriega. Varios guardias salieron corriendo hacia allí. Justo cuando estaban llegando, Maki Hiogo volvió en sí

gritando: «¡Venid, señores, le he capturado! ¡Acercaos y comprobadlo!». ¡Pero al mirar lo que sujetaba en sus manos, lo único que descubrieron es que asía fuertemente una enorme peonía!

En ese momento tanto el señor de Naizen-no-jo como la princesa y sus sirvientas se apresuraron hacia el lugar donde Maki Hiogo se encontraba tendido. Todos estaban perplejos, excepto el *daimio*, que declaró lo siguiente:

—¡Ah! Esto es lo que yo decía. Ni siquiera un zorro o un tejón podrían burlar a los guardias de este jardín. Se trata del espíritu de una flor de peonía que ha tomado la forma de un príncipe.

Y volviéndose hacia su hija y sus criadas, añadió:

—Debéis considerar esto como un cumplido. Debéis mostrar el mayor respeto a las peonías, incluida la capturada por Maki Hiogo, cuidando de ellas.

La princesa Aya se llevó la flor a sus aposentos, la puso en un jarrón con agua y lo depositó cerca de su almohada. Sentía así que su amor estaba con ella. Poco a poco la joven iba mejorando. Ella misma se ocupaba de cuidar la peonía, y por extraño que parezca, la flor, en lugar de marchitarse, parecía cada vez más viva. Finalmente la princesa se recuperó del todo. Y se puso radiantemente bella. La peonía, a su vez, continuó viva sin mostrar señales de marchitarse.

La princesa Aya se encontraba perfectamente, y su padre no pudo posponer la boda por más tiempo. Por consiguiente, algunos días más tarde, el señor de Ako y su familia acudieron al castillo, y su segundo hijo se casó con la princesa.

En cuanto la boda terminó, la peonía fue encontrada muerta, mustia y seca, en su jarrón. Los lugareños, después de este hecho, en lugar de hablar de la princesa Aya o Aya-Hime, la llaman Botan-Hime o princesa Peonía.

El cerezo conmemorativo[75]

En el recinto del templo llamado Bukoji, en Takatsuji —la calle del gran cruce, anteriormente conocida como Yabugashita, que significa «bajo el arbusto»—, en Kioto, un vendedor de curiosidades tenía su pequeño negocio. Su nombre era Kihachi.

Kihachi no tenía una gran variedad de artículos a la venta, pero lo poco que poseía solía ser de buena calidad. La suya era una tienda que la gente solía visitar cuando iba a rezar, ya fuera para comprar o solo para curiosear, pues de sobra sabían que si había una mercancía digna de comprarse, Kihachi la tenía. Era como la versión humilde y antigua de Christie's, excepto que sus artículos no se subastaban. El día en que esta historia transcurre, Kihachi estaba sentado en su tienda con el ánimo tanto de vender como de chismorrear, cuando entró un joven y noble caballero de la corte, un *kuge*, como los japoneses solían llamarlos por aquel entonces. —Había mucha diferencia entre los *kuge* y los *daimios*, o señores feudales. Estos últimos tenían fama de fanfarrones—. Este caballero en particular había ido al templo a rezar.

—Tienes unos artículos muy bonitos y muy interesantes aquí —dijo—. ¿Podría quedarme a curiosear mientras para de llover? Me llamo Sakata y pertenezco a la corte.

—Por supuesto, pasad, pasad —dijo Kihachi—. Algunos de mis productos son muy bonitos, pero todos son, sin lugar a dudas, de una excelente calidad. Sin embargo, los clientes escasean, pocos

son los que se llevan algo. En este gremio, uno quisiera vivir doscientos años: los cien primeros en un periodo convulso, de revolución, para así poder comprar los artículos baratos; y los cien siguientes en un periodo de paz para vender esos artículos y dedicarse a disfrutar. Pero la realidad es que mi negocio no es rentable. A pesar de ello, me encantan las cosas que compro, y a menudo me paso el tiempo admirándolas antes de ponerlas a la venta. Pero ¿puedo preguntar hacia dónde os dirigís? Deduzco por vuestras ropas que estáis de viaje.

—Así es —contestó Sakata—. Eres muy agudo. Voy hacia Toba, en Yamato, para visitar a un gran amigo que ha enfermado repentinamente. Y mucho me temo que no voy a llegar a tiempo de encontrármelo con vida.

—¡A Toba! —exclamó el anciano vendedor de curiosidades—. ¿Podría preguntaros el nombre de vuestro amigo?

—Desde luego —dijo Sakata—. Mi amigo se llama Matsui.

—Entonces —dijo el vendedor de curiosidades—, se trata del caballero de quien se dice que ha matado al espíritu del viejo cerezo cerca de Toba. Este árbol crecía en los terrenos del templo en el que vive ahora junto a los sacerdotes. La gente comenta que el cerezo era tan viejo que su espíritu lo abandonó y que se aparecía bajo la forma de una bella dama. Matsui, ya fuera por temor o por disgusto, acabó con su vida. Con el resultado, se dice, de que vuestro amigo lleva enfermo desde esa noche, hace ya diez días. Y debo añadir que cuando el espíritu fue asesinado, el árbol se marchitó y murió.

Sakata, agradecido a Kihachi por esta información, reanudó el viaje. Finalmente encontró a su amigo Matsui bajo los atentos cuidados de Toba, un sacerdote del templo Shonen al que estaba muy unido.

Poco tiempo después de que el joven caballero abandonara al anciano vendedor de curiosidades junto a su tienda, comenzó a nevar. Como todo indicaba que seguiría haciéndolo durante mucho tiempo, Kihachi cerró los postigos y se fue a la cama, como se suele hacer con mucho acierto en Japón. Para pasar el rato, se llevó con

él varias tallas de madera con la intención de frotarlas para darles un aspecto desgastado y antiguo.

La noche estaba empezando cuando escuchó un golpe en los postigos. Kihachi, que no tenía ninguna gana de salir de los confines de su cálido lecho, gritó:

—¿Quién eres? ¡Vuelve por la mañana! No me encuentro bien como para levantarme esta noche.

—¡Es tu deber, has de hacerlo! Me han enviado para venderte un buen *kakemono*[76].

La voz que así hablaba era la de una joven, y tenía un acento tan dulce y suplicante que el anciano vendedor de curiosidades se levantó; aunque le costó abrir la puerta debido al entumecimiento que sentía en los dedos.

Había nevado con fuerza, pero ahora estaba despejado y la luna brillaba en el cielo nocturno, así que Kihachi pudo ver de pie ante él a una bella adolescente, descalza y sosteniendo un *kakemono* enrollado en sus manos.

—Mira —le dijo—, me han enviado a venderte esto.

Y le dijo que era la hija de Matsui de Toba. El anciano la hizo pasar, y vio que se trataba del retrato de una bella mujer. Estaba bien ejecutado, así que el anciano se encaprichó del *kakemono*.

—Te daré un *ryo* por él —le dijo.

Y para su sorpresa, la joven aceptó su oferta con presteza, tanta que Kihachi llegó a pensar que quizás lo había robado. Al tratarse de un vendedor de curiosidades, nada comentó sobre ese asunto y le pagó a la joven el dinero. Ella salió corriendo como alma que lleva el diablo.

—Sí, lo ha robado, seguro que lo ha robado —musitaba el anciano—. Pero yo no sé nada de ese asunto. Además, el valor de ese *kakemono* debe de rondar los cincuenta *ryo*. Oportunidades así no se me presentan todos los días.

Tan encantado estaba Kihachi con su compra que encendió su lámpara, colgó la pintura en la pared y se sentó a admirarla. En verdad que era una hermosa dama muy bien retratada, y pensó que

quizás su valor superaría con creces la cifra de cincuenta *ryo*. ¡Pero por todos los santos!, ¡parece que está cambiando! Sí, ya no era el retrato de una hermosa mujer. El rostro había cambiado, adoptando una espantosa apariencia, demacrado y cubierto de sangre. Los ojos se abrían y se cerraban, y la boca jadeaba. Kihachi vio que gotas de sangre caían del cuadro sobre su cabeza procedentes de una herida en el hombro de la mujer. Para evitar tan horrible visión, metió la cabeza bajo las sábanas y permaneció así, sin poder pegar ojo, hasta que amaneció.

Cuando abrió los ojos, el *kakemono* había recobrado el aspecto que tenía cuando lo compró, el de una bella dama. Diciéndose que todo había sido un mal sueño producto de su entusiasmo por la buena compra que había hecho, no pensó más en ese horrible suceso.

Pero estaba equivocado. El *kakemono* lo mantuvo despierto una noche más, mostrando de nuevo su rostro sangriento, y chillando incluso de vez en cuando. Kihachi no durmió, y se dio cuenta de que el chollo le había salido caro. Consideró entonces que debía ir hasta Toba y devolvérselo a Matsui, aunque sabía que no se lo rembolsaría.

Después de dos días de viaje, Kihachi llegó al templo Shonen, cerca de Toba, donde pidió ver a Matsui. Fue conducido ceremoniosamente a su habitación. El inválido se encontraba mejor. Pero al entregarle el *kakemono* con el retrato de la dama, su rostro empalideció, rasgó el cuadro en jirones y lo arrojó en el *irori*[77]; tras hacer esto, saltó junto con su hija al fuego y los dos ardieron hasta morir.

Tras asistir a esa horrible muerte, Kihachi estuvo varios días enfermo. La historia se propagó enseguida por toda la región circundante.

El príncipe Nijo, gobernador de Kioto, mandó realizar una meticulosa investigación sobre las circunstancias del caso. Se descubrió más allá de toda duda que el problema había surgido al haber matado Matsui el espíritu del viejo cerezo. El espíritu, para

castigarlo y demostrarle que hasta en los objetos viejos e inanimados hay vida, a menudo de la mejor calidad, se apareció a Matsui como una bella dama asesinada; el espíritu penetró en esta bella pintura y lo embrujó.

Para conmemorar el evento, el príncipe Nijo mandó plantar un joven cerezo en el lugar donde estaba plantado el antiguo, y aún hoy se le conoce con el nombre de cerezo conmemorativo.

Jirohei, el cerezo de Kioto

Los japoneses creen que los espíritus de los objetos inanimados tienen más vida que los espíritus de los muertos. Existe un viejo proverbio que dice algo al respecto y que reza así: «Los espíritus de los árboles no aman al sauce», lo cual supongo que significa que no lo asimilan. En las pinturas japonesas de fantasmas suele aparecer un sauce. Hokusai, el antiguo maestro, o Okyo Maruyama, un famoso artista de Kioto más reciente, han pintado cuadros en los que aparecen fantasmas bajo sauces. Desconozco si hay un motivo para ello, pero ciertamente Maruyama pintó muchos cuadros con esos elementos; el primer fantasma que pintó fue el de su esposa, que yacía enferma.

No sé qué tiene que ver todo esto con la siguiente historia, pero la persona que me la ha transmitido quiso introducirla así.

En el norte de Kioto hay un templo sintoísta llamado Hirano célebre por los bellos cerezos que allí crecen. Entre ellos hay un viejo árbol seco conocido como «Jirohei», al que le prodigan todos los cuidados. La historia relacionada con él es poco conocida, y creo que nadie se la había contado a ningún europeo antes.

Durante la temporada en que echan flor, muchos son los que se acercan a admirar los cerezos, especialmente de noche.

Hace muchos años, próxima al cerezo Jirohei había una gran y próspera casa de té. El dueño se llamaba Jirohei y había empezado con un humilde negocio. Este creció tan rápidamente que Jirohei

atribuyó su éxito a la virtud del antiguo cerezo, por el que naturalmente sentía veneración. Jirohei tenía por el árbol la mayor consideración y atendía sus necesidades. Evitaba que los niños treparan por él y partieran sus ramas. Ambos, el árbol y él mismo, prosperaron.

Un buen día, un samurái, de esos de carácter sanguíneo, acudió al templo de Hirano y se acomodó en la casa de té de Jirohei para admirar las flores del cerezo. Era un hombre de aspecto poderoso, de piel curtida, rostro malvado y unos cinco pies de altura.

—¿Eres el propietario de esta casa de té? —le preguntó.

—Sí, señor —respondió Jirohei sumisamente—, lo soy. ¿Qué puedo ofreceros, señor?

—Nada, te lo agradezco —le respondió el samurái—. ¡Qué árbol tan bello tienes al lado de tu casa de té!

—Sí, señor: es a la magnificencia del árbol a lo que debo mi prosperidad. Gracias por expresar su admiración.

—Quiero una rama del árbol —dijo el samurái— para una *geisha*.

—Lamento enormemente decir esto, pero me veo en la obligación de rechazar vuestra solicitud. He de negárselo a todo el mundo. Los sacerdotes del templo me dieron instrucciones precisas sobre este particular antes de que me permitieran levantar este lugar. No importa quién sea el que pregunte, debo negarme. Las flores no deben ser arrancadas del árbol, aunque pueden ser recogidas cuando se desprendan de las ramas. Por favor, señor, ¡recordad el viejo proverbio que dice: Podemos cortar ramas del ciruelo para adornar nuestros jarrones, pero no del cerezo!

—Me parece que estás siendo antipático, y muy insolente para tu condición —dijo el samurái—. Cuando digo que quiero algo, lo obtengo, así que harías mejor en ir y cortar la rama de inmediato.

—Por muy resuelto que estéis, debo negarme —respondió Jirohei, tranquila y educadamente.

—Cuanto más te niegues, más decidido estaré a tenerlo. Como samurái que soy, digo que lo tendré. ¿Crees que me puedes hacer

cambiar de parecer? Si no tienes la amabilidad de traerme una rama, la tomaré por la fuerza.

Para corroborar sus palabras, el samurái desenvainó su espada de tres pies de largo y salió a cortar la mejor rama de todas. Jirohei se aferró del brazo en que portaba la espada, gritando:

—Os ruego que dejéis tranquilo el árbol. Tomad mi vida en su lugar.

—Eres un insolente y molesto loco. Con gusto atenderé tu petición.

Y tras decir esto, el samurái cortó ligeramente a Jirohei, lo suficiente como para que le soltara el brazo. Jirohei le dejó ir, pero corrió hasta el árbol, donde continuó forcejeando por la rama que había sido cortada a pesar de su oposición, hasta que fue herido de nuevo, esta vez fatalmente. El samurái, al ver que el hombre iba a morir, huyó lo más rápidamente que pudo, abandonando la florida rama cortada en el suelo.

Al escuchar el jaleo, los sirvientes salieron de la casa de té seguidos por la pobre y anciana esposa de Jirohei. Estaba claro que Jirohei había muerto, pero su cadáver estaba tan firmemente aferrado al tronco del árbol como en vida. Transcurrió una hora antes de que pudieran separarlo de allí.

Desde ese momento, las cosas comenzaron a ir mal en la casa de té. Pocas eran las personas que la visitaban, y los que entraban eran tan pobres que apenas dejaban dinero en el negocio. Es más, desde el día del asesinato de Jirohei, el árbol comenzó a marchitarse y en menos de un año estaba completamente muerto. La casa de té tuvo que cerrar ante la falta de fondos para mantenerla abierta. La anciana esposa de Jirohei se había colgado del árbol marchito pocos días después de que el marido hubiera sido asesinado. La gente decía que se habían visto fantasmas rondando el árbol, y todos tenían miedo de ir de noche. Incluso las casas de té de los alrededores sufrieron esa mala fama, al igual que el templo, que durante un tiempo fue bastante impopular.

El samurái causante de todo guardaba silencio. Únicamente a su

padre le había confesado lo que había hecho; y ante él expresó también su intención de dirigirse al templo a comprobar la veracidad de esos fantasmas. Así que en el tercer día de marzo del tercer año de la Era Keio (o sea, hace cuarenta y dos años), el samurái partió en mitad de la noche solo y bien armado, haciendo caso omiso de los intentos de su padre por detenerlo. Se fue derecho al viejo árbol seco y se ocultó tras una linterna de piedra. Para su asombro, a medianoche el árbol muerto se cubrió de flores, ofreciendo el mismo aspecto frondoso que aquel fatídico día en que cortó la rama y mató a Jirohei. Al ver esto, el samurái atacó fieramente el árbol con su afiladísima espada. Arremetió contra él con furia ciega, cortando y tajando aquí y allá, hasta que escuchó un alarido de agonía que parecía surgir de las mismas entrañas del árbol.

Aunque después de media hora ya estaba exhausto, el samurái decidió esperar hasta el amanecer para comprobar el daño que había infligido. Pero al despuntar el alba, lo único que aquel samurái vio fue a su padre que yacía en el suelo hecho pedazos y por supuesto muerto. Sin lugar a dudas, su padre lo había seguido hasta allí para asegurarse de que su hijo no sufriera ningún daño. El samurái se sintió devastado por el dolor y la pena. Nada le quedaba por hacer, más que rezar a los dioses rogando el perdón y ofrecerles su vida a cambio, cortándose el vientre.

Desde ese día el fantasma no apareció nunca más y la gente volvió, como antes, a admirar las flores de cerezo tanto de noche como de día; como lo hacen incluso en nuestros días. Nunca nadie fue capaz de probar si el fantasma que encantó el lugar era el de Jirohei, el de su esposa o el del cerezo que murió cuando su miembro fue amputado.

La dama pe las nieves

Quizás no hay mucha gente, ni siquiera en Japón, que haya oído hablar de la *Yuki Onna*. Solo saben de su existencia en las montañas más altas que están todo el invierno cubiertas de nieve. Aquellos que hayan leído los relatos de Lafcadio Hearn recordarán una historia de la *Yuki Onna*, que aunque es muy famosa debido a su bella prosa, en realidad no es mejor que la siguiente.

Al norte de la septentrional provincia de Echigo, cerca de la isla de Sado en el mar de Japón, nieva en abundancia. Algunas veces la nieve se acumula hasta un espesor de veinte pies. Muchas son las personas que han perecido enterradas por la nieve y cuyos cuerpos no se pudieron recuperar hasta el deshielo. No hace muchos años, tres compañías de soldados enteras, con la excepción de tres o cuatro individuos, desaparecieron en la nieve en Aowomori, y no fueron desenterrados hasta muchos meses después; muertos, por supuesto.

Las desapariciones misteriosas suelen excitar la imaginación de la gente fantasiosa, y desde tiempos inmemoriales la dama de las nieves ha habitado en las creencias de las gentes del norte de Japón; por contra, aquellos que viven en el sur dicen que los norteños beben tanto sake que confunden los árboles cubiertos de nieve con mujeres.

Sea como sea, no puedo dejar de contar lo que un granjero llamado Kyuzaemon vio.

En el pueblo de Hoi, que consta únicamente de once casas, todas ellas muy humildes, vivía Kyuzaemon. Era pobre y doblemente desgraciado, ya que había perdido tanto a su hijo como a su esposa. Llevaba una existencia solitaria.

En la tarde del 19 de enero del tercer año de la Era Tempo (esto es, en 1833), se desató una tremenda tormenta de nieve. Kyuzaemon cerró los postigos y se puso tan cómodo como pudo. Hacia las once de la noche, unos golpes secos en su puerta lo despertaron. Era un golpeteo muy peculiar, pues sonaba a intervalos regulares. Kyuzaemon se sentó en la cama, miró hacia la puerta sin saber qué pensar. Los golpes volvieron a sonar, esta vez acompañados por la dulce voz de una joven. Creyendo que se trataba de una de las muchachas de la aldea que llamaba pidiendo ayuda, Kyuzaemon saltó fuera de la cama; pero al acercarse a la puerta, sintió miedo de abrirla. La voz y los golpes se repitieron justo al otro lado y Kyuzaemon saltó hacia atrás gritando:

—¿Quién eres y qué quieres?

—¡Abre la puerta! ¡Abre la puerta! —gritaba la voz desde afuera.

—¡Abriré la puerta cuando me digas quién eres y qué estás haciendo fuera a estas horas y en una noche como esta!

—Pero debes permitirme entrar. No aguantaré mucho en esta nieve tan intensa. No pido comida, solo cobijo.

—Lo siento mucho, pero no tengo ni camas, ni mantas. No veo posible que puedas cobijarte en mi casa.

—No son ni mantas ni cama lo que yo quiero, solo cobijo —imploró la voz.

—No puedo dejarte entrar así como así —gritó Kyuzaemon—. Es muy tarde y va contra las normas de la decencia.

Tras decir esto, Kyuzaemon aseguró la puerta con un madero de gran tamaño y ni siquiera se atrevió a entreabrir los postigos para comprobar el aspecto de su visitante nocturno. Cuando volvía a la cama, descubrió, estremecido, a una dama vestida de blanco de pie al lado del lecho, con su largo cabello suelto por la espalda. No tenía la apariencia de un fantasma: su rostro era bello y parecía rondar los

veinticinco años. Kyuzaemon, tomado por sorpresa y muy alarmado, la desafió:

—¿Quién y qué eres? ¿Y cómo has entrado aquí? ¿Dónde has dejado tus *geta*[78]*?*

—Puedo ir adonde quiera —dijo la dama—. Soy la mujer a la que no le has permitido entrar. No necesito zuecos, ya que floto sobre la nieve; a veces, incluso, me desplazo volando por el aire. Me dirigía a visitar el pueblo de al lado, pero tenía el viento en contra. Por eso te he pedido que me dejaras descansar aquí. Si me lo permites, partiré en cuanto el viento amaine. En cualquier caso, me iré por la mañana.

—No me importaría dejarte descansar aquí si fueses una mujer normal; es más, estaría gustoso de ayudarte. Pero, al igual que mis antepasados, yo también temo a los espíritus —le aclaró Kyuzaemon.

—No temas. ¿Tienes un *butsudan*[79]? —preguntó la dama.

—Sí, tengo un *butsudan* —respondió Kyuzaemon—. Pero ¿para qué lo quieres?

—Tú afirmas que temes a los espíritus, tienes miedo de lo que te pueda hacer. Deseo presentar mis respetos ante las tablillas de tus antepasados y asegurarles que no sufrirás ningún daño por mi parte. ¿Puedes abrir e iluminar el *butsudan*?

—Sí —dijo Kyuzaemon, temblando de miedo—. Abriré el *butsudan* y encenderé la lámpara. Por favor, reza también por mí, ya que soy un hombre desgraciado. Pero a cambio debes decirme qué clase de espíritu eres.

—Quieres saber demasiado, pero te lo diré —respondió el espíritu—. Pareces un buen hombre. Mi nombre era Oyasu. Soy hija de Yazaemon, que vive en la aldea vecina. Mi padre, un campesino al que quizás conozcas, aceptó en su familia a Isaburo como marido de su hija. Isaburo es un buen hombre, pero con la muerte de su esposa el año pasado, abandonó a su padre adoptivo y regresó a su antiguo hogar. Por esa razón he vuelto: para regañarle.

—¿He de entender que la esposa de Isaburo es la mujer que

pereció en la nieve el año pasado? —razonó Kyuzaemon—. Si es así, debes de ser el espíritu de Oyasu, esto es, la esposa de Isaburo, ¿no es verdad?

—Sí, así es —dijo el espíritu—. Yo era Oyasu, la esposa de Isaburo, quien pereció ahora hace un año en la gran tormenta de nieve, de la cual mañana se cumple el aniversario.

Kyuzaemon, con las manos temblorosas, encendió la lámpara del pequeño *butsudan*, murmurando las palabras *Namu Amida Butsu* una y otra vez, con un fervor como el que no había sentido antes. Después de hacer esto vio aproximarse a la *Yuki Orinar*, pero sus pies no producían sonido alguno mientras se deslizaba hacia el altar. Kyuzaemon se retiró a su lecho y se durmió de inmediato. Sin embargo, al poco se despertó con la voz de una mujer que se despedía de él. Antes de que tuviera tiempo de incorporarse, la dama desapareció sin dejar rastro. El incienso aún ardía en el *butsudan*.

Kyuzaemon se levantó al alba y fue a la aldea vecina para visitar a Isaburo, a quien encontró viviendo con su padre adoptivo, Yazaemon.

—Sí —reconoció Isaburo—, fue un error por mi parte abandonar al padre de mi esposa cuando ella murió. Por eso no me sorprende que en las noches frías, cuando nieva, el fantasma de mi esposa venga muchas veces a regañarme. Esta misma mañana la he visto de nuevo, y he decidido regresar. De hecho llevo aquí dos horas.

Al contrastar impresiones, ambos descubrieron que en cuanto el espíritu de Oyasu abandonó la casa de Kyuzaemon se apareció a Isaburo, sobre media hora después de la medianoche, y permaneció a su lado hasta que él prometió regresar a casa de su padre y ayudarle en sus últimos años.

Esta es, a grandes rasgos, mi leyenda sobre la *Yuki Onna*. Todos aquellos que mueren por la nieve y el frío se aparecen cuando nieva, al igual que los espíritus de los que se han ahogado en el mar solo se presentan cuando el mar está embravecido.

Aún hoy en día, en el norte, los sacerdotes dicen oraciones para

apaciguar a los espíritus de aquellos que han muerto por culpa de la nieve y evitar que se aparezcan a los que estaban relacionados con ellos.

La tumba de nieve[80]

Hace muchos años había un joven de la casta samurái que era muy famoso por su maestría con la espada, en un estilo llamado Yagyu Ryu. Era tan experto que le pagaban por enseñar, con el beneplácito de su maestro, no menos de treinta barriles de arroz y dos «raciones» al mes. Según me han informado, las raciones varían de uno a cinco *shō*[81]; por lo tanto, a nuestro joven samurái, Rokugo Yakeiji, le iba bien.

Impartía clases en Minami-wari-gesui, Hongo Edo. Su maestro era Sudo Jirozaemon y la escuela se encontraba en Ishiwaraku.

Rokugo no se enorgullecía en absoluto de su habilidad. Habían sido la modestia del joven, unida a su inteligencia, las que indujeron a su maestro a convertir a su alumno en su asistente. La escuela era una de las mejores de Tokio y contaba con cien alumnos.

Corría el mes de enero y los alumnos se habían reunido para celebrar el Año Nuevo. Llevaban ya siete días de festejos y estaban bebiendo *nanakusa*, un tipo de arroz caldoso mezclado con siete verduras que se cree ahuyenta las enfermedades para todo el año.

Se habían enzarzado en historias de fantasmas: cada uno intentaba contar una historia más aterradora que la de su vecino, hasta que a todos se les pusieran los pelos de punta, bien entrada ya la noche. Era costumbre celebrar el 7 de enero de esta manera, y el turno de cada uno se decidía antes mediante sorteo. Habían dispuesto cien velas en un cobertizo al final del jardín. Cuando le

llegaba el turno, cada narrador tenía que ir a buscar un candil. Y así sucesivamente hasta que todos hubieran contado su historia; esto lo hacían para poner a prueba las jactancias de quien decía que no creía en fantasmas y no le temía a nada.

Finalmente le llegó el turno a Rokugo.

—Amigos míos, escuchad mi historia. No es muy terrorífica, pero es verídica. Hace ahora tres años, cuando tenía diecisiete, mi padre me envió a Gifu, en la provincia de Mino. De camino llegué a un lugar llamado Nakimura. Eran sobre las diez de la noche. Fuera del pueblo, en algún campo sin cultivar, pude observar una curiosa bola de fuego. Se movía de aquí para allá sin hacer ruido, aproximándose y alejándose de mí, desplazándose como si estuviese buscando algo. Pasaba una y otra vez por los mismos sitios. Estaba suspendida unos cinco pies por encima del suelo, aunque a veces lo hacía a menor altura. No podría afirmar que estaba asustado, pero cuando entré en la posada Miyoshiya me fui a la cama sin decir a nadie lo que había visto. Os puedo asegurar que me alegré de estar bajo techo esa noche. A la mañana siguiente, la curiosidad pudo conmigo. Le conté al dueño lo que había visto, y él, a su vez, me contó lo siguiente:

»“Hace doscientos años se celebró una gran batalla en este lugar, y el general derrotado se suicidó. Poco tiempo después, al recobrar su cuerpo, sus soldados descubrieron que no tenía cabeza. Dedujeron entonces que esta había sido robada por el enemigo. Uno de ellos, más impaciente por encontrar la cabeza que los demás, prosiguió con la búsqueda mientras la contienda continuaba. Pero durante ese tiempo, también fue asesinado. Y todas las noches desde aquella de hace doscientos años, a las diez en punto, la cabeza aparece flotando como una bola de fuego. La gente la ha bautizado como *kubi sagashi no hi*[82]”».

«Cuando el dueño de la posada acabó de relatar esta historia, amigos míos, sentí una desagradable sensación en mi corazón. Era la primera experiencia sobrenatural que había vivido».

Los alumnos coincidieron en que era una historia peculiar.

Rokugo se calzó sus *geta* y fue a buscar su vela al final del jardín. No se había internado demasiado en él cuando escuchó una voz de mujer. A pesar de que no estaba demasiado oscuro, ya que había nieve en el suelo, Rokugo no pudo ver a ninguna mujer. Sin embargo, al llegar al lugar donde estaban las velas, escuchó de nuevo la voz, y volviéndose repentinamente, vio a una bella mujer de unas dieciocho primaveras. De finos ropajes, llevaba *obi*[83] atado en forma de *tateyanojiri*[84]. Su quimono estaba estampado con motivos de pinos y de bambúes, y lucía un peinado estilo *shimada*[85]. Rokugo la miraba con asombro y admiración. Un momento de reflexión le demostró que no podía tratarse de ninguna joven, y que su belleza casi le había hecho olvidar que él era un samurái.

—No, no es ninguna mujer, es un fantasma. ¡Menuda oportunidad de lucirme ante todos mis amigos!

Al decir esto, sacó su espada forjada por el famoso Moriye Shinkai, y de un solo corte partió cabeza y cuerpo en dos mitades.

Apresuradamente asió el candil y lo llevó de vuelta a la habitación, donde los alumnos lo estaban esperando. Una vez allí, les contó la historia y les rogó que le acompañasen a ver al fantasma. Los jóvenes se miraron entre ellos: una cosa eran los fantasmas en las historias de miedo y otra bien distinta encontrarse con uno en la vida real. Ninguno de ellos se atrevía a acompañarlo. Sin embargo, después de un rato, Yamamoto Jonosuke, demostrando más coraje que el resto, dijo: «Yo iré», y salió apresuradamente. Los demás, al verlo, arrancaron en tropel hacia el jardín.

Cuando llegaron al lugar donde se suponía que el fantasma yacía muerto, solo encontraron los restos de un muñeco de nieve que ellos mismos habían hecho durante el día. Estaba partido en dos, con un tajo vertical de la cabeza a los pies, tal y como Rokugo les había descrito. Todos se rieron. Varios de aquellos jóvenes samuráis se enfadaron, ya que pensaban que Rokugo se había burlado de ellos. Sin embargo, al volver a la casa, enseguida se

dieron cuenta de que Rokugo no estaba de broma. Lo encontraron sentado con aire altanero, como si pensase que ahora sus alumnos no dudarían de sus dotes de gran espadachín.

En cambio, ellos lo miraron con desprecio y se dirigieron a él de la siguiente manera:

—No hay duda de que hemos recibido evidencias de sobra de tu habilidad. ¡Incluso el niño que arroja piedras a un perro tiene tanto coraje como para hacer lo que tú has hecho!

Rokugo se enfadó y les llamó insolentes. Tal era su enojo, que llegó al extremo de llevar su mano a la empuñadura de su espada, y amenazó con matar a varios de ellos. Los samuráis, finalmente, se disculparon por sus palabras, pero añadieron:

—Tu fantasma era simplemente el muñeco de nieve que hicimos esta misma mañana. Por eso te dijimos que ni siquiera un niño tendría miedo de atacarlo.

Al oír esto, Rokugo se sintió confundido, aunque se disculpó a su vez por su mal genio. Sin embargo, les dijo que no acertaba a comprender cómo había podido confundir un muñeco de nieve con una mujer fantasma. Perplejo y avergonzado, rogó que no contaran nada sobre ese asunto, sino que se lo guardaran para ellos. Y a continuación se despidió de todos y abandonó la casa.

Ya no nevaba, pero la nieve se acumulaba en el suelo. Rokugo había bebido bastante sake y sus andares no eran muy equilibrados cuando emprendió el camino de vuelta a su casa en Warigesui.

Al pasar junto a las puertas del templo de Korinji vio a una mujer moviéndose a una velocidad impensable a través de los terrenos del templo. Rokugo se acercó a la valla para observarla. Tenía el cabello desaliñado y estaba descompuesta. De pronto, un hombre llegó corriendo tras ella con un cuchillo de carnicero en la mano, y gritó mientras la agarraba:

—¡Maldita mujer! Has sido infiel a tu pobre marido. Te mataré por ello, ya que soy su amigo.

Tras apuñalarla cinco o seis veces se fue, dejándola allí. Rokugo, reanudando su camino a casa, pensó que debía de ser un buen

amigo aquel que había dado muerte a la esposa infiel, pues consideraba la muerte como una justa recompensa para una mala mujer. No había avanzado demasiado cuando, para su asombro, se encontró cara a cara con la mujer que acababa de ser asesinada. Ella se plantó ante él con ojos airados y le dijo:

—¿Cómo puede un valiente samurái ser testigo de un crimen tan cruel y disfrutar con el espectáculo?

Rokugo estaba pasmado.

—No te dirijas a mí como si fuese tu marido —le respondió—. Porque no lo soy. Es cierto, fue de mi agrado ver como te mataban por haber sido infiel. De hecho, ¡si eres el fantasma de la mujer asesinada, yo mismo te daré muerte!

Pero antes de que pudiera desenvainar la espada, el espíritu había desaparecido. Rokugo continuó su camino, pero en las inmediaciones de su casa se encontró con otra mujer, que surgió ante él con una cara terrible y apretando los dientes, como si estuviera sufriendo. Mientras observaba esta última aparición, Rokugo se dijo que ya había tenido suficientes problemas con mujeres esa noche y pensó que debía de ser víctima de un zorro que adoptaba formas humanas.

En ese momento rememoró todo lo que había oído sobre los zorros que adoptan formas humanas. Sabía que de los cuerpos de los zorros y de los tejones emana un brillo tan intenso que incluso en la noche más oscura se puede distinguir el color de su pelo, y hasta las figuras bordadas en los quimonos que visten cuando asumen forma humana son claramente visibles a un *ken* de distancia. Al recordar esto, Rokugo se aproximó un poquito más a la mujer y pudo ver con claridad los estampados de su vestido, como si un fuego ardiera bajo ellos. El cabello también parecía albergar una hoguera en su interior.

Sabiendo ya que tenía que lidiar con un zorro, Rokugo sacó su mejor espada, la que había sido forjada por el célebre Moriye, y se dispuso a atacarle con cuidado, pues sabía que tenía que golpear al zorro en sí y no al espíritu del zorro que había adoptado forma

humana. Se cree que cuando un zorro o un tejón adoptan forma humana, su verdadera forma se encuentra siempre al lado del espíritu. Si la aparición se encuentra en el lado derecho, el animal está a la izquierda, y viceversa. Rokugo ejecutó su ataque teniendo en cuenta esto, y dio muerte al zorro y, por consiguiente, a la aparición.

Fue corriendo a su casa y avisó a sus familiares, que salieron con linternas. Cerca de un mirto que casi alcanzaba la edad de doscientos años, encontraron el cuerpo, no de un zorro o de un tejón, sino de una nutria. El cuerpo del animal fue llevado a la casa. Al día siguiente, los alumnos de la escuela de espada recibieron una invitación para ir a verlo, y se celebró un gran festín. Rokugo había eliminado una gran desgracia. Los alumnos erigieron una tumba para la bestia. Se la conoce como «Yukidzuka», la tumba de nieve, y aún hoy puede visitarse en el templo de Korinji, en Warigesui Honjo, en Tokio.

El ciruelo que tenía forma de dragón

En el año 1716 de la Era Kyoho, hace ciento noventa y un años, vivía en Momoyama Fushimi, un viejo jardinero, Hambei, muy querido y respetado por su naturaleza amable y su gran honestidad. A pesar de ser pobre, Hambei había ahorrado el suficiente dinero como para arreglárselas bien, y además había heredado de su padre una casa con jardín. Por consiguiente, era feliz. Su pasatiempo favorito era cuidar del jardín, en especial de un extraordinario y hermoso ciruelo con una forma conocida en Japón como *furyo*, que significa «dragón tumbado». Tales árboles poseen un gran valor y son muy apreciados para decorar los jardines. Uno puede encontrar magníficos ejemplares de este hermoso árbol tanto en las montañas como en las islas más salvajes y siempre son respetados, aunque bien es cierto que en los grandes núcleos comerciales los árboles están más indefensos. Pero, por lo general, los japoneses sienten veneración hacia estos árboles de formas extraordinarias, ya sean pinos o ciruelos.

Hambei amaba de tal manera ese árbol que nadie podría obligarlo a separarse de él. Tan notoriamente bellos eran los tonos y las sinuosas curvas de su viejo y atrofiado árbol que le habían ofrecido enormes sumas de dinero por él. Hambei no solo lo amaba por su belleza, sino porque había pertenecido a su padre y a su abuelo. Ahora que tanto él como su esposa habían llegado ya a la vejez y sus hijos se habían independizado, era su fiel compañero.

En el otoño lo atendía limpiándolo de hojas secas y muertas. Le apenaba y sentía compasión de su desnudez bajo el frío de noviembre y diciembre; pero en enero se alegraba de ver los brotes que florecerían en febrero. Cuando el árbol florecía, Hambei tenía la costumbre de dejar entrar a ciertas horas a la gente a visitar y admirar el árbol, y a escuchar asimismo viejos relatos históricos, y también de amor, relacionados con los ciruelos, que abundan en el imaginario japonés. Cuando la temporada llegaba a su fin de nuevo, Hambei podaba y ataba el árbol. En la estación cálida, se entretenía descansando y fumando en pipa bajo las ramas, y a menudo era recompensado por su celo con dos o tres docenas de deliciosas ciruelas, que él valoraba y amaba casi como a sus propios hijos.

Así, año tras año, el árbol había llegado a ser tan buen compañero que no lo entregaría ni por el rescate de un rey. ¡Pero ay!, Hambei no estaba solo en el mundo, por lo que tarde o temprano alguien codiciaría su propiedad. Y así sucedió que un alto oficial de la corte imperial había oído hablar del *furyo* de Hambei y lo deseaba para su propio jardín. Este *dainagon*[86] envió a su lacayo, Kotaro Naruse, a visitar al anciano jardinero y preguntarle cuánto pedía por el árbol. Ni por un momento dudó de que este podría negarse a deshacerse de su propiedad en cuanto le ofreciese una suma importante.

Kotaro Naruse llegó a Momoyama Fushimi y fue recibido con la debida ceremonia. Después de beber una taza de té, anunció que había sido enviado para inspeccionar y hacer los arreglos necesarios para llevar el árbol *furyo* a la residencia del *dainagon*. Hambei estaba perplejo. ¿Qué tipo de excusa le daría a tan alto personaje para rechazar su requerimiento? Balbuceó entonces una torpe y un tanto estúpida observación, de la que el astuto enviado pronto tomó ventaja.

—De ninguna manera vendería el venerable árbol, ya he rechazado muchas ofertas antes —dijo Hambei.

—Yo no he mencionado que fuera a comprar el árbol por dinero —le respondió Kotaro—. He dicho que he venido a realizar los

arreglos necesarios para que pueda ser transportado cuidadosamente al palacio del *dainagon*, donde será recibido con un gran ceremonial y cuidado de forma exquisita. Será como llevar una esposa al palacio del *dainagon*. ¡Y cuánto honor para el ciruelo, unirse en matrimonio con alguien de tan ilustre linaje! ¡Deberías sentirte orgulloso de una unión así para tu árbol! ¡Déjate aconsejar por mí y accede a los deseos del *dainagon*!

¿Qué podía decir Hambei a esto? ¡Una persona de tan baja cuna, al que un galante samurái le pide acceder a los deseos del *dainagon*!

—Señor —le respondió—, vuestra solicitud en nombre del *dainagon* ha sido tan cortésmente realizada que me resultaría imposible rechazarla. Sin embargo, debo hacerlo. Decidle al *dainagon* que el árbol es un regalo y por eso me es imposible venderlo.

Kotaro estaba muy contento del éxito de su estratagema, y sacando de entre sus ropajes una bolsa, dijo:

—Por favor, ya que es costumbre realizar un regalo, acepte este pequeño obsequio como agradecimiento.

Para gran asombro del jardinero, la bolsa contenía oro. Se la devolvió a Kotaro, diciendo que le era imposible aceptar el regalo, pero presionado de nuevo por el pico de oro del samurái, tuvo que retractarse. En cuanto Kotaro se fue, Hambei se sintió profundamente arrepentido. Era como si hubiera vendido su propia carne, como si hubiera vendido a su propia hija al *dainagon*.

Esa noche no pudo dormir. Hacia la medianoche, su esposa entró en su habitación y, tirándole de las mangas, le gritó:

—¡Tú, maldito viejo! ¡Canalla vil! ¡Hacer eso a tu edad! ¿De dónde has sacado a esa muchacha? ¡No me mientas, te he pillado! ¡Ahora veo en tus ojos que estás a punto de pegarme! Eso te haría sentir mejor. ¡No me sorprendería que buscaras vengarte de esta manera! ¡Debes de sentirte un viejo loco!

Hambei creyó que su esposa, finalmente, había perdido por completo el juicio. Él no había visto a ninguna joven.

—¿Qué pasa contigo, *obaa-san*[87]? —le preguntó—. No me he visto con ninguna joven. No sé de qué estás hablando.

—¡No me mientas! ¡La he visto! ¡La he visto cuando bajé a por un vaso de agua!

—¿Que la has visto? ¿A quién? ¡Creo que te has vuelto loca, tanto hablar de ver muchachas!

—¡La he visto! La he visto llorando al otro lado de la puerta. Y era muy bella, viejo pecador, solo tenía dieciséis o diecisiete años.

Hambei salió de la cama para ver por sí mismo si su esposa había dicho la verdad o si se había vuelto completamente loca. Al llegar a la puerta, escuchó un sollozo y, al abrirla, se encontró con una bella joven.

—¿Quién eres y por qué estás aquí? —preguntó Hambei.

—Soy el espíritu del ciruelo, al que durante tantos años has atendido y amado, al igual que tu padre antes que tú. He oído, y siento un gran dolor debido a ello, que se ha hecho un trato por el cual debo ser transplantada en los jardines del *dainagon*. Dicen que es una suerte pertenecer a tan noble familia y que es un honor ser llevada allí. Pero yo no estoy de acuerdo, me duele que me saquen de este lugar en el que he vivido toda mi vida y que me alejen de ti, que has atendido todas mis necesidades. ¿No podrías permitir que me quedara un poco más, tanto como me queda de vida? ¡Te lo ruego, hazme ese favor!

—He prometido entregarte el sábado al *dainagon* en Kioto, pero no puedo rechazar tu ruego, ya que adoro tenerte conmigo. Sosiega tu espíritu. Veré qué puedo hacer —dijo Hambei.

El espíritu secó sus lágrimas, sonrió a Hambei y desapareció como si se esfumara en el tronco del árbol. La esposa de Hambei se quedó pasmada al verlo, aunque no podía asegurar que no se tratara de un truco de su marido.

Finalmente, llegó el sábado fatal en el que el árbol iba a ser arrancado, y Kotaro apareció con muchos hombres y un carro. Hambei le contó todo lo sucedido, le habló del espíritu del árbol y de cómo le había implorado.

—Aquí tenéis el dinero, cogedlo, por favor —dijo el anciano—. Contadle la historia al *dainagon* tal y como yo os la he contado. Seguro que sabrá comprenderlo.

Kotaro se enfadó muchísimo, y dijo:

—¿A qué viene este cambio de opinión? ¿Acaso has bebido demasiado sake, o es que me tomas por idiota? Ten cuidado, te lo advierto, o de lo contrario te cortaré la cabeza. Incluso en el caso de que sea verdad y el espíritu del árbol se te haya presentado bajo la forma de una joven, ¿tengo que creerme que te haya dicho que le apenaría dejar tu miserable jardín en lugar de ocupar un lugar de honor al lado del *dainagon*? Eres un loco, y un loco ofensivo además. ¿Cómo te atreves a devolver el regalo del *dainagon*? ¿Cómo se supone que debo explicarle tamaño insulto? ¿Y qué pensaría de mí entonces? Como no mantengas tu palabra, tomaré el árbol por la fuerza, o te mataré en su lugar.

Kotaro estaba muy enojado. Le propinó tal patada a Hambei que este cayó al suelo. Y, sacando su espada, se disponía ya a cortarle la cabeza al anciano, cuando repentinamente sopló una ráfaga de aire con el fragante aroma a flores de ciruelo, y allí, de pie ante Kotaro, ¡apareció el espíritu del cerezo!

—Apártate de mi camino o saldrás herida —gritó Kotaro.

—No, no lo haré. Es mejor que me mates a mí, al espíritu que ha causado tantos problemas, en lugar de a este pobre hombre inocente —dijo el espíritu.

—Yo no creo en los espíritus de los árboles —dijo Kotaro—. Que eres un espíritu es evidente, pero únicamente eres el espíritu de un viejo zorro. Así que cumpliré tu deseo, y te mataré primero.

Tan pronto como dijo esto, realizó un corte con su espada y sintió la inconfundible sensación de cortar un cuerpo. La muchacha desapareció, y allí solo cayeron una rama del ciruelo y una lluvia de flores. Kotaro comprendió que el jardinero había dicho la verdad y le ofreció las disculpas que le debía.

—Le llevaré la rama al *dainagon* —dijo—. Y espero que crea mi historia.

Así fue como la vida de Hambei fue salvada por el espíritu del árbol.

El *dainagon* escuchó la historia, y se sintió tan conmovido que le envió al jardinero un mensaje diciéndole que podía guardar el árbol y el dinero como una muestra de arrepentimiento por los problemas que le había causado.

Pero desgraciadamente, tras el cruel corte de Kotaro y a pesar de los cuidados de Hambei, el árbol se marchitó y murió pronto. El tronco seco fue adorado durante muchos años.

El tablero de ajedrez de cerezo[88]

En tiempos antiguos, mucho antes de que las desgracias de la europeización se cernieran sobre Japón, vivía en Kasamatsu, en Nakasatani, cerca de Shichikwai-mura Shinji-gun, en la provincia de Hitachi, un viejo *daimio* de fiero temperamento llamado Oda Sayemon. Su castillo se levantaba en lo alto de una colina cubierta de pinos, a tres millas de lo que ahora se conoce como la estación de Kamitachi, de la Compañía Ferroviaria Nipona. Sayemon era célebre por su valentía como soldado, por su abominable forma de jugar al *go*[89] y por su mal perder, lo que le ocurría constantemente. Los más cercanos de entre sus vasallos habían intentado cambiar sus modales cuando perdía al *go*, pero todo su esfuerzo resultó inútil. A todos aquellos que lo vencían, Sayemon les golpeaba en el rostro con un pesado abanico de hierro, del tipo del que los guerreros solían portar por aquel entonces. En esas ocasiones estaba dispuesto a desenvainar su arma para cortar la cabeza hasta de su mejor amigo si osaba entrometerse. Ser invitado a jugar con su señor era algo que hasta el más osado de sus samuráis temía. Así que al final acordaron que era preferible dejarse ganar que sufrir la indignidad de ser golpeados por él cuando lo vencían. Después de todo, tampoco importaba tanto, pues no se jugaban dinero. Como nunca aprendía de sus errores, Sayemon fue empeorando como jugador, aunque en su soberbia se creía mejor que nadie.

El 3 de marzo, y como parte de los festejos en honor de su

pequeña hija O-Chio, Sayemon ofreció una espléndida cena a sus vasallos. El 3 de marzo es el Día de las Muñecas, Hina-no-sekku, el día que las niñas exponen sus muñecas. La gente va de casa en casa para verlas, y las pequeñas propietarias ofrecen a sus invitados dulce sake blanco en una tacita de muñeca con mucha ceremonia. Sayemon, sin duda, había elegido ese día festivo para agasajar a su hija. Ella sirvió un dulce sake blanco tras la comida para que bebieran a la salud de sus muñecas, en lugar del sake ordinario, que sin duda hubiera sido más del gusto de los invitados. El propio Sayemon aborrecía el sake dulce. Así que cuando concluyó el festín, hizo llamar a Saito Ukon, uno de sus guerreros más antiguos y fieles, para jugar al *go* con él. Extrañamente, Ukon jamás había jugado antes con su señor, y se sintió encantado de que lo hubiese elegido. Estaba decidido a morir esa noche tras darle a su señor una buena lección.

En la lujosamente decorada estancia fue colocado un *goban*[90] con dos cajas que contenían las fichas, que estaban hechas de piedras blancas y negras. Normalmente, el mejor jugador elegía las fichas blancas y el inferior se quedaba con las negras. Sin ningún tipo de disculpa o explicación, Ukon tomó la caja que contenía las piedras blancas y las dispuso sobre el tablero como si él fuese sin ningún lugar a dudas el mejor jugador.

El temperamento de Sayemon se avivó ligeramente, pero se contuvo. Sus vasallos le habían permitido ganar tantas veces al *go* últimamente, que estaba seguro de que se repetiría de nuevo, y entonces Ukon tendría que disculparse por su presunción al tomar las piedras blancas.

Pero el juego se terminó con una victoria de Ukon.

—Juguemos otra partida —dijo Sayemon—. No presté la debida atención en esta. Ahora te demostraré que puedo ganarte cuando quiera.

Y, una vez más, Sayemon fue derrotado. Esta vez, sin embargo, ya no pudo controlarse: su rostro se puso rojo, sus ojos echaban chispas, y con una voz intimidatoria y llena de cólera, rugió

exigiendo una tercera partida.

Ukon ganó de nuevo, y la ira de Sayemon se desató. Agarrando su abanico de hierro, iba ya a asestarle un violento golpe en el rostro, cuando su oponente lo sujetó por la muñeca y dijo:

—Mi señor, ¿es este el concepto que tenéis del juego? ¡Es curiosa la idea que de este tiene su señoría! Lo justo es que el mejor jugador gane, mientras que el inferior debe perder. Si vos no sois capaz de derrotarme, es porque sois el jugador inferior. ¿Es esta la forma de comportarse de su señoría al ser derrotado por un oponente superior? ¿Acaso es esta la forma en que el código del *bushido* nos ha enseñado a comportarnos ante la derrota? Escuchad el consejo de vuestro fiel servidor y no seáis tan rápido en mostrar vuestra ira. No le conviene a su señoría en tan alta posición mostrar tal debilidad. —Y, dirigiéndole a Sayemon una mirada cargada de reproche, Ukon hizo una reverencia hasta el suelo.

—¡Tú, insolente sinvergüenza! —rugió Sayemon—. ¿Cómo te atreves a dirigirte a mí en esos términos? ¡No te muevas! Quédate donde estás, con la cabeza agachada para que pueda cortártela mejor.

—Vuestra espada es para matar enemigos, no para matar a vuestros vasallos; y mucho menos a vuestros amigos —dijo Ukon—. Envainad vuestra espada, mi señor. No tenéis necesidad de ensuciaros con mi muerte, pues ya me he hecho *seppuku* tras ofreceros este consejo para así salvar a los demás. ¡Mirad aquí, señor!

Ukon abrió sus ropas y le mostró el inmenso corte que cruzaba su estómago. Sayemon se quedó petrificado durante un momento. Ukon aprovechó para decirle que debía controlar su temperamento y tratar mejor a sus subalternos. Al escuchar este consejo, la cólera de Sayemon regresó de nuevo. Agarrando su espada, se precipitó sobre Ukon, gritando:

—Ni siquiera en medio de tu agonía te permito que me des lecciones. —Y le asestó un furioso corte en la cabeza. Pero falló, y, en su lugar, partió el tablero de *go* en dos mitades.

Entonces, al ver que Ukon estaba a punto de morir, Sayemon se dejó caer a su lado, llorando amargamente y diciendo:

—¡Mucho es mi pesar y arrepentimiento al verte morir de esta manera, oh, leal Ukon! Con tu marcha, pierdo al más antiguo y leal de mis seguidores. Me has servido fielmente y has luchado con la mayor gallardía en todas mis batallas. ¡Perdóname, te lo ruego! Seguiré tu consejo. Es seguro que fue una señal de los dioses que, descontentos con mi conducta, hicieron errar el golpe que asesté sobre tu cabeza y cortar en su lugar el tablero de *go*.

Ukon, satisfecho de ver que al final su señor se arrepentía, dijo:

—Ni siquiera tras mi muerte olvidaré la relación entre siervo y señor, y mi espíritu permanecerá a vuestro lado y cuidará de vuestro bienestar mientras estéis vivo.

A continuación, Ukon exhaló su último aliento.

Sayemon estaba tan conmovido por la lealtad de Ukon que decidió enterrarlo en su propio jardín, junto con el tablero de *go* partido. Desde ese día, el comportamiento del señor Sayemon cambió drásticamente. Fue bueno y amable con todos sus súbditos, haciendo feliz a todo el mundo.

Un mes más tarde de la muerte de Ukon, un cerezo brotó de su tumba. En tres años, el árbol creció hasta convertirse en un hermoso ejemplar que florecía exuberante.

El 3 de marzo del tercer año, en el aniversario de la muerte de Ukon, Sayemon se sorprendió de encontrarlo súbitamente florecido. Mientras lo observaba, considerando si regarlo como hacía todos los días, de pronto vio una silueta borrosa de pie al lado del tronco. Pero nada más decir estas palabras: «Sé que eres el espíritu del fiel Saito Ukon», la figura desapareció. Sayemon corrió hasta el árbol para verter agua en sus raíces, ¡y entonces advirtió que en la base del tronco había cortes que asemejaban la forma de un tablero de *go*! Se quedó muy impresionado.

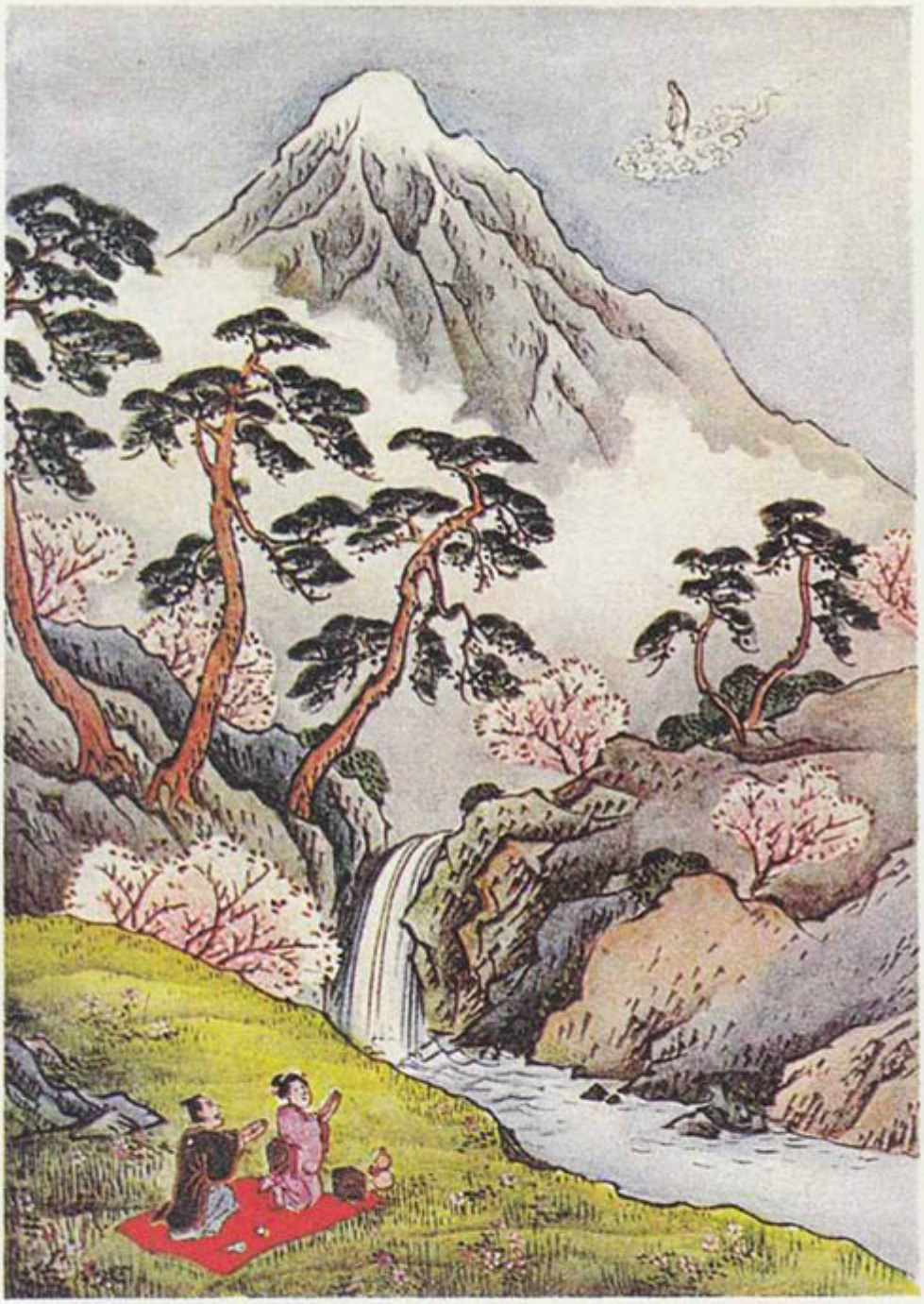
Durante los años siguientes, y de hecho hasta la muerte de Sayemon, el fantasma de Ukon siguió apareciéndose cada 3 de marzo.

Cuando el cerezo fue declarado sagrado, se levantó una valla alrededor del árbol y aún hoy en día puede ser visitado.

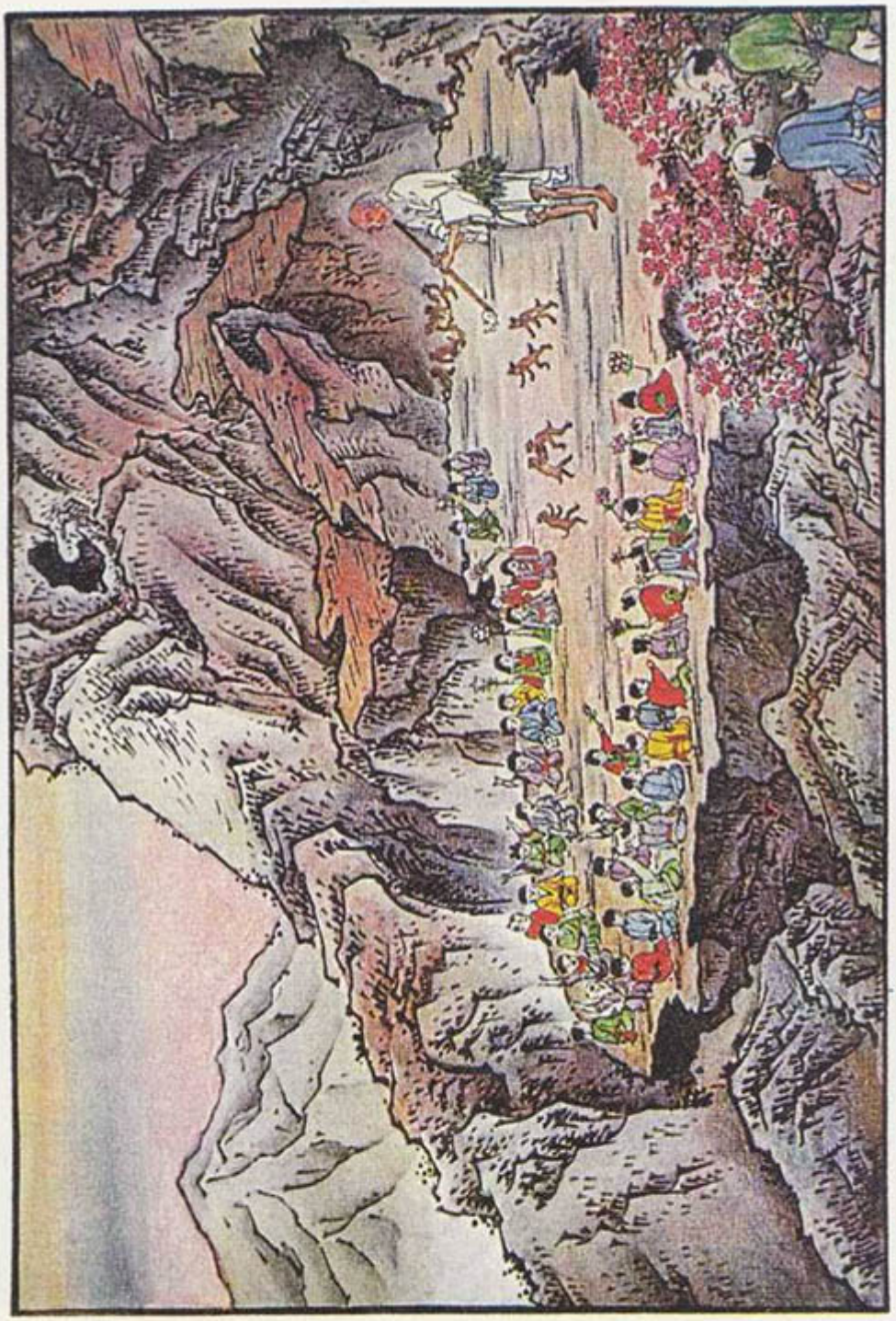
ilustraciones

Kume acaba con la gran águila en Torijima

Okureha es salvada por la diosa

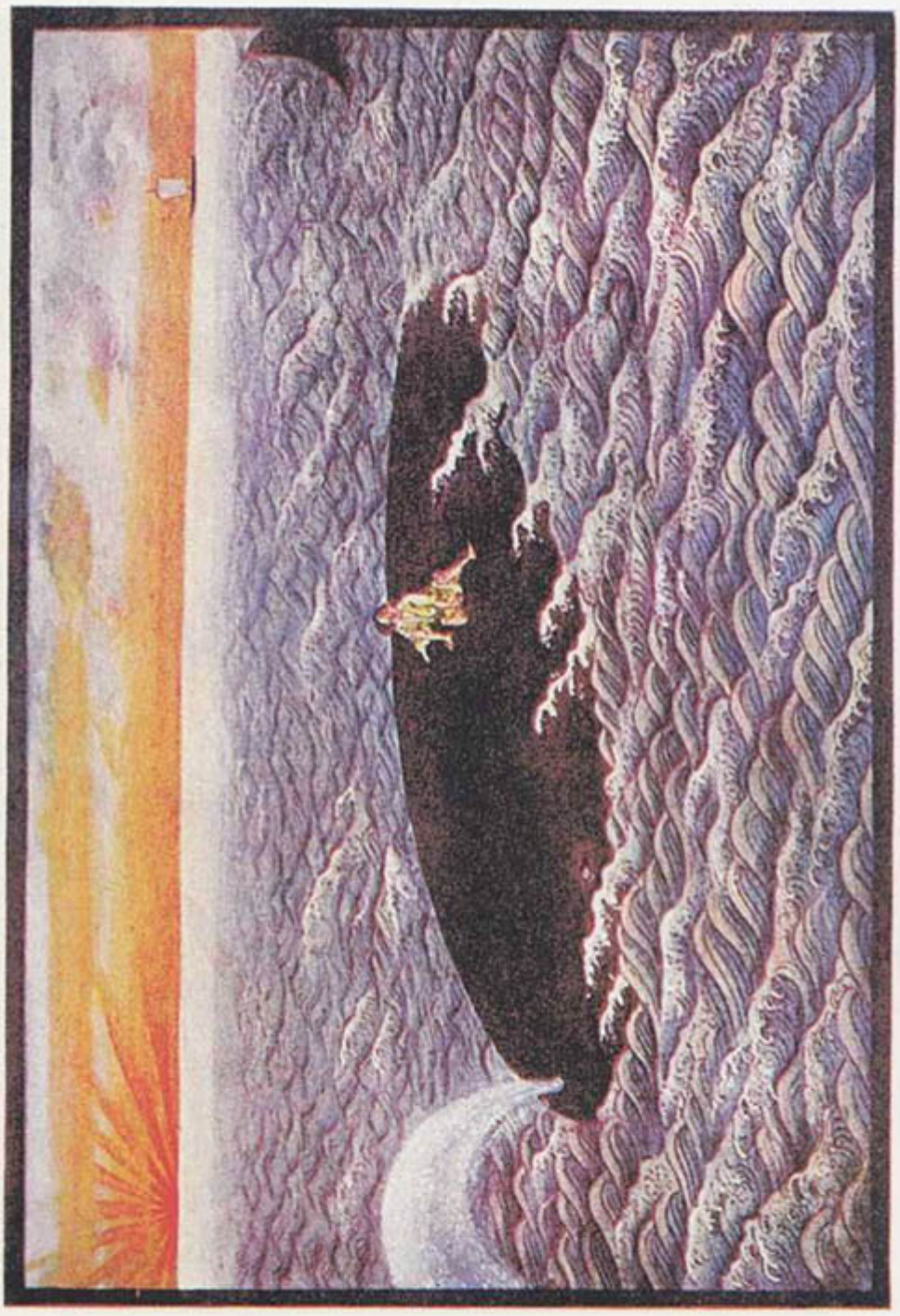


La diosa del monte Daimugenzan

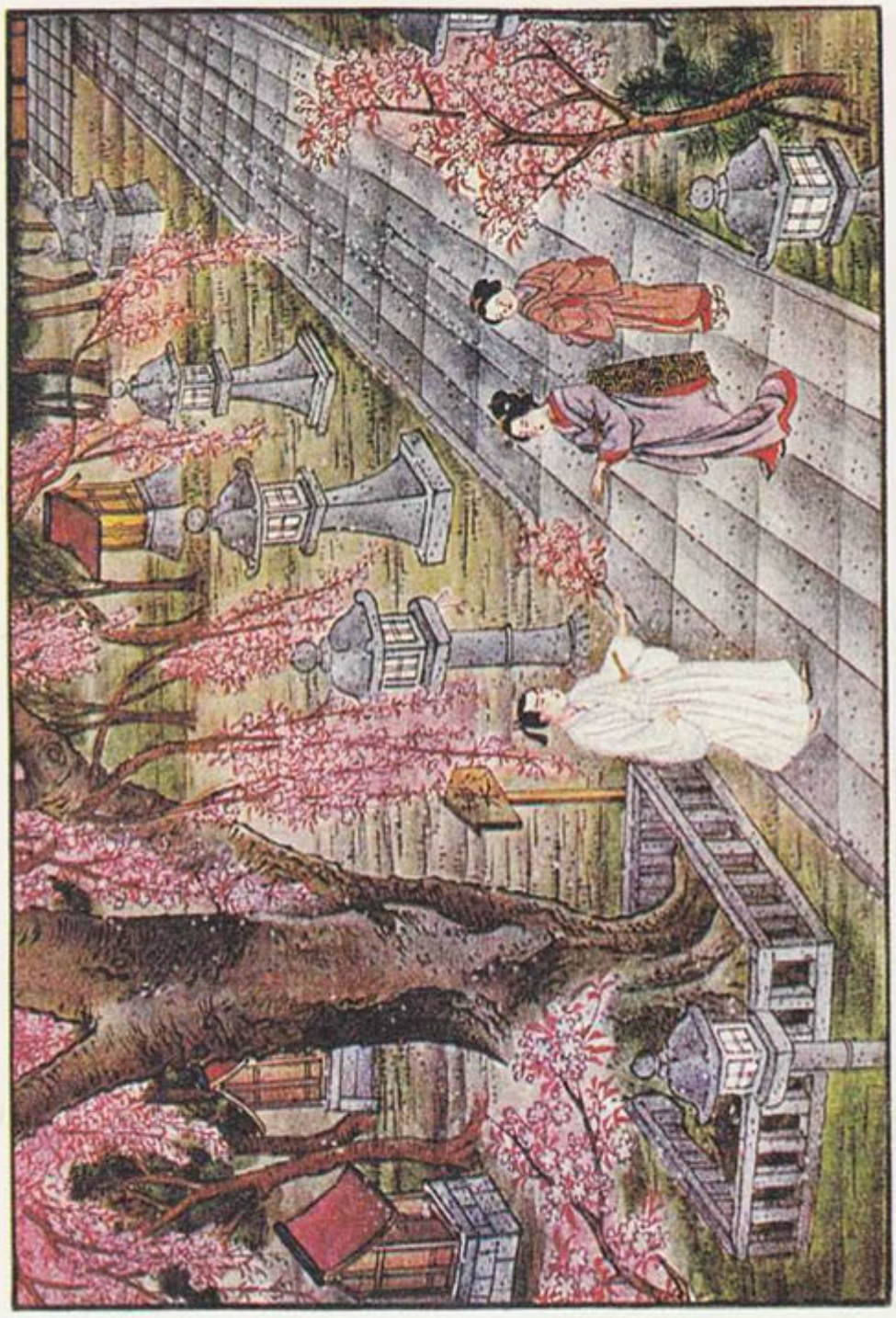


El anciano ermitaño entretiene a los niños

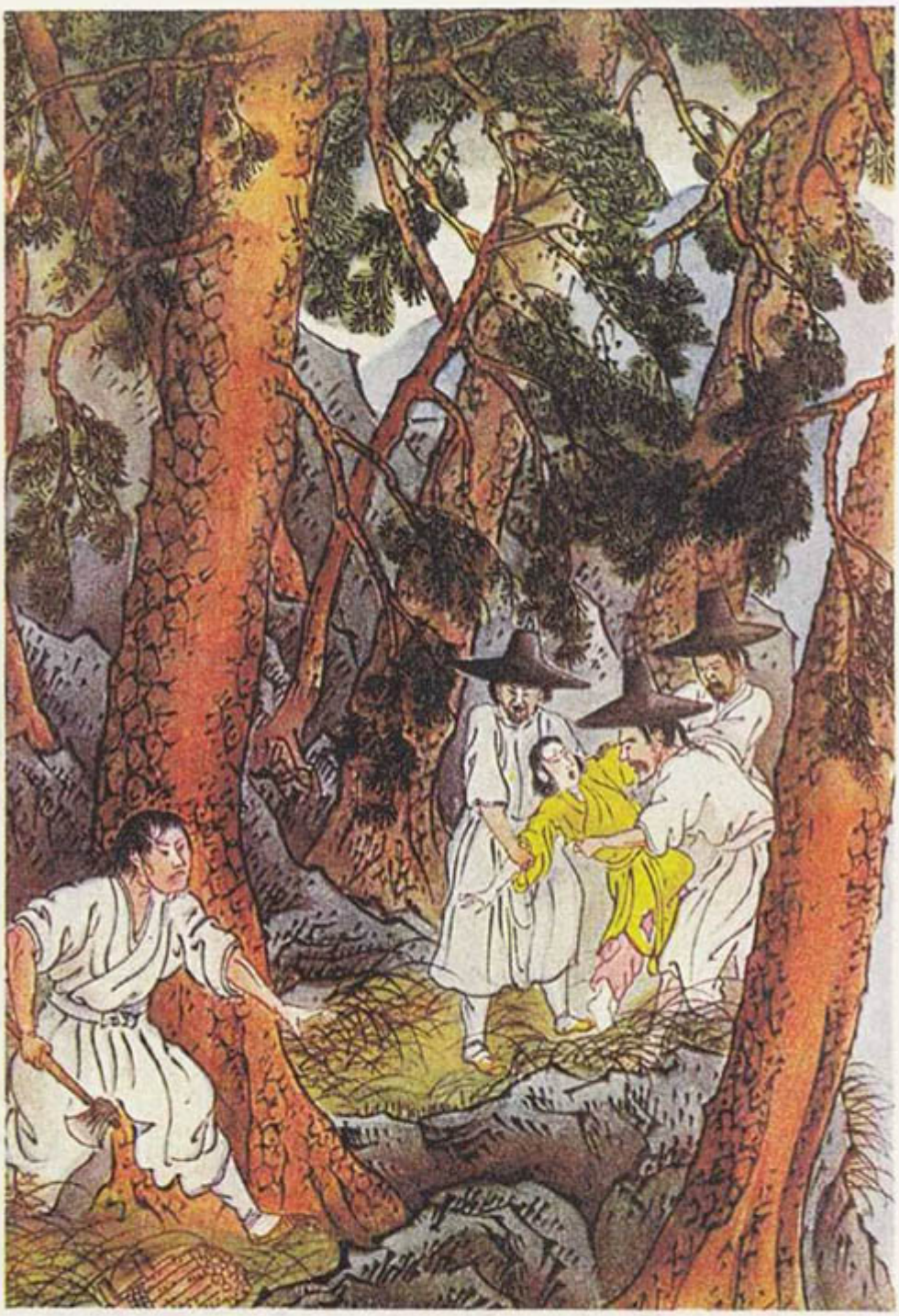
El espíritu del monte Fuji muestra a Yosoji el manantial curativo



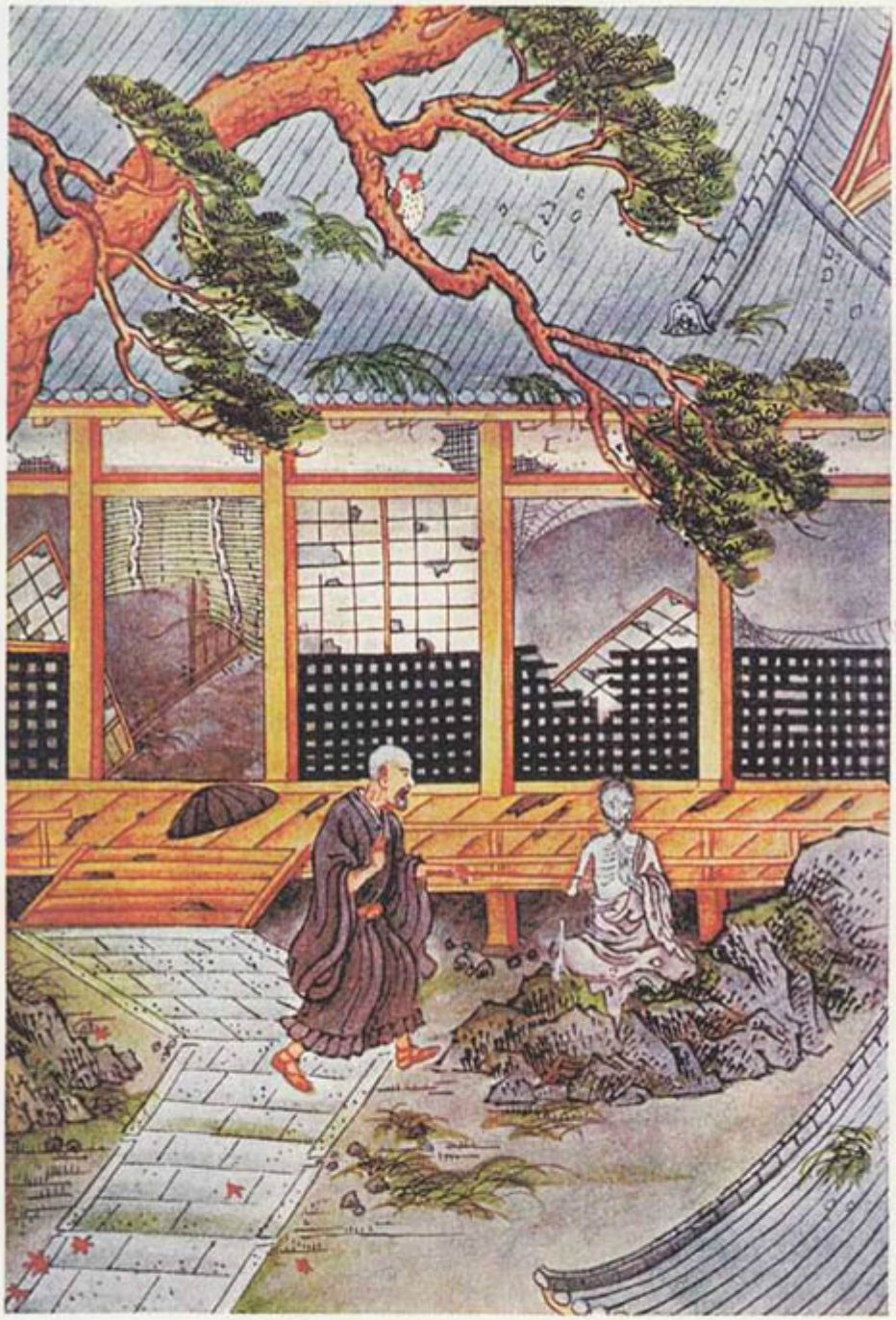
Yoda Emon descubre que se encuentra sobre el lomo de una ballena



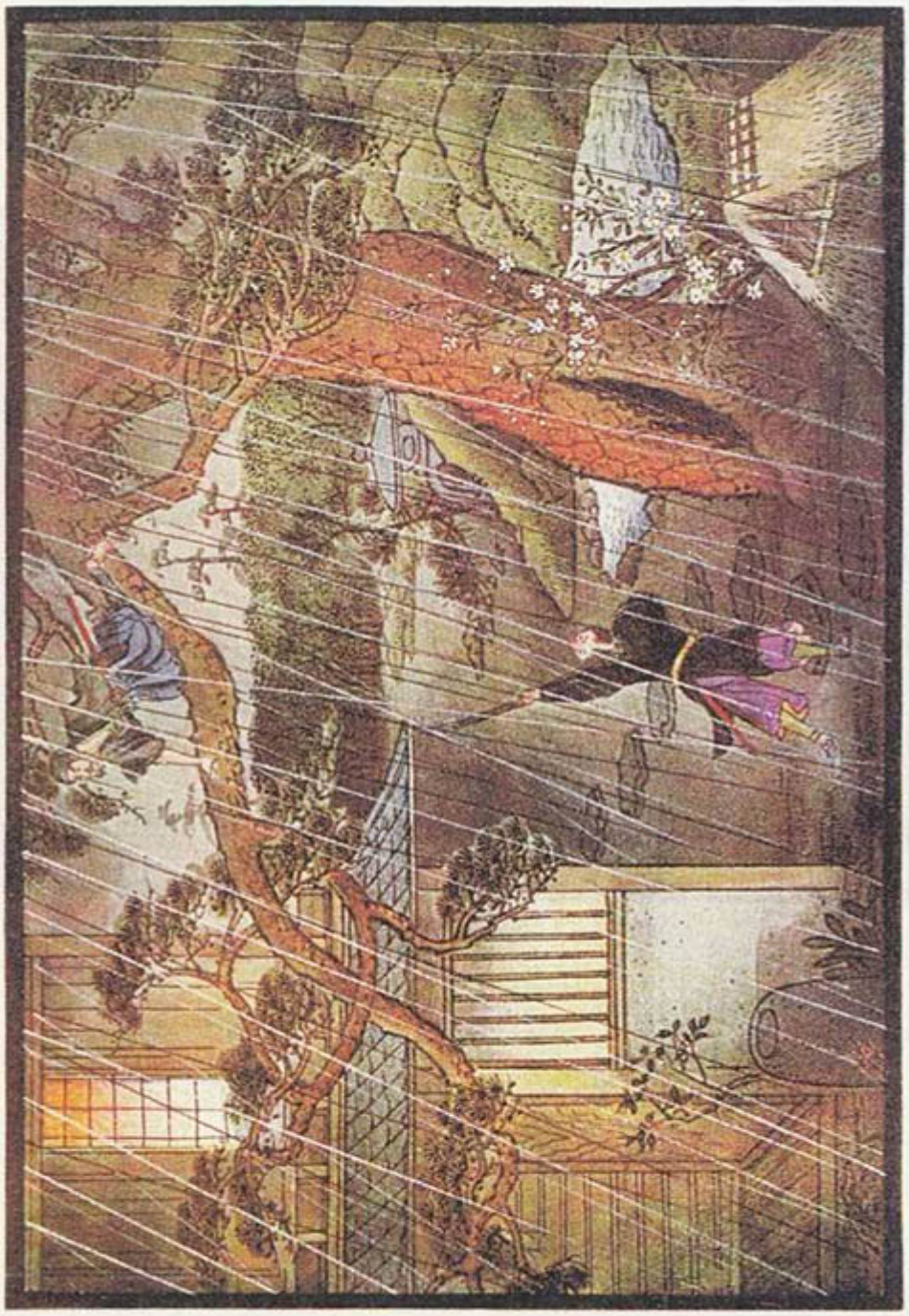
Hanano-san toma la rama de cerezo de manos de un joven



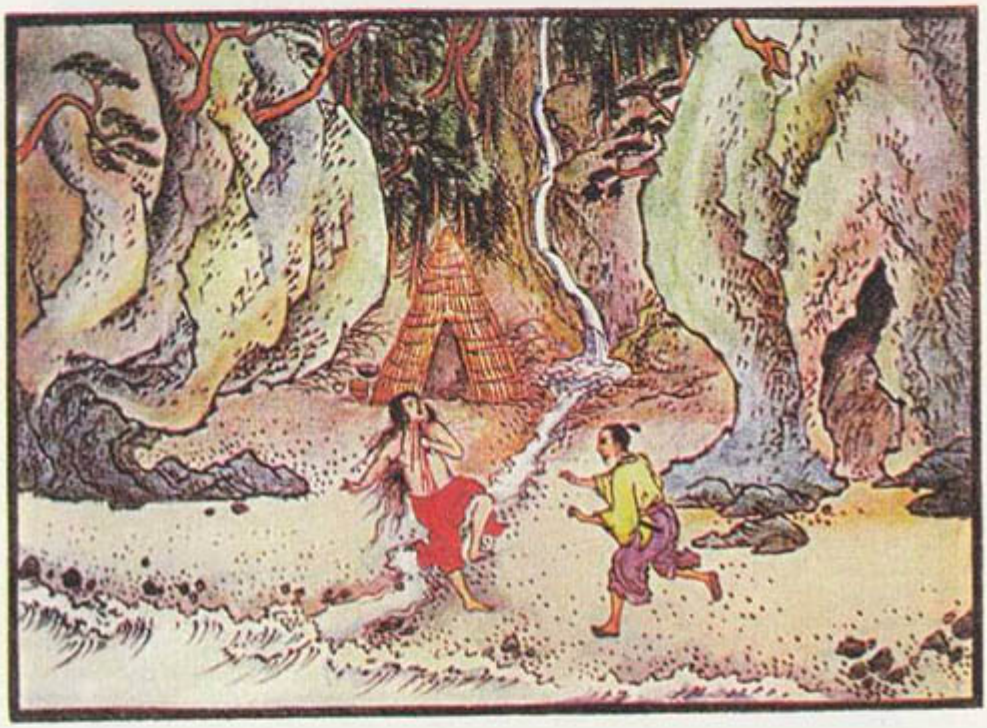
El leñador salva aChoyo de las garras de los bandidos coreanos



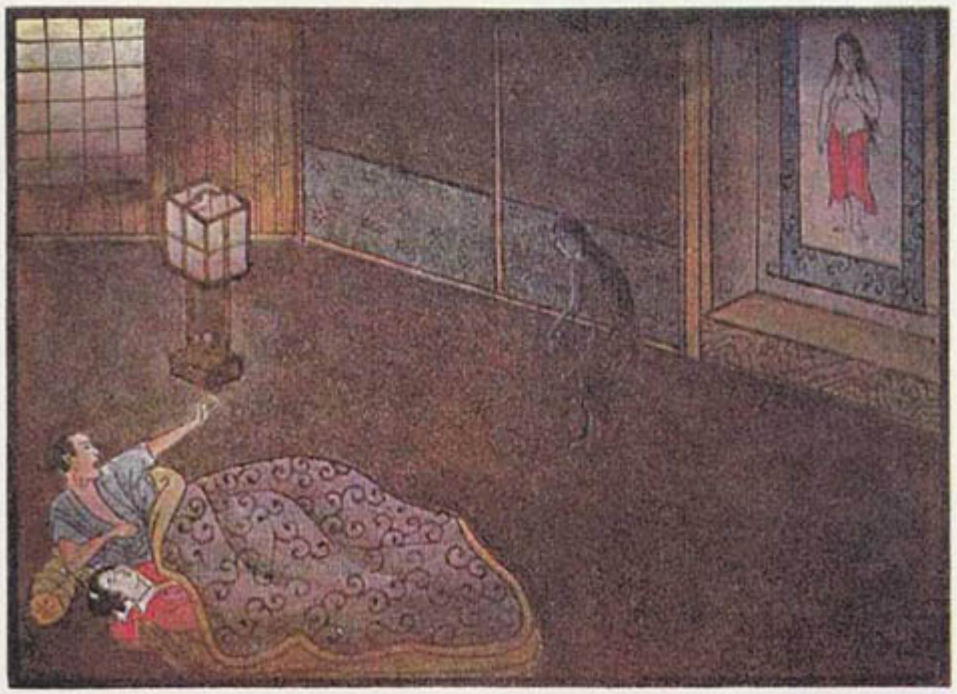
Joan el Loco, aunque muerto y convertido en esqueleto,
continúa musitando las palabras de los libros sagrados



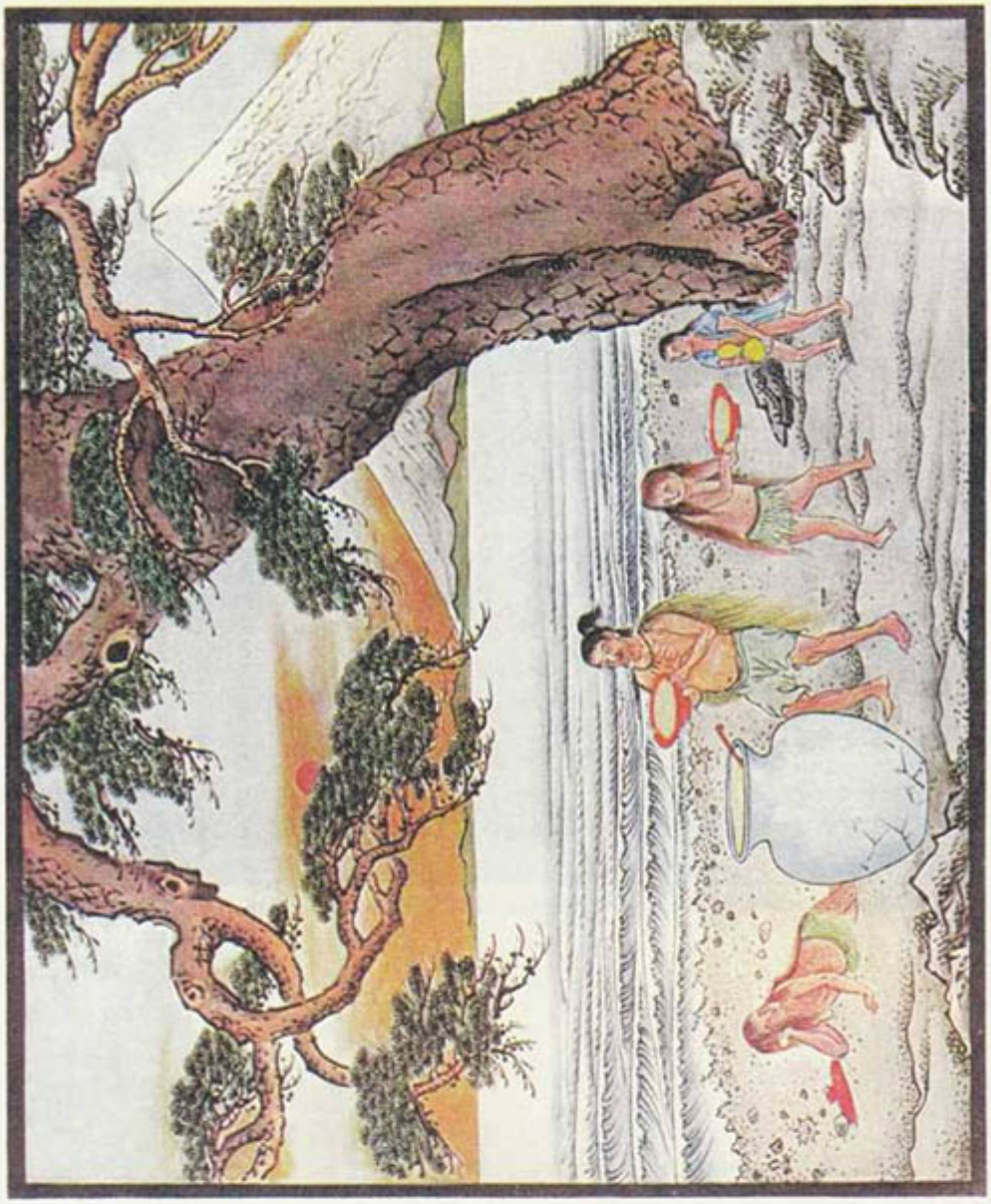
El centinela descubre a Watanabe Tatsuzo en la rama de pino



O-Kimi se da muerte en la isla



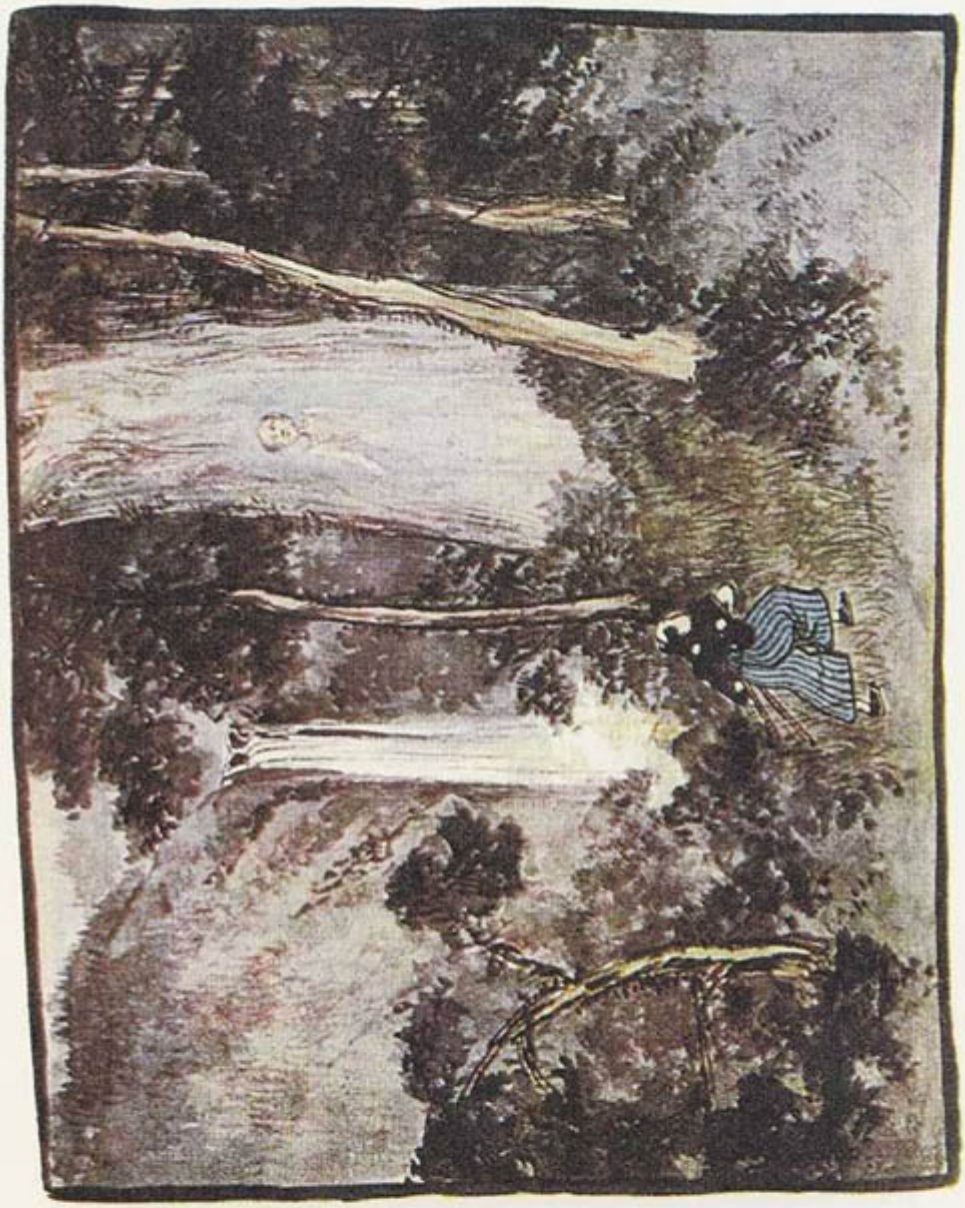
El fantasma del kakemono



Mamikiko prueba el sake blanco

Kichijiro encuentra a la pobre O-Ima y descubre que está ciega

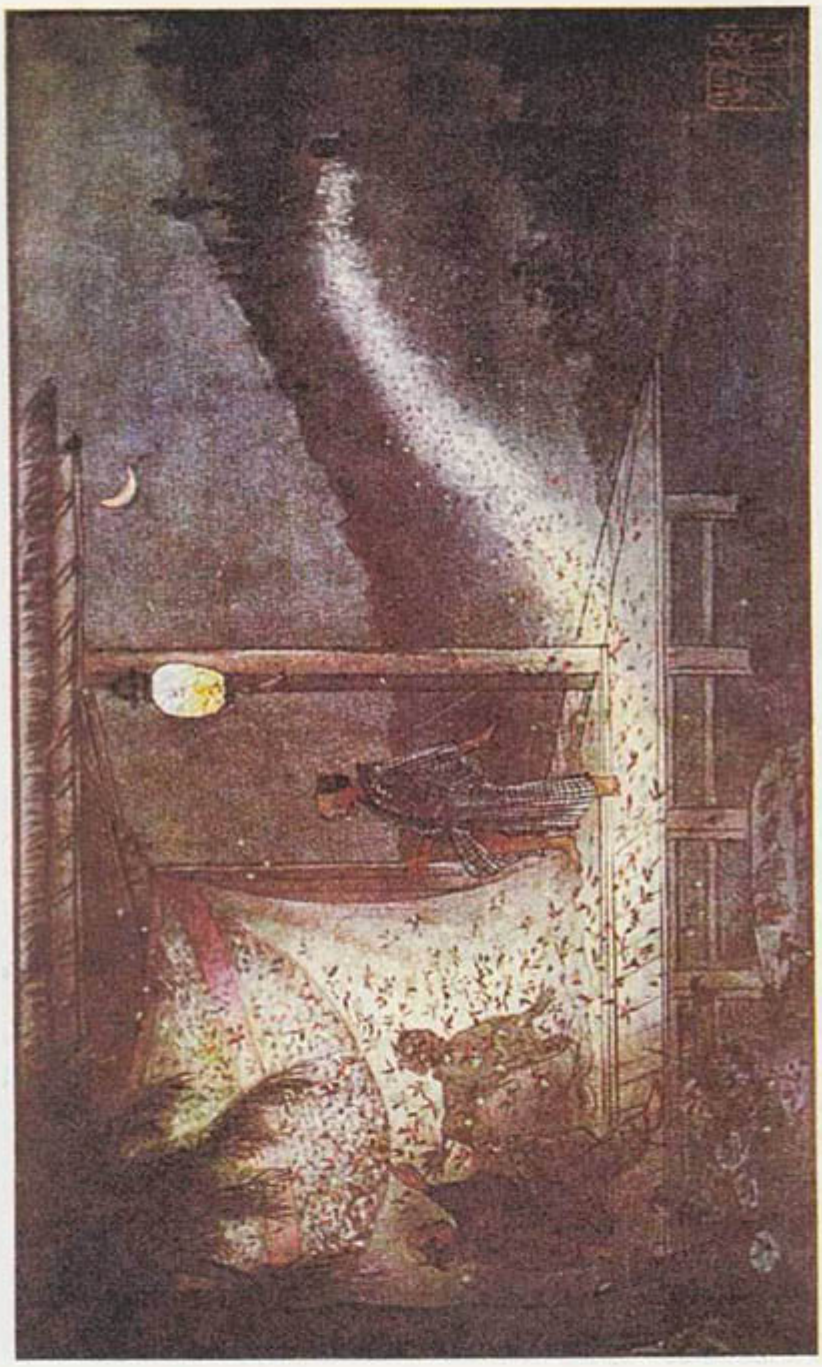
La casa de Hayashi en el estanque de Iidamachi



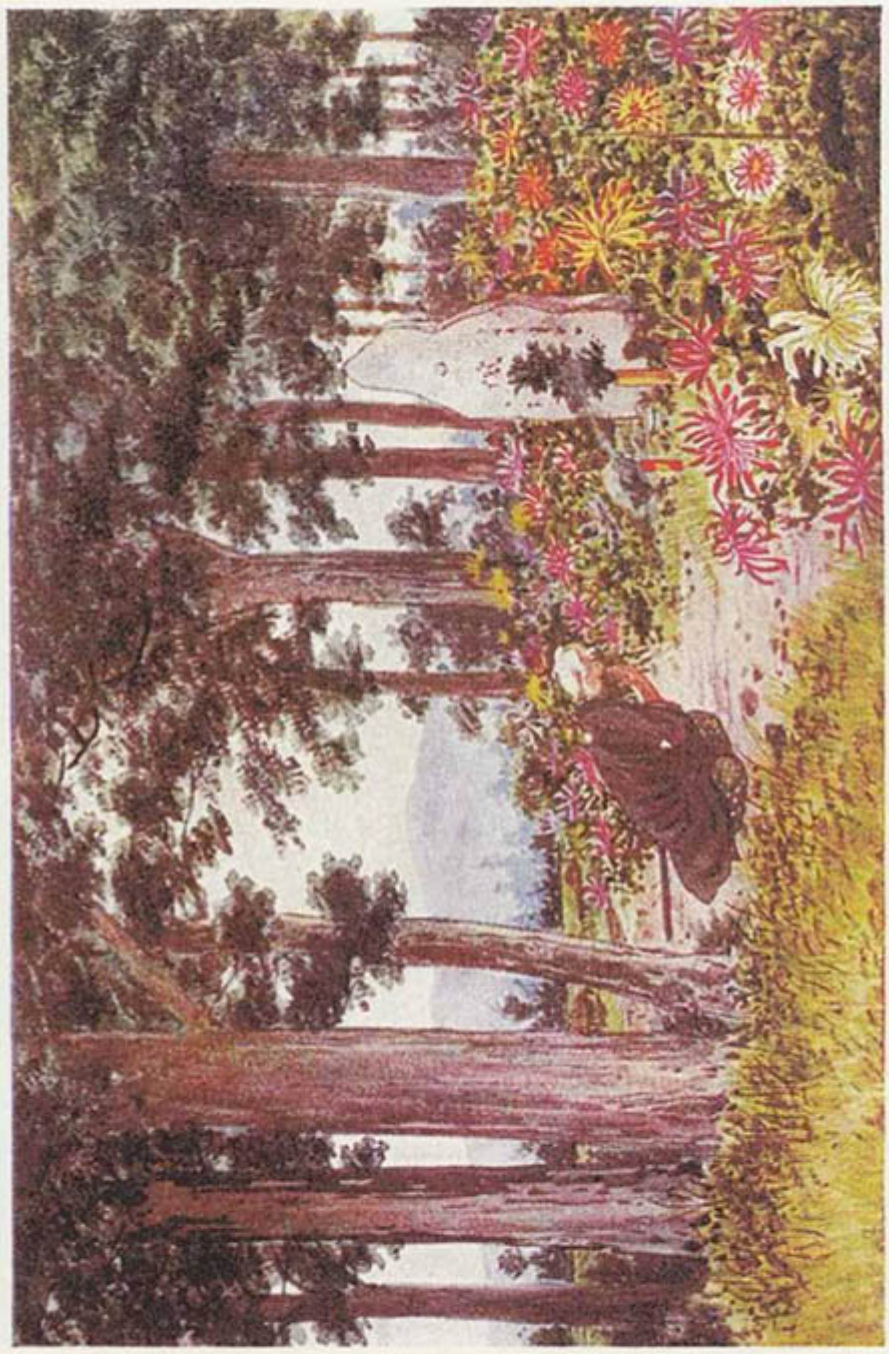
El espíritu del sacerdote tuerto se aparece a Sonobé

Ippai ataca a los niños

Los pescadores están atónitos ante el misterioso resplandor



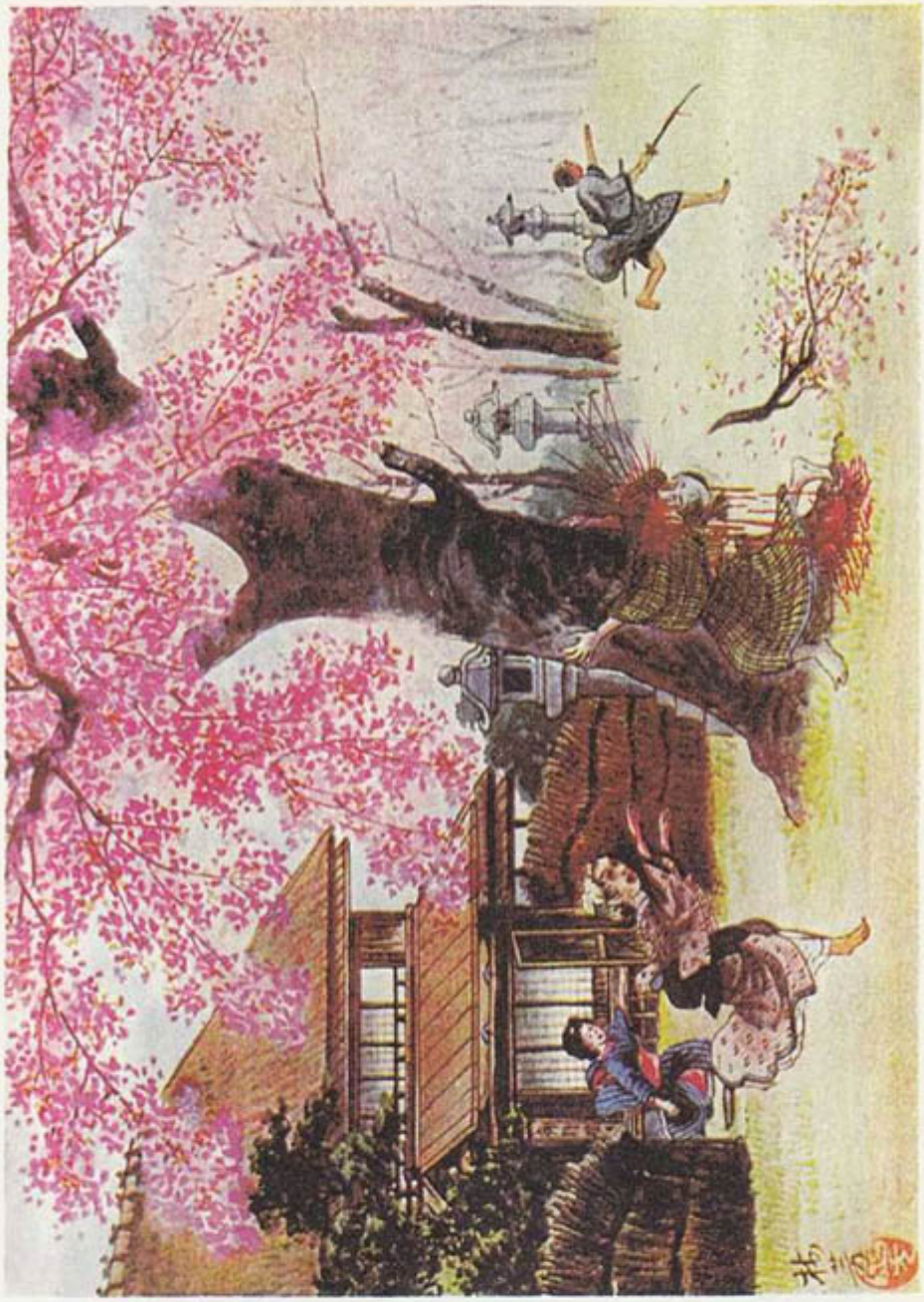
La miserable muerte de Jimpachi



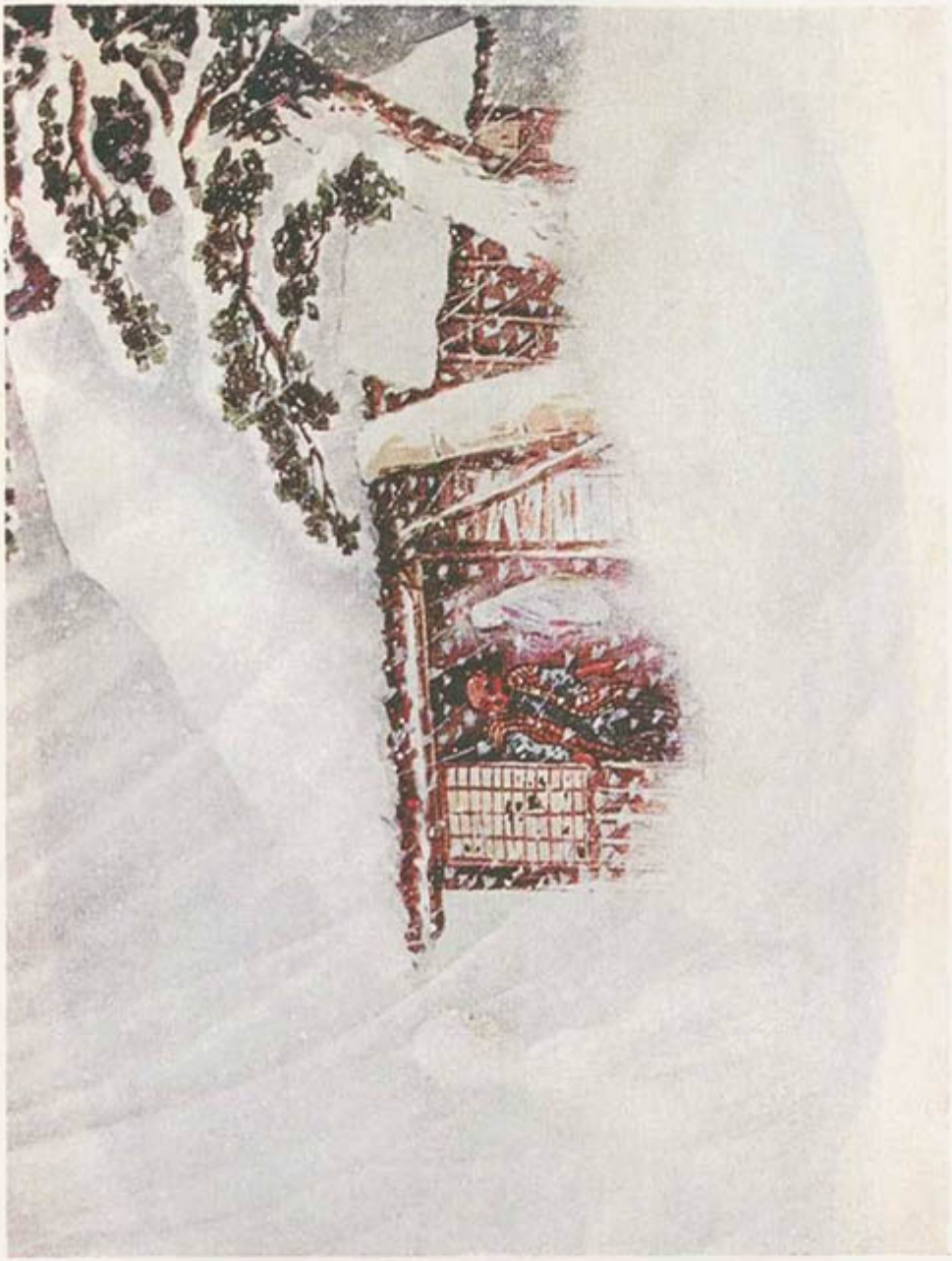
Kikuo reza ante la tumba de su señor feudal

Aya Hime, o la princesa Aya, es salvada por el espíritu de la peonía

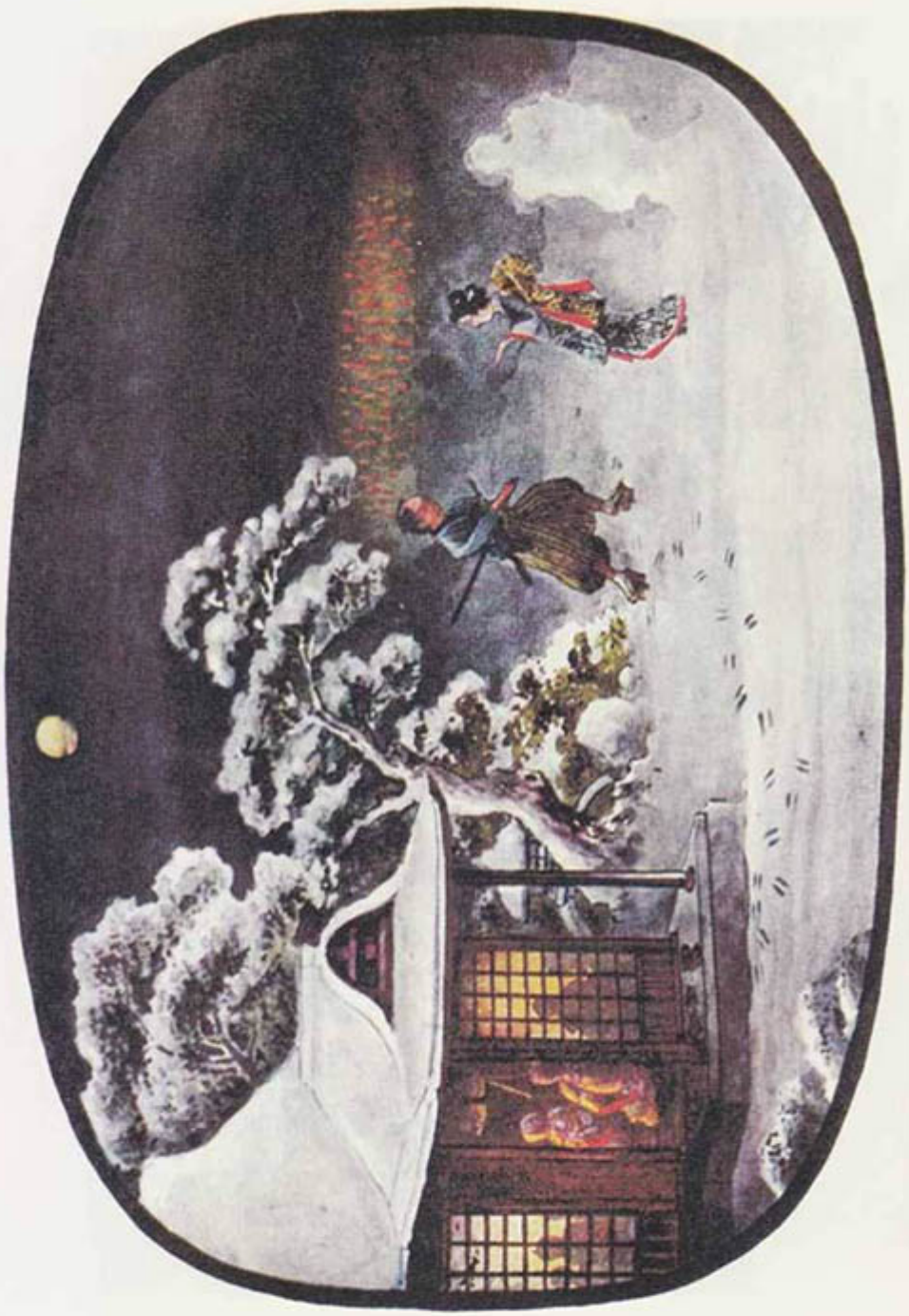
Una joven lleva el kakemono hasta la tienda de Kihachi en medio de la noche



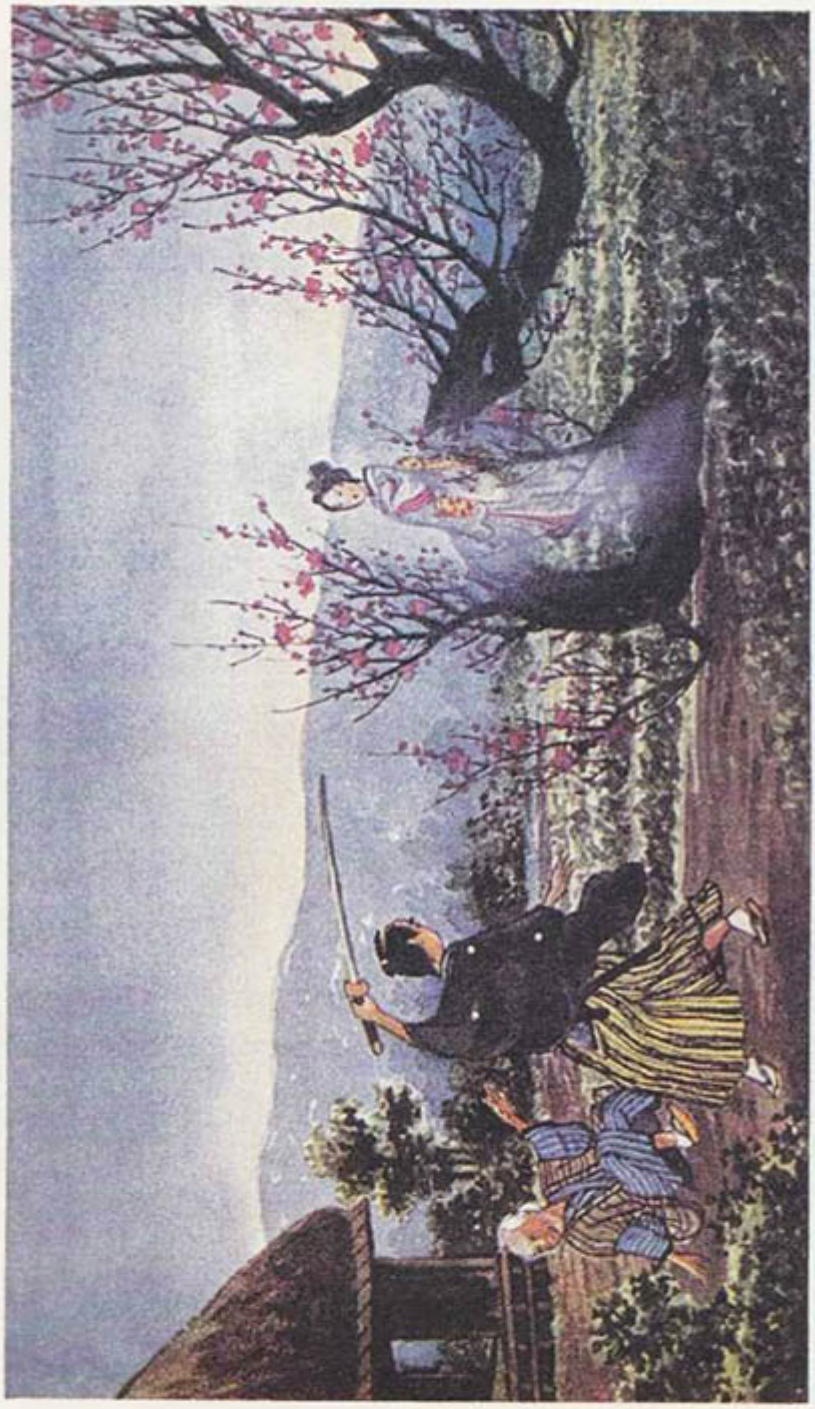
Jirohei se aferra al cerezo aún muerto



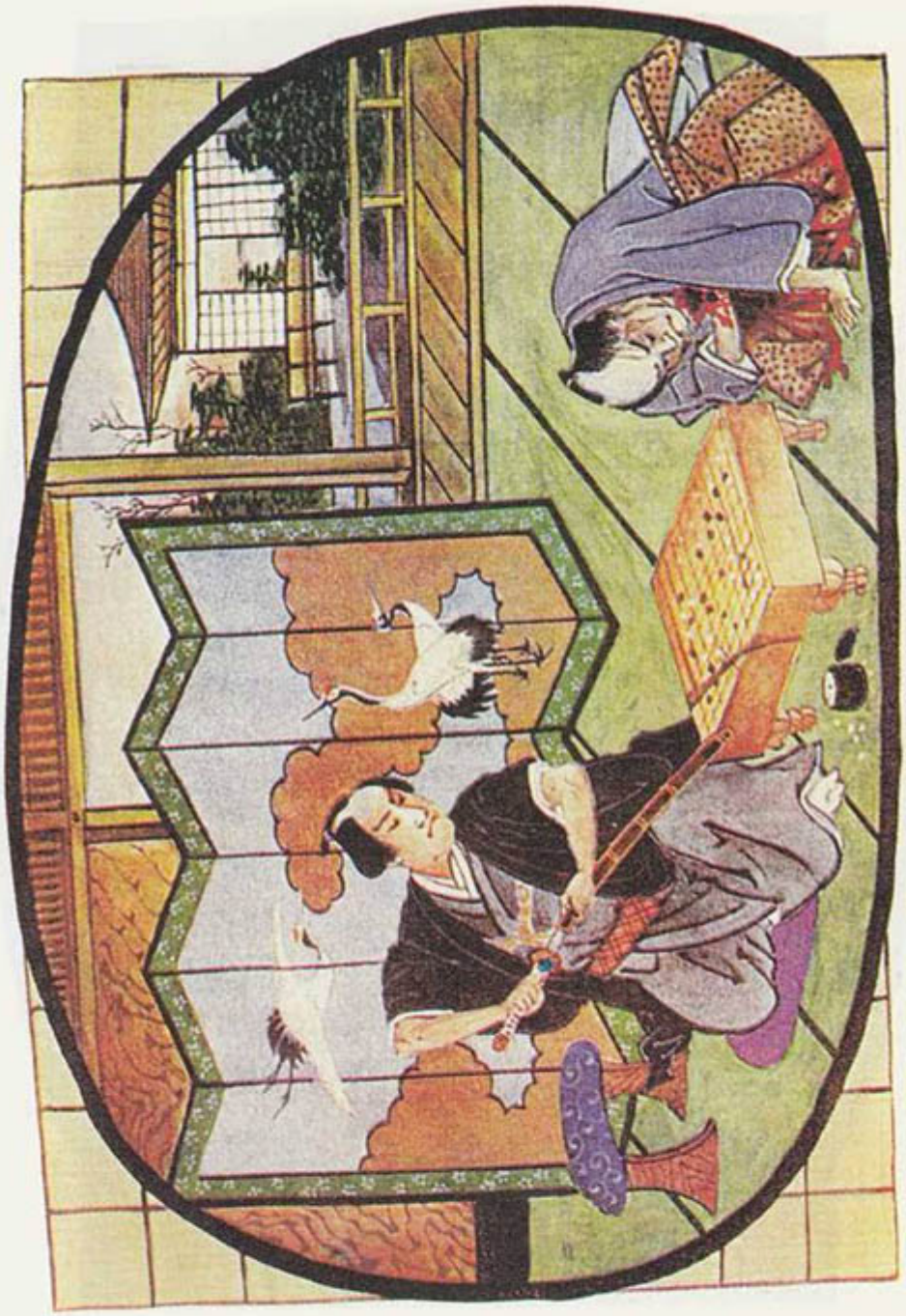
Kyuzaemon contempla la Yui Onna



Un espíritu se aparece ante Rokugo



El espíritu del árbol se aparece ante Kotaro y el anciano

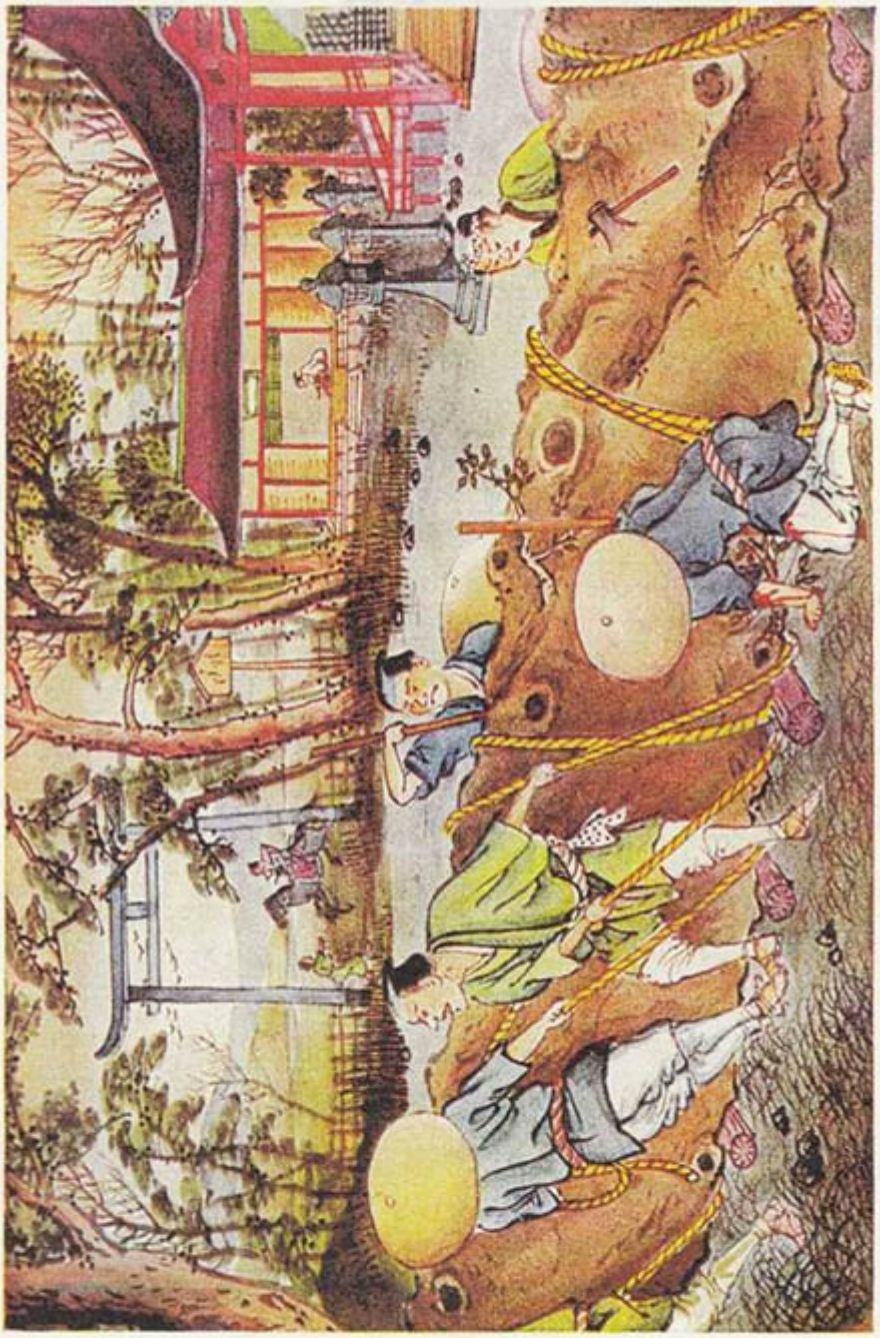


Uko muestra a Sayermon que se ha sacrificado

Harada y Gundayu se enfrentan

Lo que Saotome y Tamajo encontraron

El espíritu del sauce se aparece ante Gobei



Chogoro y sus hombres no consiguen mover el arbol de Kusukoni

La valiosa espada Natori no Hoto

Ide Kammotsu era un vasallo del señor de la ciudad de Nakura, en Kishu. Sus antepasados habían sido bravos guerreros, y él mismo se había distinguido en una batalla en Shizugatake, que toma su nombre de una montaña de la provincia de Omi. El gran Hideyoshi había obtenido una gran victoria contra Shibata Katsuie en ese mismo lugar pero en una época tan antigua como el décimo primer año de la Era Tensho (1573-1592), esto es en 1584. Los antepasados de Ide Kammotsu eran hombres leales. Uno de ellos era un guerrero de reputación insuperable. Su espada había cortado nada menos que cuarenta y ocho cabezas. A su debido tiempo la espada fue legada a Ide Kammotsu, que la custodiaba como el más valioso tesoro familiar. Más pronto que tarde, Kammotsu enviudó. Su joven esposa le había dado un hijo llamado Fujiwaka. Después de un tiempo Kammotsu, al sentirse solo, se casó con una dama llamada Sadako, que le daría otro hijo de nombre Goroh. Doce años después, Kammotsu murió, dejando a sus dos hijos a cargo de Sadako. En esa época Fujiwaka contaba con diecinueve años de edad.

Sadako tenía celos de Fujiwaka, pues sabía que él, como primogénito, heredaría las propiedades de Kammotsu. Así que había intentado por todos los medios poner a su propio hijo Goroh por delante.

Mientras tanto, un pequeño romance iba naciendo entre una

bella joven llamada Tae, hija de Iwasa Shiro, y el joven Fujiwaka. Se habían enamorado el uno del otro, y mantenían encuentros secretos para alegría de sus corazones, y se hacían promesas de matrimonio. Al final fueron descubiertos, y su comportamiento le dio a Sadako el pretexto para expulsar a Fujiwaka de la casa y privarlo de todos sus derechos a las propiedades familiares.

Entre la servidumbre había una fiel y anciana aya, Matsue, que había estado al lado de Fujiwaka desde su infancia. Se sentía muy apenada por la injusticia que se había cometido; pero no pensaba tanto en la pérdida del dinero o de las propiedades como en la pérdida de la espada, la milagrosa espada, de la cual el hijo marginado era el legítimo dueño. De esta manera, no dejaba de pensar en cómo podría recuperar la reliquia para el joven Fujiwaka. Después de muchos días dándole vueltas, llegó a la conclusión de que debía robar la espada del *ihai*[91].

Un buen día, mientras su señora y el resto de la servidumbre se encontraban ausentes, Matsue robó la espada. Pero tan pronto como lo hizo, se dio cuenta de que pasaría tiempo antes de que esta llegara a manos de su legítimo propietario, pues desconocía el paradero de Fujiwaka. Temiendo ser acusada, la leal Matsue cavó un hoyo en el jardín, cerca del *ayuyima*[92], e introdujo allí la espada, con la intención de mantenerla oculta hasta el día en que pudiera entregársela a Fujiwaka.

Al día siguiente Sadako visitó el *butsudan* y echó de menos la espada. Como sabía que Matsue era la única sirvienta que se había quedado en la casa ese día, la acusó de haberla robado. Considerando que su causa era justa, Matsue negó la acusación. Sin embargo, no era tan sencillo persuadir a Sadako, que ordenó confinar a Matsue en un cobertizo y que no se le diera ni arroz ni agua hasta que confesara. Nadie tenía permiso para acercarse a Matsue, excepto la misma Sadako, quien guardaba la llave del cobertizo, al que iba cada cuatro o cinco días. Al décimo día, la pobre Matsue murió de inanición. Se había mantenido fiel a su decisión de guardar la espada y entregársela algún día a su joven

amo, su legítimo heredero.

Una tarde, días después de su fallecimiento, del que nadie se había enterado aún, Sadako estaba sentada en un cobertizo al final del jardín, refrescándose del intenso calor. Cuando llevaba un rato sentada, de pronto vio la figura de una mujer demacrada y con el pelo desgreñado. La figura había aparecido por detrás de una linterna de piedra, y se deslizaba hacia el lugar donde estaba sentada Sadako, sin dejar de mirarla a los ojos. Sadako reconoció inmediatamente a Matsue y la reprendió en voz alta por haber salido de su prisión.

—¡Vuelve a tu celda, ladrona! —le dijo—. No he acabado contigo aún. ¿Cómo te atreves a dejar el lugar donde te encerré para venir a enfrentarte a mí?

La figura no le respondió, pero flotó lentamente sobre el lugar donde estaba escondida la espada y la desenterró.

Sadako lo observó todo con gran atención y, como no era ninguna cobarde, se lanzó hacia la figura de Matsue con la intención de arrebatarle la espada. Pero tanto la figura como la espada desaparecieron en un instante. Sadako, entonces, corrió lo más rápido que pudo hacia el cobertizo donde Matsue estaba encerrada y abrió la puerta con violencia. Ante ella yacía el cadáver de Matsue, que, habiendo pasado dos o tres días, estaba demacrado y descolorido. Sadako comprendió entonces que lo que había visto en el jardín era con toda seguridad el fantasma de Matsue, y murmuró la oración budista que se suele recitar para pedir protección o misericordia: *Namu Amida Butsu*.

Después de su expulsión de la casa familiar, Ide Fujiwaka había estado en muchos lugares, en los que había pedido para comer. Al final consiguió un sencillo empleo que le permitió procurarse una humilde estancia en el templo de Asakusa en Umamachi.

Una medianoche se levantó y se encontró a los pies de su cama la demacrada figura de su antigua aya, que portaba en sus manos la valiosa espada, la reliquia familiar más preciosa. Venía envuelta en un brocado escarlata y oro, como lo había estado siempre, y fue

depositada de manera reverente por la figura de Matsue a los pies de Fujiwaka.

—Oh, mi querida aya —dijo él—, qué contento estoy de…

Pero antes de que terminara su frase, la figura había desaparecido.

Quien me contó la historia no me dijo qué fue de Sadako o de su hijo.

El blanco dios serpiente

Harada Kurando era uno de los principales vasallos del señor de Tsugaru. Era un experto espadachín y daba lecciones de esgrima. El siguiente en dignidad entre los vasallos era un tal Gundayu, que también enseñaba el manejo de la espada, pero que no era rival para el famoso Harada y, por consiguiente, sentía celos de él.

Un día, para estimular el arte de la espada entre sus vasallos, el *daimio* convocó a toda su gente y ordenó realizar una exhibición en su presencia. Después de los combates entre los jóvenes vasallos, el señor dio la orden de que Harada Kurando y Hira Gudayu se enfrentasen en duelo. Al ganador, dijo, le entregaría una imagen dorada de la diosa Kannon.

Ambos hombres lucharon lo mejor que pudieron. La emoción era máxima. Gundayu nunca lo había hecho tan bien antes, pero Harada era demasiado bueno. Así que ganó el duelo y recibió la imagen dorada de Kannon de manos del *daimio* entre clamorosas ovaciones.

Gundayu abandonó el escenario muerto de celos y jurando venganza. Cuatro de sus más fieles compañeros se fueron con él y le prometieron ayudarlo a abordar y atacar a Harada esa misma noche. Tras concertar este plan mezquino, se ocultaron en los márgenes del camino que Harada debía atravesar en su regreso a casa.

Durante tres largas horas permanecieron allí con las más aviesas intenciones. Finalmente, a medianoche, vieron a Harada que venía dando tumbos, ya que, como es propio de tales ocasiones, mientras celebraba la victoria con sus amigos, había sido indulgente con el sake.

Gundayu y sus compinches saltaron sobre él, y Gundayu le gritó:

—Ahora lucharás conmigo a muerte.

Harada intentó sacar su espada, pero fue demasiado lento, la cabeza le daba vueltas debido al sake. Gundayu no se demoró, y de un profundo tajo vertical que llegó al suelo, lo mató. Los cinco villanos registraron sus ropas, encontraron la imagen dorada de Kannon y huyeron. Jamás se les volvió a ver en los dominios del señor de Tsugaru.

Cuando el cuerpo de Harada fue encontrado, hubo una gran conmoción.

Yonosuke, el hijo de Harada, un muchacho de dieciséis años, juró vengar la muerte de su padre, y obtuvo el permiso especial del *daimio* de matar a Gundayu de la manera que él eligiera, ya que su desaparición era prueba suficiente de que había sido el asesino.

Yonosuke partió ese mismo día para dar caza a Gundayu. Viajó por todo el país durante cinco largos años sin encontrar la más mísera pista, pero al final de ese periodo, gracias a la guía de Buda, localizó a su enemigo en Gifu, donde estaba trabajando como maestro de esgrima para el señor feudal del lugar.

Tras advertir que sería difícil enfrentarse a Gundayu de una manera normal, ya que apenas salía del castillo, Yonosuke decidió cambiarse el nombre por el de Ippai y solicitar trabajo en casa de Gundayu como *chungen*[93]. En esto Ippai, pues así lo llamaré a partir de ahora, fue bastante afortunado, ya que como Gundayu estaba buscando justo entonces un acompañante, enseguida consiguió el trabajo.

El 24 de junio se celebró una gran fiesta en casa de Gundayu, pues se cumplía el quinto aniversario de su entrada en el clan. Por este motivo, Gundayu colocó la imagen robada de Kannon en el

tokonoma[94], junto con comida y sake. Y luego obsequió a sus amigos con una espléndida cena durante la que todos bebieron tanto que se quedaron profundamente dormidos.

Al día siguiente la imagen de Kannon había desaparecido y nadie pudo encontrarla por ningún sitio. Unos días más tarde Ippai enfermó. Y como, debido a su pobreza, no podía comprar las medicinas adecuadas, empeoró. Sus compañeros sirvientes eran amables con él, pero no podían hacer nada para que mejorara. Pero a Ippai no parecía importarle: postrado en su cama, parecía casi encantado de estar cada vez más débil. Solo pidió que una rama de su *omoto*[95] favorito fuera dispuesta en un jarrón ante su cama para poder así admirarla continuamente; y esta simple solicitud fue por supuesto rápidamente atendida.

Ese otoño Ippai pasó discretamente a mejor vida y fue enterrado. Tras el funeral, mientras estaban limpiando la habitación en la que había muerto, los sirvientes descubrieron asombrados que una pequeña serpiente blanca estaba enrollada alrededor del jarrón que contenía la rama de *omoto*. Intentaron separarlo del jarrón, pero el reptil se enroscó con más fuerza. Al final arrojaron el jarrón al estanque, ya que no querían tener algo así entre ellos.

Para su asombro, el agua no parecía ejercer ningún efecto sobre la serpiente, que seguía aferrada a la vasija. Sospechando que algo raro pasaba con la serpiente, buscaron mandarla aún más lejos. Así que lanzaron una red en la que atraparon la vasija y la serpiente, trayéndola a tierra de nuevo, y luego arrojaron ambas a un arroyo. Pero la diferencia apenas se notó: la serpiente cambió suavemente su posición para aferrarse a la rama de *omoto* que se había salido del jarrón.

Esta vez una gran consternación cundió entre los sirvientes, y la noticia se propagó por las diferentes casas que había en el interior del castillo. Algunos samuráis bajaron hasta el arroyo para comprobarlo, y allí descubrieron a la serpiente, que seguía firmemente enrollada a la rama y al jarrón. Uno de los samuráis sacó su espada y realizó un corte al reptil, que escapó. Pero la

vasija se había roto, y para asombro de todos, la imagen dorada de la diosa Kannon cayó entonces en el arroyo, junto con un permiso por el que el señor feudal de Tsugaru autorizaba a matar a cierto hombre cuyo nombre se había borrado.

El samurái que había roto el jarrón y encontrado el tesoro perdido parecía particularmente encantado, y se apresuró a contarle a Gundayu la buena nueva. Pero este, en lugar de alegrarse, dio claras muestras de miedo. Al escuchar la historia de la muerte de Ippai y de la misteriosa aparición de la serpiente blanca, se puso muy pálido y tembló de miedo. Sabía que Ippai no era otro que Yonosuke, el hijo de Harada, cuya llegada tras el asesinato de su padre siempre había temido.

Sin embargo, fiel al espíritu samurái, Gundayu hizo de tripas corazón y mostró su complacencia a la persona que le había traído la imagen de Kannon. Es más, para celebrar el acontecimiento, ofreció un gran festín esa misma noche. Extrañamente, el samurái que había roto el jarrón y recobrado la imagen enfermó repentinamente y fue incapaz de asistir.

Sobre las diez de la noche, tras despedir a sus invitados, Gundayu se retiró a sus aposentos. Pero en mitad de la noche, se despertó presa de terribles pesadillas. Una sensación de asfixia atenazaba su garganta. Gundayu se retorcía y daba vueltas en la cama. Los sonidos gorgoteantes que salían de su boca eran tales que despertó a su mujer, quien, aterrorizada, encendió la luz y descubrió una serpiente blanca enrollada fuertemente alrededor de la garganta de su marido. Su rostro había adquirido una tonalidad púrpura y los ojos sobresalían dos pulgadas de su rostro. La mujer pidió ayuda, pero era demasiado tarde. Cuando un joven samurái entró a la carrera en la habitación, el rostro de su maestro estaba negro y él, muerto.

Al día siguiente se realizó una exhaustiva investigación. Se enviaron mensajeros al señor de Tsugaru para hacer averiguaciones sobre la muerte de Harada Kurando, padre de Yonosuke o de «Ippai», y sobre la de Gundayu, que había estado a su servicio

durante cinco años. Tras averiguar la verdad, el señor de Gifu, conmovido por el celo de Yonosuke en descargo de sus deberes filiales, devolvió la imagen dorada de Kannon a la afligida familia de Harada, y en conmemoración veneró a la serpiente muerta en un templo erigido al pie del monte Kodayama. Al espíritu todavía se le conoce como Hakuja-no-Myojin, el blanco dios Serpiente.

El festival del Awabi

Manazuru-minato está situado en un pequeño promontorio del mismo nombre. Ubicado frente a la bahía de Sagama, famosa por su belleza, a su espalda las montañas se alzan gradualmente, y en la distancia, dominándolas a todas, se erige la majestuosa figura del monte Fuji. Hacia el norte, en los días despejados, se pueden apreciar las arenosas costas de Kozu y Oiso, y aunque se encuentran a veinticinco millas, parece que se pueden alcanzar con los brazos. Algunos han comparado el paisaje de Manazuru-zaki desde el cabo al río con un lugar de China llamado Sekiheki, por el famoso poeta del país, Sotoba, que escribió *Sekiheki no fu*, la «Oda a Sekiheki».

Hace muchos años, Minamoto-no-Yoritomo, tras su derrota en la batalla de Ishibashiyama, partió para Manazuru-minato, y permaneció allí mientras esperaba un tiempo más favorable para cruzar al otro lado, a la provincia de Awa. Me han dicho que aún se puede ver la cueva en la que se ocultó, que conserva su antiguo nombre: Shitoto-iwa. El paisaje costero es magnífico. Las escarpadas rocas surgen del mar y cercan una pequeña bahía en el interior del cabo de Manazuru-zaki. Allí, los pescadores erigieron un pequeño y discreto templo, Kibune Jinja, donde adoraban a la diosa que guarda el pescado de sus costas. Aunque en la bahía Manazuru apenas tenían de lo que quejarse. Las aguas son profundas y siempre están bien surtidas tanto de pescado como de *tai*, en la

debida estación llegan el *sawara* (caballa real) y otras especies migratorias más pequeñas, como la sardina y la anchoa. Los pescadores no tuvieron nada de lo que quejarse hasta hace cuarenta años, cuando algo muy extraño sucedió.

El 24 de junio, un hombre llegó del interior del país para pasar unos días y darse unos baños. No sabía nadar y el primer día se ahogó. Aunque los pescadores hicieron todo lo posible para encontrarlo, jamás recuperaron su cuerpo. Desde ese momento, y durante los dos años siguientes, la abundancia de pesca en la bahía fue disminuyendo cada vez más, hasta que se hizo difícil pescar lo suficiente para comer. La situación era de extrema gravedad.

Varios ancianos del lugar atribuyeron el cambio al extraño que se había ahogado en sus aguas.

—El cuerpo que no se ha podido encontrar —dijeron— ha hecho que nuestras sagradas aguas cambien. La impureza ha ofendido a Gu-gun-O-Hime, nuestra diosa. Esto no puede seguir como hasta ahora. Debemos celebrar una ceremonia especial en el templo de Kibunejinja.

Por consiguiente, acudieron al sumo sacerdote, Iwata, que accedió a la idea, así que fijaron la fecha de la ceremonia.

En la noche acordada, cientos de pescadores se reunieron con antorchas en una mano y papeles *Shirayu* o *Gohei*[96] sujetos en un pedazo de bambú en la otra. Caminaron en procesión y avanzaron hacia el templo desde varias direcciones, golpeando los gongs. En el templo, el sacerdote leyó las sagradas escrituras, y rezó a la diosa que protegía sus vidas y las de los peces de la bahía para que no les abandonase porque sus aguas estuviesen contaminadas por un cadáver. Ellos lo buscarían valiéndose de todos los medios a su alcance y purificarían la bahía.

De repente, mientras el sacerdote estaba orando, una luz, cuyo brillo a punto estuvo de cegar a los pescadores, se proyectó fuera del agua. El sacerdote se detuvo durante un momento. Se oyó entonces un estruendo procedente del fondo del mar, e inmediatamente emergió a la superficie una diosa de sorprendente

belleza (probablemente Kannon Gioran). Tras dirigir su mirada hacia el lugar donde desde hacía una hora se estaba celebrando la ceremonia, desapareció con otro destello, dejando tras de sí el sonido de las rugientes olas.

El sacerdote y los pescadores más veteranos consideraron el asunto y llegaron a la conclusión de que sin duda habían estado ante la presencia de la diosa, y que a ella le había complacido la ceremonia. También opinaron que el cadáver debía de encontrarse aún en el fondo de la bahía, justo bajo el lugar donde los destellos de luz y la misma diosa habían aparecido. Acordaron entonces que dos jóvenes vírgenes y buenas buceadoras se sumergerían en ese punto y lo comprobarían. Y así dos chicas fueron elegidas, Saotome y Tamajo. Ataviadas con faldas blancas, ambas doncellas fueron llevadas en barca hasta el lugar donde tanto la diosa como los destellos habían aparecido. Las jóvenes se sumergieron y bucearon hasta alcanzar el fondo, y, una vez allí, buscaron el cuerpo del hombre que se había ahogado dos años atrás. Pero en lugar de encontrarlo, únicamente vieron unas luces pequeñas pero deslumbrantes. La curiosidad hizo que se aproximaran a ese lugar, y allí descubrieron cientos y cientos de *awabi* (orejas de mar) pegados a una roca de seis pies de altura y veinticinco o treinta pies de largo. Cada vez que se movían, los peces se veían obligados a alzar sus conchas, y fue el brillo de las perlas en su interior lo que atrajo a las doncellas. Esta roca debía de ser la tumba del ahogado, o al menos el hogar de la diosa.

Saotome y Tamajo regresaron a la superficie, cada una con una concha de gran tamaño para mostrársela al sacerdote. Cuando llegaron a la orilla, ambas fueron recibidas con vítores en su honor.

El sacerdote y los pescadores hablaron con las muchachas. Tras saber de las conchas de *awabi*, sobre cuya existencia en la bahía jamás habían oído hablar, llegaron a la conclusión de que no era el sacrilegio lo que mantenía al pescado alejado de allí. La luz que irradiaban las nacaradas conchas, y las perlas de su interior, debían de ser la causa. Muchas veces habían oído hablar del *awabi*

volador, que habría llegado a sus aguas dos años atrás. Los pescadores decidieron sacar los *awabi* de la bahía. Resultaba evidente que la diosa había aparecido para mostrarles qué era lo que mantenía la pesca alejada.

No había tiempo que perder. Cientos de hombres y mujeres se zambulleron y limpiaron el lugar, y el pescado regresó a Manazuru-minato.

Por recomendación del sacerdote, Iwata, cada 24 de junio se celebra allí un *matsuri*[97]. Los pescadores encienden antorchas y acuden al templo a rezar durante toda la noche. Es conocido como el Festival del Awabi de Kibune.

NOTA. La historia me la relató un hombre que no sabía gran cosa sobre los moluscos. Se refirió a la especie de la historia como *osari*, un tipo de berberecho que se desentierra de la arena con la marea baja. Es imposible que esta historia se refiera a otro molusco que no sea la oreja de mar o *awabi*, o a la ostra vulgar.

Las buceadoras fueron testigos del vuelo del haliotis y me lo han descrito. Si un individuo decide abandonar la roca en la que se encuentra, todo el grupo lo hace. Es por esta razón por la que grandes y viejos individuos de haliotis aparecen algunas veces en una roca que el día antes estaba vacía, y el resto le sigue a la misma velocidad. Durante mil años o más, las mismas rocas han sido conquistadas. Y los buceadores mantienen sus hallazgos en el fondo del mar con el mayor de los secretos, o por lo menos es lo que he observado en Toshi.

De como el espíritu de un sauce salvó el honor de una familia

Hace mucho tiempo vivía en la aldea de Yamada, en Sarashina Gun, en la provincia de Shinano, uno de los hombres más ricos de todo el norte de Japón. La familia había sido rica durante muchas generaciones, y finalmente, en la octogésima tercera generación, la fortuna recayó sobre Gobei Yuasa. La familia no tenía título alguno, pero la gente los trataba con el respeto debido a una casa noble. Incluso los niños de la calle, poco dados a conceder cumplidos o a mostrar respeto, se inclinaban ceremoniosamente cuando se encontraban con Gobei Yuasa. Gobei era una buena persona, y compasivo con todos aquellos que tenían problemas.

Las riquezas que Gobei había heredado se componían principalmente de tierras y dinero, asuntos ambos de los que Gobei se preocupaba bien poco; sería difícil encontrar un hombre que supiera y se preocupara menos que Gobei de los suyos. Gastaba el dinero con generosidad y su naturaleza despreocupada no casaba bien con ocuparse de las cuentas. Su mayor placer era pintar imágenes *kakemono*, hablar con sus amigos y comer cosas buenas. Había dado órdenes a su administrador de no preocuparle con noticias insatisfactorias sobre recortes en las cosechas y otros asuntos desagradables. «El destino y la suerte de un hombre vienen dictados por el Cielo», solía decir. Gobei era muy famoso como

pintor, y pudo haber hecho una gran fortuna vendiendo sus *kakemono*, pero habría faltado al honor de sus ancestros.

Un día, cuando ya las cosas iban de mal en peor, Gobei estaba sentado en su habitación pintando y un amigo vino a chismorrear. Le contó que la gente del pueblo estaba empezando a hablar seriamente sobre un espíritu que había sido visto al menos por tres personas. Al principio todo el mundo se rio del hombre que decía haber visto un fantasma. Y aunque el segundo tipo que lo vio tampoco había sido tomado demasiado en serio, ahora que había sido visto por uno de los ancianos del lugar, nadie dudaba ya de su palabra.

—¿Dónde lo vieron? —preguntó Gobei.

—Dicen que se aparece bajo tu viejo sauce entre las once y las doce de la noche. Ese del que sobresalen algunas ramas hacia la calle.

—Pues es extraño —observó Gobei—. No recuerdo haber oído que se hubiese cometido ningún asesinato bajo ese árbol, ni que mis antepasados hubiesen visto a ningún espíritu. Pero debe de haber algo si tres lugareños aseguran haberlo visto. Aunque, como siempre, donde se alza un viejo sauce siempre habrá una persona, o tres como en este caso, que tarde o temprano asegure haber visto un fantasma. Si hay un espíritu aquí, me pregunto a quién pertenecerá. Me gustaría pintar ese fantasma. Si consigo verlo, podré dejárselo a mis descendientes como el último ominoso augurio del camino hacia la ruina de nuestra familia. Haré un esfuerzo, y esta misma noche me sentaré con la esperanza de poder verlo.

Nunca antes Gobei había mostrado tanta energía. Despidió a su amigo y se lúe a la cama a las cuatro de la tarde para poder levantarse a las diez. A esa hora su sirviente lo despertó, pero ni siquiera entonces fue capaz de levantarse antes de las once. Finalmente, a las doce de la noche, Gobei estaba ya en su jardín, oculto entre los arbustos que rodeaban el sauce. Era una noche despejada. No hubo señal alguna del fantasma hasta que dio la una

de la mañana y las nubes pasaron sobre la luna. Justo entonces, cuando Gobei estaba considerando volver a la cama, pudo ver cómo ascendía desde el suelo, bajo el sauce, una fina voluta de humo blanco que poco a poco fue asumiendo la forma de una joven encantadora.

Gobei la contempló con asombro y admiración, pues nunca hubiera pensado que un fantasma pudiera tener un aspecto tan bello. Es más, había esperado ver una pálida y esquelética vieja de mirada salvaje y cabello enmarañado, una visión para erizarle a uno el pelo y helarle la sangre. Lentamente, la hermosa figura se aproximó a Gobei e inclinó la cabeza, como si quisiera interpelarle.

—¿Quién y qué eres? —gritó Gobei—. Te muestras demasiado bella, a mi parecer, para ser el espíritu de algún muerto. Si eres un espectro, tendrías la amabilidad de decirme de quién y por qué te apareces bajo este sauce.

—No soy el espíritu de ningún humano, como tú crees —respondió el espíritu—, sino el de este sauce.

—¿Entonces por qué abandonas el árbol, como la gente me dice que has hecho muchas veces en los últimos diez días?

—Como te he dicho, soy el espíritu de este sauce, que fue plantado aquí por la vigésima primera generación de tu familia, hace seis siglos ya. Fui plantado para señalar el lugar donde un sabio antepasado tuyo enterró un tesoro: a veinte pies de profundidad y a quince pasos hacia el este desde mi tronco. Hay una gran cantidad de oro encerrado en un grueso cofre de hierro. El dinero fue enterrado allí para salvar a tu familia cuando estuviera en apuros. Nunca antes había estado en peligro, pero ahora, en tu tiempo, la ruina ha llegado. Es mi deber confesarte que la previsión de tu antepasado podría salvar a tu familia de la deshonra de la bancarrota. Desentierra el cofre y salva el nombre de tu casa. Hazlo tan pronto como sea posible y sé previsor de ahora en adelante.

Y dicho esto, se desvaneció.

Gobei regresó a su casa, sin creer apenas que fuera posible tener tanta suerte como el espíritu del sauce plantado por su sabio

antepasado le había dicho. Sin embargo, no se fue a la cama. Convocó a un puñado de sus más fieles sirvientes y la luz del amanecer les sorprendió con la orden de cavar. ¡Qué gran emoción sintieron cuando a diecinueve pies se toparon con la parte superior de un cofre metálico! Gobei saltó encantado. Se podría decir que sus criados casi hicieron lo mismo, ya que ver cómo la casa de su honorable maestro caía en la desgracia de la bancarrota hubiera supuesto para muchos de ellos su propio suicido.

Así que cavaron y cavaron con todas sus fuerzas, hasta que pudieron izar el enorme y pesado cofre fuera del hoyo. Rompieron entonces la tapa con sus piquetas y Gobei se encontró un montón de sacos viejos. Agarró uno de ellos, pero era demasiado viejo y se rasgó, desparramando por el suelo cientos de antiguas monedas de oro de forma rectangular, con un valor de unas treinta libras cada una. La mano de Gobei Yuasa temblaba, pues apenas se podía creer su buena fortuna. Siguió sacando una bolsa tras otra, cada una con una pequeña fortuna dentro, hasta que finalmente llegaron a la base del cofre. En ella había una carta escrita seiscientos años atrás, que decía lo siguiente:

Aquel de mis descendientes que se vea obligado a hacer uso de este tesoro para salvar la reputación de nuestra familia deberá leer en voz alta y hacer saber que este tesoro ha sido enterrado por mí, Fuji Yuasa, en la vigésima primera generación de nuestra familia, para que en un momento de necesidad o peligro una próxima generación pueda recurrir a él y salvar el nombre de la familia. Aquel cuya desgracia lo obligase a emplear el tesoro habrá de decir: «Me

arrepiento enormemente de la locura que ha causado la ruina de nuestra familia y de tener que recurrir a la ayuda de un antepasado para evitar su caída. Solo puedo restituirlo atendiendo diligentemente los asuntos de mi familia a partir de ahora, y mostrando a su vez el más alto agradecimiento, el mayor reconocimiento y los mejores cuidados hacia el sauce que ha guardado durante tanto tiempo el tesoro de mi antepasado. Juro hacer todo eso y enmendarme por completo».

Gobei Yuasa leyó todo esto en voz alta a sus sirvientes y amigos. Y se convirtió en un hombre enérgico, cuidando adecuadamente tanto de sus tierras como de sus granjas. De esta manera, el buen nombre de la familia Yuasa recobró su influyente posición.

Gobei pintó también un *kakemono* del espíritu del sauce tal y como lo había visto, y lo colgó en su propia habitación durante el resto de su vida. Es una pintura famosa, que sigue aún en los jardines Yuasa, y que se conoce como *El sauce fantasma*; quizás sea el modelo que ha inspirado las pinturas posteriores sobre espíritus de sauces.

Gobei valló el famoso sauce y lo atendió él mismo, como también lo hicieron todos sus descendientes.

La tumba del alcanfor

A cinco *ri*[98] de Shirakawa, en la provincia de Iwaki, había una aldea llamada Yabuki-mura. En las proximidades de la aldea, crecía una arboleda de cuatrocientos pies cuadrados. Y entre los árboles de aquel bosquecillo se alzaba un alcanfor colosal de cerca de ciento cincuenta pies de altura, de edad incalculable, venerado por propios y extraños, y considerado uno de los mayores de todo Japón. Habían erigido una capilla en el bosquecillo, conocido como el bosque de Nekoma-myojin, y un fiel anciano, Hamada Tsushima, vivía allí, cuidando del árbol, de la capilla y del bosquecillo.

Un día el árbol fue talado. Pero en lugar de marchitarse o morir, el árbol, abandonado en el suelo, siguió creciendo, e incluso floreciendo. Sin embargo, el pobre Hamada Tsushima, después de que el árbol fuese derribado, se suicidó. Quizás, si el árbol no había muerto, era porque su espíritu lo habitaba. Esta es su historia:

El 17 de enero del tercer y último año de la Era Meireki —que es el 1658 de nuestro calendario gregoriano—, se produjo un gran incendio en el templo de Homyoji, en Maruyama Hongo, en el distrito de Edo, la actual Tokio. El fuego se propagó con tal velocidad que no solo uno, sino hasta ocho distritos enteros de la ciudad fueron destruidos. Muchas de las mansiones de los *daimios* y de los palacios fueron pasto de las llamas. El señor Date Tsuna-mune de Sendai, uno de los tres mayores *daimios* (que eran los de Satsuma, Kaga y Sendai), vio sus siete palacios y mansiones destruidos por el

fuego; los otros *daimios* o señores feudales solo perdieron uno o dos.

El señor Date Tsuna-mune decidió entonces que construiría el más bello palacio que se pudiera diseñar, y que lo levantaría en Shinzenza, en Shiba. Y así, tras resolver que no había tiempo que perder, envió a uno de sus altos oficiales, Harada Kai Naonori, para supervisar el asunto.

De esta manera, Harada hizo llamar al más famoso constructor de casas de su época, un tal Kinokuniya Bunzaemon, y le dijo:

—Ya sabréis que el fuego ha destruido la mayor parte de las mansiones que el señor Date Tsuna-mune tenía en la ciudad. Se me ha ordenado supervisar la inmediata construcción del más bello palacio, eclipsado tan solo por el del *shogun*. Me han dicho que vos sois el mejor contratista de Edo. ¿Qué se podría hacer? Dadme algunas sugerencias, pues me gustaría conocer vuestra opinión.

—Ciertamente, mi señor, puedo hacer muchas sugerencias, pero construir un palacio de esas características costará una enorme suma de dinero, especialmente ahora tras el incendio, ya que habrá una gran escasez de madera en la región.

—No os preocupéis del dinero —dijo Harada—. Os pagaré lo que sea y cuando deseéis. Incluso os facilitaré un adelanto si lo necesitáis.

—Oh, en ese caso —respondió el encantado contratista—, comenzaré inmediatamente. ¿Qué os parecería si levantáramos un palacio como el de Kinkakuji en Kioto, que fue construido por el *shogun* Ashikaga? La mansión que me propongo construir será más bella que la de cualquier *daimio*. Superará en belleza incluso a la residencia del actual *shogun*. La totalidad de los *hagi*[99] estarían realizados con las más raras maderas; los *tokobashira*[100] estarían hechos de nandina[101], y los techos, de tablas de alcanfor sin uniones. Sería necesario encontrar el árbol con el tamaño apropiado. Tengo existencias de todo lo necesario en mis almacenes, excepto de esto último, pues los alcanfores son escasos. Solo hay unos pocos, y suelen considerarse sagrados, lo

que hace muy difícil conseguir uno. Conozco un magnífico ejemplar en el bosque de Nekoma-myojin, en la provincia de Iwaki. Si pudiéramos hacernos con ese árbol, sería capaz de levantar un techo de una única pieza, que relegaría a los otros palacios y mansiones a un nivel secundario.

—Está bien, todos esos detalles os los dejo a vos —dijo Harada —. Ya sabéis que no se reparará en gastos mientras trabajéis a la velocidad que el señor Date Tsuna-mune ha requerido.

El contratista hizo una reverencia, asegurando que lo haría lo mejor que pudiera, y se fue satisfecho sin duda con el excelente negocio que tenía entre manos, y que le haría ganar una fortuna. Tras andar preguntando aquí y allá, llegó a la conclusión de que el único alcanfor que se ajustaba a sus propósitos era el que había mencionado antes, debido a su gran tamaño. Kinokuniya sabía también que la parte del distrito donde crecía este árbol pertenecía, o, mejor dicho, estaba regentada por Fujieda Geki, por entonces oficial del *shogun* en Honjo, distrito de Edo. Aunque le iba bien, ya que recibía un estipendio de 1200 *koku*[102] de arroz al año, no era para nada escrupuloso con el dinero, del que siempre andaba necesitado. El contratista Kinokuniya primero aprendió todo lo que pudo sobre ese hombre y luego fue a visitarlo.

—Tengo entendido que os llamáis Kinokuniya Bunzaemon. ¿Puedo saber para qué deseáis verme? —le preguntó Fujieda.

—Sí, señor —dijo el contratista, haciendo una profunda reverencia—, así es. Mi nombre es Kinokuniya Bunzaemon. Soy un contratista de madera de quien su señoría quizás haya oído hablar, pues he suministrado madera a un sinnúmero de mansiones y palacios; algunos de los cuales también he construido. He venido hasta aquí porque requiero de vuestra ayuda: necesito vuestro permiso para talar árboles del pequeño bosque llamado Nekoma-myojin, cerca de la aldea de Yabuki-mura, en el distrito de Sendai.

El contratista no dijo a Fujieda Geki, el oficial del *shogun*, que la mansión que estaba construyendo era para el *daimio* Date Tsuna-mune, y que la madera que necesitaba pertenecía a los dominios

del *daimio*. Estaba completamente seguro de que el señor Date nunca le daría permiso para talar un árbol sagrado. Pero si era un oficial del *shogun* el que solicitaba la madera, al que además luego le cobraría, el *daimio* se vería obligado a acceder. Así que continuó:

—Os puedo asegurar, señor, que este último incendio ha abierto el mercado de la madera. Si me ayudáis a conseguir lo que necesito, os construiré una casa nueva gratis. Y para mostraros mi aprecio, os ruego que aceptéis este pequeño obsequio de doscientos yenes como un simple adelanto.

—No tendríais que ocuparos de esos pequeños detalles —dijo el encantado oficial, guardándose el dinero—, pero como gustéis. Os enviaré a los cuatro administradores locales y cabecillas del distrito donde deseáis talar los árboles, y os informaré cuando lleguen a Edo. Podréis fijar los detalles del asunto con ellos.

La entrevista se dio por concluida. El contratista sentía que estaba en el buen camino para conseguir el árbol que requería, y el oficial del *shogun* también estaba satisfecho, ya que sin ningún esfuerzo se había embolsado doscientos yenes y la promesa de una casa nueva y de futuros beneficios.

Diez días después, cuatro hombres, cuyos nombres eran Mosuke, Magozaemon, Yohei y Jinyemon, los cabecillas de la aldea, llegaron a Edo y se presentaron ante Fujieda, quien envió a buscar al contratista de madera. Les dijo que estaba encantado de verlos y de comprobar lo leales que habían sido en su servicio al *shogun*, cuyo palacio había ardido en el incendio reciente, y por eso deseaba construir uno nuevo inmediatamente, para lo cual el mayor problema consistía en encontrar la madera necesaria.

—Me ha informado nuestro gran contratista, a quien en breve os presentaré, que la única madera que sirve para construir el palacio de nuestro *shogun* se encuentra en vuestro distrito. Yo no sé nada sobre los detalles del asunto, así que será mejor que lo resolváis vosotros con Kinokuniya, el contratista, tan pronto como llegue. Le he hecho llamar. Mientras tanto consideraos bienvenidos, y, por favor, aceptad el refrigerio que he mandado preparar en la sala

contigua para vosotros. Vayamos allá y disfrutémoslo.

Fujieda guio a los cuatro campesinos a la habitación contigua y comió con ellos. Lapso de tiempo durante el que Kinokuniya, el contratista, llegó y fue debidamente escoltado a su presencia. Estaban acabando el festín.

Fujieda presentó al contratista, quien a su vez dijo:

—Caballeros, no podemos discutir los detalles aquí en la casa del señor Fujieda, el oficial del *shogun*. Ahora que ya nos conocemos, permitidme invitaros a una cena, en la que podré explicar con detalle cómo quiero sacar los árboles de vuestro distrito. Por supuesto, debéis saber que compartimos vasallaje hacia el mismo señor feudal y, por lo tanto, todos trabajamos con el mismo propósito.

Los cuatro campesinos estaban encantados ante tanta hospitalidad. Dos comidas en una misma tarde era demasiada disipación para ellos. ¡Y todo eso en la capital, en Edo! ¡Válgame Dios! ¡Cómo presumirían contándoselo a sus esposas al volver a sus aldeas!

Kinokuniya guio a los cuatro campesinos a un restaurante llamado Kampanaro, en Ryogoku, donde los atendió con la mayor hospitalidad. Después de la cena les dijo:

—Señores, espero que me permitáis talar madera del bosque que se encuentra en vuestra aldea, ya que de otra manera me resultaría imposible levantar un palacio de tal escala.

—Muy bien, tenéis permiso para talar los árboles —dijo Mosuke, que era el mayor de los cuatro—. Ya que nuestro señor necesita madera, esos árboles del bosque de Nekoma-myojin serán talados. De hecho, he traído conmigo un documento de nuestro señor donde se indica que los árboles pueden ser talados. Sin embargo, debo recordaros que hay un árbol en todo el bosque que no se puede derribar bajo ninguna circunstancia: se trata de un enorme y sagrado alcanfor que es muy reverenciado en nuestro distrito, y al que se le ha consagrado una capilla. Ese árbol no podemos consentir que sea talado.

—Muy bien —dijo el contratista—. Escríbanme tan solo una pequeña autorización dándome permiso para talar cualquier árbol que no sea el gran alcanfor, y daré por finalizado nuestro negocio.

Durante todo ese tiempo, Kinokuniya había calado a los campesinos tan bien que estaba seguro de que ninguno sabía escribir.

—Por supuesto —dijo Mosuke—. Escriba usted mismo el documento, Jinyemon.

—No, preferiría que usted lo redactara, Mago —dijo Jinyemon.

—Y a mí me gustaría que lo escribiera Yohei —dijo Mago.

—Pero es que yo no sé escribir —dijo Yohei, volviéndose a Jinyemon de nuevo.

—Bueno, no os preocupéis, no os preocupéis —dijo Kinokuniya —. ¿Firmarían sus señorías el documento si yo lo escribo?

A lo que por supuesto, todos asintieron, ya que encontraron que era la mejor solución. Ellos pondrían su rúbrica en el documento. Así lo hicieron, y tras una animada tarde partieron contentos con lo que habían hecho.

Kinokuniya, por otro lado, se fue a su casa satisfecho con los tratos que había cerrado esa tarde. ¿Acaso no tenía en su bolsillo el documento que le daba permiso para talar los árboles que necesitara? ¿Y acaso no lo había escrito él mismo para ajustarlo a sus propios fines? Se rio entre dientes al pensar con qué astucia había llevado todo el asunto.

A la mañana siguiente, Kinokuniya envió a su capataz, Chogoro, acompañado de una docena de hombres. Les llevó tres días llegar al pueblo llamado Yabuki-mura, cerca del bosque Nekoma-myojin. Llegaron en la mañana del cuarto día, y se dispusieron a erigir un andamio alrededor del alcanfor para así hacer mejor uso de sus hachas. Cuando habían empezado a podar las ramas inferiores, Hamada Tsushima, el guardián de la capilla, llegó corriendo al lugar.

—¡Atención! ¿Qué estáis haciendo? ¿Talando el sagrado alcanfor? ¡Malditos seáis! ¡Os ordeno que os detengáis! ¿Me habéis oído? ¡Deteneos de una vez!

Chogoro respondió:

—No tienes potestad para detener a los hombres en su trabajo. Están cumpliendo con lo que les han ordenado. Estoy talando este árbol por orden de mi amo Kinokuniya, el contratista de madera. Tiene permiso para derribar el árbol de los cuatro cabecillas de este distrito enviados a Edo.

—Conozco ese asunto —respondió el guardián—. Pero el permiso de que hablas es para talar cualquier árbol con la excepción del alcanfor sagrado.

—En eso te equivocas, como esta carta te demostrará —dijo Chogoro—. Léela por ti mismo.

Y el guardián, para su consternación, leyó lo siguiente:

A Kinokuniya Bunzaemon, contratista de madera, Edo.

Al talar los árboles para construir una nueva mansión para nuestro señor, todos los alcanfores deben ser respetados, excepto el mayor, al que se considera sagrado, en el bosque de Nekoma-myojin. Y para dar fe añadimos nuestros nombres.

Jinyemon, Magozaemon, Mosuke, Yohei.
Representantes oficiales del condado local.

El guardián, fuera de sí por la pena y el asombro, hizo llamar a los cuatro hombres mencionados. Una vez allí, todos declararon que habían dado permiso para talar cualquier árbol excepto el gran alcanfor. Pero Chogoro les respondió que bien podría no creerles, y que en cualquier caso, él debía actuar según el documento escrito.

Y ordenó a sus hombres continuar su trabajo con el gran alcanfor.

Hamada Tsushima, el guardián, se hizo el *harakiri*, destripándose en ese mismo instante; pero no sin antes prometerle a Chogoro que su espíritu penetraría en el alcanfor para cuidar de él y desatar su venganza sobre el malvado Kinokuniya.

Finalmente, con gran esfuerzo, los hombres lograron derribar el majestuoso árbol, que cayó con estruendo. Sin embargo, no fueron capaces de moverlo. Tiraron de él con todas sus fuerzas, pero no consiguieron desplazarlo ni un ápice. Con cada tentativa, las ramas parecían cobrar vida, y golpeaban con saña los rostros y los ojos de aquellos que intentaban moverlo. Sin amilanarse, los hombres continuaron con sus esfuerzos, pero todo resultó inútil. La situación empeoró. Varios hombres quedaron atrapados entre las ramas y fueron aplastados casi hasta morir; y a otros cuatro, sus golpes les partieron las extremidades. En ese momento un jinete llegó al galope gritando:

—Mi nombre es Matsumaye Tetsunosuke. Soy uno de los vasallos del señor de Sendai. El Consejo de Sendai ha rechazado permitir que este alcanfor sagrado sea tocado. Pero desgraciadamente ya lo habéis derribado. Debe permanecer donde está. Nuestro señor feudal, el señor de Sendai, Date Tsuna-mune, está furioso. Kinokuniya, el contratista, planeó una insidiosa argucia, y será debidamente castigado. En cuanto al oficial del *shogun*, Fujieda Geki, también será investigado. Debéis volver a Edo inmediatamente. No podemos culparos por obedecer órdenes. Pero antes entregadme ese permiso falso firmado por las cuatro estúpidas autoridades municipales, de las que se espera que se den muerte.

Chogoro y sus hombres regresaron a Edo. Unos pocos días más tarde el contratista cayó enfermo, y un masajista fue enviado a su habitación. Poco después, Kinokuniya fue hallado muerto. El masajista había desaparecido; ¡aunque resultaba del todo imposible que hubiese podido salir de la casa sin ser visto! Se cree que se trataba del espíritu de Hamada Tsushima, el guardián, que había

adoptado la forma del masajista con el propósito de matar al contratista. Chogoro estaba tan intranquilo en su espíritu que regresó adónde se encontraba el alcanfor derribado y gastó todos sus ahorros en erigir un nuevo templo con su propio guardián. Se le conoce como Kusunoki Dzuka (la Tumba del Alcanfor). El árbol aún permanece allí, de acuerdo con quien me ha relatado esta historia.

FIN

Richard Gordon Smith (1858-1918) fue un naturalista inglés que recorrió el Lejano Oriente huyendo de un matrimonio insufrible. A lo largo de su prolongado periplo viajero se dedicó a recopilar y catalogar muestras de animales y plantas para enviar al Museo Británico al tiempo que escribía una serie de diarios recogiendo observaciones e impresiones de sus viajes. Llegó a Japón en 1897 y quedó fascinado por la riqueza y el exotismo de su folclore. Tres años después tuvo que volver a Inglaterra pero cayó gravemente enfermo en Fiyi y se vio obligado a regresar a Japón. En 1905 viaja por última vez a su Inglaterra natal pero decide volver a Japón, donde se establece definitivamente. En 1908 publica «Cuentos tradicionales de Japón». Tras su muerte, el gobierno japonés le concedió la Orden del Sol Naciente de Cuarto Grado por su labor como divulgador de la cultura japonesa.

Notas

[1] Esta historia recuerda a *Botan Doró*, cuento también conocido como *La linterna de peonía*, ya traducido tanto por Mitford como por Lafcadio Hearn. Aunque en el caso que nos ocupa el espíritu de la hermana muerta posee el cuerpo de la hermana viva, adoptando su forma, y la hace enfermar durante un año, permitiéndole reaparecer tras ese tiempo como si nunca hubiera estado enferma. Es la primera historia de este tipo de la que he tenido noticia. <<

[2] O- significa «honorable»; *-san* significa «señorita». Tanto en un caso como en el otro, Ko actúa invariablemente de nombre. <<

[3] Altar budista que se puede encontrar en los hogares y templos de Japón. Literalmente significa «casa de Buda». <<

[4] Antiguo señor feudal de Japón. <<

[5] Lámpara de pared. <<

[6] En Japón, los tejones (*tanuki*) y los zorros (*kitsune*) son considerados animales con poderes mágicos que suelen embaucar a los humanos. *(N. del T.)* <<

[7] Exclamación de sorpresa que significa «¡cielo santo!». <<

[8] Significa sauce. <<

[9] Canción poética. <<

[10] ¿No es triste ver al pequeño, / que nació del rocío del sauce de Kumano, / florecer hasta aquí? / Tirad, tirad, tirad fuerte, compañeros. <<

[11] Estos son los lugares famosos de Wakanoura: / el primero es Gongen, / el segundo Tamatsushima, / tercero, el pino de ramas inclinadas, / el cuarto proviene de Shiogama. / Tirad, tirad, tirad fuerte, compañeros. <<

[12] ¿No es triste ver al pequeño, / que nació del rocío del sauce de Kumano, / florecer hasta aquí? / Tirad, tirad, tirad fuerte, compañeros. <<

[13] Historia contada por Shofukutei Fukuga. <<

[14] Hondonada. <<

[15] Los *eta* son la casta más baja de Japón, curtidores y matarifes. <<

[16] Historia transmitida por Fukuga. <<

[17] Masajista. <<

[18] Orificio en los tejados de las casas japonesas que hace las veces de chimenea. <<

[19] Madero utilizado como soporte para el planchado de ropas de algodón. <<

[20] La tumba de la flauta del fantasma. <<

[21] En varias historias de este manuscrito hablo de *shito dama* o «espíritus astrales». He obtenido tantos testimonios personales de su existencia que yo mismo he acabado casi creyendo en tales fenómenos. Algunos creen que existen dos tipos, uno con forma de renacuajo alargado y circular y otro con una forma más cuadrada. Los sacerdotes afirman que todos poseen formas parecidas, difíciles de distinguir entre sí. Mi asistente, Oto de Itami, quien, junto con su hijo, vio al *shito dama* de la esposa de un anciano barbero en el momento de su muerte, declaró que su forma se asemejaba a un huevo con cola. En Tsuboune, cerca de Naba, dos o tres docenas afirmaban haber visto el *shito dama* de un sordo y de una pescadora, y los describieron como criaturas redondeadas. De nuevo, en Toshi-shima, varios ancianos afirman que había un carpintero cuyo *shito dama* se apareció cinco o seis veces hace cerca de quince años, y que era rojo, sin la acostumbrada fosforescencia blanca con forma de humo.

Por lo que deduzco, *shito dama* es la forma astral que adopta un espíritu que desea errar por el mundo tras su muerte. Esta es la historia de un espíritu descontento que embrujó un templo y que también se mostraba como un fantasma. <<

[22] Quemador de incienso que se utilizaba para perfumar el cabello o las cubiertas de las viviendas. <<

[23] Un buen día mi viejo amigo el pintor Busetsu estaba hablando conmigo sobre los mejores pintores de Japón y me contó una extraña historia sobre uno de ellos. Un detalle la hacía interesante, y es que no pude encontrar el nombre de *Rosetsu* en el libro de Louis Gonse, aunque, por supuesto, el nombre de Maruyama Okyo sí estaba mencionado. Se enumeraban los nombres de sus cinco mejores alumnos, pero el de Rosetsu no estaba entre ellos. Escribí a mi amigo el gobernador local, que era una autoridad en pintura japonesa, y su respuesta fue que no era mío el error, ya que Rosetsu había sido uno de los mejores alumnos de Okyo, si no el mejor. <<

[24] Es un tipo de galleta hecha de arroz y sal. <<

[25] El templo fue fundado en el 749 d. C. por el monje Ryoben Sojo bajo el mandato del emperador Shomei. Es el decimotercero de los treinta y tres lugares sagrados. <<

[26] Es un doble suicidio por amor que solía darse cuando los dos amantes no podían estar juntos debido a su deber para con la sociedad y preferían morir juntos antes que separarse. Las obras teatrales de temática *shinju* fueron muy populares en el s. XVIII, hasta que el Gobierno decretó su prohibición en 1722 debido a la proliferación de suicidios de parejas por todo Japón. (*N del T.*) <<

[27] Yamato-dake no Mikoto era uno de los ochenta hijos del emperador Keiko, y fue un gran héroe de eras pretéritas. Cuando aún era un muchacho, fue enviado por su padre a destruir a los rebeldes del oeste de Japón. Para cumplir su cometido, tomó prestados los ropajes de su tía, que era la sacerdotisa principal de Ise, y vestido de esta guisa consiguió enamorar a los caudillos rebeldes mientras festejaban en la cueva donde moraban. Entonces, sacando rápidamente una espada de su seno, los aniquiló a todos. Tras esto subyugó la provincia de Izumo, y finalmente conquistó Japón oriental, que en esa época era un páramo sin cultivar. Tras muchas aventuras, tanto bélicas como románticas, murió de camino a su casa en Yamato, donde el emperador, su padre, había establecido su corte. <<

[28] En algún momento entre los años 1400 y 1550 hubo una familia de famosos pintores que se extendió por tres generaciones, y que, por consiguiente, es difícil de datar con exactitud. Sus nombres eran Tosa Mitsunobu, Kano Mitsunobu y Hasegawa Mitsunobu; algunas veces Tosa Mitsunobu firmaba sus obras como Fujiwara Mitsunobu. Si a esto le añado que existían otros famosos pintores, Kano Masanobu y Kano Motonobu, además de sus familiares, imitadores y falsificadores, os daréis cuenta de la dificultad que entraña proporcionar fechas o nombres exactos. Pero, como ya es habitual, al final he conseguido una posición ventajosa gracias a mi amable amigo H. E. Hattori, el gobernador, cuyo conocimiento sobre arte es vasto. Indudablemente fue Tosa Mitsunobu quien pintó el famoso cuadro conocido como *Hiyakki Yakō*, o la *Procesión de los Cien Fantasmas*, y que ha servido como fuente de inspiración para el diseño de trasgos, fantasmas, duendes, o como queráis llamarlos. Hasta donde alcanza mi pobre juicio, el cuadro fue pintado a finales de la primera mitad del siglo XV. <<

[29] Es de sobra conocido que, bajo ciertas circunstancias, algunos hongos y mohos producen luz fosforescente. No hay duda de que el sacerdote vio las grietas en la pared en esas circunstancias, y que el ruido que escuchó fue producido por las ratas. Una vez leí una historia sobre una mansión encantada en Inglaterra y al final se descubrió que aquello era causado por un hongo luminoso. <<

[30] Esta pequeña tragedia, que muestra la profunda lealtad que era habitual hace mil años, me fue transmitida por el señor Matsuzaki, del *Kencho* (Oficina del Gobierno). <<

[31] Esta leyenda me ha sido transmitida por el señor Matsuzaki, y se cree que es absolutamente cierta. El documento en cuestión se encuentra en posesión del actual príncipe Hosokawa. <<

[32] Esta historia me ha sido transmitida por el señor Matsuzaki. No puedo decir que me guste mucho, ya que aunque a Sayemon se le considere un héroe, se muestra como un cobarde y un ser ruin y miserable. Le hice esta observación al señor Matsuzaki: «No parece que la historia esté acabada. Presentas a Sayemon como un individuo modélico, mientras que a mí me parece el malo de la historia. Seguramente la esposa y el hijo aparecen como los protagonistas, pero la historia alaba y elogia a Sayemon por abandonar a su familia y rehusar reconocerles cuando ellos no le han hecho nada ni han cometido ninguna falta». «No entiendo el inconveniente», respondió el señor Matsuzaki. «Al igual que nuestro señor Buda, Sayemon también abandonó a su esposa y entregó su vida a los asuntos religiosos». Bueno, yo no puedo estar de acuerdo con esto. Buda era Buda, para Asia entera se trataba de un benefactor. Sayemon solo era un pobre y miserable apocado que simplemente buscaba su tranquilidad personal. Desafío al que lea la historia a que lo considere un héroe o un devoto emulador de Buda (a menos que se interprete desde un punto de vista japonés). A pesar de todo, la historia es muy célebre; aparece citada en muchos libros japoneses, así me lo dijo el señor Matsuzaki. <<

[33] «Gran general que somete a los bárbaros», era un rango militar; en el siglo XII, el *shogun* se convierte en el gobernador de Japón. <<

[34] 1 pie equivale a 30,48 cm. *(N. del T.)* <<

[35] Historia transmitida por mi amigo el señor Matsuzaki. <<

[36] David Murray (1830-1905) educador norteamericano que fue consejero del Gobierno japonés en materia de educación durante el periodo Meiji. Escribió varios libros sobre Japón, entre ellos, *Breve historia de Japón. (N. del T.)* <<

[37] Eremitas budistas guerreros que se refugiaban en las montañas, donde llevaban una vida ascética. No solo estaban consagrados a la religión, sino también a las artes marciales, y fueron famosos por participar en batallas al lado de los samuráis. *(N. del T.)* <<

[38] Un tipo de calzado hecho de paja. <<

[39] Desde que he escrito esto, he descubierto que existe una isla muy pequeña, llamada Kamishima, entre las dos principales islas del archipiélago de las Oki, al suroeste de la isla Oriental. <<

[40] Es la versión japonesa del mantra sánscrito *Ñamo Amitabha Buddahaya* que significa «tomo refugio en el Buda de la Vida y de la Luz inmensurable». *(N. del T.)* <<

[41] Es un arte marcial japonés basado en la defensa sin armas contra uno o más agresores armados o no. (*N del T.*) <<

[42] 1 shaku equivale a 30,3cm., por lo tanto, la criatura del relato mediría cerca de los ocho metros (*N. del T.*) <<

[43] El título de esta vieja y poco conocida leyenda no es menos curioso que la propia leyenda, la cual me fue narrada por un tal Fukuga, que frecuenta la costa meridional para la recolección de ostras y de coral. <<

[44] Se refiere a Ito Hirobumi (1841-1909), importante político que desempeñó un papel fundamental en la creación y desarrollo del Japón moderno. Fue primer ministro en cuatro ocasiones. *(N. del T.)* <<

[45] Es un pez de la familia *Hexagrammidae*, endémico del Pacífico norte. *(N. del T.)* <<

[46] «Corte de vientre», suicidio ritual por desentrañamiento. <<

[47] «La mano que siembra recoge», la bondad no es para beneficio de otros. <<

[48] Un *tsubo* equivale a 3,306 m^2. *(N. del T.)* <<

[49] «El camino del guerrero», estricto código ético al que los samuráis entregaban sus vidas. <<

[50] El *Rangaku*, «aprendizaje holandés», era el aprendizaje de la tecnología y medicina occidentales durante el periodo que Japón estuvo cerrado a los extranjeros. *(N. del T.)* <<

[51] Es imposible determinar a cuál de las islas Torijima alude nuestra historia. Existen dos, una es un islote rocoso aproximadamente sesenta millas al este de Okinawijima, la isla principal en la que se encuentra la capital de todas las islas, Nafa; y la otra y más extensa, Torijima, situada entre las longitudes 129° y 128°, y no muy lejana al sur de la línea latitudinal 38°. Quien me contó la historia afirma que el cuento transcurre en la isla rocosa del sur, la cual se eleva 60 pies sobre el nivel del mar con marea alta. La razón que da es que existe una isla adyacente denominada Kumeshima; mientras que yo argumento que es más bien la Torijima situada más al norte, próxima a una gran isla llamada Takuneshima, la cual podía también ser conocida como Kumeshima. Debido a que han sido bautizadas por japoneses, chinos e ingleses, estas islas son muy desconcertantes. Los japoneses, aunque excelentes cartógrafos, son unos pésimos geógrafos, pues cambian los nombres según les place. <<

[52] 1 *ken* equivale a 1,818 m, luego Kume podía bucear a una profundidad de cinco metros y medio. (*N del T*.) <<

[53] *Kwatsu, kuatsu* o *kappo* es un sistema japonés de primeros auxilios y reanimación. *(N. del T.)* <<

[54] La isla de los pájaros. <<

[55] Sake de la eterna juventud. <<

[56] Literalmente, «personas inmortales». Sabios inmortales del taoísmo que habitan en las montañas y poseen todo tipo de poderes mágicos. *(N. del T.)* <<

[57] 3200 metros aproximadamente. *(N. del T.)* <<

[58] El dios del Largo Aliento. <<

[59] Los dioses adorados en Atsuta eran la diosa del Sol, Amateratsu, su hermano Susa-no-o, el príncipe Yamato-dake, su esposa Mizayu-hime y su hermano Take-ino-tane; pero el objeto más venerado es la espada conocida como Kusa-nagi-no-Tsuguri, una de las tres reliquias que forman los tres tesoros del Japón imperial, y de la que previamente ya he hablado en la leyenda sobre Yamato-dake-no-Mikoto en el relato «Una espada milagrosa». <<

[60] Ballena jorobada, también conocida como *yubarta o gubarte. (N. del T.)* <<

[61] Crisantemo. <<

[62] Murciélago vampiro. <<

[63] Fukuga me ha transmitido esta leyenda y asegura que es auténtica. <<

[64] «Corte de vientre». Suicidio ritual por desentrañamiento. (*N. del T.*) <<

[65] Flauta japonesa de cinco orificios. <<

[66] Pinos, pinares. <<

[67] 1 *chō* equivale a 109,1 metros. *(N. del T.)* <<

[68] Aproximadamente hace doscientos cincuenta años se originó una extraña leyenda relacionada con un *kakemono* que fue pintado por un artista célebre, Sawara Kameju. Por razones aclaradas en la historia, el *kakemono* fue confiado a la vigilancia del sumo sacerdote del templo de Korinji. <<

[69] Un *shojo* es un espíritu del mar, de piel y cabellos de color rojo. *(N. del T.)* <<

[70] Tres metros aproximadamente. *(N. del T.)* <<

[71] Fukuga Sei me ha dicho que esta historia se la contó una enfermera nativa de la aldea de Oki-yama. También me comentó que un buda de oro macizo, de dieciocho pulgadas de altura, había sido sustraído del templo hacía tres años. <<

[72] Rakkan. <<

[73] Pez de la familia del besugo, conocido en algunos lugares como dorada roja, es un pez emblemático de la cultura japonesa. (*N. del T.*) <<

[74] Instrumento musical de cuerda japonés, puede tener de trece a treinta cuerdas. (*N del T*.) <<

[75] Esta historia comienza el 17 de febrero del segundo año de la Era Kenkyu. Como el primer año de la Era Kenkyu fue 1190 y el último 1199, la fecha exacta es el 17 de febrero de 1192. <<

[76] Pintura. <<

[77] La historia se refiere a él como «horno», pero a menos que existiera la cremación en aquella época, debe de tratarse del *irori*, un fuego en el suelo de las viviendas. En el caso de los templos sintoístas, puede referirse a una hoguera, la cual se encendería únicamente en ciertos días. <<

[78] Zuecos. <<

[79] Altar familiar sobre el que se disponen las figurillas de varios dioses y también las tabillas mortuorias de la familia. <<

[80] Transmitida por Fukuchi, esta historia está relacionada con la habilidad sobrenatural ígnea que se atribuye a los zorros, como la aparición de fuego o luz en la boca o en las colas. Cuidadosamente traducida por el señor Watanabe, del gobierno de la prefectura. <<

[81] El *shō* es una medida de capacidad tradicional japonesa que al igual que el *koku* o el *shaku* sirve para medir las cantidades de arroz; un *shō* equivale a 1,8 litros de arroz. (*N, del T.*) <<

[82] «La ardiente cabeza que busca». <<

[83] Cinturón del quimono que se usa para sujetar u ocultar el exceso de ropa a la vista. <<

[84] Nudo del cinturón que tiene forma de flecha hacia arriba. <<

[85] Un tipo de peinado que en la actualidad solo llevan las *geishas*, pero que en el periodo Edo era común entre las mujeres. El cabello se recoge en la coronilla y una pequeña parte del moño se separa hacia fuera. *(N. del T.)* <<

[86] Gran consejero; señores de tercer rango en el sistema gubernamental del Japón feudal. (*N. del T.*) <<

[87] Vieja. <<

[88] Esta historia (con la excepción del fantasma) creo que es cierta, ya que el *seppuku* de Saito Ukon es justo el tipo de razonamiento que se puede esperar de los tiempos en que transcurre la historia; e incluso actualmente es posible encontrarse con ejemplos similares. Para ello, ver el caso citado por el profesor Chamberlain, el del sirviente de un inglés de Yokohama, y comprobar el número de casos en la guerra reciente. <<

[89] Es un juego de estrategia sobre un tablero para dos jugadores originario de China. Con más de dos mil quinientos años de historia, es uno de los juegos más populares de toda Asia Oriental. *(N. del T.)* <<

[90] Tablero sobre el que se juega al *go. (N. del T.)* <<

[91] Templo, o lo que es más común, tablilla de madera en el interior de un altar, que contiene el nombre póstumo de un antepasado, y que representa el espíritu de ese antepasado. <<

[92] Pequeña casa del tamaño de un cobertizo que hay el jardín de un caballero japonés para realizar la ceremonia del té. <<

[93] Acompañante privado de un samurái. <<

[94] La parte de una estancia japonesa que se eleva cinco pulgadas sobre el suelo, donde se suelen colocar los cuadros y las flores. <<

[95] *Rohdea japónica*, planta herbácea de hojas perennes de 15-50 centímetros de longitud y de 3-4 centímetros de ancho, sus flores son amarillas y crecen en racimos. *(N. del T.)* <<

[96] Los papeles *Gohei* son emblemas sintoístas, representan regalos de tela a una deidad, normalmente al dios *{Kami)*. Algunos afirman que el *Gohei* representa, con su curioso corte, al *Kami* golpeando el *dora*, un gong que se usa para la oración. <<

[97] Festival o día festivo; estas festividades suelen incluir procesiones, entretenimientos y puestos de comida. <<

[98] Un *ri* equivale a 3 kilómetros y 927 metros, luego la aldea del relato se encontraba a casi veinte kilómetros de Shirakawa. *(N. del T.)* <<

[99] Estanterías. <<

[100] *Tokobashira tokonoma* es un cubículo elevado, con piso de tatami donde se cuelgan *kakemono*. <<

[101] Bambú celestial. *(N. del T.)* <<

[102] Un *koku* es una unidad de medida utilizada antiguamente en Japón. Originalmente se definía como el alimento necesario para alimentar a un hombre un año. 3,5937 *koku* equivalen a un metro cúbico; un *koku* también equivale aproximadamente 278,3 litros. Un *koku* de arroz pesa aproximadamente 150 kilogramos. *(N. del T.)* <<